



LUIS BELLIO VIAJE POR LAS CUERDAS MARRID

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE MADRID



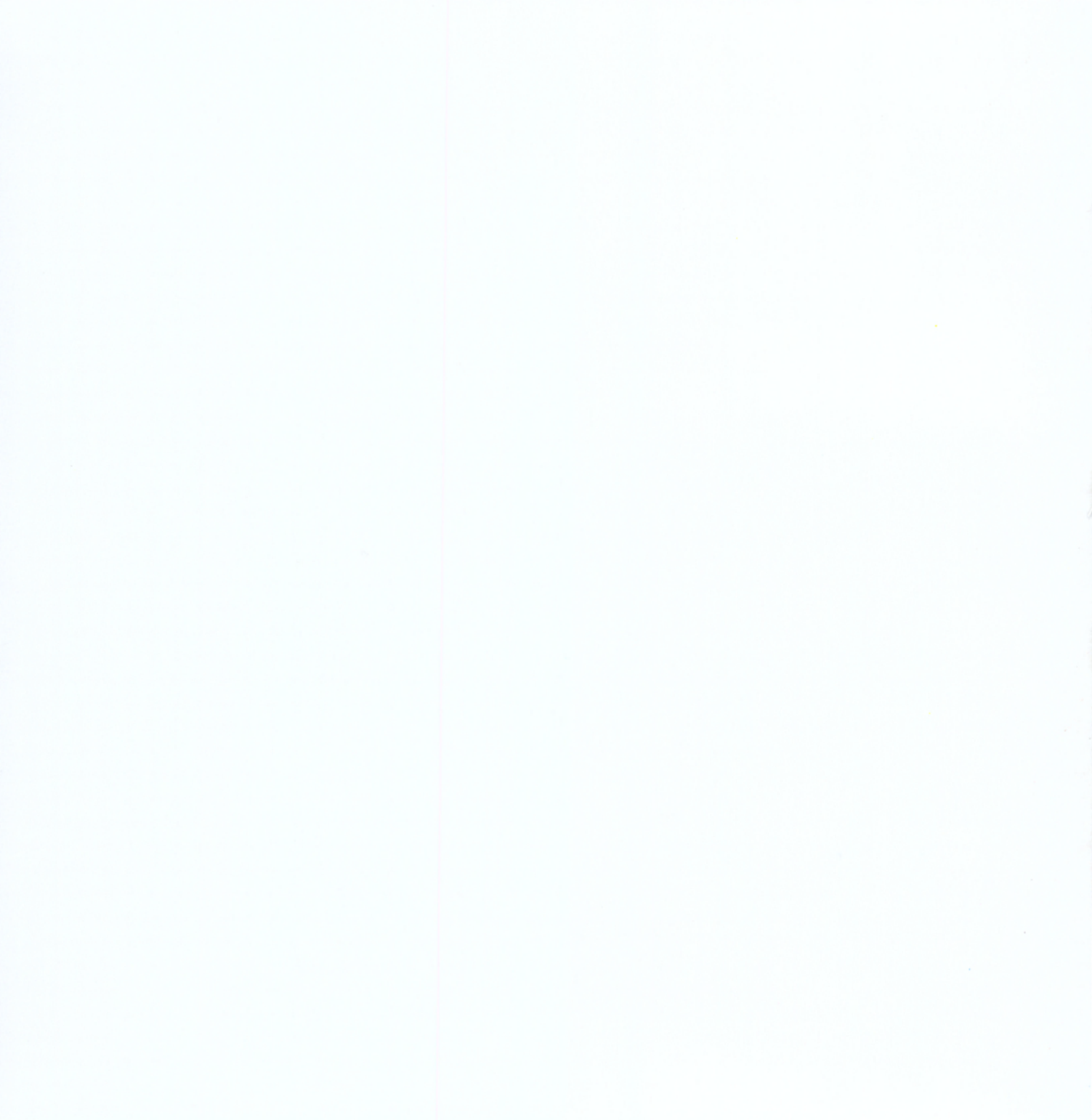
LUIS BELLO

Edición y estudio introductorio de
Agustín Escolano



Comunidad de Madrid

Consejería de Educación y Cultura
Dirección General de Educación





Ref. : 753



LUIS BELLO

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE MADRID

**Edición y estudio introductorio
de Agustín Escolano**



Comunidad de Madrid

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA

Dirección General de Educación



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Editado por la Consejería de Educación y Cultura. Dirección General de Educación.

Tirada: 3.000 ejemplares
Coste unitario: 566,67 pesetas
Edición: 12/97

Depósito legal: M. 4.626-1998 I.S.B.N.: 84-451-1421-2
Imprime: Imprenta de la Comunidad de Madrid

Se ha intentado reconocer todos los derechos a que hubiera lugar la propiedad intelectual.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRIMERA PARTE. ESTUDIO INTRODUCTORIO DE AGUSTÍN ESCOLANO	11
LA VISITA DE LUIS BELLO A LAS ESCUELAS DE MADRID (1925-1930)	13
1. La escuela en la prensa	13
2. Ideario de un viaje, perfil de un cronista	17
3. Por el entorno de Madrid.	27
4. La situación de las escuelas rurales	33
5. Nuevas expectativas	38
6. La escuela por dentro	44
7. De vuelta a la ciudad	51
SEGUNDA PARTE. LA ESCUELA RURAL	59
PRÓLOGO A VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA	61
EL CERCO DE MADRID	67
1. La escuela de un lugar	67
2. Una escuela en domingo.	70
3. La escuela vieja de Parla y las nuevas de El Álamo	72
4. Sin olvidarnos de Navalcarnero.	75

5. Tres horas en Fuenlabrada	76
6. Antítesis. Otros dos lugares.	80
7. De Lumpiaque a Vicálvaro.	81
8. Historia de una carretera	84
9. Pedagogía del rayo de sol.	86
10. En el barrio de la Legión	89
11. Lo que llegó a comprender don Antonio Iniesta	92
12. Corzos y niños en El Pardo	98
13. Vidas de niños. El porquerillo que se malogró.	101

VIAJE A LA SIERRA. 105

1. Por el camino de Fuencarral	105
2. Colmenar Viejo o la Fecundidad	108
3. Miraflores. Los dos enjambres de don Jerónimo	111
4. Noche en Torrelaguna	114
5. Cruzamos el reino de los Patones	117
6. De Patones a Lozoyuela, por El Berrueco	120
7. Buitrago y sus tributarios.	123
8. La batalla de Somosierra.	126



MÁS SOBRE LOS PUEBLOS DE MADRID 129

1. Escuelitas rurales. Lección de las provincias.	129
2. Madrid y su provincia. En el país de los viceversas.	131
3. Las escuelas. Punto de vista oficial.	134
4. La lluvia de oro. Dinero para escuelas.	136
5. La vida nacional. Carta a un maestro de la Sierra	138
6. La escuela del lugar pobre. Carta de Las Rozas a don Antonio Flores (<i>sic</i>)*, arquitecto . . .	140

* Se refiere al conocido arquitecto Antonio Flórez Urdapilleta (Bello le llama Flores), director de la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas del Ministerio de Instrucción Pública, creada por RD de 23 de noviembre de 1920.

7. Paréntesis optimista. El cerco de Madrid	143
8. La Sierra: Zarzalejo. De cómo las mismas piedras se pueden ablandar	145
9. Viaje alrededor de Madrid. A don José Garay Rotwart, Conde del Valle de Suchill	146
10. Anteproyecto para una Sociedad de Amigos de la Escuela	148

TERCERA PARTE. LA ESCUELA EN LA CIUDAD 161

EL PROBLEMA ESCOLAR DE MADRID 163

1. La "Casa del Niño". Primera obra del <i>Lyceum</i>	163
2. El caso de Madrid: los grupos escolares	166
3. Apelación ante Madrid	169
4. Reportajes de un hombre de buena fe	171
5. Cola en Cuatro Caminos. La escuela del pobre.	172
6. Madrid, pueblo sufrido. Los famosos grupos escolares.	175
7. La educación del hijo. Madrid, al llegar octubre	177
8. Esperando la vez. Los nuevos grupos escolares.	179
9. Más sobre la educación. Madrid, izquierdas y derechas.	182
10. Mi casa, la casa de ustedes y las escuelas de la Prosperidad	184

7

NOTA:

Los artículos de los bloques correspondientes a "El cerco de Madrid" y "Viaje a la Sierra" aparecieron recopilados en el libro *Viaje por las escuelas de España* (vol. I, Madrid, Magisterio Español, 1926). El titulado "Paréntesis optimista" se intercaló en el volumen III de la misma obra (Madrid, Espasa-Calpe, 1927). El resto de los artículos de los bloques "Más sobre los pueblos de Madrid" y "El problema escolar de Madrid" han sido recogidos de *El Sol* por el director de esta edición.

Las personas que a continuación relaciono me han proporcionado ayuda informativa o en la revisión del texto: Ana Cabero, Javier Carbonero, Purificación Lahoz, Teodoro Martín, Mar del Pozo, Clara Revuelta y Matilde Sagaró. A todos ellos mi agradecimiento.

Construir el futuro educativo de nuestra Comunidad es, en este final de siglo, una de las tareas más apasionantes. Desde este punto de vista, el conocimiento del pasado puede aportar pautas para analizar el presente y proyectar hacia el próximo siglo, de forma realista y generosa, el esfuerzo y la ilusión de la sociedad. En esa tarea trabaja la Comunidad de Madrid; esa tarea justifica que la Consejería de Educación y Cultura publique este libro con la finalidad de ofrecer un testimonio vivo de cómo eran nuestras escuelas a principios de siglo.

"Viaje por las escuelas de Madrid" recoge los artículos de Luis Bello publicados en El Sol; reflejan las observaciones y vivencias de sus visitas a las escuelas de España, que comenzaron en Alcobendas en 1925 y acabaron en 1931, poco antes de la proclamación de la II República. Su interés le llevó a ser espectador crítico de la sociedad y de la escuela del primer tercio de siglo, contribuyendo a crear una conciencia sobre la educación sin precedentes y ofreciendo un nítido retrato de la realidad, no sólo de la educativa.

Agustín Escolano, catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Valladolid, a quien debemos la recuperación de la figura y la obra de Luis Bello, nos proporciona las claves para analizar su pensamiento y relacionarlo con su contexto histórico. En su estudio introductorio nos muestra a un Luis Bello que, relacionado con los hombres del 98, se incorpora también a la generación del 14 manteniendo vínculos con el krausismo y con las ideas de Joaquín Costa. Su interés por la escuela como instrumento de regeneración nacional y su idea de que el progreso de España precisaba una educación nacional abierta a todos y, en particular, a las clases populares, son sin duda tributarios de esas influencias. De igual manera, sus viajes e informes vienen a ser un mito más de aquella política de reforma moral del hombre y de la sociedad que sus mentores propugnaban.

La presente publicación se estructura en tres partes. La primera nos acerca a la visita de Luis Bello a las escuelas de Madrid entre 1925 y 1930. Los tres apartados de la segunda se ocupan de los alrededores de Madrid y los pueblos de la Sierra. La tercera, finalmente, analiza el problema escolar de Madrid. En sus páginas descubrimos, según se ha dicho antes, no sólo la vida escolar de Miraflores, Fuenlabrada o Navacarnero; también los juegos de los niños, cómo subsistían sus maestros, qué pedagogía fundamentaba la enseñanza o cómo eran los caminos de los pueblos.

Esperamos que esta publicación fomente y anime al estudio de la labor de los que nos precedieron o de los que actualmente dedican sus esfuerzos a la educación. Ojalá que todos disfrutemos y aprendamos, y ojalá que anime a nuevas investigaciones. Seguro que, como sucede con este libro, todos los que formamos la Comunidad de Madrid lo agradeceremos.

Gustavo Villapalos Salas

Consejero de Educación y Cultura

PRIMERA PARTE

ESTUDIO INTRODUCTORIO

11

**de Agustín Escolano
(Universidad de Valladolid)**

La visita de Luis Bello a las escuelas de Madrid (1925-1930)

“Nuestra doctrina es democrática. Piensa en el pueblo. En el mayor número. De este mayor número saldrá luego mayor y mejor aristocracia”.

LUIS BELLO

13

1. LA ESCUELA EN LA PRENSA

Corren los años de la Dictadura primorriverista. La libertad de expresión, amordazada por la censura diaria, sólo se afirma por la metáfora, el grafismo irónico o el aguafuerte literario. Y estos son los lenguajes a que recurren Luis Bagaría, el incisivo humorista de *El Sol* que, no obstante las licencias del género, hubo de soportar en más de una ocasión la sanción gubernativa, y Luis Bello, el misionero cronista que fue plasmando en las columnas de aquel diario madrileño, con gesto crítico y tenor hiperrealista, la precariedad de las condiciones de vida del pueblo y el arcaísmo e insuficiencia de las instituciones que podían elevarle.

He aquí a los dos “Luises”, en el mismo medio, con lenguajes distintos pero convergentes, intentando escapar a la mirada censora y vigilante de los nuevos gendarmes políticos, y ensayando, con la iconografía y el relato, denunciar la sombría realidad en que vivían las clases débiles, para estimular la conciencia de las gentes de progreso que podían contribuir a mejorar los modos de exis-

tencia y cultura del “bajo pueblo” –del pueblo “sumiso”, “manejable” y “rebañego”– que deseaban ver “elevado, fortalecido, liberado”, para que de este modo pudiera llegar a ser “pueblo de verdad”¹.

El retrato y la fábula son puestos por Bagaría y Bello al servicio del regeneracionismo, aquel *leitmotiv* de la época que, con diferentes tonos y registros obviamente, aglutinó a intelectuales y políticos de diversa filiación ideológica, en un momento en que el país intentaba remontar la inercia de su secular retraso, desde la denuncia de los “males de la patria”, la conciencia crítica del cambio de singladura que quiso marcar el 98 y los nuevos mitos de la redención a través de la escuela.

Este fue el programa que unió a los hombres de las generaciones del 98 y del 14, a las que Luis Bello, por orígenes y por voluntad de adscripción, estuvo vinculado. Un programa que ahora entraba en la vía autoritaria tutelada por el “cirujano” militar, pero que seguía informando, pese a las inflexiones pseudoregeneracionistas, las actitudes de todos los amantes de la libertad y el progreso.

En aquel contexto político, sólo el parlamento de papel podía servir de tribuna pública para afirmar las ideas y el *ethos* de la verdadera regeneración. Mediante la denuncia, entre irónica y mordaz,

14



“No pasa nada cuando no pasa nada; y cuando pasa algo, no dejan pasar nada” –anota Bagaría al pie-. Pensativo en su isla, el periodista aparece amenazado por la corona de espinas. La censura dictatorial “no deja pasar nada” cuando pasa algo. Sólo el humor crítico puede permitirse alguna licencia, aun a costa de sufrir la sanción gubernativa (*El Sol*, 23 de julio de 1924).

¹ BELLO, L.: “El pueblo”, *El Sol*, 7 de agosto de 1929.

de la realidad, exagerando a veces con tintes impresionistas las aristas del mundo observado, las viñetas y columnas de Bagaría y Bello ensayaban otra forma de hacer política. Ellos marcaban siempre, en su lenguaje expreso y en el connotado, el relato de la resistencia. Más aún, las mismas restricciones a la libertad, según Bello, habían venido a dar a la prensa "más sustancia" y hasta "mayor contenido ideológico"². De esta suerte, la censura había servido de estímulo a la cohesión de los sectores críticos. Y desde estas nuevas estrategias, la escuela, que sólo había merecido hasta entonces la atención en los discursos academicistas y en los huecos debates parlamentarios, iba a constituirse en una cuestión de público y general interés que concitaría la sensibilidad y el afecto de todas las personas letradas y no letradas, neutras o de partido, y de todas las tierras por las que peregrinó aquel incansable espectador y cruzado en su lucha por una escuela nacional para todos.

No obstante lo anterior, el trabajo que se proponía Bello no era fácil. Como en los dramas de nuestro teatro clásico, en los que suele aparecer un "personaje que no habla", bajo este nuevo periodismo se encubría "el escritor político que no escribe de política porque no le dejan". Ambos son "personajes pasivos". El escritor político en tiempos de censura "hace como que habla, pero en realidad no habla", y el censor siempre descansa tranquilo cuando "tacha". De este modo, el escritor como personaje pasivo es como el nadador que le atan de pies y manos, le lían con una soga al cuello y le tiran al río, y aun tiene que timonear para mantenerse a flote y avanzar en la dirección conveniente a sus propósitos³. Ahora bien, bajo este estado de vigilancia, en el que los grandes temas no pueden ser abordados, podemos aproximarnos a otros que, aun siendo importantes, habrían quedado en otra situación en un segundo plano. Y por eso, precisamente, podía ocuparse el autor de la educación⁴.

Nuestra prensa, por tradición y por preferencias de su público, fue siempre política, y también cultural, pero, bajo este régimen de excepción, lo ha de ser modificando su estilo en función de las circunstancias⁵. Poco faltaba para que se cumplieran los cien años de la muerte de Larra, el maestro precursor de los articulistas modernos, a quien Luis de Zulueta iba a interpelar como representante del "mal del siglo" que también encarnaría en Ganivet, en Costa, en Unamuno... Él creó un periodismo desesperado, que no tuvo ocasión de vivir el optimismo rosado de otros romanticismos⁶. Mas *Figaro* creó también un estilo, el del "aguafuerte", que sombreaba con tintas las figuras y situaciones para darles perspectiva. Aliviado de sus gestos trágicos, aquel periodismo, que "miraba la realidad con sus perspicaces y penetrantes ojos españoles, sintiéndose capaz de soportarla", sí podía inspirar a los "personajes pasivos" en sus modos de expresión y en sus actitudes⁷.

² BELLO, L.: "Sobre el periodismo. Aclaración necesaria", *El Sol*, 12 de agosto de 1925.

³ BELLO, L.: "Los personajes pasivos. El escritor político", *El Sol*, 5 de marzo de 1924.

⁴ BELLO, L.: "Educación estoica", *El Sol*, 6 de mayo de 1925.

⁵ BELLO, L.: "Sobre el periódico tranquilo", *El Sol*, 10 de agosto de 1925.

⁶ ZULUETA, L. de: "El busto de Larra", *El Sol*, 13 de abril de 1930.

⁷ BELLO, L.: "Los personajes pasivos. El público y la opinión", *El Sol*, 28 de febrero de 1924.

La libertad era una “voluntad vigilante”, había dicho Manuel José Quintana, y esta vigilancia impedía perder las virtudes personales. Difícilmente se podían atar hoy las manos del pueblo como se las ataron a España los ministros de la época ominosa de Fernando VII. Hace un siglo, desde la cárcel, la emigración o la miseria, los defensores de la libertad pusieron a prueba su responsabilidad vigilante. Ahora no se podía hacer menos⁸. Todo “soñador” debía contribuir con la palabra a “caldear el sentimiento liberal”, que prendería en cuantos tuvieran “sentido de la ciudadanía”⁹. Este era el *ethos* de su nueva escritura.

Una forma de animar la crítica en la Dictadura, desde esta nueva actitud, consistía en “volver sobre las viejas fábulas”, es decir, en “remozar los cuentos viejos”. Tal es la intención de su serie de artículos titulados “Al margen de la fábula”, en los que Bello busca “volar” como la “fantasía del genio creador” que alcanza la madurez de “no haber dejado de ser niño”, como él mismo ensaya al glosar las aventuras de la sabia pulga Melusinda, del *Wilhelm Meister*, princesa-gnomo que puede atreverse a aspirar al dominio del universo¹⁰.

También Bagaría acogía este mismo espíritu al comentar la entrevista que hace al humorista francés Forain en El Escorial. Forain se define como un optimista que ha pasado por el dolor de la vida. Sin melancolía, creía que la realidad era difícil de cambiar por la acción directa, y se confesaba “de la misma provincia que La Fontaine”, humorista, romántico y fabulador. “Me he dado cuenta –dice a Bagaría– que nuestros dibujos podían ejercer una influencia en la vida social, y he empezado a tener cuidado con lo que hacía, porque he comprendido la responsabilidad que contraemos”¹¹. Otra vez la responsabilidad de los personajes pasivos y el retorno a la fábula, en este caso a través del grafismo crítico. Y en los destierros, como el que el humorista de *El Sol* vive en Pollensa, se esperará la “revelación abstrusa y virgen” que inspire el ingenio y la escritura¹². Además, aquella experiencia de censura-dictadura no sería estéril, como anunciaba Zulueta, ya que al final “hasta en la extrema derecha se pide hoy la libertad de imprenta”, y se reclaman por todos garantías para que la Dictadura y la censura no puedan volver¹³.

Las estrategias de Bello y de Bagaría eran pues pedagógicas, no sólo porque su escritura pudiera versar sobre la escuela, en el primer caso, o sobre cuestiones de cultura y reforma social, en ambos, sino porque sus métodos también lo eran, al adoptar modos de expresión que comunicaban mensajes políticos y morales, burlando en parte a los aparatos de la censura y recurriendo a formas

⁸ BELLO, L.: “Doctrina de la responsabilidad”, *El Sol*, 29 de agosto de 1925.

⁹ BELLO, L.: “El soñador. Escuela de optimismo”, *El Sol*, 13 de abril de 1925.

¹⁰ BELLO, L.: “Al margen de la fábula. Los enanos de Melusinda”, *El Sol*, 23 de marzo de 1925.

¹¹ BAGARÍA, L.: “Una entrevista con Forain”, *El Sol*, 22 de abril de 1925.

¹² GUINART, R.: “Bagaría, en su desierto”, *El Sol*, 29 de septiembre de 1927.

¹³ ZULUETA, L. de: “Por la libertad de imprenta”, *El Sol*, 25 de julio de 1930.

de comunicación, como la fábula y la semiología, que por la retórica de la parábola y la semántica de la imagen ejercían una sutil influencia sobre toda la sociedad. Pronto a estos lectores se sumarían los “escuchadores”, un sector mucho más amplio en el que se incluirían los iletrados, quienes por los receptores de la radio y la “telemecánica” recibirían las voces e imágenes del mundo. Estos “escuchadores” serían, según Bello, “los más activos de todos nuestros personajes pasivos”. Pero, mientras tal género de comunicación se instalaba, las campañas de prensa sobre la escuela habían de adoptar formas que no aburrieran a los lectores, acerca de las cuales el autor se permitía exponer una “teoría” sobre el ejercicio del periodismo de propaganda basada en la “química” del “interés” del propio escritor que infunde fuerza a la técnica y al arte de la expresión¹⁴.

2. IDEARIO DE UN VIAJE, PERFIL DE UN CRONISTA

El periodista Luis Bello y Trompeta viajó por las escuelas de las distintas regiones españolas entre 1925 y 1931¹⁵, un sexenio en el que el autor no sólo visitó cientos de instituciones educativas, sino en el que además, entre andanzas y diálogos, tuvo ocasión de aplicar su mirada de analista crítico a todas las realidades sociales, económicas y culturales que condicionaban las situaciones con las que se iba encontrando, así como de contrastar sus observaciones con las de sus interlocutores, ya fueran estos notables del lugar, que a menudo se unían a la ruta, maestros, niños, o gentes llanas del pueblo. Poco después de iniciarse la campaña, en 1925, *La Época* publicaba un artículo titulado “La cruzada por la escuela” en la que glosaba los primeros escritos de Bello y aludía a quienes ya le empezaban a llamar “apóstol de la escuela”, capaz de desprezar las “energías dormidas” de todos los españoles¹⁶. Tal opinión era, por supuesto, una buena muestra de lo que se podía hacer para animar aquella España abúlica que años antes diagnosticara Ganivet.

Luis Bello había nacido en 1872, en la villa salmantina de Alba de Tormes, de donde pronto hubo de emigrar a Asturias y más tarde a Madrid. De su paso por la escuela de Luarca conservaba las impresiones que en él dejó aquella “habitación oscura que olía a vacas y a paja húmeda”, y del colegio madrileño donde prosiguió sus primeros estudios aún recuerda las “aulas enormes” y “largos corredores” donde hubo de soportar miseria y frío¹⁷. En sus relatos aparecen a veces otros apuntes biográficos que aluden a su pasado escolar, como el recuerdo del “colegio ciceroniano” regentado

¹⁴ Véanse: BELLO, L.: “El hombre que se pone a escuchar”, *El Sol*, 18 de junio de 1924, y “La escuela del pueblo”, *El Noroeste*, 28 de noviembre de 1929.

¹⁵ Véase nuestro trabajo: “El programa regeneracionista de Luis Bello”, en: BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de Castilla y León*, Valladolid, Ámbito, 1995, pp. 20-39.

¹⁶ “Los artículos de Luis Bello”, *El Sol*, 5 de mayo de 1926.

¹⁷ BELLO, L.: “Escuelas de lugar. La gran ciudad debe remolcar a los pueblos”, *El Sol*, 28 de septiembre de 1925.

por Valderrama y García Bris –centro privado, seguramente laico– y de la Universidad de Madrid, en la que cursó la carrera de Derecho, a cuyo término entraría a trabajar como pasante en el prestigioso despacho de José Canalejas¹⁸.

Pero su vocación le condujo pronto al periodismo, iniciándose en el oficio en 1898 en *El Heraldo de Madrid* como cronista de temas parlamentarios. En 1903 fundó, junto a otros colegas, la revista *Crítica*, de efímera existencia. Al cerrarse esta, Bello marcha a París como corresponsal del diario *España*, en el que comparte página con Azorín, Maeztu y otros hombres de aquella generación. En 1906 se hace cargo de la hoja literaria de los “Lunes”, de *El Imparcial*, donde después se ocuparía de cuestiones de crítica política. Allí empezaría a recibir a buen seguro la influencia de Ortega, que le encaminaría a su ingreso en el grupo de los intelectuales del 14, hecho que consolida con su adhesión a la Liga de Educación Política, asociando su firma, además de a la del promotor, a la de los Azaña, Araquistáin, Madariaga, Zulueta y otros. Un años antes había fundado la revista *Europa*, antecedente de *España*, creada en 1915 bajo la tutela de Ortega y en la que publicaría toda la nómina de escritores liberales y progresistas de la época¹⁹.

18



José Ortega y Gasset (1883-1955). Caricatura de Bagaña publicada en *El Sol* del 5 de mayo de 1928. Mentor de la generación del 14 e impulsor de empresas como la Liga de Educación Política y la revista *España*, a las que la figura de Bello aparece asociada. El dibujante le presenta coronado por el laurel del triunfo y abriendo surcos sobre el mar en su viaje a la Argentina, adonde lleva “el pensamiento maduro de la España europea”.

¹⁸ BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de España*, Madrid, Magisterio Español, 1927, vol. II, pp. 241-242.

¹⁹ Véase: ANAYA, G.: “Introducción” a *Viaje por las escuelas de Galicia*, de L. Bello. Madrid, Akal, 1973.

Enraizado por una parte con los hombres del 98, Bello se incorpora también a la generación del 14. Sus aficiones viajeras y el realismo literario que se manifiesta en sus escritos avalan bien los orígenes del autor. Pero la escritura de sus ensayos y propuestas revela asimismo formas críticas y programáticas que se desmarcan del ingenuo descriptivismo que adoptó muchas veces la literatura de viajes. En este sentido, puede asegurarse que, aun sin abandonar ciertas tradiciones del noventa-yochismo, el discurso de Bello va adoptando progresivamente un sesgo más social y político. Ya en 1915 llevó a cabo en *El Imperial* una campaña a lo Costa sobre política hidráulica, y en el bienio 1916-1917 llega a ser diputado a Cortes. Por esta época, además, entra a formar parte del grupo que impulsó *El Sol*, el periódico, como señaló G. Gómez de la Serna, “de mayor peso en la vida pública española anterior a la guerra civil”²⁰.

Por otro lado, Bello registra en la memoria sus vínculos con el krausismo y el costismo. En diversos pasajes de sus escritos evoca a Giner, a Azcárate, a Costa, a Cossío... Su interés por la escuela como instrumento de regeneración nacional es sin duda tributario de estas influencias, y sus viajes e informes venían a ser un hito más de aquella política de reforma moral del hombre y de la sociedad que sus mentores proyectaron sobre él.

Desde que comienza su visita a las escuelas del país, en un domingo de septiembre de 1925, con su viaje a Alcobendas, en el entorno próximo de Madrid, hasta sus últimos artículos de 1931, en vísperas de la República, el cronista va construyendo una radiografía de la realidad educativa de un país diverso, que al mismo tiempo suscita una conciencia crítica en toda la España del progreso que aspira a fundar por fin una educación nacional y nacionalizadora, abierta a todos, y más particularmente a los sectores más populares del tejido social.

El ideario de aquellos viajes nació asociado al interés por la escuela rural. Más tarde también fijará su atención Luis Bello en el problema escolar de la ciudad de Madrid, como bien muestra el bloque de artículos que esta compilación incluye al final. Pero el *leitmotiv* del peregrinar del autor va dirigido en primer lugar a denunciar la situación de los pueblos que rodean a la capital, en la convicción de que ésta, la gran ciudad, debía incluso “remolcar” a los núcleos de su entorno; esto es, “asegurar en ellos su resorte moral”, tutelándolos en su necesaria regeneración desde la escuela²¹.

Nuestro autor acababa de percibir una ejemplar “lección de las provincias” con la visita a las “escuelas de barriada” que la Diputación de Vizcaya estaba “desparramando” por su jurisdicción. Escuelas rurales, como la de San Julián de Musques, construidas conforme a un “gracioso localismo”, algo “pedantesco” –anota– por la “segunda intención nacionalista” que manifiesta su arquitectura, pero al tiempo con el decoro y la dignidad que la educación elemental requiere. Al mismo impul-

²⁰ GÓMEZ DE LA SERNA, G.: “Prólogo” a *El Espectador*, de J. Ortega y Gasset, Madrid, Salvat-Alianza, 1970, p. 11.

²¹ Art. cit. en la nota 17.

so responde otra red semejante, la tendida entre los valles y las montañas de Cataluña por la Diputación barcelonesa, que ha configurado la primera floración moderna de escuelas de aldea. Bello tiene sus reservas sobre la proyección del nacionalismo militante en la obra escolar, pero reconoce al tiempo que “ninguna gran empresa llega a realizarse si no acertamos a poner en ella la fecunda violencia de una pasión”²².

El viajero quiere trasladar este *pathos* a la provincia de Madrid. Pero, “¿existe la provincia de Madrid” –se pregunta. Geográficamente, claro que existe. Pero, como referente cultural, el concepto de provincia, fuera de los territorios anteriormente aludidos, carece de realidad y aun de jurisdicción. No es competencia de las diputaciones castellanas la misión de enseñar, aunque –en el caso de Madrid– “ningún otro género de beneficencia pudiera serles tan provechoso a los pueblos de la sierra y de la estepa”, los dos cercos de la capital. Entre el municipio y el Estado, el primero pobre y el segundo sobrecargado de obligaciones, no existe un cuerpo intermedio que asuma aquellas funciones, un “organismo activo” que cumpla con aquella “misión tutelar”. Por eso, donde acaba el término municipal de la capital empieza una “zona muerta”, en la que ya no se leen periódicos, un territorio que parece pertenecer a “distinto período geológico”, que ha de ser repoblado de escuelas para, entre otras cosas, elevar el consumo cultural de sus gentes. A falta de aquellos organismos intermedios que podrían llevar a cabo tal acción, Bello convocará a las “clases cultas madrileñas” –clases mediadoras, neutras en la mayor parte de los casos– para que unan sus esfuerzos en la “iniciativa social” que ha de suplir las lagunas de la Administración²³.

Continuando con su discurso, días después del anterior artículo, el autor subtitulará otra de sus columnas: “La acción social debe ayudar al Estado”. El Estado-providencia, transformado hoy en Estado-policía, no llega a atender las necesidades culturales del pueblo, y aunque la villa de Madrid tenga sin resolver su problema escolar, como era bien sabido, la suerte de los pueblos de la estepa y de la sierra no podía ser indiferente a los ciudadanos con sensibilidad. Aquel territorio aletargado, cuyo régimen escolar no había variado en todo un siglo, que ni siquiera pudo pagar en su día el sueldo mínimo a los maestros, reclamaba ahora, frente a la debilidad del Estado, el auxilio de la sociedad. Vizcaya, como indicaba María de Maeztu, recibió los retornos americanos que destinó en parte a organizar su primera enseñanza. Madrid debe devolver a sus pueblos también, por interés y por filantropía, la savia que de ellos ha recibido²⁴. Las disposiciones que obligaban a los municipios a crear y conservar las escuelas, al ser inviables, irán a parar al “herbario del Alcubilla”²⁵, a no ser que la colaboración pública y privada de entidades, corporaciones y sociedades venga en ayuda de los

²² BELLO, L.: “Escuelas rurales. Lección de las provincias”, *El Sol*, 23 de septiembre de 1925.

²³ *Ibidem*.

²⁴ BELLO, L.: “Madrid y su provincia. En el país de los viceversas”, *El Sol*, 3 de octubre de 1925.

²⁵ Se refiere al conocido *Diccionario de Legislación* del autor.

Ayuntamientos. “Mover esas fuerzas sociales de Madrid y llevarlas en socorro de los modestos municipios rurales” era el primer objetivo de la campaña que Luis Bello iniciaba en el otoño de 1925²⁶, programa que después, hasta 1931, impulsaría por toda España.

Una “lluvia de oro” hacía falta para construir las doscientas escuelas públicas necesarias en la provincia de Madrid. Sólo con este “golpe mágico” se podría hacer disminuir el analfabetismo en el entorno que “cerca” la capital. Aquí empezaría la gran “campaña nacional contra la ignorancia”, que no ha de ser confiada al Estado, sino que debe implicar a toda la sociedad²⁷. Esta “acción colectiva”, subsidiaria del Estado y de los municipios, encuentra su cauce posibilista en la Sociedad de Amigos de la Escuela que Bello propone constituir para cooperar de forma organizada y solvente en la construcción de nuevos edificios escolares, en su dotación instrumental, en la mejora de las condiciones de vida de los maestros, en la realización de actividades complementarias y en todo tipo de acciones de apoyo.

El diario *El Sol* publicaba como por entregas –en sus ediciones del 2, 9 y 17 diciembre de 1925– el Anteproyecto de esta Sociedad²⁸. La Junta constitutiva quedó organizada en abril de 1926 y estuvo presidida por don Ramón Menéndez Pidal, contando entre sus vocales con personalidades como Ángel Ossorio, José Garay –Conde del Valle de Suchill–, Luis de Zulueta, Fernández Ascarza, Luis García Bilbao y Tomás Navarro, además del propio Bello, que actuaría de secretario. Su residencia se fijaba en la plaza de Santa Ana, número 4²⁹.

La Sociedad no se dejaría llevar por un ingenuo optimismo, ni tampoco por el arbitristo utópico de otras épocas, aunque a menudo se atreviera a plantear un “programa máximo” a sabiendas de que sólo conseguiría el “programa mínimo”. Pero este sería en todo caso el logro posible de la nueva estrategia de regeneración. No era aconsejable caer en el discurso pesimista de Senador, a quien Bello ve preso de su “amargo arbitrista”³⁰, porque, por medio de la solidaridad, aún era posible desperezar las “energías dormidas” de los españoles desde aquella “cruzada por la escuela”. La nueva asociación apelaba a la cordialidad y al civismo y esperaba no ser “otro gran gesto inútil, otro alarido más”, como advertía Ortega, al igual que lo fueron algunos gritos del 98³¹. Como “sociedad por afectos”, y no por acciones, el proyecto evocaba a los “amigos del país” del XVIII y a la Sociedad que, a mediados del XIX, promoviera Pablo Montesino para “propagar y mejorar la educación del

²⁶ BELLO, L.: “Las escuelas. Punto de vista oficial”, *El Sol*, 10 de octubre de 1925.

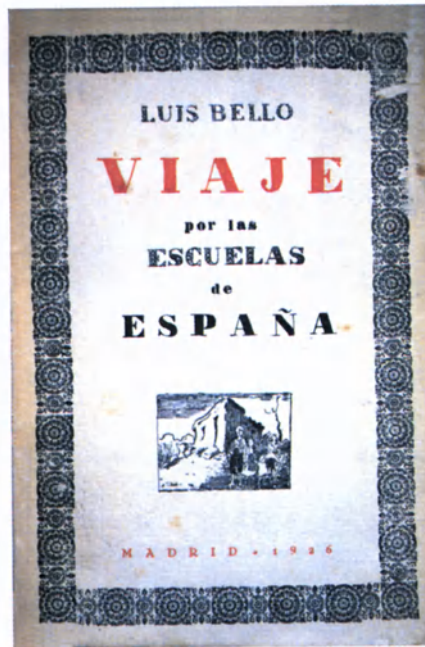
²⁷ BELLO, L.: “La lluvia de oro. Dinero para las escuelas”, *El Sol*, 24 de octubre de 1925.

²⁸ BELLO, L.: “Anteproyecto para una Sociedad de Amigos de la Escuela”, *El Sol*, 2, 9 y 17 de diciembre de 1925.

²⁹ “Sociedad de Amigos de la Escuela. Junta constitutiva”, *El Sol*, 1 de abril de 1926.

³⁰ Se refiere el autor a los análisis de J. SENADOR en su obra *Castilla en escombros* (Valladolid, Vda. de Montero, 1915). Véase nuestro trabajo: “Educación y sociedad en el regeneracionismo tardío de Julio Senador”, *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1990, vol. V, pp. 539-558.

³¹ Artículo de Bello citado en la nota 29.



Página de uno de los ejemplares de *El Sol*, en la que aparece una crónica de Bello a las escuelas del entorno de Madrid, y cubierta del primer volumen de *Viaje por las escuelas de España* (Madrid, Magisterio Español, 1926), en el que Bello recogió parte de sus artículos sobre el “cerco” y la Sierra. Otros trabajos, que nosotros hemos rastreado en *El Sol*, y que no se incluyeron en la compilación, se recogen en la edición que ahora presentamos.

pueblo”, inspirada en las ideas del reformador social Ramón de la Sagra. El nuevo mecenazgo nacía como una “gran ofensiva” de alcance general que intentaba aglutinar, bajo el liderazgo de la *intelligentsia* liberal y progresista de la época, y no sólo de las clases neutras, a todas las fuerzas vivas del país³². Desde aquí podría llegarse a la “transformación de la vida nacional en la base, no en la cúspide, en la gran masa popular”³³.

La campaña de prensa de Luis Bello generó todo un estado de opinión sobre la escuela y sobre su figura a escala nacional, reflejado en las cartas que *El Sol* recibía desde los puntos más diversos

³² Véanse: BELLO, L.: “La tradición del XVIII. Nueva visita a los caballeros de Azcoitia”, *El Sol*, 4 de julio de 1925, e “Ideólogos en acción. Don Ramón de la Sagra, un reformador social”, *El Sol*, 17 de junio de 1925.

³³ BELLO, L.: “La vida nacional. Carta a un maestro de la Sierra”, *El Sol*, 3 de febrero de 1926.

del país. Tal movimiento vino a cristalizar en el homenaje público que Luis Araquistáin convocaba con su artículo de 24 de marzo de 1928³⁴, propuesta acogida por la Asociación de la Prensa de Madrid y los diarios de toda España. El homenaje, tal como propuso Araquistáin, iba a cristalizar en la suscripción nacional para ofrecer una casa a aquel nómada del periodismo, donquijotesco errante convencido, como Giner y Costa, sus maestros, de que “toda política debe comenzar por la escuela”³⁵. El “misionero” de aquella “admirable cruzada”, como la calificó Azorín, había logrado, al fin, el “milagro de que España piense en sí misma”³⁶.



Una escuela que ha tenido que ajustarse a las normas de construcción vigentes y sus “diminutos” alumnos.

*Imagen del Pabellón “Transatlántico”, junto a la Residencia de Estudiantes, diseñado por el arquitecto Antonio Flórez conforme a los criterios de la Oficina Técnica del Ministerio. Al lado, una ilustración con que el Grupo GATEPAC, de orientación más funcionalista, criticaba los dispendios de la arquitectura al uso. La revista **A. C.** hacía notar la desproporción entre el alzado de las construcciones y la talla de los niños, así como las consecuencias económicas de tal disarmonía. Bello se mostró afín a estas corrientes renovadoras.*

³⁴ ARAQUISTÁIN, L.: “Homenaje necesario. Por Luis Bello”, *El Sol*, 24 de marzo de 1928.

³⁵ BELLO, L.: “Educación estoica”, artículo citado.

³⁶ AZORÍN: “Un misionero”, prólogo a *Viaje por las escuelas de España*, de L. Bello, Madrid, Espasa-Calpe, 1927, vol.III, p. 11.

La crónica de este movimiento en favor de Bello y de su programa que hemos relatado con detalle en otro trabajo³⁷, refleja no sólo las inquietudes de la sociedad por la escuela pública y la educación popular de los ciudadanos, sino las actitudes de las fuerzas democráticas y de progreso en su lucha frente a la Dictadura y la configuración de lo que pronto iba a ser la eclosión republicana. La comisión pro homenaje, presidida por José Francos Rodríguez, presidente de la Asociación de la Prensa, canalizó las suscripciones a través de *El Sol*, que publicaba a diario las listas de las adhesiones, procedentes de todos los lugares del país. Era la nómina de los españoles de la libertad, exponente de todo un momento de nuestra conciencia nacional, uno de los registros más cívicos y solidarios en favor de la escuela popular. Políticos, como Azaña y Besterio; escritores, como Valle-Inclán y Américo Castro; científicos, como Marañón y Pittaluga; periodistas, como Urgoiti y Díez Canedo; pedagogos, como Zulueta y Luzuriaga; y hasta toreros, como Juan Belmonte, se sumaron a la convocatoria. Todo el mundo editorial, de Espasa a Dalmáu; el de la prensa, desde *ABC* a *El Socialista*; ateneos, casinos, casas del pueblo, sindicatos... Y también, claro está, las asociaciones de maestros, la Institución Libre de Enseñanza, las escuelas normales, varias universidades... ¿Es posible encontrar otro momento histórico de tanta cohesión en torno al problema de la escuela?

Mas la actitud cicatera había de venir del Gobierno que, sin dejar de reconocer el "buen nombre moral y cultural de Bello", exponía sus reservas al considerarlo como un "apasionado doctrinário político" que había omitido en sus crónicas el "merecido elogio" de los logros conseguidos por el Estado en la "noble empresa de la regeneración escolar"³⁸. Sutil retórica con la que los políticos responsables del país eludían sumarse al clamor popular por una escuela digna para todos que, pese a las afirmaciones gubernativas, estaba aún lejos de ser una realidad.

El acto de entrega de la vivienda constituyó igualmente una general muestra de simpatía y solidaridad con Luis Bello. La casa, ubicada en la madrileña calle de Zurbano, número 61, esquina a la de Málaga, se construyó bajo la dirección del joven arquitecto Manuel Vías, conforme a los criterios de sobriedad, higiene y firmeza que el autor había defendido para la escuela. Sin monumentalidad ni barroquismos, el aire, el sol y la luz se afirmaban como claves de una nueva arquitectura pedagógica, que, influida por las críticas del Grupo GATEPAC, se oponía a las corrientes más conservadores de la Oficina Técnica de Construcción de Escuelas, cuestión a la que nos referiremos más adelante. Esta era la casa que "a escote" se ofrecía a este "nuevo Quijote", que abierta al "azul de la sierra" —aquella sierra que él visitara—, tuviera siempre el "portal abierto a los amigos" —y, como dijo el propio Bello al aceptarla, a los de la "acera de enfrente" también—, y en su huerto, un tilo, bajo el que pudiera leer con calma a "Pestalozzi y Giner" y a otros autores de la "breve biblioteca" que en su interior albergara. En esta casa el arquitecto Vías ofrecía el "modelo de una escuela con casa para el maestro"³⁹.

³⁷ Véase nuestro trabajo citado en la nota 15 (pp. 30-38).

³⁸ "Nota oficiosa. El Gobierno se adhiere", *El Sol*, 3 de abril de 1928.

³⁹ Véanse: "Ayer se verificó la entrega de la casa de Luis Bello", *El Sol*, 22 de junio de 1930. "El homenaje a Bello", *El Sol*, 10 de marzo de 1928. BELLO, L.: "Mi casa. La casa de ustedes. Y las escuelas de la Prosperidad", *El Sol*, 19 de julio de 1930.

El eco generado por la “visita de escuelas” –título bajo el que *El Sol* publicó las columnas de Bello– animó al autor a compilar sus artículos –no todos– en cuatro volúmenes. En el primero se incluyeron algunos de los viajes por Madrid –los que aquí se reproducen en las secciones relativas al “cerco” y a la “sierra”–, Castilla y León y Asturias⁴⁰. Nuestro rastreo de *El Sol* ha permitido encontrar otros tantos trabajos sobre Madrid no incluidos en la primera edición por el autor. Estos artículos son los que se publican en este volumen en las secciones tituladas: “Más sobre los pueblos de Madrid” y “El problema escolar de Madrid”. El texto sobre la Sociedad de Amigos de la Escuela sí apareció en el volumen de 1926. Entre 1927 y 1929, el autor publicó sus informes sobre los otros viajes, aunque dejó algunos sin dar a la luz, como los de Cataluña y Galicia⁴¹. El segundo volumen reúne las crónicas relativas a parte de Andalucía, junto a otras sobre las dos Castillas (Toledo y Soria)⁴². El tercero, prologado por Azorín, lo dedica a las escuelas de Extremadura, con una incursión a tierras portuguesas⁴³. En el cuarto, finalmente, se recogen los artículos sobre otras provincias andaluzas, más una extensión a Tánger⁴⁴.

Bello siguió visitando escuelas en su propósito de conocer las de todas las regiones. Cuando Araquistáin convocó el homenaje en 1928, el autor consideraba que aún le quedaban diez años para completar su obra, según confesó a Nicolás M. Urgoiti, el director de *El Sol*. Pero los acontecimientos políticos interrumpieron su proyecto, al ser elegido diputado a Cortes en las Constituyentes republicanas. Es la vuelta a la política activa, tras aquella curiosa experiencia de hacer política de otra manera en los medios de expresión censurados. Sus actuaciones en este nuevo ámbito de acción ya han sido relatados por nosotros en otro trabajo⁴⁵. Adscrito a Acción Republicana, se desmarcó en ocasiones de la disciplina de partido para apoyar algunas opciones más progresistas, y su defensa de los intereses que representaba –él fue diputado por Lérida y presidente de la Comisión del Estatuto de Cataluña– le llevó incluso a oponerse a Unamuno en la cuestión de la enseñanza primaria en catalán⁴⁶.

La muerte sobrevino a Luis Bello en pleno tráfago político el 5 de noviembre de 1935, tras breve enfermedad. *El Sol*, al dar la noticia ofrecía una biografía de urgencia de su viejo y leal colaborador,

⁴⁰ BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de España*, Madrid, Magisterio Español, 1926, vol. I. *El Viaje por las escuelas de Asturias* fue reeditado en 1985 por la Consejería de Educación y Cultura del Principado, con introducción de José Esteban y “Epílogo para asturianos” de Juan Benito. El correspondiente a Castilla y León se ha publicado recientemente por Ámbito (véase la nota 15).

⁴¹ Obra citada en la nota 15.

⁴² Véase la nota 18.

⁴³ Véase la nota 36. Este volumen ha sido reeditado, con estudio de Encarnación Lemus, por Editora Regional de Extremadura (Mérida, 1994).

⁴⁴ BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de España*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929, vol. IV.

⁴⁵ Véase nuestro trabajo citado en la nota 15 (p. 36 y ss.).

⁴⁶ LOZANO, C.: *La educación republicana*, Barcelona, Publicaciones Universidad, 1980, pp. 246-247.

en la que se resaltaba la importancia del homenaje como hecho que logró concitar a “toda la España viva y liberal sin distinción de clases”. El suceso dio origen de nuevo a otra manifestación colectiva de adhesiones. La Asociación de la Prensa que ya había asumido la construcción de su morada en vida, hubo de hacerse cargo del entierro⁴⁷. *El Adelanto*, de Salamanca, daba igualmente la noticia de la muerte del ilustre polígrafo y político nacido en Alba de Tormes⁴⁸. Las Cortes, finalmente, también le rindieron homenaje⁴⁹.

Cerraba así su ciclo un hombre que, instalado en las tradiciones iniciadas por Giner y Costa, asumió el discurso de la regeneración desde posiciones laicas y liberales. A caballo, por otro lado, entre las generaciones del 98 y del 14, Bello supo ser espectador crítico de la sociedad y la escuela de principios de siglo, denunciar la realidad que precedió a la República y contribuir a crear, desde el periodismo, una conciencia nacional en torno a la educación del pueblo que no tenía precedentes en la España contemporánea. Esta labor, como resaltó Díez-Canedo en una nota necrológica, fue más decisiva que la que pudieron haber suscitado antes de la Dictadura los centenares de discurs-

26

ANOCHÉ MURIO EN MADRID D. LUIS BELLO



Haaghe de la vida heroica del gran escritor

Don Luis Bello acababa de cumplir los ochenta y cinco años cuando murió en Madrid el día 6 de noviembre de 1935. Fue un hombre de gran estatura, de gran fuerza física, de gran carácter. Su vida fue una constante lucha por la libertad y la justicia. Su obra es una gran contribución a la cultura española. Su muerte es una gran pérdida para el pueblo español.

El escritor heroico

Don Luis Bello fue un escritor heroico. Su vida fue una constante lucha por la libertad y la justicia. Su obra es una gran contribución a la cultura española. Su muerte es una gran pérdida para el pueblo español.

Luis Bello Trompeta (Alba de Tormes, 1872-Madrid, 1935). Fotografía publicada por **El Sol** el 6 de noviembre de 1935 con ocasión de su fallecimiento. Sus rasgos revelan aquel “espiritu ascético” con que le definió Azorín: “Alto, erguido, enjuto de carnes... Sus ojos destellan un poquito de cansancio y melancolía”. Hombre de “activo y patriótico idealismo”, el autor de la nota necrológica le presenta como un ejemplar defensor de las libertades populares y como escritor heroico.

⁴⁷ “Anoche murió en Madrid Luis Bello”, *El Sol*, 6 de noviembre de 1935.

⁴⁸ “Anoche murió en Madrid Luis Bello”, *El Adelanto*, 6 de noviembre de 1935.

⁴⁹ “La Cámara rindió homenaje a la memoria del ilustre escritor D. Luis Bello”, *El Sol*, 14 de noviembre de 1935.

sos parlamentarios que se pronunciaron en torno a la cuestión⁵⁰. Las restricciones a la libertad habían dado a la prensa –ya lo hizo notar el propio Bello en 1925– más “contenido” y mayor “sustancia”, y aunque en ocasiones fuera un milagro seguir publicándola, desde sus páginas también se podía llevar a cabo una obra patriótica y cultural⁵¹.

3. POR EL ENTORNO DE MADRID

Hay que salir de Madrid. “España es tan hermosa que, al recorrerla de pueblo en pueblo, estoy seguro de no perder el viaje”⁵¹. Con este texto cierra Luis Bello el “Prólogo” al primer volumen de su *Viaje por las escuelas de España*, que incluye, como hemos dicho, sus artículos correspondientes al “cerco” y la “sierra” de Madrid, los relativos a Castilla y León y Asturias, además de otros escritos sobre el maestro y la Sociedad de Amigos de la Escuela.

A Bello le agobia la capital, aquel Madrid “donde se centralizan el poder y la murmuración”⁵², que por entonces estaba adquiriendo la fisonomía de ciudad moderna. Prefiere acudir en ayuda de los pueblos que forman parte de los círculos o “cercos” que, como a Saturno, rodean a la capital. No puede llevar con él a todos los vecinos y mostrarles los poblados del Guadarrama y del llano para reclamar su asistencia en la acción impulsora que la educación rural requiere⁵³. Conoce desde hace tiempo las escuelas de este “cerco” de Madrid –él mismo, como recuerda, asistió en su infancia a alguna de ellas– y aspira a regenerar aquel mundo aldeano con el concurso de una acción social organizada que supla las debilidades del Estado. Mas como la sociedad capitalina no ha de ir a los pueblos, asume él la misión de visitarlos, con el compromiso de plasmar en las páginas de *El Sol* sus informes de “visita de escuelas” a través de una escritura intencionadamente “rica en color y fuerza gráfica”, aunque también “sin violencia”, como si se expresara “piadosamente”⁵⁴. Crítica y ternura, denuncia y comprensión, estas son las categorías que definen el periodismo regeneracionista de aquel peregrino errante continuador de la tradición iniciada por los viajeros ilustrados y románticos de las anteriores centurias.

La situación “desoladora” y “trágica” de los pueblos que circundan Madrid no era un secreto para nadie. “Todos saben, como yo –escribía Bello–, la pavorosa limitación espiritual de los lugarejos madrileños, y se dan cuenta de la importancia que tendría reforzar intensamente su instrucción y su educación comenzando desde la escuela”⁵⁵. Esta situación contrastaba sin duda con la imagen

⁵⁰ DÍEZ-CANEDO, E.: “La muerte de Luis Bello”, *El Sol*, 24 de noviembre de 1935.

⁵¹ BELLO, L.: “Sobre el periodismo”, *El Sol*, 12 de agosto de 1925.

⁵² BELLO, L.: *Viaje...*, vol. I, ed. cit., p. 16.

⁵³ BELLO, L.: *Viaje...*, vol. I, ed. cit., p. 14.

⁵⁴ *Ibídem*, p. 10.

que empezaba a ofrecer la metrópoli, con una morfología cada vez más moderna y modos de vida, en franco proceso de urbanización, que daban al traste con los viejos estereotipos galdosianos que la presentaron como morada de rentistas, burócratas y vagos de café, y como una ciudad castiza y cortesana.

Madrid, aunque aún conservaba algunas supervivencias de su origen “campesino y lugareño”, tenía ya una “vida nueva”. Lo castizo ha ido dejándose arrollar por las influencias externas, y en ello, además, “en pocos años Madrid ha ido muy deprisa”. En sus relaciones con su entorno, la historia de la ciudad incluía tres periodos. Uno, ya concluido, aunque no hace mucho tiempo, en el que la Sierra y La Mancha penetran y marcan con su sello la vida de la Villa y Corte. Otro, de transición, en el que Madrid se va configurando como algo “independiente” de los elementos que lo integran y nace como ciudad. Esta etapa se inicia sobre el 98, sin que en tal fecha quiera ver Bello ningún tipo de culpa histórica. Por estos años visitó Maragall la capital, percibiéndola como un “yermo desolado”, al igual que toda Castilla, “que no podía ver el mar”. El último período, que se empezaba a dibujar cuando el autor escribía sus *Ensayos e imaginaciones de Madrid*, datados en 1919, debía inaugurar un nuevo tipo de relación marcado por el “deber” de “redimir” desde la capital a la Sierra y a La Mancha⁵⁶.

28

Si la ciudad de Madrid había empezado a distanciarse de la imagen de pueblón manchego con que quedó descrita en la literatura y en el lenguaje popular, el entorno próximo a ella, abarcable casi con un giro completo de la mirada del espectador, mostraba todo un conjunto de “lugares” arcaizantes en su decadencia, en unos casos, o degradados en su caótica expansión, en otros. Estos poblados, situados sobre el “pardo sayal tendido a los pies del Guadarrama”, con sus torres “sin cigüeñas –sin tradición–”, ponían además “cerco” a Madrid, advirtiéndole de su origen aldeano y de la siempre amenazante posibilidad de retorno a su primera condición: “¡Así fuiste tú! ¡Así volverás a ser cuando te abandones!”⁵⁷.

Al viajar por el Sur, percibe Bello la “estepa” madrileña como un paisaje degradado por el escombros y el estiércol. Tierras pardas, verdes en primavera y doradas durante el estío, reciben los detritus que la ciudad deposita sobre ellas, transformándolas en “arrabal miserable” comunicado con Madrid por las “cintas polvorientas” de sus caminos. Hay que llegar a Getafe para que el campo adquiera el encanto de la sobriedad, con sus “huertecitos morunos”, sus regadíos por noria y sus pequeñas casas⁵⁸. También Navalcarnero, villa más parecida a los pueblos manchegos que a los sobrios y escuetos lugares castellanos, con sus escuelas de 1886, le parece una población pintoresca⁵⁹.

⁵⁵ Artículo citado en la nota 28.

⁵⁶ BELLO, L.: *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, Madrid, Calleja, 1919, pp. 53-59 y 81-86.

⁵⁷ BELLO, L.: “La escuela en domingo”, *El Sol*, 7 de octubre de 1925.

⁵⁸ BELLO, L.: “La escuela vieja de Parla y las nuevas de El Álamo”, *El Sol*, 14 de octubre de 1925.

⁵⁹ BELLO, L.: *Viaje por las escuelas de España*, ed. cit., vol. I, p. 35.

Junto a esta estética de lo degradado y lo bucólico, puede el viajero toparse con pueblos que han iniciado su modernización urbanística, como era el caso de Fuenlabrada, en los que además empiezan a manifestarse, en otro orden de cosas, los primeros indicios de la cuestión social, aunque sea bajo formas que recuerden las enconadas luchas primitivas⁶⁰.

También Móstoles, pueblo agrícola por entonces, mostraba señales de un urbanismo moderno, dentro de la tradición próxima a La Mancha alta, y del estancamiento por el que atravesaba la villa, que no había variado su población –unos mil quinientos habitantes– desde los cómputos registrados por Madoz, a mediados del siglo anterior. Para seguir siendo un pueblo “igual a sí mismo” en casi un siglo, Móstoles tuvo que enviar siempre sus excedentes a Madrid y limitarse a “lo estrictamente indispensable para no perder pie”⁶¹.

Este mismo quietismo, o inmovilismo, es el que se intuye en el relato intitulado “Historia de una carretera”, en el que se da cuenta de las peripecias seguidas por un proyecto de vía rural diseñado hacía setenta años bajo la batuta de “uno de esos alcaldes socarrones que ven crecer la hierba”.

*Corrida “goyesca” en torno a las Fiestas de San Isidro del año 24. El pintor era entonces recordado por los que realmente más “pintaban”, los taurófilos de la tradición nacional, y no desde luego por los artistas o los críticos. El gesto ceñudo y acusador de Goya denuncia la instrumentación de sus creaciones por los nuevos gendarmes del pueblo madrileño (*El Sol*, 28 de mayo de 1924).*



⁶⁰ BELLO, L.: “Tres horas en Fuenlabrada”, *El Sol*, 7 de diciembre de 1925.

⁶¹ BELLO, L.: “Antífesis. Otros lugares”, *El Sol*, 16 de enero de 1926.

Durante más de medio siglo, en aquel “innominado” lugar, de “raza independiente” y “poco afecta al servicio oficial”, el proyecto sólo fue un trazado sobre el papel, aunque en tan largo proceso se movilizara alguna vez a los “hijos más ilustres” del poblado a fin de “ejercer presión sobre la burocracia madrileña”. El ejemplo lo traía Bello a colación “no tanto por los pueblos que esperan caminos como por los que esperan escuelas”⁶².

Pero volvamos de lo arcaico a las miserias de arrabal. En este giro, el cronista se encuentra con Carabanchel Bajo, una densa barriada que casi toca a Madrid, y que, junto con otros núcleos del llamado “extrarradio”, forman lo que se ha llamado el “cinturón de fealdad” de la capital⁶³, al que aún no han llegado los servicios públicos elementales. Bello describe el barrio de la Legión que visita como un “poblado a granel”, en el que cada cual construyó sus chabolas y corralas como quiso, sin sujeción a trazado dispuesto por arquitecto alguno. El eje de la calle Cervantes, hasta la plaza de Millán Astray, era un “arroyo de agua jabonosa bordeado de casucas quizá medio derruidas, quizá a medio construir”. Aquel aluvión de viviendas, surgidas al hilo de la inmigración, dejaron en la retina del autor la imagen de un “país movedizo, donde todo es interino y provisional”. Si este paisaje se civilizara, de espacio degradado podría tornarse en “estepa de plata”, más refinada que la del Madrid que Goya viera desde la pradera de San Isidro⁶⁴.

En este juego de contrastes, que Bello construye en “puzzle” para dar color y fuerza a su narración, aparecen en su libro de ruta, antes de entrar en la Sierra, dos aproximaciones al Norte: una por el barrio de la Prosperidad, y otra por El Pardo. La primera muestra un área de la capital con formas de paisaje urbano de arrabal –“ni aldea ni ciudad”–, que el viajero visita al considerarlo por error territorio independiente, como Tetuán de las Victorias⁶⁵. El Pardo se le aparece, en cambio, no como “cerco”, sino como la “corona de roble”, esto es, como todo un “parque” iluminado por la luz clara velazqueña⁶⁶, la misma que pudo atraer a los excursionistas de la Institución Libre de Enseñanza, mentores de los primeros programas de educación ecológica, en los que el amor a la naturaleza se mezclaba con el cultivo de la sensibilidad estética y el desarrollo moral.

Frente al “cerco” del Sur, cinturón estepario, pardo y degradado, poblado de arrabales miserables, Bello se deja seducir, como les ocurriera a Giner y a Cossío, por el paraíso forestal de El Pardo, antesala del paisaje serrano. Ante aquella luz gris plata y aquel aire limpio que traía ya larga marcha, el cronista refleja en su cuaderno de bitácora su sentimiento de “liberación” tras haber pisado la “llanura” de polvo y asfalto del cerco sureño⁶⁷. Es allí donde el autor sufre una especie de éxtasis aluci-

⁶² BELLO, L.: “Historia de una carretera”, *El Sol*, 4 de noviembre de 1926.

⁶³ GÓMEZ CARBALLO, M^a. A.: “Carretera de Andalucía”, en *Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978-1982, vol. II, pp. 661-680.

⁶⁴ BELLO, L.: *Viaje...*, op. cit. en la nota 40, p. 58 y ss.

⁶⁵ BELLO, L.: “Lo que llegó a comprender D. Antonio Iniesta”, *El Sol*, 23 de diciembre de 1925.

⁶⁶ BELLO, L.: “Corzos y niños en El Pardo”, *El Sol*, 10 de febrero de 1926.

⁶⁷ BELLO, L.: “Por el camino de Fuencarral”, *El Sol*, 17 de febrero de 1926.

natorio que le lleva a entrever un tipo ideal de escuela encantada, como después le ocurriría con la de Vinuesa, en los pinares sorianos⁶⁸. Esta imagen sublimada que Bello esperaba haber encontrado en El Pardo tendría su patio-jardín, estaría inundada por la luz clara y plateada, al igual que la del retrato del príncipe Baltasar Carlos, y rodeada por los robledales, la ribera del río y la compañía de un cercano convento. Aunque la escuela real fuera tan lóbrega y miserable como otras, el reino de la fantasía, de la fábula, se la presentaba como “la escuela más original del cerco de Madrid”⁶⁹.

La “corona” Norte de la capital tenía tres anillos. El primero se rompía al pasar Tetuán; el segundo, tras cruzar Fuencarral; el tercero nunca se traspasaría, al estar demarcado por el mismo telón, de roca viva, del Guadarrama.

Entre Cuatro Caminos y Tetuán se fue configurando uno de esos “extrarradios” de la primera expansión madrileña, la que se llevó a cabo en las primeras décadas de siglo. Este núcleo, algo ruralizante aún –“con olor a churros y gallinería”, anotaba Bello– era bien distinto al modernista Paralelo barcelonés de la época. A sus puertas había llegado el Metro en 1919, pero aún no había perdido la imagen de arrabal habitado por jornaleros y clases populares procedentes en gran parte de la inmigración. El camino de Fuencarral –de Madrid para unos, de la Sierra para otros– se abre de nuevo a un paisaje más digno y sereno, amueblado con casas de severa prestancia, como correspondía a la tradición genuina de esta villa que, pese a estar comunicada con la ciudad por tranvía, todavía se mantenía, en sus formas, preservada de los influjos cosmopolitas⁷⁰.

En este acercamiento a la Sierra se encuentra el viajero con Torrelaguna, pueblo de agricultores y ganaderos con ciertas “pretensiones” urbanas, en el que las muchachas vestían como en Madrid, si bien con algo de “melancolía e historia”. Muy cerca de esta villa está Patones, ya en la Sierra misma, el rincón áspero y casi salvaje que visitara allá por el XVIII don Antonio Ponz, capital de un antiguo reino de leyenda, celoso de su independencia, que mantuvo durante siglos un gobierno hereditario, con su rey⁷¹. Después, en su periplo hacia el Norte, con el telón de fondo de Somosierra, Bello pasa por El Berrueco, Sieteiglesias, Lozoyuela y Buitrago. En su decurso, se deriva además hacia Gascones y La Serna, pueblos igualmente representativos de aquella Castilla carpetovetónica que rodeaba a Madrid⁷². Y, por este lado del último “cerco”, el cronista de *El Sol* llega finalmente a la escuela más alta, la de Somosierra, en cuyo dintel está grabado el año de su erección: 1794. “Si Napoleón volviera hoy al puerto de Somosierra, encontraría el pueblecito tal como lo

⁶⁸ BELLO, L.: “La escuela encantada de Vinuesa”, *El Sol*, 2 de junio de 1926.

⁶⁹ BELLO, L.: “Corzos y niños...”, art. cit. en la nota 66.

⁷⁰ Artículo citado en la nota 67.

⁷¹ BELLO, L.: “Cruzamos el reino de los Patones”, *El Sol*, 1 de marzo de 1926.

⁷² BELLO, L.: “De Patones a Lozoyuela, por el Berrueco”, *El Sol*, 3 de marzo de 1926.

dejó". Esta es la exclamación del viajero ante tanto arcaísmo. Las mismas casas, las mismas gentes, la misma escuela. España seguía perdiendo, todos los días, la batalla de Somosierra⁷³.

Durante siglos, la ciudad había vivido de espaldas a la "carpetana, ceñuda y glacial" Sierra, y sólo la sensibilidad estética de un Giner o un Galdós se había asomado a los oasis de los valles del Guadarrama. Sumido en la soledad y desolación de los largos inviernos, aquel espacio pudo ser también objeto de estudio, para eruditos como Bernaldo de Quirós, o poetas, como Enrique de Mesa. El primero pudo registrar, como hombre de ciencia, que "hay todavía cerca de nosotros manchas de civilizaciones retrasadas", como las de Atazar o Patones, en las que abundan los analfabetos, con "un vocabulario de apenas un centenar de palabras, pronunciadas en bárbaros sonidos", que contrasta con las "culturas del campo", en las que las tierras benéficas han producido una "mejora moral de la especie", transportada así a "estados superiores" de evolución. Tributarios de las teorías positivistas de la época, los análisis de Bernaldo de Quirós presentaban, pues, a los serranos como una cierta pervivencia troglodita. Pero, más allá de estas preocupaciones antropológicas, Madrid "no ha pensado nunca en la Sierra"⁷⁴.

32



*El joven Bello se sintió fuertemente atraído por Galdós, al igual que todos los jóvenes del 98. Tres veces se enterró al autor de los **Episodios Nacionales**, y otras tantas se hubo de volver a él. Bello había descubierto de la mano de don Benito los barrios bajos del cerco de Madrid y las huellas de la historia, que ahora se ofrecía a los escolares en narraciones ejemplares. Portada de uno de los volúmenes de los **Episodios Nacionales extractados para uso de los niños**, obra publicada por la madrileña Casa Hernando, la más antigua editorial escolar, fundada en 1828.*

⁷³ BELLO, L.: "La batalla de Somosierra", *El Sol*, 12 de marzo de 1926.

⁷⁴ BELLO, L.: *Ensayos...*, ed. cit., pp. 62-76. Véase también: BERNALDO DE QUIRÓS, C.: *Guadarrama*, Publicaciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1915.

El nuevo ideal que Bello sugiere para Madrid incluye no sólo redimir a la Sierra desde un “apostolado” cultural y cívico, sino también “poblar el desierto” del Sur que viera Maragall, “donde viven hoy quizá menos gentes que en tiempo de los Austrias”, “dulcificar” el “temple” de sus habitantes, fomentar sus cultivos, los árboles y el agua y, en definitiva, “sentir la provincia”⁷⁵. Era este un programa civilizatorio afín al que otros regeneracionistas de la época, como Costa o Senador, propusieron.

4. LA SITUACIÓN DE LAS ESCUELAS RURALES

La realidad escolar del entorno de Madrid era para Bello “desoladora, trágica”, lo que exigía elevar a pública la denuncia de la situación, por lo demás bien conocida por la mayor parte de los responsables intelectuales y políticos. Tal situación no era exclusiva, en verdad, de aquellos “lugarejos” que cercaban la capital, sino común a buena parte de la España rural, pero la inspección tenía que comenzar por lo más próximo⁷⁶.

La Sociedad de Amigos de la Escuela debía iniciar sus trabajos conociendo los datos de esta realidad. “Más de doscientos pueblos siguen el paso cansino a que se acostumbraron durante todo el siglo pasado, y aun los más ricos tienen descuidada la enseñanza primaria”⁷⁷. Sobre esta desoladora situación cunde a veces el pesimismo, y “la idea de que el cerco de Madrid está hecho de una tierra distinta del resto de España” invita a considerar “irredentos” estos pueblos⁷⁸.

Veamos, en relación con lo anterior, algunas impresiones que Bello registra en sus notas de viaje al visitar las escuelas de estos entornos de la capital. Cargadas a menudo con tintes de aguafuerte para reclamar la atención del lector, constituyen, más allá de su retórica, un conjunto de descripciones que configuran el cuadro etnográfico de aquella situación.

Se inicia esta serie de informes con la columna titulada “La escuela de un lugar”, que alude a un punto imaginario sólo definido por su situación a seis leguas de la Corte. Es esta la escuela a la que el autor asistió y que ahora recupera “poetizada” y “transfigurada” entre los recuerdos de su infancia con “cierto encanto veraniego”, pero que en su fría y seca realidad era un “mundo inhabitable”, resuelto en un escueto rectángulo con sus cuatro paredes desnudas que se podía sumar a otros espacios igualmente sórdidos como la cárcel, el hospital, el cuartel... Aunque la fantasía de Bello, guiada de un optimista y generoso impulso, se empeñaba en ver aquella desolación de otra mane-

⁷⁵ BELLO, L.: *Ensayos...*, ed. cit., pp. 88-89.

⁷⁶ BELLO, L.: “Anteproyecto para una Sociedad de Amigos de la Escuela”, *El Sol*, 2 de diciembre de 1925.

⁷⁷ *Ibidem*.

⁷⁸ BELLO, L.: “Una parábola y varias cartas”, en *Viaje...*, vol. I, ed. cit., p. 313.

ra, la dura e implacable realidad le mostraba un triste escenario, sólo decorado por el abecedario o *Cristus* (sic) y unos cuantos cartones del silabario que colgaban de sus paredes, próximo además –“puerta con puerta”– al calabozo municipal⁷⁹.



39

ga go gu ge gi.
je ji.
ga ge go gi gu.
la gen-te si-gue al ge-ne-
ral. el ji-ne-te se di-ri-ge
a-quí. yo ten-go buen ge-



2

m	ma	mi	mo	me	mu
n	na	ni	no	ne	nu
ñ	ña	ñi	ño	ñe	ñu
s	sa	si	so	se	su
r	ra	ri	ro	re	ru
l	la	li	lo	le	lu

Aunque la escuela ha de aspirar a más, toda instrucción elemental comienza con la “labor de desbroce” y alfabetización. Es esta una especie de “circuncisión” –dice Bello–, por la que un niño recibe el sello que dice “sí” en respuesta a la pregunta sobre si sabe leer y escribir. Sesión de lectura a cargo de los niños (enseñanza mutua) o del maestro (enseñanza individual). Los textos, que muestran el aprendizaje literal y silábico impuesto por los métodos tradicionales, corresponden al **Catón de los Niños**, de Mateo Jiménez Aroca, aprobado en 1883 y publicado por Calleja en numerosas ediciones. Este **Catón** es la primera parte de **El Instructor**, compuesto por una serie de libros que desarrollan todo el proceso lector, desde la iniciación a la lectura corriente.

⁷⁹ BELLO, L.: “Escuelas de lugar...”, art. cit. en nota 21. El *Cristus* era la cartilla de iniciación a la lectura, así llamada porque el primer signo que aparecía en ella era el de la Cruz (“Por la señal de la Santa Cruz...”). Véase: FAUBELL, V.: *Acción educativa de los Escolapios en España (1733-1845)*, Madrid, Fundación Santa María, 1987, p. 403.

Esta era la escuela de verdad, y no la del imaginario fantástico que el autor había sublimado en El Pardo. Su simple arquitectura, amueblada con un utillaje elemental compuesto de mesas rotas, bancos cojos, tinteros mellados y algunos rudimentarios medios didácticos, era en realidad un espacio poco amable, en el que por lo demás nada había cambiado en los últimos cuarenta años⁸⁰. Aquel escenario, afín en su estructura y condición a los escenarios de disciplinarización y control social, tal como viera Foucault⁸¹, había sido un lugar de su infancia que no había desalojado de la memoria, al igual que otras estancias, como la de la escuela de Luarca, con su olor a vacas y paja húmeda, o el colegio madrileño, frío y destartado, al que asistió hacía ya casi medio siglo⁸².

También era real la escuela de Alcobendas que el viajero visitaba en su “descanso dominical”, percibiéndola como una escuela fatigada que la habían aseado para que siguiera soportando su vejez. Alta de techo y despejada, con bancos de fin de siglo, aquella estancia mostraba un aire “cansino” y “triste”, un “vaho melancólico” que sólo expresa humildad y miseria. Un recinto capaz para treinta o cuarenta niños, que había de recoger a más de cien, en el que “los que pueden se sientan y los que no, se quedan de pie”. Un verdadero “encerradero” que hay que ventilar, aún en pleno invierno, para que quienes en él se albergan no se ahoguen, y en el que, a ventana abierta, sólo sobreviven, como dice su maestro, don Emilio, los que “son de hierro”⁸³.

Y cuando el local no se airea, la escuela exhala ese inconfundible olor a moho que el cronista percibe en la “vieja”, que no “venerable”, escuela de Parla, sólo abierta al exterior por una ventana y una puerta que comunica con el corral, patio de juegos y evacuatorio a un tiempo, además de toril en la ocasión de las fiestas del lugar, como bien muestran los burladeros de sus ángulos, tras los que los niños se ocultan mientras despachan sus urgencias. Para más surrealismo, el polivalente corral de Parla exhibe una boca de alcantarilla y la reja de un calabozo. Curiosamente, en aquella “escuela toril” había sentido las primeras “musarañas” algún familiar de Bello⁸⁴.

En Hortaleza, el viajero se encuentra con una escuela pobre y fría –“esquema de una escuela para gentes que se conforman con poco”–, junto a otras construcciones semiderruidas, y en lo alto, la iglesia con su torre que mira al camposanto. Aunque en aquel lugar el maestro había sido hasta hace poco alcalde, y aunque en él hubiera fijado su domicilio el dramaturgo don Carlos Arniches, la simple y esquemática escuela no requirió de sus responsables mejor atención para cambiar su imagen⁸⁵. Como contrapunto, las de Móstoles, en cambio, son más modernas, y aun se podrían trans-

⁸⁰ BELLO, L.: “Escuelas de lugar...”, art. cit. en la nota 17.

⁸¹ Véase: FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 145 y ss.

⁸² BELLO, L.: “Escuelas de lugar...”, art. cit. en la nota 17.

⁸³ BELLO, L.: “La escuela en domingo”, art. cit. en la nota 57.

⁸⁴ BELLO, L.: “La vieja escuela de Parla ...”, art. cit. en la nota 58.

⁸⁵ BELLO, L.: “Antítesis...”, art. cit. en la nota 61.

formar en graduadas –el referente paradigmático de los reformadores de la época– con algunos arreglos⁸⁶.

Desolación y abandono observa Bello al contemplar la escuela de Vicálvaro, instalada en una “habitación sórdida”, miserablemente amueblada, con enseres y materiales que pregonan pobreza y descuido, más ostensibles aún por el contraste entre estas precarias materialidades y un entorno más dinámico y estimulante, integrado por un campo rico, la incipiente industria en él asentada y las renovadas viviendas de sus moradores. La escuela, reducida por algunas segregaciones municipales, denota, como otras de la zona, cansancio y abandono. En ella hay una “escalera-modelo” que el autor quiere describir con algún detalle para evitarse aludir a este tipo de elemento constructivo en otras muchas ocasiones. Esta “escalera-sintética”, como también la llama, que condensaba “el espíritu de una Pedagogía”, era un acceso de cuatro o cinco metros, sin barandilla ni pasamanos, por el que los niños habían de subir –“como albañiles en la obra”– a los retretes, sin agua, situados en la zona superior. Abajo, un “*kindergarten* carpetovetónico” cobijaba a los “cachorros” en un espacio incómodo y hostil rodeado de pardas tapias, sobre las que destaca otra vez la torre de la iglesia⁸⁷.

Junto a la denuncia de estas realidades desoladoras y casi esperpénticas, el discurso de Bello se torna obsesivo cuando afecta al higienismo. Así ocurre al comentar su visita a la escuela de Villaviciosa de Odón, fría y lóbrega, que “no ha visto nunca el sol” por haber sido preterida frente a otras dependencias municipales al definir su orientación. Mientras la oficina de telégrafos, instalada en el mismo edificio, no sólo estaba bien soleada por su apertura al Mediodía, sino que miraba a uno de los jardines más hermosos de la provincia de Madrid, la escuela privaba a los ochenta o noventa niños que acogía de los benéficos rayos del sol⁸⁸.

También la escuela del barrio de la Legión de Carabanchel era como la “celda de una cárcel”. Miserable, escueta, fría, seca y hasta hostil, con salida esperpéntica hacia la tapia del cementerio de San Isidro, sólo podía acoger sentados a treinta o cuarenta niños de los ciento veinte inscritos en la matrícula, mientras otros sesenta esperaban su turno en la lista de espera. En su docena de mesitas bipersonales, más otras dos atípicas que se habían adquirido en el Rastro, aparecían los niños sentados junto a los que no podían acomodarse. La algarabía de los que cantaban se mezclaba con el silencio de los que leían de pie. Todo un cuadro denso y abigarrado de difícil gobierno que ni siquiera podía airearse porque el viento que batía los cristales no terminaba de arrastrar el “olor rebañego” que invadía el aula⁸⁹.

⁸⁶ BELLO, L.: “Antítesis...”, art. cit. en la nota 61.

⁸⁷ NELLO, L.: “De Lumpiaque a Vicálvaro”, *El Sol*, 11 de enero de 1926.

⁸⁸ BELLO, L.: “Pedagogía del rayo de sol”, *El Sol*, 27 de enero de 1926.

⁸⁹ BELLO, L.: *Viaje...*, op. cit. en la nota 40, p. 61.

Al pasar del cerco del Sur al del Norte, el viajero percibe algunos cambios. En este nuevo periplo, Bello se detiene en la escuela de Fuencarral, instalada en la plaza principal en el edificio del Ayuntamiento, una construcción de cierta nobleza. Esta escuela, aunque situada en una posición subalterna respecto a otras dependencias municipales (en la subida al desván junto a la torre del reloj), es amplia, pero insuficiente desde luego para el centenar de niños que componen el censo escolar. Además, bien orientada, recibe el sol de la mañana. La de niñas, dispuesta con sencillez estética, induce en el espectador una notorio alivio respecto a las impresiones que va archivando en su memoria⁹⁰.

En este caminar entre el tedio, la desolación o la mediocridad, Luis Bello se sorprende ante la escuela de párvulos de Colmenar Viejo, un aula bañada por la luz serrana que alberga a más de trescientos niños. Tras su "patizuelo" al descubierto, se accede al zaguán, una estancia con cierto "encanto bravío", como otras que abundan por la Sierra. Ya en la clase, dos maestras gestionan la marcha de tan concurrido parvulario. Fuera del recinto, el campo de juegos, vasto corralón con árboles viejos que sirve de "desfogadero" para los juegos al aire libre, se expone a un espectáculo anti-pedagógico próximo: la "parada" de sementales (el cronista no pierde ocasión de anotar cualquier detalle esperpéntico). Por lo demás, el sol y la luz bañan de color el escenario y animan el bullicio de los pequeños. En todo caso, es este uno de los conjuntos escolares que Bello percibe con más armonía, dentro de su elementalidad, un espacio y un entorno que debería ser respetado por el arquitecto que en su día se ocupe de su necesaria ampliación y modernización⁹¹.

Parecida admiración expresa el viajero ante la antigua escuela de Torrelaguna, situada en el venerable edificio mudéjar del arco del Coso, delicioso rincón que debería ser restaurado y conservado en todo su carácter. Reducida hoy a "cajón de niños" o "escuela de batalla", el local presenta una imagen deplorable, con sus paredes húmedas y sucias, las escaleras carcomidas y las ventanas sin cristales. Estos, en sus bastidores, los quita y guarda el maestro por las noches como medida de prudencia ante las posibles agresiones desde la calle. No obstante lo anterior, este espacio aún conserva cierto "prestigio arcaico", como también lo tendrán las nuevas escuelas que se proyectan en el palacio renacentista y la de niñas, una vez reformado el bello edificio conventual en que estaba instalada⁹².

Discretas son, en este cerco serrano, las escuelas de El Berrueco, alojadas en una típica casita que comparten con el Ayuntamiento, la de Sieteiglesias, diminuta y atractiva, y la de Lozoyuela, también instalada en los bajos del edificio municipal. Esta última está orientada al Norte, mientras el calabozo y otras dependencias miran al Mediodía. El sol lo disfrutan los presos y el alguacil, y no los

⁹⁰ BELLO, L.: "Por el camino de Fuencarral", art. cit. en la nota 67.

⁹¹ BELLO, L.: "Colmenar Viejo o la Fecundidad", *El Sol*, 19 de febrero de 1926.

⁹² BELLO, L.: "Noche en Torrelaguna", *El Sol*, 27 de febrero de 1926.

muchachos, que en cambio pueden ver los toros que se corren por las fiestas en la plaza, aunque probablemente esos días serán de asueto⁹³. La de Buitrago –otra escuela en la casa del Ayuntamiento–, rodeada de ruinas amenazantes, es un pobre local que reclama su sustitución por una nueva que recupere ciertos elementos decorativos de la antigua, para no romper con su histórico entorno, en el que el castillo, las murallas y el hospital forman un sobrio y armónico marco⁹⁴. Y al final del camino, la ya aludida escuela, de origen ilustrado, de Somosierra, un ámbito húmedo y frío donde se amontona una treintena de niños como los “pichoncillos” en su “palomar”, según comentaba el cronista al inspector de enseñanza Sr. Besteiro⁹⁵.

En esta visita que Bello gira a las escuelas de los cercos madrileños, dirigida a “ver” y a “contar” cómo eran, el columnista de *El Sol* no sólo dio origen a crónicas literarias que relataban la pintoresca realidad. A la descripción etnográfica que en sus informes se documentaba, el autor sumó siempre el apunte hiperrealista y la denuncia social. Sus narraciones no son pues sólo ejercicios literarios para un ocio cultivado y burgués, sino discursos estéticos y morales orientados a movilizar voluntades que impulsaran la modernización de una escuela sumida en el arcaísmo. Esta nueva escuela, contrapunto de la que Bello iba registrando en su mirada y en sus notas, tenía que ser la escuela higiénica y saludable, de “cal y canto” y orientada hacia el sol, un escenario alegre y ejemplar, en el que la infancia internalizara nuevos modelos de existencia que dieran al traste con tanta decadencia y surrealismo.

5. NUEVAS EXPECTATIVAS

Los años en los que Bello lleva a cabo sus viajes por las escuelas de España constituyen un ciclo muy significativo en cuanto a la eclosión de nuevas expectativas en el ámbito de la educación primaria popular y en la emergencia de nuevas estrategias políticas que cristalizan entre la época de la Dictadura de Primo de Rivera y la República. Tras el primer impulso dado por los liberales en la era isabelina a la creación de escuelas elementales, la segunda mitad del XIX supuso el estancamiento y dejar regresión del proceso de desarrollo de la red de centros. Como ha documentado A. Viñao, si entre 1850 y 1865 el incremento medio anual de escuelas osciló entre 635 y 508, los ciclos posteriores se limitarán a 132 escuelas/año para 1865-1870 y a 96 escuelas/año para 1885-1900. Durante este medio siglo, el sector privado sólo supuso en torno al 16% del conjunto del sistema, en el nivel de la instrucción elemental, correspondiendo además el 89,7% de

⁹³ BELLO, L.: “De Patones a Lozoyuela...”, artículo citado en la nota 72.

⁹⁴ BELLO, L.: “Buitrago y sus tributarios”, *El Sol*, 5 de marzo de 1926.

⁹⁵ BELLO, L.: “La batalla de Somosierra”, artículo citado en la nota 73.

incremento de escuelas y el 84,7% del alumnado al sector público. Los avances en la escolarización infantil tuvieron que llevarse a cabo elevando el número de alumnos por aula, que pasó de 45,5 en 1850 a 62,5 en 1900. La tasa de escolarización, que era en 1860 del 44,9% para los niños de 6 a 9 años, sólo alcanzó al 51,5% en 1908, aunque en este caso para la cohorte de 6 a 12 años⁹⁶.

Las estadísticas escolares del primer tercio del XX presentan diversas lagunas y contradicciones, pero muestran en sus líneas generales el relativo estancamiento del proceso escolarizador, con tasas del 58,4% para 1908 y del 56,6% para 1934, pese al importante incremento del número de alumnos, consecuencia del crecimiento de la población infantil. La política de nuevas edificaciones que se reactivó a partir de 1905, y sobre todo desde que en 1920 se atribuyera al Estado –en colaboración con los Ayuntamientos– la construcción de centros y se creara la Oficina Técnica para Construcciones Escolares, no pudo atender a todas las nuevas expectativas. Aunque la Dictadura dio un notorio impulso a la construcción de centros, no hay que olvidar que buena parte de los nuevos edificios venían a sustituir a los locales antiguos, inadecuados como denunciaba Luis Bello en sus

Figaro fue un referente del periodismo crítico moderno para Bello, Bagaría, Zulueta... Él creó el estilo del “aguafuerte” que adoptó nuestro autor para dar fuerza y perspectiva a sus crónicas escolares. Aquel periodismo miraba a la realidad con “perspicaces y penetrantes ojos españoles, sintiéndose capaz de soportarla”. Próximo a cumplirse el centenario de la muerte de Larra, sus creaciones eran ofrecidas a los maestros y a los niños españoles como muestras antológicas de ejemplaridad literaria y moral por su biznieto. LARRA, F. J. de: **Larra en la escuela**, Madrid, Yagües Editor, 1930.



⁹⁶ VIÑAO, A.: “Escarización y alfabetización (1850-1900)”, en: DELGADO, B. (dir.): *Historia de la Educación en España y América*, Madrid, Morata, 1994, vol. 3, pp. 389-390.

crónicas, y además, en muchos casos, estas escuelas encontraban dificultades añadidas en su proceso de creación administrativa como consecuencia del insuficiente incremento de la plantilla de maestros⁹⁷. Por otro lado, los déficits de escolarización pública no fueron cubiertos por el sector privado, que no obstante alcanzó el 27,08% en 1925. Pese a todo, el absentismo estacional y el abandono precoz de la escuela seguían siendo hechos habituales en la época, con lo que la efectividad real de la escolarización quedaba disminuida también en la práctica⁹⁸.

La época en la que Bello visita las escuelas corresponde pues a una crisis de desarrollo del sistema de instrucción pública, en el que, junto a los fenómenos de expansión, se operan procesos de modernización de sus aspectos materiales. En ese momento de transición, el cronista de *El Sol* puede examinar los arcaicos inmuebles en que se lleva a cabo la enseñanza –los “encerraderos” de la infancia–, cuya decadencia él mismo denuncia con fuerza casi plástica, al mismo tiempo que asiste a la emergencia de las nuevas estructuras escolares, especialmente manifiestas en los nuevos modelos arquitectónicos que empezaban a aparecer por distintos lugares del país.

La ampliación de la educación obligatoria hasta los 12 años (desde los 6), en 1901 y 1909, y hasta los 14, en 1923, suscitó un importante incremento de la demanda escolar, reforzada por el descenso de la mortalidad infantil, y en parte también por las leyes sociales que limitaban el trabajo de los niños, a pesar de que estas fueran sistemáticamente incumplidas. Esta expansión se tradujo en el paso de 27.080 a 35.989 escuelas públicas entre 1924 y 1931, con una variación interanual al alza muy superior a la de los ciclos anteriores (en 1900 existían ya 25.348 escuelas). La etapa del Directorio militar, antiliberal y autoritaria, inició pues el despegue de esta nueva onda expansiva de la escolarización, uniendo a la acción del Estado, todavía débil como señaló Bello, la colaboración de las corporaciones locales y las contribuciones filantrópicas de sociedades y particulares. Entre estas aportaciones, destacaba la del Instituto Nacional de Previsión, creado en 1908, que, en asociación con las “Cajas Colaboradoras” provinciales, puso en marcha en 1923 el “Plan de Fomento de Construcción de Escuelas Nacionales”, que incluía la cesión de créditos a los municipios, a bajo interés (3%) y amplio período de amortización (20 años), para financiar sus proyectos. Este Plan dio origen a la creación, en 1924, de la Junta para el Fomento de Escuelas Nacionales, de la que formaron parte, además de los representantes del Instituto, el arquitecto director de la Oficina Técnica del Ministerio, Antonio Flórez, el inspector de enseñanza primaria Luis Álvarez Santullano y el maestro Ezequiel Solana. La eficacia gestora del nuevo sistema se plasmó en las más de cinco mil escuelas construidas en poco más de siete años⁹⁹.

⁹⁷ VIÑAO, A.: “Escarización y alfabetización (1900-1939)”, en DELGADO, B. (dir.): Op. cit., vol. 3, pp. 695-696.

⁹⁸ ESCOLANO, A.: *L' Educazione in Spagna. Un secolo e mezzo di prospettiva storica*, Milano, Mursia Editores, 1992, p. 47 ss.

⁹⁹ Véase nuestro trabajo citado en la nota 15 (p. 53 ss). También: LAHOZ, P.: “La Oficina Técnica de Construcciones Escolares”, *Historia de la Educación*, 12 (1993) 121-148.

Los pueblos del “cerco” de Madrid reflejaban el contraste entre las realidades tradicionales que era preciso remover y las expectativas que demandaban los cambios. Núcleos en expansión, de más de 1.500 vecinos, aún seguían inmovilizados cuando Bello los visita, con una escuela de niños y otra de niñas¹⁰⁰. La escuela de Alcobendas, un aula para 30 ó 40 alumnos, debía acoger a 125 matriculados. Menos mal que en otoño y primavera –comenta el visitante– el absentismo estacional aliviaba el trabajo de don Emilio, su maestro¹⁰¹. Parla contaba con un censo de más de cien, aunque muchos preferieran ir a otra escuela sostenida por el pueblo, en vez de acudir a la “escuela-toril” antes descrita¹⁰². En la de Carabanchel sólo podían sentarse 35 ó 40 niños de los 120 matriculados, además de los 60 que esperaban su turno en la calle¹⁰³. Y algo parecido ocurre en Fuencarral, con más de un centenar de menores en el censo¹⁰⁴.

En Colmenar, el maestro y la maestra luchan por instalar en escuelitas que no son “elásticas” a los 150 ó 200 niños, cuando sólo caben 60 ó 70, y la de párvulos acoge a ¡más de trescientos! A la “nativa fecundidad serrana” se han sumado los hijos de los obreros que han acudido a las nuevas fábricas. En pocos años la población se ha duplicado y el censo escolar alcanzaba la cifra de 1.695 niños, según un documento redactado en apoyo de la creación de las nuevas escuelas graduadas de 12 aulas¹⁰⁵. Don Jerónimo, el maestro de Miraflores, tenía que cuidar dos “enjambres”, el de las abejas y el de los alumnos¹⁰⁶. Y hasta el viejo “reino godo” de Patones se había reanimado con el Canal de Lozoya¹⁰⁷.

Los “cercos” de Madrid, los del Norte y los del Sur, están poblados por unos doscientos núcleos en transformación que han de renovar y ampliar su oferta escolar. Los chicos de Alcobendas ya no pueden sentarse en los mismos bancos en que aprendieron quienes vieron entrar hace un siglo al Duque de Angulema¹⁰⁸. La bulliciosa villa de Navalcarnero deberá destinar sus recursos a reformar sus escuelas, y no sólo a costear capeas¹⁰⁹. Fuenlabrada, pueblo rico y agradable, también ha de vencer las resistencias de la tradición y fundar nuevos establecimientos educativos¹¹⁰. Vicálvaro, con un entorno industrial y activo, ha de dar al traste asimismo con la desidia que se expresa en

¹⁰⁰ BELLO, L.: “Escuelas de lugar...”, artículo citado en la nota 17.

¹⁰¹ BELLO, L.: “La escuela en domingo”, artículo citado en la nota 57.

¹⁰² BELLO, L.: “La escuela vieja de Parla...”, artículo citado en la nota 58.

¹⁰³ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, p. 61.

¹⁰⁴ BELLO, L.: “Por el camino de Fuencarral”, artículo citado en la nota 67.

¹⁰⁵ BELLO, L.: “Colmenar Viejo...”, artículo citado en la nota 91.

¹⁰⁶ BELLO, L.: “Miraflores. Los dos enjambres de D. Jerónimo”, *El Sol*, 24 de febrero de 1926.

¹⁰⁷ BELLO, L.: “Cruzamos el reino de los Patones”, artículo citado en la nota 71.

¹⁰⁸ BELLO, L.: “La escuela en domingo”, artículo citado en la nota 57.

¹⁰⁹ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, p. 35.

¹¹⁰ BELLO, L.: “Tres horas en Fuenlabrada”, artículo citado en la nota 60.

su escuela¹¹¹. “El momento de la pulverización y disolución del pasado se aproxima”, concluía Bello tras contrastar cómo las ruinas amenazantes de Buitrago topaban con las bocinas de los automóviles que cruzaban sus calles y con los comercios de moderna factura que exhibían. La escuela precisaba igualmente una nueva planta, aunque hubiese de erigirse en medio de ciertas tradiciones¹¹².

Con mayor o menor ayuda del Estado, los pueblos habían de disponerse a construir nuevas escuelas. Si el Estado, por su debilidad, no puede cumplir sus planes, “acudamos en su auxilio todos los ciudadanos”. Es posible que al Estado sólo le interesen los muchachos de 12 a 14 años que se educan en los Institutos y Escuelas de Artes e Industrias, además de los jóvenes que van a la Universidad¹¹³. Pero la “gran ofensiva” contra la ignorancia ha de comenzar desde luego en la escuela, órgano de cultura que actúa sobre todo el pueblo. “Nuestra doctrina –escribe Bello– es democrática. Piensa en el pueblo. En el mayor número. De este mayor número saldrá luego la mayor y mejor aristocracia”¹¹⁴. El viajero, en su papel de animador social y cultural, trata de poner a “todos de común acuerdo: alcaldes, concejales, maestros, inspectores, funcionarios y pueblos”¹¹⁵, en un intento de asociar a las clases neutras de la sociedad civil en aquella misión inaplazable.

La construcción en Torrelaguna de las nuevas escuelas proyectadas podían “redimirla de anteriores culpas”¹¹⁶. En Patones, el Canal de Lozoya y la nueva carretera –el agua y los caminos, que todo lo transforman y civilizan, como bien sabían los regeneracionistas a lo Costa– trajo también una pequeña escuela “soleada” para los muchachos “fuertes y sanos” de aquella agreste zona¹¹⁷.

Cuando Bello publica sus crónicas sobre Extremadura, en 1927, interrumpe la serie de “visitas” a aquella región para introducir un “paréntesis optimista” sobre el cerco de Madrid, un año después de haber concluido sus viajes por la estepa y la sierra. En este informe de coyuntura siente el autor “verdadera complacencia ante los primeros resultados obtenidos”, lo que le permite incluso percibir el valor de su perseverancia y hasta “el poder mágico de la letra de molde” en la primera empresa de aquel periodismo de combate que había emprendido. Aunque el cerco de Madrid era el más difícil objetivo del “plan de guerra” que Bello desarrollaba “a punta de pluma”, sólo un año después de su paso por Fuencarral podía comprobar la buena traza constructiva del grupo escolar para ocho clases y quinientos niños que dirigía el arquitecto Manuel Vías, un edificio por lo demás inmejorable, con galería y solana, así como con patio de juegos frente a la Sierra. También Colmenar tenía en mar-

¹¹¹ BELLO, L.: “De Lumpiaque a Vicálvaro”, artículo citado en la nota 87.

¹¹² BELLO, L.: “Buitrago...”, artículo citado en la nota 94.

¹¹³ BELLO, L.: “La batalla de Somosierra”, artículo citado en la nota 73.

¹¹⁴ BELLO, L.: “Anteproyecto...”, artículo citado en la nota 76.

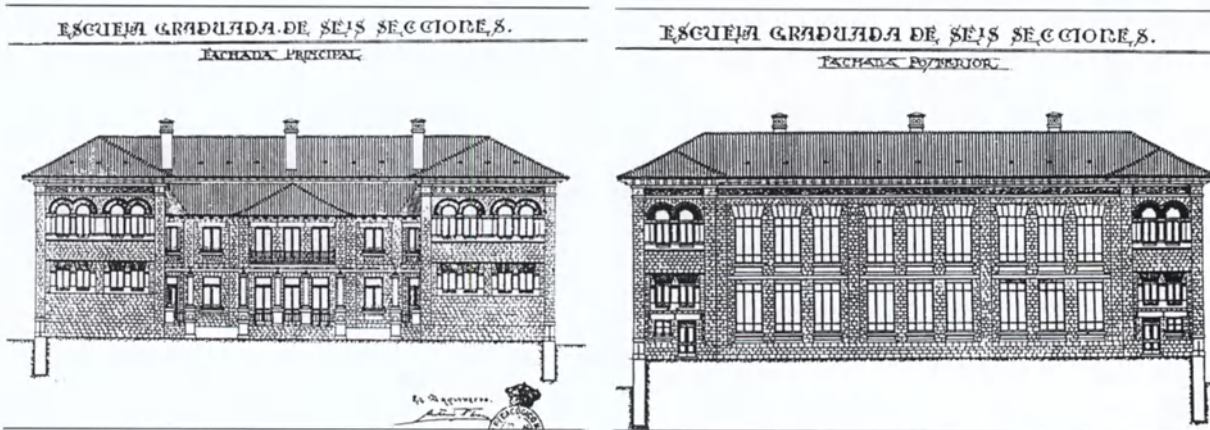
¹¹⁵ BELLO, L.: “Colmenar Viejo...”, artículo citado en la nota 91.

¹¹⁶ BELLO, L.: “Noche en Torrelaguna”, artículo citado en la nota 92.

¹¹⁷ BELLO, L.: “De Patones...”, artículo citado en la nota 72.

cha dos grupos y la transformación de su concurrido parvulario. Las Rozas, desde donde el cronista había dirigido una carta abierta a Antonio Flórez en defensa de una arquitectura escolar digna y práctica, construía, con el Instituto de Previsión, un grupo de coste razonable que era observado con interés por los pueblos del entorno. Y hasta Fuenlabrada y Parla habían empezado a moverse para construir sendas escuelas graduadas. Poco a poco se iban pues cubriendo objetivos modestos, pero posibles¹¹⁸.

Ahora bien, la operación apenas estaba iniciada. Tres años más tarde, en 1930, Bello, al referirse de nuevo a la provincia de Madrid, aún pensaba que era necesario “sembrarla de escuelas y



La escuela graduada era el paradigma de la nueva arquitectura escolar y de la moderna pedagogía. A él se orientaban todas las creaciones de la época, tanto en los pueblos como en la ciudad. Bello también se dejó seducir por este modelo institucional, aunque difiriera a veces en el modo de concebir su construcción. El diseño que aquí se ofrece, firmado por Antonio Flórez y sellado por el Museo Pedagógico, pertenece a los **Modelos escolares de la Oficina Técnica para Construcción de Escuelas** y se inserta en la colección publicada por el Instituto Nacional de Previsión (**Fomento de Construcciones de Escuelas Nacionales**, Madrid, Gráficas Reunidas, 1924). La fachada posterior muestra las seis aulas del centro. La principal presenta los alzados exteriores de los cuerpos central y laterales, en los que se instalaban los despachos, oficinas, museo, biblioteca, comedor y demás instituciones complementarias de la escuela.

¹¹⁸ BELLO, L.: “Paréntesis optimista”, *El Sol*, 16 de marzo de 1927.

llevar caravanas de maestros y maestras”. Así se lo decía en carta abierta a don José Garay, Conde del Valle de Suchil y gobernador civil. La aproximación que el Gobierno había hecho a los pueblos había sido o de “puro aparato” o “inquisitorial”. “Vacilación, incompetencia, músicas, discursos, faramalla...”. Todo lo que se había hecho fue por “presión obstinada de los mismos pueblos”, pero en las intervenciones gubernativas, salvo excepciones, no había habido hasta entonces aciertos, estando aún “todo por hacer”. Y sin embargo, el Conde del Valle de Suchill, viejo amigo de Bello en el bufete de Canalejas, sí podía, con su talante y experiencia, retomar la “gran campaña”, la cruzada aún pendiente, desde su atalaya del Gobierno de Madrid¹¹⁹.

6. LA ESCUELA POR DENTRO

Entre los objetivos de la visita de Bello a las escuelas de España no figuraba la observación de los programas y métodos que en ellas se desarrollaban y empleaban, ni de los comportamientos que los maestros adoptaban en sus clases o de los modos de aprender de los niños. Su obsesión no era desde luego pedagógica, y por eso algunas de aquellas visitas, según vimos, las realizó en domingo; otras en horario extraescolar y, en ocasiones, sin entrar en las aulas. La obsesión de sus viajes estaba, como se ha mostrado, en la escuela misma como realidad material, y su programa era la difusión de aquel “ideal de cal y canto” en el que él quería simbolizar no sólo la institución firme y funcional –la *firmitas* y *utilitas* de toda buena arquitectura–, sino el “modelo de una existencia superior”, que sirviera de referente estético –la *venustas*– a la comunidad global.

Aquel ideario, sin fetichismos, comportaba también una pedagogía, más realista que la que aducía Cossío al glosar la vieja máxima de Rousseau que asociaba la mejor escuela a la “sombra de un árbol”¹²⁰. Y por eso su discurso prefería los símbolos, entre ilustrados y positivistas, de la “luz” y del “sol”. Hasta el pueblo, “aunque no sepa Pedagogía –escribe–, comprende la virtud del rayo de sol”, y cuando quiere indicar que a alguien le han enviado a una “cárcel”, dice que le han puesto a la “sombra”. Este es el mensaje de su artículo titulado “Pedagogía del rayo de sol”, tributario, como la antigua religión peruana, pero desde supuestos científicos y laicos, del culto al astro que ilumina y templea los espacios de la escuela¹²¹.

Mas, aunque la agenda del cronista no incluyera la inspección pedagógica de las escuelas, su cuaderno de bitácora sí está lleno de anotaciones que configuran, a modo de bricolaje, una escue-

¹¹⁹ BELLO, L.: “Viaje alrededor de Madrid. A Don José Garay Rotwart, Conde del Valle de Suchil”, *El Sol*, 5 de septiembre de 1930.

¹²⁰ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, pp. 11-12.

¹²¹ BELLO, L.: “Pedagogía del rayo de sol”, artículo citado en la nota 88.

ta pero sutil etnografía de la enseñanza practicada en la época, reflejo de tradiciones inveteradas, muchas veces, y de innovaciones emergentes, las menos. ¿Cómo era, pues, por dentro la escuela que conoció Bello? Veamos. En primer lugar, el autor registra las rudimentarias enseñanzas que la institución impartía, limitadas por lo común a la lectura, la escritura y las cuatro reglas. Don Recaredo, el maestro de El Pardo, añadía a estas primeras letras algo de geografía, historia, física y hasta nociones de botánica y agricultura, y don Antonio, el de Colmenar, introducía cuestiones de gramática, si bien esta árida disciplina terminaba por afectar hasta al carácter de los muchachos, que preferían hablar sobre el hidropilano a distinguir el verbo del adverbio¹²². Pero esto eran excepciones, toda vez que la escuela de la época solía limitarse a un currículum sumario, de iniciación, que a lo sumo podía lograr formar discretos calígrafos y lectores de periódicos y novelones¹²³.

No habían cambiado mucho las enseñanzas que Bello recibiera en su infancia, como recuerda el autor al visitar la escuela, situada a seis leguas de la ciudad, a la que él asistió de niño, en la que al abecedario le llamaban *Cristus (sic)* y el maestro la regía armado de palmeta. Al volverla a ver, ya adulto, anota cómo aún exhibe colgados los “cartones” del silabario. En aquel recinto, próximo al de la cárcel municipal, los niños cantaban fuerte el credo y la tabla de multiplicar para anular los gritos de los reclusos. Por lo demás, la escuela que el viajero visitaba no mostraba indicios de renovación, a juzgar por su obsoleto utillaje y el aspecto de abandono que en ella se podía ver¹²⁴.

El material etnográfico que Bello describía denunciaba la larga persistencia de prácticas pedagógicas decadentes en la mayor parte de las escuelas del entorno madrileño. Papel rayado para hacer palotes, carteles murales para deletrear, pizarras o encerados para copiar en silencio los modelos que el maestro ejecutaba, mapas y láminas para mirar a diario sus representaciones, el Cristo y la bandera, algunos viejos libros en los que leer pasajes de la historia sagrada... y poco más. Esta era la escueta etnografía que el cronista podía componer con los objetos materiales que se ofrecían a su observación, reflejo de rudimentarios modos y métodos de enseñanza, así como del tradicionalismo en que estaba sumida la escuela rural de principios de siglo.

En aquella escuela arcaizante, testigo de antiguos usos que no terminaban de archivarse para curiosidad de eruditos y arqueólogos, empezaba a percibirse un aire de cambio. El viajero, sensible no sólo a la observación de lo decadente, sino también de las modernidades, registra en sus notas las prácticas que van apareciendo en algunos centros innovadores. Al pasar por Vicálvaro, por ejemplo, conoce al maestro don Mariano Moliner, oriundo de Aragón, donde había fundado un periódico y una biblioteca escolar y fomentado experimentos con cultivos. Aquel maestro, que sabía “tañer con mucho arte la vihuela de la Pedagogía”, luchaba en la desolación de su nuevo destino “carpeto-

¹²² Véanse los artículos citados en las notas 66 y 91.

¹²³ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, pp. 15-16.

¹²⁴ BELLO, L.: “Escuela de lugar”, artículo citado en la nota 17.

vetónico" para no decaer¹²⁵. También llama su atención, en otro orden de cosas, la escuela societaria de Fuenlabrada, con su cooperativa y socorros mutuos, obra de la Asociación de Trabajadores, regentada por don Rafael de Paredes, maestro joven y luchador, celoso de los fueros de la libertad, además de persona culta¹²⁶.

Y en la ciudad, más avanzada que sus cercos rurales, el autor observa la modernidad del Grupo Cervantes, "escuela ensayo" que dirige Ángel Llorca, "muestra de lo que debe ser la educación", con patio de juegos, edificio higiénico, cantina, biblioteca, instalaciones para gimnasia y actividades complementarias y espíritu científico. En la misma línea, también se fija en los armarios de Física e Historia Natural que ve en las escuelas de la Prosperidad en compañía del maestro Antonio Iniesta¹²⁷.

Estas innovaciones son propias de la escuela urbana. La rural, cuando sale de sus inveteradas rutinas, puede promover, como en Miraflores, un coto apícola o la celebración de la Fiesta del Árbol, día que había logrado el "gran triunfo de vivir, crecer y llegar a gigante", congregando a todos los niños en la siembra de plántones y en la lúdica convivencia que, entre merienda y canciones, reunía cada año a los representantes del concejo con los escolares¹²⁸. Aquella era la fiesta fundada por los regeneracionistas y cantada por los poetas como Cándido R. Pinilla, que se dirigía a los niños en cívica y estética advertencia: "aquel que un árbol planta, hace a la vez que patria, poesía"¹²⁹. En la ciudad, cada vez hay menos "Amigos del Árbol". La Sociedad que llevaba este nombre está hoy disuelta. Don Antonio Ponz quiso en el siglo ilustrado que todos los dueños de tierras de la campiña de Madrid las cercasen de árboles. Si se hubiera seguido su consejo, el árido "extrarradio" de la capital sería ahora un bosque, y Cecilio Rodríguez, el jardinero mayor de la Villa, tendría un gran porvenir¹³⁰. Pero aquella Fiesta del Árbol, creada en 1904, había decaído y por aquellos años se la quería reanimar desde el incipiente sentimiento ecológico que el regeneracionismo suscitó.

A la nómina de nobles maestros, como los de Vicálvaro, Fuenlabrada o Miraflores, Bello añadía a don Antonio Iniesta, bien conocido en el Museo Pedagógico que dirigía Cossío, el "buen maestro" de la "sonrisa paternal"¹³¹, o el apacible de El Pardo, ya sin correa, ni caña, ni palmeta¹³². También sumaba las parvulistas de Colmenar, que lidiaban "dulce y heroicamente" entre el "corro" de sus trescientos pequeños¹³³, y la igualmente discreta y amable maestra andaluza de La Serna, que animaba con la música "otro ideal, otra cultura"¹³⁴.

¹²⁵ BELLO, L.: "De Lumpiaque a Vicálvaro", artículo citado en la nota 87.

¹²⁶ BELLO, L.: "Tres horas en Fuenlabrada", artículo citado en la nota 60.

¹²⁷ BELLO, L.: "Lo que no llegó a comprender Don Antonio Iniesta", artículo citado en la nota 65.

¹²⁸ BELLO, L.: "Miraflores. Los dos enjambres de Don Jerónimo", *El Sol*, 27 de febrero de 1926.

¹²⁹ PINILLA, C. R.: "A los niños, en el Día de la Fiesta del Árbol", *El Adelanto*, 28 de marzo de 1926.

¹³⁰ BELLO, L.: "No hay Amigos del Árbol", *El Sol*, 9 de marzo de 1925.

¹³¹ Véase el artículo citado en la nota 65.

¹³² Véase el artículo citado en la nota 66.

¹³³ Véase el artículo citado en la nota 91.

¹³⁴ Véase el artículo citado en la nota 73.

En esta galería de enseñantes artesanos, con vocación y buenos oficios, incluía el autor al joven e ilustrado maestro don Stéfani Reinel de El Berrueco, que había estudiado Medicina hasta el cuarto año y servía como practicante cuando se le necesitaba¹³⁵, y a los misioneros y mártires que, como don Severino y doña Aurora, entregaban su vida a la tarea encomendada, el primero en la difícil escuela de Carabanchel, y la segunda en la mazmorra de Zarzalejo, donde llegó a encontrar su propia muerte¹³⁶.

Estos eran los modestos maestros de baja soldada y misionera actitud en los que Bello sublimaba aquella imagen del dómine autoritario que la tradición había transmitido como prejuicio¹³⁷. No hay ya entre el magisterio que el cronista registra mendigos ignorantes, tiranos con palmeta o zafios personajes, aunque algunos aún tengan que habitar en casas que son estampas del XIX¹³⁸ o recibir el exiguó salario mínimo de las mil pesetas al año, cuando no esperar a cobrar en especie o con las rentas de terrazgo y bienes de propio¹³⁹. Pero, en general, el maestro queda a salvo de los aguafuertes

También los juegos de la infancia adoptaban el rictus de la cultura militar dominante. Sobre el caballo de madera, armado de espada y disfrazado de caballero, el niño canta y promete no luchar por la "santa" libertad. ¿No es esto en verdad una "degeneración", como denuncia Bagaría? (El Sol, 23 de diciembre de 1925).



¹³⁵ Véase el artículo citado en la nota 72.

¹³⁶ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, p. 62. Del mismo autor: "La Sierra: Zarzalejo. De cómo las mismas piedras se pueden ablandar", *El Sol*, 17 de mayo de 1929.

¹³⁷ Véase: BELLO, L.: "El prejuicio contra el maestro", *Viaje...*, ed. cit., vol. I, pp. 127-149. También nuestro trabajo citado en la nota 15, pp. 69-75.

¹³⁸ Véase el artículo citado en la nota 60.

¹³⁹ Véase el artículo citado en la nota 72.

con que el columnista de *El Sol* describió los pueblos y sus escuelas. No obstante, aunque el “período heroico” estaba dando paso a un nuevo maestro, más discreto y artesano, aún quedaban en los retratos que ofrece el autor hombres de misión y aún de martirio, que Bello admiraba al igual que Cossío.

A aquellos maestros les correspondía ahora tutelar, dentro de la escuela, a una infancia sin roturar, una “mocedad no fatigada”, en “¡nueve años de encerradero!”. Una infancia dispuesta a rebelarse contra los “malos métodos”, antes de soportar el tedio, y a escapar en busca del jornal o de los requerimientos de la familia¹⁴⁰.

48



Manuel José Quintana

Según había dicho Manuel José Quintana, bajo el absolutismo de Fernando VII, la libertad se afirmaba como una “voluntad vigilante”. Para Bello, que recoge el testigo del escritor y político del siglo anterior, todo “soñador” sometido a censura debía seguir contribuyendo a “caldear el sentimiento liberal”. Quintana era también mostrado a los niños en los textos de la época como “notable poeta” y “gran patriota” (MARTÍ ALPERA, F.: **Joyas Literarias para los Niños**, Madrid-Hernando y Barcelona-Martí Alpera, obra aprobada en 1910).

¹⁴⁰ Véase el artículo citado en la nota 72.

Nuevas imágenes de la infancia aparecen en los relatos de Luis Bello, ya sea serrana o de arrabal. Admira el cronista la “prodigalidad del Amor” y la “Fecundidad” de la Sierra. Más de trescientos párvulos de Colmenar le asaltan con su “simpática, tierna y amistosa pobreza”, pálidos y demacrados en su enjuta y débil humanidad, que no habría acertado nunca a pintar Rubens, acostumbrado a ver los “pedantescos desnudos de los percherones flamencos”. La infancia de Guadarrama era “poco sensual”, como su piedra, pero ofrecía niños vivos y despiertos, con peculiar carácter y color. Influido por la sensibilidad eugenésica, tan característica de la época, Bello hace observar que en los poblados serranos “no está la raza físicamente cansada y agotada”, porque “no hay pobreza fisiológica”. Aquellos infantes –chicos fuertes, frescos, dóciles y atentos–, “retoños de raza seria y digna”, con instinto para arreglárselas a solas, “irán a trabajar, pero no a pedir”. No como a las abejas, que nacen ya enseñadas, sino con ayuda de sus maestros, a aquellos pequeños aprendices pronto les saldrían alas¹⁴¹.

Aunque agarrotadas las manos por la rudeza de sus trabajos y de sus juegos, los niños serranos tomarán también la pluma y se aplicarán con ella, como hijos que son de una “raza ordenada, económica, previsor”¹⁴². Puede incluso que haya entre ellos “talentos malogrados”, si bien el prodigio no nazca todos los días y a las escuelas no haya ido aún ningún Pascal. Pero hasta el hijo del porquero, aunque los “notables” del lugar trataran de humillarle, podía dar muestras de fina imaginación. A veces estos chicos acababan como “bufones del pueblo” o “tontos del lugar”, y al padre de aquel porquerillo “lo mismo le daba la escuela que el monte”. Después de todo él era también maestro –“igual educo yo a mis bestias que tú a tus chicos”, le decía al maestro–, y de este trabajo “me dan un cuarto por cada uno, los sábados, como a ti”. Y si no aprenden, el carnero llegará a carnero, y el lechón se hará lechón. “Pero tú no cambias el natural de esos críos, y aunque los amaestres, el torpe, torpe se queda, y el listo, ya dará de sí... Mi chico (...) pierde poco con no ir a la escuela”. Más aún, “la escuela es el redil”, había confesado alguna vez incluso el propio maestro¹⁴³.

Burdas metáforas de un tosco pragmatismo que expresaban viejas resistencias ancladas en la memoria, pero que habían empezado ya a cambiar con una nueva visión de la infancia. Bello, en su imaginario, también recordaba su niñez perdida en un segundo piso de la calle Espartero habitado por roedores urbanos, una infancia más triste que la de los niños “ojeadores” de El Pardo en el acoso a la caza, aunque fuera a costa de alguna asistencia a la escuela, que el autor, en una concesión romántica, dispensa en favor de la alegría y aprendizajes que aquella experiencia vital proporcionaba¹⁴⁴.

¹⁴¹ Véase el artículo citado en la nota 128.

¹⁴² Véase el artículo citado en la nota 72.

¹⁴³ BELLO, L.: “Vidas de niños. El porquerillo que se malogró”, *El Sol*, 19 de octubre de 1925.

¹⁴⁴ Véase el artículo citado en la nota 66.

Y, junto a aquella infancia campesina, la de arrabal. Luis Bello contempla, con ojos de antropólogo, a los niños del barrio de Carabanchel, ágiles, duros y pendencieros en sus juegos y luchas fuera de la escuela, bien distintos desde luego no sólo a los del campo, sino incluso a los de la misma ciudad. El viajero puede ver también, en el mismo poblado, a los niños “angélicos” que le contemplan con “divina inocencia” como pequeños *mujiks*. A todos ellos ha de civilizar don Severino, el maestro misionero, con paciencia laica y ternura¹⁴⁵. En la Prosperidad –barrio que no es “ni aldea ni ciudad”–, el espectador observa las “bandadas” de niños al salir de la escuela. Son hijos de obreros, tan pobres que andan medio descalzos y sin abrigo. Ellos son los que motivan la sonrisa melancólica de don Antonio Iniesta, el maestro que los va viendo crecer de año en año a pesar de las precarias condiciones de vida en que se desarrollan. Bello reprime sus emociones, porque “estos temas pedagógicos no deben ser tratados con ligereza sentimental”, y si no es posible afrontar desde aquí todo el “problema social” relativo a la infancia, sí cabe pedir al alcalde una de esas “benéficas cantinas escolares”, pese a las “prevenciones pedagógicas” que mostrara sobre el tema Ángel Llorca¹⁴⁶. Más adelante, en otro artículo de *El Sol*, apoyará la iniciativa de la asociación de mujeres *Lyceum* para instalar en los jardines del Canal de Isabel II una “Casa del Niño” para acoger a los niños de obreras de dos a cinco años del barrio de Cuatro Caminos en un ambiente lúdico y maternal, de cuidados y vigilancia, y aun pone en marcha su “maquinaria utopizante” para soñar con un camino que fuera desde este hogar a la escuela de párvulos, y de esta a la graduada, así como con un plano de Madrid “lleno de puntos rojos” que marquen los lugares donde se ubican estas casas en todos los barrios¹⁴⁷. La obra era también la “Casa de la Mujer” y venía impulsada por la batuta de Consuelo Bastos y Victoria Kent, en el contexto de los movimientos feministas y sociales de las primeras décadas del siglo¹⁴⁸.

Una nueva escuela, higiénica y confortable, bañada por los rayos del sol e inundada de luz, que relegara a la arqueología aquellas imágenes de aguafuerte con que Bello quiso impresionar a sus lectores. Una cultura popular menos raquítica y tradicional, abierta a las innovaciones que el entorno natural y la sociedad le sugerían, más vital y menos disciplinaria. Un utillaje más modernizado, que renovara aquella escueta etnografía de las antiguas escuelas de sus crónicas. Y un maestro, entre artesano y misionero, que hiciera olvidar los prejuicios que sobre él se cernían desde la tradición, esto es, los retratos del dómine y el zafio, y las formas de vida y profesión del llamado periodo heroico. Una escuela abierta, en definitiva, a una nueva infancia, rural o ciudadana, a la que Bello atribuía espacios y tiempos propios para su cabal desarrollo.

¹⁴⁵ BELLO, L.: *Viaje...*, ed. cit., vol. I, pp. 60-62.

¹⁴⁶ Véase el artículo citado en la nota 127.

¹⁴⁷ BELLO, L.: “La Casa del Niño. Primera obra del Lyceum”, *El Sol*, 16 de diciembre de 1927.

¹⁴⁸ VIÑAS, R.: “La Casa del Niño”, *El Sol*, 10 de marzo de 1927.

7. DE VUELTA A LA CIUDAD

El propósito inicial de Bello al comenzar sus viajes por el “cerco” de Madrid era llevar su campaña a los pequeños “lugarejos” de la estepa y de la Sierra, pensando que la capital no sólo no necesitaba una atención tan urgente, sino que ella misma podía y debía acudir en auxilio de los pueblos. El Ayuntamiento de Madrid no precisaba especial protección, toda vez que, a juzgar por los informes municipales y por los de técnicos tan competentes como el inspector Luis Álvarez Santullano, había entrado en periodo de construcción y enmienda.

Aquel peregrinar “pueblo por pueblo” había dado ya sus primeros resultados, como el autor puso de manifiesto en el “paréntesis optimista”, ya aludido, que publicaba en 1927 mientras visitaba las escuelas de Extremadura. Año y medio después, en octubre de 1928, Luis Bello comentaba el entusiasmo del gobernador civil de la provincia, Sr. Martín Álvarez, que había fomentado la construcción de nuevas escuelas hasta en los lugares más olvidados. Como consecuencia de ello, no sólo Colmenar, Buitrago, El Pardo, Las Rozas, Navalcarnero o Fuencarral disponían ya de modernos edificios, sino incluso lugares menores como Valdemaqueda, La Puebla de la Mujer Muerta, Somosierra, Bustarviejo y Patones –la mayor parte de ellos presentes en los itinerarios del viajero– habían conseguido, por fin, construir sus escuelas. Aunque ciertamente la acción iba muy despacio y sin plan de conjunto, el esfuerzo realizado resultaba sin duda apreciable¹⁴⁹.

Ahora había que volver la mirada a la ciudad. Madrid, la capital, también tenía graves problemas de escolarización. Según las estadísticas oficiales, en 1924 quedaban en la calle, sin escuela, 45.000 niños. El Ayuntamiento, amañando los datos para no alarmar, estimaba en 26.000 las plazas necesarias para satisfacer la creciente demanda de educación primaria. Pero Bello aún pensaba que el Ministerio se quedaba corto. En todo caso, el montante era muy elevado, si bien la evaluación exacta de los “niños sin escuela”, desde unas u otras fuentes, resultaba muy difícil de determinar con fiabilidad. El columnista de *El Sol* fue testigo y portavoz del problema escolar de Madrid en los últimos años de la Dictadura con su serie de artículos en torno al tema. No pudo sustraerse Bello a cuestión tan candente, a pesar de que hubiera deseado reservar el “caso” de Madrid para el final de sus viajes por España.

Para entender la cuestión escolar de la capital y la actitud de Bello es aconsejable reconstruir, aunque sea sumariamente, la historia del problema, al menos desde la perspectiva que ofrecen los hechos de los años inmediatamente anteriores a la publicación de sus artículos del diario madrileño. Esta historia ha sido registrada recientemente en el trabajo que, con rigor y minuciosidad ejemplares, ha elaborado la profesora M^a del Mar del Pozo, cuya difusión pública no debería demorarse, toda vez

¹⁴⁹ BELLO, L.: “El caso de Madrid: los grupos escolares”, *El Sol*, 16 de diciembre de 1927.

que constituye un estudio imprescindible para el conocimiento y la comprensión de la historia escolar de Madrid anterior a la República y a la Guerra Civil¹⁵⁰.

Desde comienzos de siglo, la ciudad de Madrid dispuso de una menor proporción de escuelas públicas sobre las privadas en relación a otras poblaciones, si bien las necesidades de escolarización, en su conjunto, no fueran muy diferentes de las del resto del país¹⁵¹. Con una cierta actitud autonomista, el Ayuntamiento de la capital quiso impulsar a comienzos de siglo, desde su Negociado de Enseñanza, un plan de construcción de escuelas graduadas, al igual que lo hacía el de Barcelona. El Plan Dicenta de 1911 llegó a diseñar, a este respecto, todo un programa de actuaciones en el "extrarradio" que no pudo cuajar por los conflictos entre los poderes local y central. Durante el periodo 1914-1918, el Ministerio iba a dotar a la ciudad de dos grupos escolares modélicos, el "Cervantes" y el "Príncipe de Asturias", dentro de su acción en favor de la graduación de la enseñanza, mientras el Ayuntamiento, por su parte, construiría el "Conde de Peñalver" y las "Escuelas del Bosque",

52



Grupo escolar «Cervantes» (Madrid). Clase de trabajos manuales

*Grupo escolar "Cervantes", dirigido por el prestigioso educador Ángel Llorca. Luis Bello lo califica de "el mejor de España", junto con el Grupo Baixeras de Barcelona. Es como el "Paraíso de los Niños". Llorca es un "santo laico", "capitán cívico", de "santidad y milicia activa, laboriosa, vehemente". Vinculado a la Institución Libre, y sobre todo a Cossío, Ángel Llorca quiso llevar a la escuela pública el espíritu de aquella obra ejemplar. La imagen, que muestra la clase de trabajos manuales, aparece en: MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES: **Oficina Técnica para Construcción de Escuelas**, Madrid, 1933, apéndice.*

¹⁵⁰ POZO, M^a. M. del: *Las escuelas primarias públicas de Madrid (1913-1931)*. Madrid, Facultad de Educación-Universidad Complutense, tesis doctoral inédita, 1996.

¹⁵¹ Sobre la evolución escolar de Madrid en las primeras décadas del siglo puede verse también: TIANA, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*. Madrid, MEC-CIDE, 1992, especialmente las páginas 133-175.

además de efectuar otras remodelaciones y de alquilar algunos edificios. Con todo ello, el parque escolar, en 1918, llegó a incluir 27 centros graduados¹⁵².

La crisis del 17, y la consiguiente reducción de los recursos municipales, condujo a una nueva etapa que la autora citada ha calificado de “búsqueda de la colaboración estatal”, en la que se intenta retomar el Plan Dicenta y dar un nuevo impulso a las construcciones escolares. Esta fase cristaliza en el convenio firmado en 1922 entre el Estado y el Ayuntamiento, que aunó a conservadores y socialistas, y que corresponsabilizaba por igual a ambas partes. De aquel consenso, aprobado bajo la alcaldía del Conde del Valle de Suchill, viejo amigo de Bello, saldría el proyecto de los famosos seis nuevos grupos escolares, que aún seguían sin inaugurarse cuando el autor publica sus artículos en *El Sol*, entre 1928 y 1930. La línea de entendimiento trazada entre el Ministerio y el Ayuntamiento, que cuajó en el plan del 22, tuvo su expresión en el R.D. de 20 de enero de 1923, por el que se aprobaba la construcción de los grupos escolares “Pardo Bazán”, “Menéndez Pelayo”, “Joaquín Costa”, “Jaime Vera”, “Concepción Arenal” y “Pérez Galdós” –los citamos por sus denominaciones definitivas, aceptadas en el pleno municipal a propuesta de Andrés Saborit, de la minoría socialista–, cuyos proyectos se habían diseñado en la Oficina Técnica del Ministerio, bajo la batuta de su director, el arquitecto Antonio Flórez¹⁵³.

Frente a este diligente despegue del nuevo plan, el septenio primorriverista ralentizó el proceso iniciado, volviendo a la apertura de nuevas escuelas unitarias y a la subvención de los centros privados, adscritos principalmente a las congregaciones católicas. Contrasta este retroceso, como subraya M^a del Mar del Pozo, con el impulso dado por el Directorio a la Junta para el Fomento de la Construcción de Escuelas Nacionales, creada en 1924¹⁵⁴, pero los problemas internos de la corporación municipal y los intereses específicos de los grupos influyentes en Madrid singularizaban la cuestión escolar de la capital.

Ocho años transcurrieron entre la firma del convenio de 1922 y la apertura de los últimos grupos escolares del plan, un período extremadamente largo en el que se puso de manifiesto la descoordinación entre los poderes local y central y la desidia político-administrativa de los gendarmes del Directorio y los ediles municipales. Un proceso, por lo demás, repleto de incidentes, especialmente manifiestos a partir de que, en 1925, las constructoras cumplieran con sus compromisos. El primer frenazo a la puesta en marcha de los nuevos centros vino motivado por el trámite en la selección de los directores que debían hacerse cargo de la puesta en marcha de las nuevas graduadas, proceso que dio origen a las polémicas oposiciones del bienio 1926-1927, presididas por Rufino Blanco, conocido pedagogo de orientación conservadora, cuya resolución excluyó a los docentes más pres-

¹⁵² POZO, M^a. M. del: *Op. cit.*, vol. I., pp. 842-845.

¹⁵³ *Ibidem*, vol. I., p. 843.

¹⁵⁴ *Ibidem*, vol. I., p. 846.

tigiosos y progresistas. En estos años, la prensa general y la profesional iniciaron una campaña de crítica a la situación. Los créditos adicionales que hubo que habilitar para cubrir presupuestos complementarios introdujeron una variable más en el complejo problema de la apertura de los grupos y, aunque el Gobierno central cubrió esta obligación, el municipio no lo hizo hasta el ejercicio 1930-1931. Luego vino el problema del mobiliario y el material y, por último, el del nombramiento de los maestros¹⁵⁵.

La historia de esta cuestión es harto prolija para relatarla en una introducción a los escritos de Luis Bello, aunque los datos hasta aquí expuestos, extraídos del estudio de Mar del Pozo, son suficientes para entender las motivaciones que pudieron llevar al cronista de *El Sol* a entrar en la campaña de prensa que arreció con la llegada del curso 1928-1929. En esta campaña las protestas vecinales se asociaron a los movimientos de opinión, llegando a proponerse que se aplicaran a la terminación de los nuevos grupos las partidas previstas para la subvención de la enseñanza privada y que cesara de una vez por todas tanta desidia. Tras la caída del Directorio, en febrero de 1930, los nuevos responsables tampoco se mostraron especialmente diligentes, y algunos de estos centros – el “Concepción Arenal” y el “Joaquín Costa” – tuvieron que ser inaugurados en abril del 31, al proclamarse La República. Bello entra en la campaña aludida con su artículo “El caso de Madrid: los Grupos Escolares”, publicado en *El Sol* el 19 de octubre de 1928, y no sólo lo hace sumándose a la inquietud ciudadana por la situación estancada de las nuevas escuelas de la capital, sino abordando otras cuestiones que afectaban a la concepción misma de la arquitectura escolar. Aquellos seis grupos eran “seis acorazados”; es decir, seis suntuosos y monumentales edificios que, además de no “botarse”, suponían un gasto desproporcionado para la pobre economía nacional. Hubiese sido mejor y más práctico construir “cruceiros”, “grupos sencillos, cómodos, pequeños”, y por supuesto más baratos. Con los diez millones gastados en los “acorazados” se habían conseguido 89 clases, pero aplicados a los modelos que él proponía se conseguirían unas doscientas aulas¹⁵⁶. Nuestro autor no estaba en contra de la construcción de grupos. Muy al contrario, el modelo de escuela graduada fue para él un referente de modernidad, el símbolo de la organización científica de la enseñanza, que debía ser seguido no sólo por la ciudad, sino también por los pueblos. No era un pedagogo Bello, pero intuía que las escuelas graduadas favorecían una nueva racionalidad educativa¹⁵⁷. El mismo diario *El Sol* había acogido por aquellos años artículos, como los de Luzuriaga, en los que se abogaba por el nuevo sistema¹⁵⁸.

Pero, ¿por qué no se botaban aquellos costosos buques? En 1924 asistían a las escuelas públicas unos 20.000 niños, y a las particulares más de 35.000, de los cuales la mitad iban a instituciones

¹⁵⁵ POZO, M^a. M. del: *Op. cit.*, vol. I., pp. 845-861. *Ibidem*, vol. I, pp. 845-861.

¹⁵⁶ Véase el artículo citado en la nota 127.

¹⁵⁷ Sobre la implantación de la escuela graduada en España, véase: VIÑAO, A.: *Innovación pedagógica y racionalidad científica. La escuela graduada en España (1898-1936)*. Madrid, Akal, 1990.

¹⁵⁸ LUZURIAGA, L.: “Las escuelas graduadas”, *El Sol*, 25 de junio de 1926.

religiosas. Si se abrieran los nuevos grupos, se habilitarían unas 4.500 plazas en escuelas nacionales. ¿Qué intereses impiden que los flamantes acorazados abran sus puertas a la avalancha de solicitudes que sobre ellos llueve cada día?

“No interesa la escuela pública nacional” –escribe Bello, días después. Aunque “lo que el pueblo pide hoy son escuelas”, “están ya contruidos seis grupos” y “hay maestros y maestras con su título”, la “calma” con que se deja pasar el tiempo sin abrir los nuevos centros lleva al autor a “apelar” ante Madrid. Este desinterés ha llevado incluso a proponer que el grupo “Pérez Galdós” se dedique a Normal de Maestras, y se postergue una vez más la enseñanza primaria popular. Para sacar el problema de la escuela del paso que lleva habrá que tratarlo “como una campaña de una guerra grande”, ahora que ya “no hay guerra con Marruecos”¹⁵⁹.

Un mes más tarde, en un reportaje sobre la situación escolar en las ciudades de Madrid, Sevilla y Barcelona, repasa otra vez el problema de los grupos de la capital y clama, en nombre de don Benito, su viejo amigo, por los cristales rotos a pedradas del “Pérez Galdós”¹⁶⁰. Y al año siguiente, de nuevo a la carga. “Cola en Cuatro Caminos”, titula su columna para llamar la atención sobre las filas de hombres y mujeres que hacen guardia día y noche para matricular a sus hijos en el “Jaime Vera”. A quien le toque un pupitre, le habrá caído el “gordo”. Otra cola en Bravo Murillo se dirige al grupo “Cervantes”, “el mejor de España”, una especie de “Paraíso de los Niños” dirigido por el militante cívico Ángel Llorca. Aquellas escuelas, situadas cerca de la sede de la Institución Libre de Enseñanza, no existirían sin el vivero que plantó Giner y cuidó Cossío. Pueblo de arrabal, el de Cuatro Caminos, bien distinto al “ciudadano” y al “lugareño”, ya ha inscrito el primer día en el “Cervantes” más de mil niños y otras tantas niñas, para los ochocientos puestos disponibles. Y las “bandadas” de pequeños con sus madres han alistado a más de cinco mil con la esperanza de encontrar algún día un pupitre en la “escuela del pueblo”¹⁶¹.

Año 30, nuevo curso. El Directorio militar ya había caído, pero todavía discute el Ayuntamiento la fórmula para amueblar los grupos que terminó hace tres años. Parece que, a fuerza de presión social, dos van a echar andar. Y mientras tanto, largas colas de espera en la acera de Bravo Murillo, y miles de niños expectantes para ingresar en las escuelas que no terminan de inaugurarse. Durante la Dictadura latía en tanta negligencia la “animosidad contra la escuela pública, nacional”, así como el apoyo expreso y tácito a la confesional, pero el “pueblo sufrido” ya no podía disculpar más retrasos. De no abrirse –advertía Bello–, “acabará por ponerse de acuerdo y por inaugurar él las clases

¹⁵⁹ BELLO, L.: “Apelación ante Madrid”, *El Sol*, 25 de octubre de 1928. V. PASCUA sugería instalar la Normal femenina en el “Jaime Vera”, de Cuatro Caminos, un barrio aún más populoso: “Visita a la Escuela Normal de Maestras”, *El Sol*, 17 de octubre de 1928.

¹⁶⁰ BELLO, L.: “Reportajes de un hombre de buena fe”, *El Sol*, 23 de noviembre de 1928.

¹⁶¹ BELLO, L.: “Cola en Cuatro Caminos. La escuela del pobre”, *El Sol*, 15 de junio de 1929.

llevando cada niño su silla". Puesto que los "acorazados" ya están hechos, ábranse, aunque en el futuro los nuevos grupos que Madrid sigue necesitando se conciban como escuelas de "línea escueta" y "coste mínimo", más prácticas y sencillas, además de más económicas, aunque sin perder belleza¹⁶².

El tema de los tipos arquitectónicos es una cuestión recurrente en Bello. Lo suscitó ya en 1926, en la carta que desde Las Rozas dirigía a Antonio Flórez, el director de la Oficina Técnica del Ministerio; lo volverá a plantear ahora con ocasión de la crítica a los "acorazados" madrileños, y lo retomará de nuevo en la época republicana, al frente del diario *Luz* e incluso en el Parlamento. Nuestro autor estaba convencido de que una arquitectura menos ostentosa y más económica, de "tipos mínimos", acomodada a los "proyectos sencillos" del Instituto Nacional de Previsión, podía permitir crear un mayor número de escuelas al Estado y a los Ayuntamientos, aunque Flórez –escribía en 1926– pudiera verse obligado a "aceptar una realidad inferior a su concepto de lo que debe ser la escuela"¹⁶³. Más adelante, en la crítica a los "acorazados" de la Dictadura reactiva su obsesión



Antonio Flórez, retrato de Sorolla

*Antonio Flórez Urdapilleta, arquitecto director de la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas del Ministerio de Instrucción Pública, creada en 1920, y responsable de buena parte de los proyectos de las nuevas edificaciones. Acompañó a Bello en algunas de sus visitas por el cerco de Madrid. Los criterios de ambos no siempre fueron concordantes. Nuestro autor criticó en ocasiones el "monumentalismo" de los modelos de Flórez y defendió una arquitectura más escueta y económica. El retrato que aquí se muestra es de Sorolla y aparece inserto en el catálogo **Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes** (Madrid, CSIC, 1987).*

¹⁶² BELLO, L.: "Madrid, pueblo sufrido. Los famosos grupos escolares", *El Sol*, 2 de septiembre de 1930.

¹⁶³ BELLO, L.: "La escuela del lugar pobre. Carta desde Las Rozas a Don Antonio Flores (sic), arquitecto", *El Sol*, 16 de febrero de 1926.

economicista, y aún cree que “con la cuarta parte de dinero gastado podría instalarse el mismo número de clases”, con lo que sería posible “multiplicar las escuelas”. Mejor que grupos “modelo” del tipo del “Pérez Galdós” –“como la cárcel que tiene enfrente”– eran las construcciones de “escueta” y “sencilla” arquitectura prodigadas por toda la ciudad y sus extrarradios para extender la educación entre las capas sociales que la reclaman, a veces con incidentes como el que, en el Puente de Toledo, requirió la intervención de la Guardia Civil¹⁶⁴.

Además de la crítica económica, Bello veía en los “acorazados” un símbolo del “esplendor” con que el poder los proyectó, como centro dominante de las “escuadras pedagógicas” que forman todo el cuerpo de barcos menores, constituido por “cañoneros, torpederos, escampavías y aún gabarras y botes agujereados”¹⁶⁵. Toda una metáfora belicista que guardaba relación con el signo militar de sus promotores. Años después, en los debates de la época republicana, Bello sustituirá las metáforas de aquella arquitectura armada por la más sutil crítica a la arquitectura de las “cornisas” y los “transatlánticos”, influido en este caso no ya sólo por su posición en cuanto a la controversia económica, sino por la presencia de nuevos criterios técnico-estéticos asociados a la introducción en España de las innovadoras corrientes racionalistas a través del Grupo GATEPAC. No en vano, la casa de Bello fue construida por el arquitecto renovador Manuel Vías, conforme a tendencias que combinaban la solidez de “cal y canto”, y la sobriedad, con la funcionalidad. Este era el patrón de la arquitectura de “línea escueta” que el autor defendía. La introducción de las nuevas ideas, originadas en el movimiento alemán de la Bauhaus iniciado por Gropius en 1919, suscitó una escisión en el grupo de arquitectos que integraban la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas, que condujo, como ha mostrado Purificación Lahoz, a la progresiva destitución, ya en la época republicana, de los técnicos responsables del organismo ministerial. La controversia se manifestó en las dos exposiciones de arquitectura escolar que organizaron en 1933 la Oficina Técnica, de una parte, y el GATEPAC (Grupo de Artistas y Técnicos para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea), de otra. Con el cambio político de 1934, la Oficina publicó una nueva normativa orientada al abaratamiento de los edificios escolares, que no tuvo apenas incidencia¹⁶⁶. En cualquier caso, la confrontación de posiciones era evidente, y Bello, con su campaña en el periódico *Luz*, había tomado partido en ella.

En los debates parlamentarios, el diputado de Acción Republicana, con apoyo de otros políticos, siguió defendiendo la anterior actitud, obligando a intervenir a Rodolfo Llopis, que rebatió con datos presupuestarios las opiniones del director de *Luz*¹⁶⁷, pero su pasión siguió sin duda próxima a

¹⁶⁴ BELLO, L.: “Esperando la vez. Los nuevos grupos escolares”, *El Sol*, 12 de octubre de 1930.

¹⁶⁵ *Ibidem*.

¹⁶⁶ LAHOZ, P.: “Los modelos escolares de la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas”, *Historia de la Educación*, XII-XIII (1993-1994) 121-148. Véase el “Número dedicado a Escuelas” de A. C., Barcelona, GATEPAC, 1933.

¹⁶⁷ Véase: PÉREZ GALÁN, M.: *La enseñanza en la Segunda República*, Madrid, Edicusa, 1975, pp. 105-113. GINER, B.: “Las construcciones escolares en Madrid”, en *Oficina Técnica para Construcción de Escuelas*, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública, 1933, pp. 77-94.

la sensibilidad del pueblo y de sus aspiraciones de escolarización en instituciones dignas, aunque no monumentales.

Aun en el respeto a las raíces krausistas que también tuvo su formación, como la de todos los que intervenían en la polémica, Bello era consciente del temor aristocratizante de muchos hombres de la Institución. A los “cincuenta y cuatro años” de iniciarse la obra de Francisco Giner, la situación escolar española había “empeorado”. Era la Institución Libre “un ejemplo aparte, avanzado y señero”, mas “su concepto de educación no se ha filtrado a nuestra enseñanza nacional, mucho menos a la primaria (...), castillo fuerte que sigue todo él, en bloque, ocupado por el ejército negro de la España tradicional”. Más aún, no sorprende al comentarista de *El Sol* que toda “una generación liberal haya enviado su descendencia a colegios de frailes y monjas”. La semilla de la Institución había germinado en “otras instituciones culturales de tipo moderno”, pero no en las elementales, aunque Giner pusiera pronto de manifiesto que “toda reforma educativa profunda no puede cimentarse sino en la escuela primaria”. Esta era la asignatura pendiente, que el Estado tardaba en asumir, y para cuya aprobación era preciso “acudir otra vez a la prueba de la iniciativa privada”, que, en este caso –crea Bello–, había de ser de “izquierdas” o “laica”. Esta opción no ha de aspirar a la “fastuosidad” de la enseñanza confesional –rasgo visible también en la arquitectura de sus centros–, sino a realizaciones más populares, como las que podrían promover las cooperativas y asociaciones¹⁶⁸.

58

Pero aquella izquierda laica, liberal o socialista, no abordaba su ofensiva. Las izquierdas no han respondido al llamamiento de Bello para crear y sostener escuelas propias. En cambio, los escolapios de Pamplona sí le han escrito defendiendo su idea de que los colegios que regentan desde siglos “son para todos, sin distinción de matices políticos, ni aun religiosos”. A sus clases asisten hijos de “republicanos, monárquicos, socialistas” y “hasta hijos de espiritistas”, en “colegios científicos y religiosos”. Al autor le gustaría ejercer la reciprocidad, “proponiendo las escuelas laicas a los hijos de los católicos”, para así poder apreciar “hasta donde llegaba el criterio de tolerancia”. Las Escuelas Pías obran, reconoce, con discreción y “buen sentido social”, pero él prefiere “la religión en casa” y se asombra ante la posibilidad de que los maestros del grupo Jaime Vera lleven a sus alumnos a misa los domingos. Mientras tanto, todo sigue igual. Los nuevos grupos aún no se entregan y a fines del año 30 corren por Madrid “notitas” con nombres de niños y su apostilla al pie: “Se desea su ingreso”¹⁶⁹. La polémica clericalismo-laicismo, que con tanta virulencia reaparecería con la República, estaba de nuevo servida.

¹⁶⁸ BELLO, L.: “La educación del hijo. Madrid, al llegar octubre”, *El Sol*, 2 de octubre de 1930.

¹⁶⁹ BELLO, L.: “Más sobre educación. Madrid, izquierdas y derechas”, *El Sol*, 6 de noviembre de 1930.

SEGUNDA PARTE

LA ESCUELA RURAL

59

Prólogo a *Viaje por las escuelas de España*

61

Amigos míos y maestros, entre los que cuento ya con buenas amistades, me animan a imprimir en libro la VISITA DE ESCUELAS que apareció en *El Sol*. La resonancia lograda por estos artículos en toda España permite confiar ahora en una acogida favorable. Allá va el libro, pues, sin falsa modestia, como documento inicial de una campaña. He respetado los trabajos tal como salieron, sin enmienda apenas. Podía haberlos pulido y cincelado un poco, pensando en su valor literario, que no estimo, ni mucho menos, tanto como la obra, la acción que con ellos he pretendido realizar. Aquí están pintadas nuestras escuelas tal como las veo, y no por gusto del aguafuerte con tintas sombrías, sino por el propósito de interesar a todos en que acabe de una vez esta gran miseria. Creo haberlo conseguido ya, despertando "un movimiento de opinión". Por ello este libro se hará viejo muy pronto, y yo lo deseo. Mi afán consiste, precisamente, en vivir todavía cuando parezca arcaico e inverosímil este retrato de una época pintoresca, demasiado rica en color. No me resigno a escribir de una manera notarial, sólo para levantar acta, y lucharé con todas mis fuerzas, donde sea preciso, por el Niño, por la Escuela y por el Maestro.

UN SENTIDO A LA VIDA. – "¡Mejorar las escuelas; construir escuelas!– han dicho algunos–. ¡Ese hombre persigue un ideal de cal y canto!". Otros han estimado también demasiado pobre y a

ras de tierra esta preocupación por las primeras letras, por la enseñanza elemental: "En la Escuela – insinúan– no estará nunca la cultura". Si yo pienso de otro modo es porque doy un sentido a la vida, de acuerdo con íntimas convicciones que han ido aclarando y acendrando dentro de mí, los años. Lo primero para mí es el gran bien de la vida, y nuestra mayor riqueza, las cualidades naturales que traemos al nacer. La vida en sí es una maravilla, y en el hecho de tener conciencia de ella encuentro la máxima felicidad. Doctrina del optimismo que expondré algún día con la "doctrina del Desinterés", como norma de moral a la que yo quiero ajustarme. Pero la conciencia de la vida y el disfrute de este maravilloso bien, así como de las cualidades naturales, no se logra si éstas no se cultivan. Debemos a los niños, tanto como la leche materna, la educación de su inteligencia y de su carácter, bienes que, una vez recibidos, nadie podrá quitarles, y que, por consiguiente, valen más que la riqueza. La suma ignorancia mantiene al hombre en categoría de animal inferior; cierra todo su horizonte, que se le convierte en cárcel o en cercado de reses, donde vegetará, presa de sus instintos. ¿Comprendéis por qué la Escuela es para mí antes que la Universidad? ¿Por qué pienso en los hombres, antes que en los doctores? No quiero que se le robe a nadie el gran bien de su vida íntegra, por nacer pobre o entre los riscos de una sierra o en el último confín de una dehesa boyal.

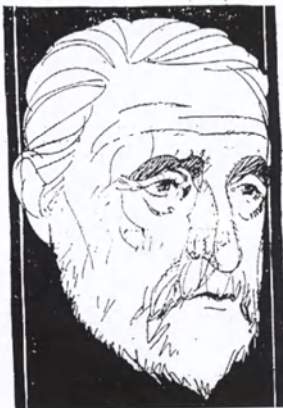
LA ESCUELA. – Empecé estos artículos con motivo de la inauguración de una escuelita vasca de barriada en San Julián de Musques, al pie de los montes del hierro. Conociendo desde larga fecha

62

DON MANUEL B. COSSIO, EL MAESTRO DE UNA GENERACION LIBERAL

HACIA EL TRIUNFO DE SU CANDIDATURA
COMO DIPUTADO A LAS CORTES CONSTITU-
YENTES DE LA REPUBLICA POR LA VILLA
DE MADRID

Resumen de las conferencias dadas que un repasar puede servir a
la patria, D. Manuel B. Cossío en su célebre discurso, por el cual
señaló de todos sus aspiraciones, a una República (1931) des-
de la que el interés, y a la que así sea la nación se prefiere.
Autorizada impresión de reproducción en Cortes de España de Madrid



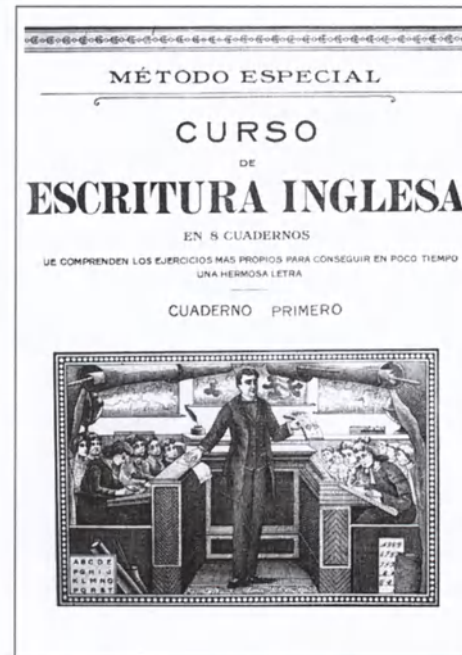
Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935). Apunte de Aristotéllez en *El Sol* (3 de octubre de 1931). Maestro de toda una generación liberal, fue también un referente obligado para Bello. Aunque enfatizó el valor del maestro frente al fetichismo de lo material, mientras Bello era un tenaz defensor de la "escuela de cal y canto", siempre existió entre ambos una corriente de simpatía y afecto que les unía en su lucha por la educación del pueblo.

las escuelas rurales del cerco de Madrid, pedí a la capital que hiciera un esfuerzo y acudiera en ayuda de sus pueblos, ya que el Estado, embebido en otras obligaciones, descuidaba la más urgente. "Le vemos distraído —escribí entonces—, como hombre ya maduro que quiere todavía garzonear, y conviene dejarle que desfogue su nueva primavera. Cuando vuelva a casa nos agradecerá que hayamos cuidado su hacienda." Para despertar interés por la Escuela y para lograr el concurso de esa acción social, yo no podía llevar conmigo uno por uno a todos los vecinos de Madrid a enseñarles los pueblos del Guadarrama y del llano. Escribí mis artículos procurando darles algún color y fuerza gráfica, sin violencia, piadosamente. Este fue el comienzo de la *Visita de Escuelas* que luego, por iniciativa de don Nicolás María de Urgoiti, en *El Sol*, se extendió a toda España. Por donde he pasado, desde Asturias a Andalucía, he ido viendo que tocaba un problema vivo, una llaga abierta. Quise reducir el esfuerzo, distanciarlo, por grados; y hablé, ante todo, de la Escuela: "Sin embargo, *el local* de la Escuela —me argumentaron en Madrid— no es la Escuela; y desde luego, no es la instrucción primaria". Conformes. Pero yo sé la gran perfidia que envuelve esa verdad de Perogrullo. Ni el local, ni el material, son la Escuela; y, a pesar de ello, a mí me basta entrar en un local para saber si al pueblo le interesa la instrucción de sus hijos, si los quiere y si respeta y estima al maestro. Desde el primer momento comprendí que en esta aparente elevación de ideas, en esta posición de altura, se emboscaba un enemigo. Así lo expuse, despejando, en defensa del maestro, una "cuestión previa" que se presentaba insidiosamente: "Qué es antes, ¿la Escuela o el maestro?" Para no hacer nada —"por ahora"— y proporcionarse a sí mismos una moratoria en el cumplimiento de su deber, políticos y técnicos oficiales se disculpaban: "Haremos escuelas; pero antes será preciso hacer maestros". Cuando se habla de construir escuelas, la resistencia pasiva, la inercia, la indiferencia organizada y documentada se ampara en la opinión de pedagogos muy ilustres. Sí. Yo conozco también las palabras de don Manuel Cossío: "Cada profesión tiene sus fetichismos, y el material de enseñanza es el mayor fetiche de los maestros". "Se sueña con monumentos escolares; y yo creo, por el contrario, que el ideal está en acercarse cuanto sea posible a lo que Rousseau decía: *La mejor escuela es la sombra de un árbol.*" Pero conozco, además, el sentido político —pesimista, cauteloso, pragmático— que inspira tan modesto programa. No pedir todo para obtener algo. No ambicionar para no desesperar. Pronunciaba don Manuel Cossío aquellas frases en Bilbao el año 1905. Allí hay escuelas y material de enseñanza. Otra cosa, no material, era necesaria: el héroe. El maestro-héroe, capaz de entrar en campaña sin carro regimental, con pan y queso en el zurrón. Administradas con malicia tales frases, sin su desarrollo, autorizaban todas las dilaciones. Así esto pensaban los más fervorosos apóstoles de la cultura, bien podían seguir en el mismo estado las escuelas hasta que hubiera una generación de maestros digna de mejor alojamiento. Pero los niños son siempre dignos de las mejores escuelas imaginables. No es preciso esperar otra generación de niños que merezca salir de los establos, de los antros húmedos y oscuros, de las cámaras frigoríficas... Yo estoy seguro de que a Juan Jacobo le costaría mucho trabajo resistir una hora de clase a la sombra de un árbol en Navacerrada para el mes de enero o en Móstoles hacia el mes de agosto. La escuela debe ser lugar

agradable, templado, limpio, con aire y luz. En los pueblos míseros debe ser el rincón más alegre y hospitalario, y al mismo tiempo, el modelo de una existencia superior. ¡No temáis dar ambiciones a la infancia ni acostumbrarla mal a ciertos hábitos de comodidad, señores técnicos oficiales! El último niño de esas escuelas es tan digno como vosotros de vivir bien, siquiera unas horas, bajo la vigilancia maternal del Estado. El influjo de los primeros años en la vida de un niño tiene fuerza bastante para hacerle más tarde renovar el pueblo.

EL MAESTRO. – He dicho que en esa aparente elevación de ideas pedagógicas acecha un enemigo del maestro. Son muchos sus enemigos. Sobre los que tenía antes, por rutina, entran ahora los ponderadores de los grandes sueldos –que no son grandes y sólo alcanzan a una minoría–. Yo he querido estudiar en estos artículos las primeras causas del prejuicio contra el maestro, y a riesgo de herir su sensibilidad fui a buscarlas en la tradición de la escuela cruel del siglo XVIII, heredera, a su vez, de la tradición del dómine. El orgullo vano del aristócrata sintió contra su pedagogo –que ejercía autoridad sobre él estando a su servicio– algo parecido a lo que siente la barbarie del pueblo contra su maestro. Ese propósito de mantenerle en servidumbre –sobre todo mientras el Ayuntamiento le pagó o tuvo la obligación de pagarle– persiste, aun después de la creación y liberación espiritual del magisterio. Pero el maestro es pueblo, sigue siendo pueblo, y cae dentro de la más modesta y democrática jerarquía social. No se admite la idea de verle en un plano superior. Idealmente, podemos imaginar –escribí en otro artículo no recogido en este volumen–, una triple fila de hijos del pueblo mal desbastados todavía. Unos llevan ya los hábitos del seminarista. Serán curas. Otros vienen del reenganche y no hacen sino cambiar de uniforme. Serán guardias civiles. Otros han aprendido en pocos años rígidas nociones elementales. Serán maestros. Pues sólo a estos últimos se les rebaja comparándolos. Al seminarista, salido del pueblo, se le confía cura de almas. Al maestro se le niega facultad y poder para la cura de inteligencias. Y esta asociación de profesiones y destinos en la vida, que parece absurda, es perfectamente exacta, y todo el que conozca la realidad española sabe que no me equivoco si digo que tardará muchos años en desvanecerse. “La soldada de hambre que se le da al maestro, con ser tan mísera, no llega a ganarla”. Esta es una opinión ya clásica –del siglo pasado–, recogida aquí entre hombres de mundo por pedagogos españoles y extranjeros. “Es el primer enemigo de la instrucción primaria”; dicen otros, hablando de la víctima, esto es, del maestro: –Sería preciso borrarlos a todos del escalafón y nombrar personal nuevo. –Sí. Y borrarlos a vosotros también, no del escalafón, sino del mundo de los vivos, en que cómodamente disfrutáis del derecho a la estúpida maledicencia. El maestro puede ser mejor, y lo será, a medida que vaya disponiendo de mejores elementos y encuentre ambiente social más favorable. –Quiero agregar aquí las primeras frases que escribí antes de esta campaña, en septiembre de 1915, la fecha de las mil pesetas: “Para aceptar con alegría el sacrificio de consagrarse a la enseñanza por mil pesetas al año –desde entonces la mejora, proporcionalmente, no ha sido muy grande–; para reducir las ambiciones y cumplir cordialmente un deber que redunde en beneficio de la Patria; para ser

sin amargura maestro de escuela, hace falta que el pueblo alcance la belleza moral de esa consagración. Sí. Es muy hermoso comprender la propia limitación, aceptarla, no resignados, sino contentos; dedicarse de un modo perdurable a la tarea, que alguien ha de hacer, de roturar inteligencias; pero, ¡por Dios!, que acompañe a la labor del maestro la simpatía y el respeto de todos; que sea, en cada pueblo, como un grano de sal para sazonar el desabrido vivir del aldeano. Y, por encima de esto, que aquí, en Madrid, donde se centralizan el poder y la murmuración, no demos por toda recompensa a su esfuerzo el pago de cotizarlos por bajo de sus mil pesetas. ¿Cómo es la escuela? ¿Cómo es el hogar del maestro? ¿Qué compensaciones de la penuria de sus recursos tiene en la limpieza y comodidad del cuarto en que vive? Si su mesa es pobre, ¿piensa alguien, ni siquiera él mismo, que puede alegrarse con un ramo de flores? Si los ingresos no dejan margen para el ahorro, ¿se siente, al menos, rodeado de esa estimación, de ese cariño efusivo y comunicativo que para la salud del espíritu vale tanto como un tesoro?



Leer y escribir fueron dos actividades centrales en la escuela tradicional. La escritura, más allá de su funcionalidad comunicativas, se constituyó en un arte que era preciso dominar con pericia. El aprendizaje caligráfico comportaba toda una disciplina de la mano, de la mente y de la voluntad. En las clases de lectura se debía aprender a descifrar los diferentes tipos de caracteres manuscritos, de estilo, cursivos y autografiados. Las imágenes reproducen dos conocidos manuales de Calleja y Hernando.

EL NIÑO. – Entre los *Diálogos Latinos*, de Luis Vives, que por hablar de escuelas tengo a la vista en la traducción de Cristóbal Coret, hay uno en que el maestro –de la buena cepa socrática– enseña a un joven caballero aristócrata adónde está la verdadera virtud de la cortesía. Aparece en el fondo –muy profundo– un secreto encono, una pugna. Era todavía el tiempo de los grandes señores iletrados: –“Yo no necesito de aprender letras ni ciencias; mis predecesores me han dejado en qué vivir; y si me falta, no lo he de buscar con esas artes tan viles, sino con las armas”. Pues en este diálogo, Luis Vives le demuestra al príncipe cómo las cortesías y honras deben hacerse por respeto primero a los demás y no por la reputación o interés de uno mismo.–¿Quién juzgará que “está obligado por aquello que tú haces por ti mismo, no por él?”– Con este criterio debemos juzgar cuantos esfuerzos y sacrificios hagamos por la instrucción del pueblo. No es ya la razón egoísta del mejoramiento del país, ni aun la consideración más alta del progreso de la Humanidad. Es que en un Estado bien regido el pobre tiene tanto derecho a la instrucción como el rico. Se le debe la escuela. No es cortesía, honra ni merced que le hacemos. Y escribo esta consideración sin olvidar el gran negocio que hace un pueblo invirtiendo el dinero de su presupuesto en el gasto más reproductivo: el de roturar tierras nuevas, alzar levas entre una mocedad no fatigada. En este libro aparecerá con mayor relieve la preocupación más modesta: el local de la escuela. En el fondo, no necesito decir que hay otras. Tampoco me conformo con la primera labor de desbroce, ni me dejo engañar por esa trampa burda escondida en la lucha contra el analfabetismo. Yo he procurado huir siempre de la palabra *analfabetismo*. Si tratan de eso las grandes campañas culturales confieso que no me interesan. No basta enseñar a leer y a escribir, con las cuatro reglas. Cazar a un chico, enseñarle todo eso y devolverlo otra vez al campo, es como someterle a una circuncisión o llevarle al herradero, donde le pongan el sello que dice *Sí*, en respuesta a la pregunta clásica: “¿Sabe leer y escribir?” Viven en plena miseria cultural muchos que llevan el hierro que dice *Sí*. La escuela debe aspirar a más. Carducci presentaba ya las desventajas de la vida para quien sólo posee conocimientos tan sumarios. “De jóvenes sabrán mostrarse discretos calígrafos escribiendo a la novia; de viejos podrán leer un periódico que les hable de política o algún mal novelón”. Y no era Carducci de los que creen que al pueblo le bastan, como decía su Ferdinando, las tres efes: *Farina, Festa e Forca*; o en la versión más dura de la misma idea que dio Fóscolo, las tres aes latinas: *Ara, Aratrum, Arbol patibulari*. La enseñanza primaria no es suficiente; pero sin ella no se llega a la otra. En la primera enseñanza va la iniciación de todo, y cuando se le encamina bien, de los cuatro a los catorce años puede llegar el niño a adquirir una preparación sólida para la vida. Es difícil que vuelva atrás un joven inteligente y que se hunda en la ignorancia absoluta, aunque se halle reducido a vivir en una aldea. Antes procurará hacer la aldea a su nueva medida y transformarla, con ayuda de una generación tan culta como él. –Aspiración modesta, ideal de vuelo corto; lo declaro sin ningún rubor; pero con esto me conformo... Vuelen otros más alto. Yo voy a trabajar porque los niños españoles tengan buenas escuelas. Hay que salir de Madrid. España es tan hermosa que, al recorrerla de pueblo en pueblo, estoy seguro de no perder el viaje.

El cerco de Madrid

1. LA ESCUELA DE UN LUGAR¹

67

Se quedaron atascados en un remanso estos pobres lugares. Cuanto más rápida la corriente, ellos más quietos. Quiero advertir a mis amigos de que debemos ir a darles remolque, y alguno me pregunta: –¿Usted conoce bien el problema pedagógico? – Yo no conozco bien nada y mucho menos el problema pedagógico. He sido alumno, discípulo, chico de la escuela. Nada más. Mi pedagogía apenas tiene puntos de vista que no sean accesibles a cualquier muchacho. Por eso, sin propósito de intercalar aquí, con abuso de confianza, unos párrafos autobiográficos, sino sólo a título de experiencia, recordaré, rápidamente, la escuela de un lugar. Antes había ido yo a la escuela en Luarca. Pero de este puertecito cantábrico no me acuerdo. Una habitación oscura que olía a vacas y a paja húmeda, y en la puerta, una doble fila de zuecos que dejábamos al entrar. Veo vagamente a los chicos persiguiendo a las chicas, y siento el calor de la mano que me sacaba de allí. Después, un colegio madrileño: aulas enormes, largos corredores, con ladrillos rotos que sueñan al pisar. Una fuente de latón clavada en la pared, con agua que sabe a hojalata y a barniz. ¡Y los pies siempre fríos!... Claro que en Luarca, tierra de indianos, y en Madrid, ya hay otras cosas. No en balde ha pasado cerca de medio siglo.

¹ *El Sol*, 28 de septiembre de 1925. El título de este artículo en el diario es: "Escuelas de lugar".

Pero esta escuela de lugar, a seis leguas de la Corte, donde al abecedario le llamábamos "el Cristus", y donde el señor maestro usaba palmeta, ha tenido suerte entre mis recuerdos de infancia. Siempre la he visto poetizada, transfigurada, con cierto encanto veraniego, como paso obligado para las escapatorias por las arboledas. Todavía estoy contemplando el nido de perdiz que guardaba Trompico, el albañil, bajo la tabla del pupitre: un nido con crías... Y le miro salir al maestro con sus gafas negras y su gorro de lana, por la puertecilla del jardín. Pues bien: no hace mucho tiempo, con motivo o pretexto de unas elecciones, he vuelto a la escuela del lugar. Allí no había tal jardín ni pudo haberlo nunca. ¿De dónde habré sacado yo ese jardín? No podía salir don Juan, limpiándose sus gafas con el pañuelo azul, por donde yo imaginaba, porque no había puerta. Los pupitres no son de tapa. En aquel rectángulo, las cuatro paredes desnudas, con sólo unos cuantos cartones del silabario, os clavan la impresión más fría y más seca que pueden dar cuatro paredes. Es preciso ampliar el mundo inhabitable con un concepto más. Sobre la cárcel, el hospital, el cuartel, pongamos ahora la escuela del pueblo... Mi fantasía, siempre optimista y generosa, se empeñó en ver aquella desolación de otra manera. Se había olvidado de que arriba está el Ayuntamiento y de que puerta con puerta hay otro cuarto oscuro y húmedo, el calabozo, mejor dicho: la Cárcel Municipal.

68 Sí. Esa es la escuela. La verdadera impresión vuelve, y recuerdo, en efecto, que allí estaban los presos –casi siempre venían conducidos por carretera–, y muchas veces los oíamos jurar. Cantábamos más fuerte que ellos el silabario, la tabla de multiplicar y el credo. Por fortuna, don Juan tenía muy pocos bríos para manejar la palmeta; pero sólo el verla sobre el papel rayado de hacer palotes me indignaba. ¡Qué ocasión para llevársela y quemarla si la encontráramos allí! Busqué entre las carpetas. Miré debajo de la mesa, donde solía esconderla aquel santo varón. No estaba. He aquí una posible diferencia entre ayer y hoy.

Mesitas rotas, bancos cojos y llenos de muescas –de navaja–, tinteros mellados, polvo, manchas de humedad en el suelo y en los zócalos... No es amable ni grata la escuela de hoy. Entonces le llevábamos a don Juan dos cuartos, cada niño, todos los sábados. Cobraba, además, sus buenos seiscientos reales al año, que el pueblo le daba por reparto entre los vecinos. El don Juan de ahora cobra las mil pesetas anuales. Otra diferencia; no sé en favor de cuál. Pero el resto no ha cambiado nada en cuarenta años. Como el espectáculo removía raicillas sentimentales tan hondas, tan lejanas, ofrecí a los señores del Concejo, en nombre de nuestro candidato, ya que no otra cosa, por lo menos un auxilio a la escuela en material de enseñanza. Y volvimos al "auto" para salir a la carretera. No habíamos llegado a las cruces del Calvario cuando desembocaron corriendo por una calleja varios amigos nuestros, con el sacristán y con el señor cura. Querían decirnos adiós otra vez.

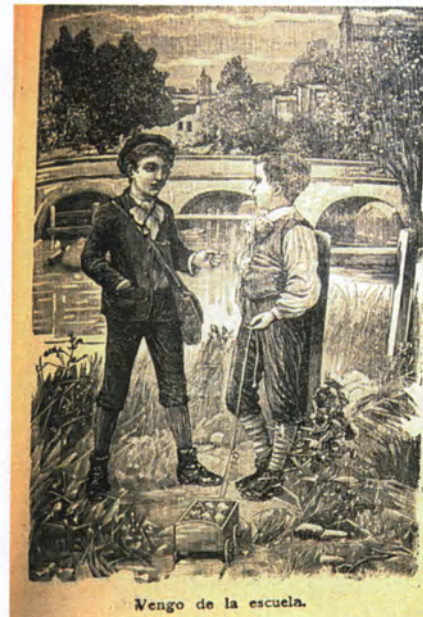
– Y, oigan ustedes... De material de escuela no necesitan mandar nada. Nos arreglaremos con lo que hay. Mejor es que vayan a Gracia y Justicia y reparen la torre de la iglesia que se está cayendo.

Se cae la torre. Se cae el pueblo, casa por casa, y no lo levantan. Estos lugares próximos a Madrid, al ser absorbidos desde lejos, pierden el equilibrio. Es preciso ampararlos, reforzarlos, asegurar en ellos el resorte moral. Algo trágico les ocurre y nadie se ha detenido a estudiarlo, como si no nos importara ver de qué modo va convirtiéndose en osario la tierra llana que nos rodea. Un paseo no muy largo; una hora –media– de automóvil, basta para comprobar esa ruina lenta. Y si queremos testimonios escritos basta comparar los datos de la Guía de 1925 con el Madoz de 1845. En ochenta años hay pueblos que han perdido la mitad de su población. Otros se conservan igual. Muy pocos la han aumentado.

Y menor aún es el número de lugares que tienen mejor servida hoy la instrucción primaria que en 1845. Una escuela de niños y otra de niñas. A veces un solo maestro o una sola maestra en escuela común para niños y niñas. A veces era el párroco o el secretario del Ayuntamiento quien desempeñaba ese servicio. El maestro cobraba con trabajo su mísera pensión. Salía ésta de bienes de propios, o era producto de un terrazgo, y el maestro de Fresno de Torote enseñaba a cuatro o seis alumnos “por seis fanegas de trigo que le da el señor del pueblo todos los años”. Esto era a principios del XIX. Pero en ese lugar no hay ahora más que una maestra.

Pueblos fuertes y ricos –aunque inmobilizados– siguen con una escuela de niños y otra de niñas para mil quinientos o dos mil vecinos. Hay en Campo Real –por ejemplo–, cerca de Arganda, automó-

*Diálogo entre dos niños a su encuentro en el camino. “Vengo de la escuela –dice Miguel–. “Allí aprendo a leer, a escribir y a contar... para ser luego hombre de provecho” –continúa–. Asistir a la escuela se va afirmando como un valor, contra el absentismo y otras condiciones de vida de la infancia tradicional. Los libros escolares exaltan estos nuevos valores en sus textos e imágenes: JIMÉNEZ AROCA, M.: **Frasas y cuentos para niños**, Madrid, Calleja, s.a. (aprobado en 1883), p. 89.*



vil diario a Madrid, café, "bar", cuatro modistas, once tabernas, cinco comerciantes de tejidos, veintiocho cosecheros de vino... Y un maestro y una maestra. Este es el caso del pueblo floreciente que no ha pensado nunca sino en el progreso de su vida material, sin duda porque cualquiera otra aspiración la orienta hacia Madrid. Y ¿cómo son esas escuelas? ¿Cómo vive el maestro? ¿De qué medios dispone para la enseñanza? (Los paquetes diarios de los periódicos y el envío mensual de los libros pueden responder a estas preguntas)².

2. UNA ESCUELA EN DOMINGO³

Vamos a recalar en cualquiera de esos lugares que tienen puesto cerco a Madrid, y con su muda presencia están gritándole desde sus torres sin cigüeñas –sin tradición–: "¡Así fuiste tú! ¡Así volverás a ser cuando te abandones!" Esta tierra, este pardo sayal tendido a los pies del Guadarrama, rinde con muy poco esfuerzo trigo y avena. Entregada a su propio genio, pronto la veremos florecer y nacerán, espontáneas, amapolas silvestres y pueblecitos como Fuencarral y Alcobendas. Vamos a ir a Alcobendas en domingo a ver la escuela, aunque la encontremos vacía.

Alcobendas adelanta hacia Madrid un camino bucólico, con su puente sobre una rambla siempre seca, su alameda –que, sin duda, se ha sorbido la rambla– y una fuente donde beben los bueyes. La entrada del pueblo se abre en semicírculo estratégico, y como domina la carretera, se ve que con cuatro fusiles podría defenderse muy bien en una guerra con Fuencarral. En cambio, del otro lado, San Sebastián de los Reyes tiene la posición dominante. Pero Alcobendas es pueblo tranquilo. A los franceses que vinieron con Angulema les interesaron las viñas y, sobre todo, el moscatel. Allí estuvo, en esa misma plaza del Ayuntamiento, el cuartel general. Quizá en este zaguán por donde ahora entramos en busca del maestro tenía su guardia el príncipe generalísimo, y en lo que hoy es escuela quedó acordada la Regencia del Infantado, con don Francisco Tadeo Calomarde. –La Historia se nos enreda a los madrileños a los pies en cuanto salimos de casa. –Pero ¿dónde está ya el duque de Angulema? Una vez dentro de Alcobendas, ¿dónde está ya Madrid? Todo en este pueblo es suyo, típico y genuino. Es el pueblo aborigen, sin enlace ni influjo, aunque venda gasolina y perturben su siesta las bocinas de los automóviles. A diecisiete kilómetros de la Puerta del Sol; y sin embargo, impenetrable, incommovible...

Hemos venido a ver la escuela. Atravesando unos patizuelos nos asomamos a la clase de las niñas, que tiene hoy cerradas las ventanas y duerme pesadamente un triste sueño de párvulo exangüe y enfermo. La escuela se fatiga también, como los muchachos y como sus maestros.

² El texto entre paréntesis aparece en artículo de *El Sol* y no en el libro.

³ *El Sol*, 7 de octubre de 1925.

Llegamos, por sorpresa, a interrumpir su descanso dominical; y al tocar una puerta oímos como un quejido. Respetemos su sueño. Es simpática la escuelita de niñas de Alcobendas. Salimos casi de puntillas.

Pero llega el maestro del pueblo y, amablemente, nos informa, comenzando por abrir su aula. Es despejada, alta de techo y muy capaz para treinta o treinta y cinco alumnos. Unos bancos relativamente nuevos –son de fines del siglo pasado–. Y otros donde aprendieron a escribir los niños que vieron entrar al duque de Angulema... Está cuidada. La han limpiado cuanto puede limpiarse una escuela vieja; del mismo modo que se pasa y repasa el cepillo a una americana demasiado usada. Quizá el lustre sea peor que el polvo. Tiene el mismo aire triste, cansino, de la escuela de niñas, y no despierta –ésta es la rigurosa verdad– sino ideas humildes y míseras, acomodadas al pobre ambiente que flota como un vaho melancólico entre las cuatro paredes. Amplia y despejada, como digo, para treinta o cuarenta niños. *¡Pero van ciento veinticinco!* La matrícula llega a ciento cincuenta, cifra que nunca se completa en la clase, por fortuna para don Emilio y para los muchachos. Estos primeros meses, de octubre a diciembre, faltan muchos. Luego, en primavera, cuando ya pueden ir a trabajos del campo, también se reduce el número. Pero de enero a marzo son ciento veinticinco niños los que acuden a la escuela.

– Y ¿cómo se les instala? ¿Dónde?

– ¿Dónde? Aquí. Los que pueden se sientan, y los que no, se quedan de pie. Ya tengo dicho más de una vez a los inspectores que esto no es una escuela, sino un encerradero. Como nos ahogamos, necesito abrir las ventanas, todas, de par en par. Así estamos en pleno invierno.

A la entrada del aula, en un rincón, cuatro tablitas que no levantan veinte centímetros del suelo marcan el sitio de los párvulos. Están al pie de una ventana y detrás de la puerta. Se criarán fuertes, no hay duda. Si salen, si se logran, es que son de hierro.

Y ¿cómo puede enseñar un solo maestro a ciento veinticinco alumnos? Este es un problema difícil a primera vista, y sin embargo, la realidad lo resuelve de plano. Los enseña a leer y a escribir, las cuatro reglas y algunas cosas más; pero nadie puede exigirle que haga milagros.

Ya está en pocas palabras trazado el cuadro de la escuela de Alcobendas. El pueblo es grande. Tiene más de mil trescientos habitantes. Los chicos van a la misma clase y oyen las mismas cosas desde los cinco a los catorce años: porque al maestro pocas veces le queda tiempo para graduar la enseñanza. ¡Nueve años de encerradero! Encerradero de ganado, que esto quiere decir la terrible frase. Si sus padres necesitan ayuda, ellos mismos, por huir de la escuela, se prestan a ganar un jornal o a cuidar de sus hermanos mientras la madre lava en el río y el padre sale al campo. ¡Antes coger cardillos que aguantar tres horas por la mañana y tres por la tarde amontonado entre un centenar de víctimas que se aburren como él y que aguardan el momento de salir como una liberación!

El interés de la familia –el pobre y vil interés de cada día– está en sacarlo de allí cuanto antes. Pero si el niño se encontrara satisfecho y la instrucción fuera lo que debe ser: una gimnasia de todas las aptitudes, él mismo se negaría a salir y a cortar sus estudios.

Piensen por un momento los que relegan esta cuestión de las escuelas al plano más subalterno que el azar les hubiera hecho iniciarse a la vida en nuestra escuelita de Alcobendas. Quizá los más inteligentes sean los más rebeldes contra los malos métodos, y por no adaptarse, por no aceptar la tortura del encerradero, hubieran podido quedarse sin la enseñanza elemental. Vendremos en invierno. Acaso para entonces se hayan dado cuenta los vecinos de Alcobendas de que eso que pasa ante sus ojos todos los días es peor que un abandono: es un crimen que se comete con sus hijos.

3. LA ESCUELA VIEJA DE PARLA Y LAS NUEVAS DE EL ÁLAMO⁴

Seamos justos! ¡Digamos toda la verdad! Al salir de Madrid por cualquiera de esas temibles cintas polvorientas tendidas hacia el Sur, lo que nos ofende no lo puso el campo – aunque para insultarle le llamemos “estepa”–, sino el mismo Madrid. Madrid convierte las tierras circundantes en escombrera, en estercolero. Ellas solas, pardas hoy, verdes en primavera, doradas luego por las mieses de agosto, saben presentarse con dignidad. Madrid es quien las degrada y las infama, con todos sus detritus de arrabal miserable. Apenas traspuestos los primeros kilómetros, sólo con llegar a Getafe, limpios los terrenos de cascote, papeles y hojalata, el campo adquiere una expresión sobria que tiene cierto encanto. Muchas huertecitas morunas, cada cual con su noria, su casita y su pequeño regadío, justifican el nombre árabe; y, en suma, ni las tierras ni el pueblo son pobres, sino al contrario. Un poco de desinterés, de efusión y de ambición estética –que no sólo de trigo vive el hombre– no les vendría mal.

Pero esto hemos debido decirlo con mayor oportunidad al llegar a Parla. Es pueblo rico. Tiene más de mil doscientos vecinos. En la plaza de la iglesia había árboles hace años. Un plantío nuevo, que acaso prenda, los ha sustituido. La gente es fuerte, recia; buena raza, si no se empeñaran, desde niños, en ver la vida del más sangriento color rojo. Estos muchachos, que siguen alegremente el automóvil y nos guían hasta la escuela, demuestran simpática disposición. ¿Serán menos iracundos y peleones que sus abuelos?

Salen –por de pronto– de la misma aula y, si algo ha cambiado, no habrá sido allí dentro, sino en el ambiente de fuera. Con asomarse a la escuelita de don Ángel –el maestro es hoy don Ángel de la Vega– se percibe la continuidad monótona e invariable de los años, que pasan por allí dejando

⁴ *El Sol*, 14 de octubre de 1925.

solamente esa pátina de las cosas viejas, pero no venerables, y ese inconfundible olor a moho de los sitios mal ventilados. Porque la escuela de Parla no tiene sino una ventana a la plaza y una puerta trasera que da a cierto corral del que me habían hablado antes de hacer esta visita. Ese corral, en efecto, además de patio de juegos y evacuatorio, sirve de toril durante las fiestas del lugar. Dos bur-laderos matan los ángulos y permiten asomarse a los chicos, para sus menesteres más urgentes. Por el otro lado del triángulo tiene el toro la salida a la plaza. Pero no es cierto que el chiquero esté dentro de la misma escuela. Está en el corral, donde además hay la boca de una alcantarilla y la reja de un calabozo.

La escuela, ni mejor ni peor que otras, pero estrecha, pobre, triste... Tengo razones especiales para mirarla con cariño. En esos banquitos se sentó y en la deslucida tabla de esos pupitres clavó sus codos para llevar la mano a la mejilla y buscar en el aire las primeras nociones, las primeras ideas, las primeras musarañas, una persona que lloraría hoy de emoción si estuviera a mi lado. No tendrán el maestro, ni el alcalde de Parla, ni el Ayuntamiento en pleno, el amor que yo tengo a este rincón familiar, tan humilde hoy, tan mísero. Por la veneración que guardo a esas memorias, quisiera que un pueblo tan rico, dotado de tantas energías, acabara de una vez con la vergüenza de su escuela-toril. Y le pido un esfuerzo, sabiendo que me oirá, porque conoce el noble impulso y el afecto que inspiran estas líneas. Construir unas escuelas, las mejores escuelas de la provincia, con ayuda de Madrid, no le cuesta a ese pueblo –granero de Castilla– sino la mitad del diezmo de una buena cosecha. Dotarlas bien no será un sacrificio grande y, en cambio, el resultado podrán apreciarlo antes de dos generaciones; en esta misma generación que hoy muestra deseo de aprender y no encuentra dónde. Hoy, pasando de cien alumnos el censo escolar, apenas asisten a la escuela una docena. El pueblo comprende que allí falta algo. Por sus propios medios sostiene un colegio de niños y otro de niñas. Esto basta. No hallaré mejor prueba de lo que es la escuela de Parla.

Seguimos a Griñón, pueblo limpio, discreto, trabajador. Luego, por el camino de Navalcarnero, damos en uno de estos grandes paisajes, serenos e intensos, de Castilla. La llanura se ondula para trepar a las primeras estribaciones de la Sierra. Y al volver un ribazo, asoma como un jinete el castillo de Batres. Le acompañan la iglesita del pueblo y cierto extraño caserón negro, fábrica, lagar o refinería de alcohol. Pero desde el castillo, como una gran crencha o un penacho tendido, cae al arroyo la más soberbia y tupida arboleda. ¡Delicioso paraje, claro y plácido! Ni siquiera es preciso unir el nombre de Garcilaso, señor de Batres, para tener la sensación pura de esta tierra, dulcemente evocadora. Unos pasos más allá, cruzamos el río Guadarrama, entre olivares y viñedos. Pronto llega, con gran aparato estratégico, como si fuera una ciudad, la villa de El Álamo.

Y esto venimos buscando ahora. Nos trae a El Álamo, con el mayor interés y la más cordial afe-bilidad, el arquitecto don Antonio Flores (*sic*), que representa la intervención del Estado en la obra de construcción de escuelas. El Álamo estaba como los demás pueblos. Su Ayuntamiento dio unos terrenos y unos miles de pesetas, y dentro de poco inaugurará las primeras escuelas, al mismo tiempo que



Láminas de Historia Sagrada, editadas por Calleja, que se colgaban en los muros de las clases. A través de viñetas iconográficas seriadas contaban a los niños los principales episodios de la historia sacra, disciplina que, junto a la historia patria, también dispuesta a veces en murales, trataban de imbuir en los menores los valores de la religión y la colectividad nacional.

pone la primera piedra de otras dos, gemelas de las que hoy construye. Sale el alcalde con el maestro. Ambos satisfechos y llenos de esperanzas. Vuelven a entablar una vieja plática sobre la orientación del edificio. El alcalde preferiría que las ventanas dieran al camino. Al maestro le gustan como están, orientadas al mediodía. —El sol hace falta en la escuela. —Para usted, sí, que es andaluz—. Pero en esta polémica quien tiene razón, aun siendo andaluz, es el maestro; porque aquí el invierno es muy crudo, y en la canícula, que pasa pronto, apenas hay clases. (Cuando todo se haya terminado, dentro de este mismo curso, los muchachos que nos rodean tomarán posición de unas estancias limpias y luminosas; es decir, penetrarán en un mundo nuevo. No sólo ellos agradecerán el bienestar de que hoy carecen, sino el maestro de El Álamo, y El Álamo, que empezará a comprender por qué en la escuela, antesala de la vida, deben concentrar los Ayuntamientos todo el interés y la energía de que disponen. Dar buenas escuelas a los maestros es obligarles a ser buenos maestros y a sacar buenos discípulos, que, a su vez, hagan buenos pueblos)⁵.

* * *

⁵ Este texto entre paréntesis aparece en el artículo de *El Sol*, y no en el libro.

(Ahora, al aparecer este libro, ya habrán tomado los muchachos posesión de las dos escuelitas limpias y claras. El maestro andaluz disfrutará en ellas el sol, como en su tierra. Pero yo he averiguado a quién se debe, verdaderamente, el milagro. El terreno para las escuelas no lo dio el Ayuntamiento. Fueron dos maestritas hermanas nacidas en El Álamo y hoy ausentes, que conservaban como única herencia de sus padres esas pobres tierras y que se desprendieron de ellas por amor al pueblo. Los miles de pesetas estaban en las arcas del Concejo desde el año anterior. Eran parte de la cantidad que había recibido el término como indemnización de los destrozos causados por una tormenta. Y en cuanto al favor oficial que representa la construcción de las escuelas, ha de agradecerlo El Álamo a una criada del primer secretario de Instrucción del Directorio, Sr. García de Leániz. Fue éste a verla con ocasión de hallarse enferma, y de la visita a la vieja sirvienta surgió la escuelita de El Álamo, cuyo origen no deja por eso de ser elocuente y expresivo)⁶.

4. SIN OLVIDARNOS DE NAVALCARNERO⁷

A unos quince kilómetros de París está Sevres, y a otros doce o catorce kilómetros de Madrid está Alcorcón. No todo es porcelana en aquella *banlieu* parisense, ni todo es puchero de barro en los alrededores madrileños. Pero tiene su trascendencia el maldito prejuicio de uno y otro nombre, y no sirve que nosotros tratemos de salvar a Alcorcón por el matiz. De vuelta de El Álamo, presente aún el grato recuerdo del camino de Batres, yo hubiera querido ver las Ventas de Alcorcón a una luz propicia, pero estaba por delante Navalcarnero.

“Conviene tener presente el caso de Navalcarnero”, me habían dicho. ¡No hay que olvidarse de Navalcarnero! Íbamos caminando hacia la villa, y yo no tenía intención de prescindir de Navalcarnero. Extensos llanos de rica tierra laborable, viñedos, algunos olivares; pero, sobre todo, trigos y más trigos, en largos surcos que caminaban con nosotros hasta las mismas tapias del pueblo. ¿Por qué razón en este viaje alrededor de Madrid, visitando escuelas con cierto propósito de apostolado, era conveniente reparar en el caso de Navalcarnero?

Parece que este pueblo, cuyo campanario vemos asomar ya en la recta del camino, es un argumento terrible contra la construcción de escuelas. Algunos lugares, cuando se les habla de construir, se hacen los distraídos. Otros acuden a la magnificencia de los antiguos señores o de cualquier terrateniente millonario. Los hay que se declaran pobres y confían en la generosa colonia veraniega. Los mejores ofrecen el solar, la prestación personal del vecindario para acarreo de materiales y algunas

⁶ El texto marcado aparece en el libro, y no en *El Sol*.

⁷ *El Sol*, 21 de octubre de 1925.

pesetas. Pero Navalcarnero construyó a medias con el Estado unos locales magníficos. Y luego hizo con ellos lo que el viajero que se comprara unas soberbias botas de agua, y, al ponerse en camino, empezara por arrancarles la suela. Las inutilizó. No son de ayer esas escuelas. Son de 1886. Cuando llegó a Navalcarnero, hace tres años, la Comisión de Construcción de Escuelas, se encontró con un hermoso edificio de dos cuerpos, rodeado de amplios jardines, con buenas luces e inmejorable ventilación. Pero ¡en qué estado! Las grandes salas estaban divididas por tabiques de tablas. Los jardines, deshechos. En el piso alto, donde tenían habitación los maestros, se ha derruido la techumbre, se hunden las vigas, y siendo inhabitable el local hasta para un maestro, el Ayuntamiento acordó alquilarles otras casas. La Comisión proyectó un plan de edificios escolares contando con los ya existentes, reformados, y construyendo, además, otro pabellón para las escuelas de párvulos. El coste total del proyecto se elevaba a trescientas cincuenta mil pesetas. "Aportaciones que el Ayuntamiento ofrece: *Ninguna*. Esta Comisión se ve en el deber de manifestar –decía la Memoria elevada al Ministerio– que, no obstante la situación precaria a que alude el Ayuntamiento, los días 8 y 9 de septiembre, por tanto después de hecha nuestra información, se han verificado dos corridas de toros y varias capeas costeadas con fondos municipales".

Los comisionados tendrían buena intención, pero poca lógica. Corridas y capeas son de éxito invariable. En cambio, si el pueblo deja hundirse las escuelas de 1886, ¿por qué iba a molestarse en arreglarlas y completarlas en 1922? El Ayuntamiento estaba perfectamente seguro de que ese gasto no era necesario.

Ya invadimos las calles de Navalcarnero, pueblo rico en color y en billetes de Banco. Una villa de cinco a seis mil habitantes, animada, pintoresca, más parecida a los pueblos manchegos, incluso a Ciudad Real, que a estos sobrios y escuetos lugares castellanos. La gente circula bulliciosa. Las muchachas visten como en Madrid. Bajamos por el mercado, hacia el edificio de las escuelas; pero me niego terminantemente a visitarlas. Quiero tener derecho a dudar. Es posible que en estos tres años, tan críticos, la escuela se haya rejuvenecido, que las clases estén otra vez nuevas, firme el techo y el piso, y que en los jardines florezcan naranjos, mirtos y laurel, y hasta el árbol de la ciencia del bien y del mal.

5. TRES HORAS EN FUENLABRADA⁸

De esas tres horas, por lo menos dos las pasé en lucha con el alcalde, el secretario del Ayuntamiento, el del Juzgado Municipal y un número de la Guardia Civil. El otro número vigilaba a mi buen amigo don Luis García Bilbao, que había ido acompañándome y

⁸ *El Sol*, 7 de diciembre de 1925.

debía sufrir interrogatorio separadamente. ¿Quiénes éramos? ¿A qué íbamos a Fuenlabrada? ¿Por qué buscábamos al maestro de escuela clausurada de orden gubernativa? ¿Por qué celebramos en su casa una reunión a la que asistía luego Quintán, el presidente de la Asociación de Trabajadores de Fuenlabrada?...

El interés de las autoridades de Fuenlabrada en buscar obstinadamente propósitos ocultos a nuestro viaje de veinte minutos demostraba que, en efecto, la situación del pueblo valía la pena de hacerle una visita.

Quiero prescindir de mi fracaso personal como publicista, a pesar de que pocas veces se habrá registrado ejemplo tan aplastante. Un escritor que lleva tantos años en los periódicos, que durante meses venía molestando la atención de los pueblos, hablándoles de sus escuelas, era perfectamente desconocido a tres leguas de la Puerta del Sol. Carabanchel, Leganés, Fuenlabrada... Un paseo. Y las autoridades no tenían la menor noticia de mi campaña, ni siquiera de mi nombre. La vanidad literaria nos ha perdido siempre, y esto me preocupaba más que la perspectiva de pasar aquella noche en la cárcel municipal de Fuenlabrada, hasta que se aclararan nuestras intenciones.

En cambio, donde fracasó la tinta, triunfó la sangre. Todo era inútil. Inútil el "carnet" de ex diputado a Cortes –demasiado "viejo régimen", por desgracia mía, pues databa del año 17, de la Asamblea de Parlamentarios–. Inútiles los papeles, las cartas de maestros que van siguiendo con interés estos artículos. Inútil toda explicación. El propósito era bien claro: sentarnos la mano. Por eso la pregunta más repetida era la siguiente:

– ¿Quién responde de usted?

Entonces me acordé de mi tío Manuel. Don Manuel Pérez era un magistrado integérrimo, honra de Fuenlabrada, pariente y compañero de mi padre. Había muerto hace años; pero este conocimiento y el de su familia bastaban para probar que yo no soy del número de esas pobres gentes que no han nacido en ninguna parte.

– ¿Don Manuel... Don Manuel...? Querrá usted decir *don Manolito*.

– Don Manuel le llamábamos en Palma de Mallorca, para mayor respeto.

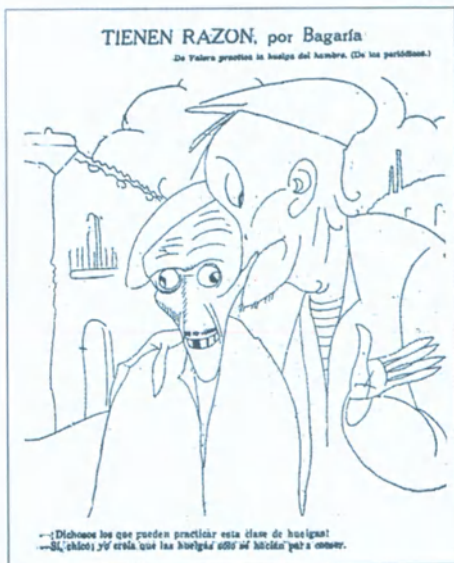
– ¿Y por qué no ha empezado usted por ahí? Siendo pariente de don Manolito ha debido usted decírnoslo antes.

Tenía razón el secretario. También tenía razón el alcalde de Fuenlabrada al suponer que un diputado del año 17 puede muy bien ser criminal el año 25. Ellos no están obligados a leer periódicos, ni a creer en el valor probatorio de treinta o cuarenta cartas dirigidas a una misma persona, y varios recortes de Prensa de toda España como garantía de una firma. Doy, por consiguiente, toda clase de disculpas a Luis García Bilbao por haberle expuesto a dormir en un calabozo en vez de llevarle a

visitar unas escuelas, y quizá a mayores riesgos que, en realidad, no he conjurado yo, sino la buena memoria de mi tío don Manolito. Pero si yo cometí el error de creerme en mi tierra dentro de Fuenlabrada, el alcalde y el secretario se equivocan también suponiendo que el pueblo es suyo y que sólo les interesa a ellos cuanto allí ocurre. A lo mejor es un forastero quien comprende mejor los verdaderos intereses del lugar y quien juzga más acertadamente las luchas sociales que con el ímpetu propio de pueblos primitivos vienen entablándose desde hace años a las puertas de Madrid.

Incidente de esta contienda, agria y enconada, es la clausura de una escuela fundada por la organización socialista del pueblo para los hijos de los obreros. Cantaban la Internacional hijos de obreros, como la cantan por la calle de Alcalá en 1º de Mayo millares de trabajadores. Otras causas debían motivar el cierre, y eso íbamos indagando, con simpatía por todo esfuerzo cultural, precisamente por venir de las clases más pobres. ¿Quién podría informarnos mejor que el mismo maestro? Para buscarlo habíamos corrido, de una cabo a otro, todo el lugar. Fuenlabrada es pueblo rico, de aspecto agradable. Sus casas bajas, de líneas amplias y pocos huecos, a la castellana, lucen su enjalbegado reciente. La cal, nueva, les hace parecer andaluzas, y sus zaguanes anchos, sus corralizas, miran hacia la Sagra. Tiene ya luz eléctrica y aceras en las calles. Poco más; un avance fuerte: pavimento, alcantarillado, agua corriente, tiendecitas limpias —es decir: urbanización—, y Fuenlabrada sería un pueblecito delicioso, atractivo y plácido. Por la nota oficiosa y por un comen-

78



*La cuestión social había venido manifestándose, en ocasiones con violencia, desde las primeras décadas del siglo. Ahora, bajo la Dictadura, se expresaba bajo formas contradictorias. Difícilmente podría el pueblo ponerse en “huelga de hambre” cuando ese era ya su estado habitual (**El Sol**, 9 de febrero de 1929).*

tario de Castrovido –a quien agradezco la simpática referencia–, íbamos buscando la escuela de don Quintín Escolar. Pero Quintín es el presidente de la Agrupación Societaria y no el maestro. El maestro se llama don Rafael de Paredes. Cuando dimos con él –debería describir, si hubiera tiempo, la casa de la Antolina, donde se hospeda: la cama de hierro, el cofre y el brasero de tarima, las estampas de principios del XIX, en sus marcos planos, tradicionales; la ventanuca, tras cuyo cristal se asoman, de un salto, las greñas y los ojos fisgones de un muchacho–; cuando dimos con él, don Rafael se disponía a salir. Es hombre joven. Se educó en Barcelona, pero lleva mucho tiempo en Castilla; primero en Borox, pueblecito toledano de donde procede su familia; luego, como maestro, en Aranjuez. Trató de ir a Marruecos y se matriculó en un curso de Estudios árabes. Tipo de luchador; nada vulgar, levantino, enérgico, dotado de gran movilidad.

Quintín Escolar, que apareció después, es un hombre del campo. Admirable ejemplar de esta raza de hombres enjutos, de rostro noble, de ademanes severos y lentos, que no necesitan muchas letras ni tampoco muchas palabras para hacerse entender. Él nos refirió cómo se había fundado la escuela, obra de la Asociación de Trabajadores, que pertenece a la S. G. de T., y tiene más bien un carácter societario, con su cooperativa, sus socorros y su asistencia médica. Los jornaleros del campo han ganado terreno desde el año 17. Se ha roto la vieja tradición. No son como antes sus relaciones con los propietarios. Creyeron que sus hijos estarían mejor en escuelas independientes, y llamaron primero a un viejo maestro retirado, y luego a don Rafael de Paredes, persona culta, abogado, y muy celoso en los deberes de su cargo y en los fueros de su libertad. La Internacional, la Marsellesa de la Paz, la canción de la Fiesta del Trabajo, quizá el canto de la *Commune*...

Esto es lo que ha promovido desconfianza, por tratarse de un maestro letrado, capaz de sostener con mayores medios la defensa de la Asociación de Trabajadores de Fuenlabrada. En el fondo, es la resistencia a soportar ninguna fuerza contra el poder tradicional. Pero ¿es posible que a dieciocho kilómetros de Madrid deje de aparecer la lucha social en condiciones poco más o menos iguales a las de otros pueblos? En todas partes se manifiestan ordenadamente dentro de la ley, no ya las Sociedades de Trabajadores, sino las Agrupaciones Socialistas. ¡Pero Fuenlabrada resiste! Se obstina en atenerse a sus buenas prácticas. Juzga que hay un peligro en el progreso de las nuevas tendencias.

Y esto hubiéramos llegado a estudiar de no impedírnoslo inoportunamente (la vara del señor alcalde)⁹, (cuando lo que conviene en nuestros pueblos, donde la sangre es viva y los caracteres de hierro, es acabar con recelos, sospechas y temores y marchar todos de común acuerdo)¹⁰.

⁹ La parte del texto entre paréntesis sólo aparece en el libro.

¹⁰ El texto entre paréntesis sólo aparece en el artículo de *El Sol*.

6. ANTÍTESIS. OTROS DOS LUGARES¹¹

U no es Móstoles, pueblo rico, sanguíneo. El otro es Hortaleza, que, pese al garnacho, al moscatel y a los paúles, va dejándose morir de anemia. No caben en el mismo viaje; y si aparecen aquí juntos, no es tanto por antítesis como por demostrar de cuántas maneras distintas pueden ofrecérsenos las cosas sin dejar de ser las mismas. Hortaleza: calles en cuesta, grandes relejes y baches empecinados; casas macilentas, que se deshacen... En la plaza, sobre un barranco, la Casa Ayuntamiento; la escuela, fría y pobre, esquema de una escuela para gentes que se conforman con poco. Un lado de esa plaza, tan irregular, lo cierran las tapias de otro caserón derruido. Y en lo alto, a la vuelta de la iglesia, con su torre, que podría ser mudéjar, la salida del pueblo, que mira al camposanto.

A nuestros amigos, pintores en Madrid, les falta para ser artistas el gusto de los caminos extrañados. Porque si llegaran a asomarse con nosotros a las afueras de este lugar, verían aparecer como una isla maravillosa, en la espuma de una ola de tierra parda, la emoción pura que debe dar un camposanto. Tapias bajas; en la proa de ese islote flotante, la capilla, con su cuerpo superior formando arco abierto, como un gran bostezo, como una mirada negra que sigue la veredita del ribazo y llega hasta la aldea. Hay cipreses, naturalmente. Pero hoy no es el ciprés el árbol tutelar del camposanto de Hortaleza, sino el esqueleto de un olmo, podado o muerto, con sus muñones implorantes que claman al cielo, blancos a la luz nacarada de este crepúsculo invernal. Blanco de hueso y no de árbol. Un olmo, sólo. Y luego todo el vastísimo oleaje de la tierra cenicienta, hasta los montes, dibujados a esta hora con la más suave estilización de estampa japonesa.

“Pero usted ha ido a Hortaleza para ver la escuela”, me dirá algún lector. Cierto. Yo hablaría de la escuela de Hortaleza, como de otras, si allí fuera problema. No es así; lo que interesa en el lugar es el cementerio. Tratan de ensancharlo o de construir otro nuevo; y así veo planteada la gran cuestión en términos incompatibles: ¡O la escuela, o el cementerio! No pueden ser las dos cosas a un tiempo. Comprendo bien la angustia de ese olmo bárbaramente mutilado. Las tapias del camposanto le han visto nacer. Le costará trabajo vivir más que ellas.

Además, el maestro ha sido hasta hace poco alcalde. Ha ejercido autoridad, y es de suponer que habrá hecho por su escuela todo lo posible. En Hortaleza está afincado una primera figura de nuestro mundillo teatral: don Carlos Arniches. Si las calles se han arreglado un poco, ha sido gracias a la generosidad y al trimestre de Arniches, que es en Hortaleza el único héroe, como en Móstoles el alcalde. Salgamos, pues, de este lugar por el camino que siguieron el año treinta y tantos las turbas madrileñas arrastrando el cadáver del general Quesada, y busquemos la antítesis, otra vez por el camino de Extremadura hacia Móstoles y Navalcarnero.

¹¹ *El Sol*, 16 de enero de 1926.

En Móstoles hay plétora de vida sana y fuerte. Pueblo agrícola, de los que podrían llamarse carniceros, si hubiera otros herbívoros. Calles limpias, cuidadas, con un principio de urbanización, dentro de la tradición de esta Castilla baja que se confunde con la Mancha alta. Una reja; una puerta; una traza discreta, sobria y amplia, desde el zócalo hasta el tejadillo, en las casas humildes. Es agradable la escala de unas horas en este lugar de nombre histórico. Sus escuelas son relativamente modernas, y podrían reformarlas y mejorarlas convirtiéndolas en graduadas. Hay casas de labor que siguen la buena escuela clásica y cosechan como en el año 40: "trigo, cebada, algarrobas, habas, guisantes, algo de vino, poco aceite y hortalizas de todas clases." Centro Benéfico Agrícola, Sindicato Agrícola...

Un misterio hay en Móstoles que todavía no he acertado a explicarme. En el año de 1847, cuando Madoz recogía por esos pueblos los datos para su Diccionario Geográfico, habitaban en Móstoles mil quinientas cincuenta almas. La última Guía acusa una población de mil quinientas cincuenta y nueve personas. Ochenta años han traído a lugar tan rico y tan próspero un aumento de nueve habitantes. En un siglo habrá ganado diez, acaso doce; velocidad que no es precisamente la de las grandes ciudades americanas. ¿Por qué razón? ¿Qué género de malthusianismo podría dar la clave de este hecho tan extraño? La tierra es fértil, la raza prolífica. ¿Dónde va su energía? Los muchachos de Móstoles no emigran a América ni a Argelia. Queda sólo Madrid. Si hay emigración es a Madrid donde se dirigen.

Esta es la observación de carácter general adonde yo quería llegar. Móstoles sigue poniendo hoy dentro del término de su Concejo el mismo esfuerzo que en 1840. La tierra da para mil quinientos hombres y mujeres que se acomodan a vivir como sus abuelos, y el exceso de población viene a Madrid. No han aumentado apenas las necesidades urbanas ni las espirituales. Un pueblo grande, igual a sí mismo, serio, formal, que se limita a lo estrictamente indispensable para no perder pie, que no ambiciona ni pretende sacar al agro de arcilla y arena, sino el trigo, la cebada, la algarroba, el vino y el poco aceite que cosechaba ya en 1808.

7. DE LUMPIAQUE A VICÁLVARO¹²

Derdóneme el lector impaciente si le disgusto hablando todavía de una escuela y de un maestro. Mi insistencia aspira a conseguir lo que esos dolores sordos que deseamos olvidar como si no existieran, y, al fin, nos vencen y nos obligan a pensar en ellos, y aun a paladearlos. Este maestro de Vicálvaro es aragonés, nacido en Cinco Villas. En la manera de quitár-

¹² *El Sol*, 11 de enero de 1926.

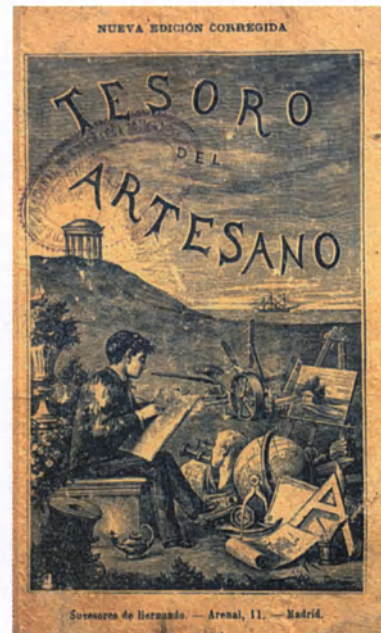
sele la gorra los chicos que vamos encontrando por la calle comprendo que el señor maestro sabe muy bien cuánto vale la autoridad. De Cinco Villas, y antes de venir a la provincia de Madrid, maestro nacional en Lumpiaque. Es joven; tiene un montón de chicos; todos con acento aragonés y los colores de Lumpiaque en la cara.

Cuando supo, hace pocos meses, que venía a cinco kilómetros de Madrid, el maestro de Lumpiaque vio el cielo abierto. Como sabe Historia de España, Vicálvaro tenía para él cierto prestigio cívico, e imaginaba que el pueblo había de corresponder a la categoría de un nombre tan sonado. En Lumpiaque lo trataban muy bien. Los muchachos y sus familias, un poco bruscas, pero en el fondo buenas gentes, le querían y le respetaban. Con todo el entusiasmo de un maestro nuevo, recién salido de la Normal, se había dedicado en cuerpo y alma a la escuela. La escuela era todo el pueblo; no sólo el local que le daba el Ayuntamiento. Quiso demostrarlo con hechos. Fundó un periódico titulado *La Escuela*, que, sin duda, habrá sido el primer periódico de Lumpiaque, y cuya curiosa colección ofreceré a su tiempo a nuestra Hemeroteca. Estableció una biblioteca escolar, y solicitó una parcela de tierra para que los niños hicieran experiencias de cultivos. “Hay que trabajar con fe —decía un colaborador del periódico, “hijo del pueblo”; así llegaréis a ser hombres de provecho y demostraréis a las gentes de los pueblos vecinos que ya han muerto los *tontos de Lumpiaque*, y que a su maestro, don Mariano Moliner, en cuestiones de enseñanza no le *amanece templando*, sino que sabe tañer con mucho arte la vihuela de la Pedagogía...”. Lumpiaque es popular, en efecto, por una frase que no basta para caracterizarlo, como Calatorao. Pero no está muy lejos de Monzalbarba, primer pueblo de España que hizo un motín pidiendo escuelas.

Se alegró, a pesar de todo, el maestro de Lumpiaque, viéndose ya tan cerca de Madrid, en mejor camino para sus ambiciones, y entró en Vicálvaro como si fuera el preliminar de otra entrada triunfal. Recuérdese que don Antonio Cánovas fue también maestro, y que O'Donnell lo esperó en Vicálvaro para lanzar su manifiesto de Manzanares. Tomó, pues, posesión de la escuela y se dispuso a trabajar.

Pero yo he subido la escalerita empinada de la escuela de niños, y he sentido, al entrar en ella, la gran desolación de las cosas malogradas por abandono y por falta de voluntad. Es necesaria un alma testaruda, de Cinco Villas por lo menos, para seguir trabajando con el mismo entusiasmo en aquella habitación sórdida, amueblada miserablemente; donde bancos, mesas, pizarras, armarios, carteles y libros están pregonando la pobreza y el descuido de muchos años. El campo es rico. Los surcos se extienden con la misma sobriedad de línea y de color que reina en todo el paisaje del contorno madrileño. No hay que buscar la fortuna en las canteras de yeso negro y de pedernal fina, porque el cultivo puede bastarle al pueblo para vivir; sin embargo, hay industria, aunque muy verde aún. Las casas, como en Fuenlabrada y en Parla, no revelan miseria. Es la escuela, especial y singularmente la escuela, por fatalidad y por desidia que nadie acertará a explicarse, lo que demuestra mayor cansancio en esta raza al parecer tan enérgica.

A cansancio lo atribuyo y no a incapacidad. Cuando se hizo la escuela eligieron el mejor sitio del pueblo, y quizá la casa mejor. Abrieron una gran sala con dos crujías y dejaron a la espalda un patizuelo o corral que podía servir de campo de juegos. La gran sala está hoy reducida a poco más de la mitad, para hacer sitio a la vivienda del maestro. Del corral falta, no la mitad, sino tres cuartas partes, por atender no sé qué servidumbre. Y a ese corral, lleno de pedruscos y cascotes, da acceso la escalera-modelo, la escalera-tipo, la escalera sintética, que yo quisiera describir aquí para evitarme la descripción de muchas escuelas, pues ella sola basta a condensar todo el espíritu de una Pedagogía. Esta escalera, alta, de cuatro o cinco metros, está hecha de cemento, que con el sol de



La agricultura, para los niños del campo, y los oficios, para los de la ciudad, eran los horizontes que orientaban la acción formativa de la escuela. **En el Campo**, de Ángel Bueno (Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1908), era un conjunto de "lecturas" sobre "agricultura racional" muy difundido en las escuelas rurales de principios de siglo de niños y de adultos. **Tesoro del Artesano**, de Ricardo Caballeros (Madrid, Hernando, 1918), era un texto manuscrito dirigido a "dar a conocer la vida del obrero, desde el aprendizaje hasta que llega a poseer taller".

agosto se agrieta; y para defender los escalones se les protege con aristas de hierro. El cemento se tuerce, sin llegar a caer, y los flejes de hierro se sostienen bien. Pero no hay barandilla. Un pasamanos provisional, de madera, se rompió hace años, y los niños tienen que bajar y subir como albañiles en la obra: pies ágiles y cabeza firme. Bajar y subir, ¿para qué? Arriba está el retrete, sin agua –no hay agua en la mayoría de estas escuelas–; abajo, el *Kindergarten* carpetovetónico, para cachorros de león. Poco espacio, pero todo él incómodo y hostil; rodeado de tapias de adobes y tejas pardas, sobre las que culmina un solo ciprés, pardo también: la torre de la iglesia. Cabeza firme necesitan, no ya los niños condenados a usar de esa escalera, sino los grandes que pueden mirarla sin imaginar una desgracia. Yo envidio a esas gentes felices que van por el mundo sin la carga molesta de la imaginación.

Al ver su escuela y al tomar posesión de todos sus dominios anejos, el maestro nuevo de Vicálvaro ha tenido una gran desilusión, invencible para cualquiera, aunque no para él. ¿Será posible aquí el periódico de Lumpiaque? ¿Le atenderían los padres y las autoridades, por lo menos como en Lumpiaque? Cuando se deja llevar de su buen deseo, cree que sí. Cuando mira a la escalera del corral, le parece que no.

8. HISTORIA DE UNA CARRETERA¹³

La historia de esta carretera, en buena lógica, puede desbaratarse con una objeción: no está construida aún. No existe. ¿Cómo vamos a escribir la historia de una cosa que, no existiendo, no puede tener historia? Pero existe el proyecto, y también la esperanza de verlo realizado algún día. Cabe, por consiguiente, historiarla como si anduviéramos ya por ella y, en tal caso, proyecto y esperanzas deben ser referidos en un primer libro que comprenda la crónica de setenta años. ¡Setenta años hace que fue trazado su diseño en un papel! Todos los carreteros de la comarca han ido, uno por uno, a dar cuenta de sus terribles juramentos al otro barrio. Todos los viejos del pueblo sospechan que el proyecto es más viejo que ellos. ¿Cuántos alcaldes han desfilado por el Concejo? ¿Cuántas cartas han escrito los secretarios del Ayuntamiento? ¿Cuántos viajes a Madrid han hecho los ediles y los notables del lugar?...

Por prudencia, y por obligado respeto, paso por alto el detalle de que esta carretera, en proyecto durante setenta años, no pasa de ser “un ramal”. No llega a carretera, ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en el expediente. Y para que siga cumpliéndose su triste sino, ni aun ahora que se habla de ella figurará en letras de molde el nombre del pueblo, ni el rótulo del legajo administrativo. Mi

¹³ *El Sol*, 4 de noviembre de 1926.

propósito no es que el Estado se rinda, por fin, y, harto de hacerse el sordo, construya en cuatro días la carretera, sino todo lo contrario: que el pueblo se canse y desista de pedirle favores al sordo que no quiere oír. Y el argumento –lo advierto de antemano– no va tanto por los pueblos que esperan caminos como por los pueblos que esperan escuelas.

Cuentan los otros lugares del contorno que, cuando se trazó el proyecto del ferrocarril, la vía pasaba en línea recta por el de esta historia y que, si no pasa hoy, tienen la culpa unos lechoncillos. Las viejas de por allí dicen que esto no es murmurar, sino hablar de la gente. Había entonces en el pueblo uno de esos alcaldes socarrones que ven crecer la hierba, más sabihondo que Merlín y que Lepe y Lepijo y, para decir toda la verdad, un poco miserable. Reunió Concejo este buen amigo para comunicar que, habiendo recibido carta de unos ingenieros de Madrid, encargados por el Gobierno de echarles un ferrocarril a campo traviesa, deseaba saber la opinión de los concejales. “¿Hay gastos?” –le preguntaron–. “Gastos hay –contestó–. Dicen que salgamos a esperarlos a la orilla del río, y que como ha llegado a Madrid la fama de los lechoncillos de este pueblo, no estaría mal que asáramos un par y se los tuviéramos dispuestos para el lunes al mediodía. ¿Qué os parece?” “Contestarle que se han acabado”. “Eso; les decís a esos hambrones de Madrid que este año todas las marranas de este lugar han *salío* machorras”. “Mejor será *no dir*” –sentenció maliciosamente el monterilla–. Y, en efecto, llegaron a caballo los ingenieros, trabajaron toda la mañana, esperaron una hora, dos, y cuando se convencieron de que no venían los lechoncillos ni el Concejo, acamparon legua y media más allá, en el término de otro pueblo más hospitalario. Otros opinan que si la línea huye del lugar no fue por unos tristes lechones, sino por antipatía de los marchantes al ferrocarril. Marchantes, trajinantes y arrieros preferían andar a tomar el billete del tren. La feria de Talavera debía acabar, como siempre, llevándose el ganado por el camino real, con las etapas tradicionales y el negocio consiguiente, hasta llegar al Matadero de Madrid.

Los primeros años miraban de reojo las obras del ferrocarril y, cuando empezó a sonar a lo lejos el pitido del tren, todavía tenían humor para reírse. Luego aguantaron las consecuencias del error con bastante dignidad, sin dar su brazo a torcer. Por último, convencidos de que ya recordaban tarde, y que rectificar la línea era imposible, se ilusionaron con una carretera que uniese el pueblo con la estación inmediata.

Y esta es la carretera de mi historia. La resignación del lugar se interrumpe crónicamente una o dos veces cada diez años, para convertirse en entusiasmo. La carretera es indispensable. Es facilísima. Va por terreno llano, sin puentes ni terraplenes. ¿Qué le significa al Estado tan pequeña obra? Durante medio siglo este lugar, por hoy innominado, ha venido movilizando a sus hijos más ilustres para ejercer presión sobre la burocracia madrileña. Tuvo algunas influencias valiosas –lo que allí decían “buenas aldabas”–; pero, en general, es raza independiente, poco afecta al servicio oficial. Nunca entró nadie de ese pueblo en Palacio, como no fuese de albañil o de carpintero. Muchos comerciantes, casi todos republicanos y revolucionarios. Uno fue aquel que despidió a Ruiz Zorrilla

entregándole una bolsa llena de oro para el primer pan de la emigración. ¡Cuántos honrados labradores acabaron por venirse a Madrid y dejar que se hundiera su casa! Muchos fueron soldados de la libertad y milicianos nacionales. Otros se limitaban, buenamente, a sacar unos reales en la plaza de la Cebada o en la calle de Toledo. Alguno llegó a concejal en esta villa. Otro, el más digno y el más culto, obtuvo aquí una posición aventajada, por su trabajo y por su pluma; pero nunca supo pedir ni siquiera el camino de la estación de su pueblo. Hasta un ingeniero de caminos fracasó en la empresa. Y un *repórter* de los más sonados... Y un diputado periodista... La última esperanza, la más fuerte, se la proporcionó al lugar un torero. Pero esto trajo la mayor desilusión. Si no puede darles la carretera un torero de cartel, es que hay en contra algo superior a las fuerzas humanas. Sin duda está de Dios que el pueblo se hunda y se muera en un rincón.

Pues bien –aquí entra mi teoría–: imaginemos que los vecinos de ese pueblo, prescindiendo, con gran prudencia, del Estado, hubieran rendido cada cual una hora de trabajo a la semana durante cincuenta años. Que, reunidos los terratenientes –los primeros favorecidos por la carretera–, hubieran acordado abrirle paso. Que por una modestísima derrama hubieran reunido, real a real, céntimo a céntimo, las cantidades adecuadas a la fortuna de los capitalistas del lugar. La carretera estaría hoy, no en la estación inmediata, sino en La Coruña. No habrían solicitado favor. No habrían mendigado lo que, en realidad, debió acordarles la burocracia sin dilación ni impedimento. ¡Asunto hecho, y a otra cosa!

“¡Lástima de tiempo perdido! –objectarán algunos–. Como hemos desperdiciado esos cincuenta años, ya es tarde para que la acción pública, sin el favor oficial, construya la carretera de ese pueblo y las escuelas que usted pide”. Pero el argumento no tendrá fuerza para quien sepa, como si lo estuviera viendo, que si se le deja solo al Estado otros cincuenta años, ni el pueblo de esa historia tendrá carretera ni habrá escuelas en la provincia de Madrid. Que es lo que tratábamos de lograr.

9. PEDAGOGÍA DEL RAYO DE SOL¹⁴

Cuento para este artículo con un paisaje fino, de gran prestancia histórica y sentimental. Sin embargo, antes de empezarlo, dudo; porque no me parece del todo lícito enmascarar su verdadero objeto con un telón panorámico de campo abierto, entre llano y sierra, un pueblo en la hondonada que va formando el río y un melancólico castillo en lo alto. El pueblo se llama Villaviciosa –Villaviciosa de Odón–; el río es el Guadarrama, y el viejo castillo, con pinares al

¹⁴ *El Sol*, 27 de enero de 1926.

fondo, reconstruido a fines del siglo XVI por Herrera, fue cárcel de Godoy, y antes había sido refugio para la melancolía de Fernando VI, que murió en su habitación más humilde.

Si yo quisiera justificarme, me bastaría pintar la doble hilera de cipreses encapuchados que salen del castillo en procesión, como si llevaran su cirio de respeto, como si aguardaran un doblar de campanas –que no tardará–, y se hubieran detenido al pie de la fuente de piedra. Esos cipreses disciplinantes y esos tres caños de agua antigua, maciza, inmóvil en su eterno fluir, han visto pasar por la puerta del viejo castillo muchos profanadores. Los más amables eran los ingenieros de Montes. Llegaron después los carabineros. Por último, los niños del hospicio. Quizá tengan ahora encima otra amenaza más dura todavía, y yo imagino la protesta del recio cubo de piedra abriéndose una noche, a la luz de un relámpago, como la mansión de los Ulster, en el cuento de Poe.

Pero esto sería si yo buscase disculpa, y prefiero hablar con sinceridad. Lo que quiero decir aquí es un detalle, una observación nimia que sólo interesa al maestro y a los ochenta o noventa muchachos de la escuela de Villaviciosa. Esa escuela no ha visto nunca el sol. Ahí está todo. En realidad, no se me ocurre contar de Villaviciosa de Odón cosa más importante, y por eso declaro mis escrúpulos al comienzo de estas líneas.

El Magisterio Español, editorial madrileña radicada en el número 7 de la calle Quevedo, nació asociada al periódico del mismo nombre que fundara en 1867 Emilio Ruíz Salazar “para la defensa de los intereses y de los derechos de los docentes”, y que dirigiera más tarde Victoriano Fernández Ascarza, vocal de la Junta Directiva de la Sociedad de Amigos de la Escuela promovida por Luis Bello. Ascarza, Consejero de Instrucción Pública, profesor de la Escuela Normal de Madrid y director del Observatorio Astronómico, fue autor de numerosos manuales escolares, muchas veces en colaboración con Ezequiel Solana. Este texto corresponde al plan de 1901, aún vigente en las escuelas que visitó Bello.



¿Qué importa la orientación de una escuela? Es robar descaradamente el tiempo del lector dedicarse a comentar si los chicos de Villaviciosa tienen o no tienen sol. Las escuelas, muy amplias, están situadas en el Ayuntamiento, edificio espacioso que se abre a tres fachadas: una, al jardín; otra, a la plaza, y otra, a la calle principal. Si en vez de instalar a los maestros y a la oficina de Telégrafos de cara al Mediodía hubieran dejado esas habitaciones soleadas para las escuelas, este artículo no tendría objeto y se reduciría a unas pobres emociones de viaje. Probablemente me habría interesado averiguar cómo un Ayuntamiento importante, sin agobios ni miserias, se deshace por una cantidad verdaderamente irrisoria –dieciséis mil pesetas– del jardín más hermoso que hemos visto en la provincia de Madrid. Como parque de juegos, ningún otro Concejo hubiera podido presentar nada tan soberbio, ni siquiera Madrid. Por unas pesetas se les ha privado a los muchachos del jardín, después de haberlos privado del sol.

Escuela fría, escuela lóbrega, tiene que ser escuela mala. Pero lo que nos preocupa en este caso es el temor de que muchos lectores consideren excesivo este comentario y, por mi parte, declaro mi prejuicio y mi debilidad. Hay en todas las ciudades gentes que viven muy felices y no ven nunca el sol dentro de su casa. Se alquilan los cuartos soleados y los otros. No es posible reparar en la orientación cuando buscamos piso. Para mí, sin embargo, es tan esencial el sol como para la vieja religión peruana, y estos días de invierno siento la tentación de rendirle culto con sacrificios, si es preciso, como a una de las más gloriosas obras de Dios. El vulgo, aunque no sepa Pedagogía, comprende la virtud del rayo de sol. Cuando el pueblo quiere decir elegantemente que alguien ha ido a la cárcel, dice que “le han puesto a la sombra”.

Pues bien. Sin pensarlo, y sin mala intención, claro está, la mayoría de los pueblos ponen a sus hijos a la sombra. Veamos si vale la pena de hablar de ello, aunque haya cien asuntos de más aparato y de más brillante actualidad. A mi juicio, basta con que extendamos la suerte de los chicos que asisten hoy a la escuela de Villaviciosa de Odón, en el espacio y en el tiempo. No sólo estos de ahora, sino diez, quince, veinte generaciones de alumnos, hasta que se hunda el sólido caserón municipal, estarán condenados a helarse de frío, a enmohecerse de humedad y a malhumorarse de tristeza, trabajando a la sombra seis horas al día desde los cinco años hasta los catorce. Se les condena a una miseria innecesaria, que con el más sencillo cambio de orientación, sin dispendio ninguno, hubiera podido convertirse en algo espléndido, fastuoso y regio. El sol de enero, entrando a torrentes por una ventana, vale más que cualquier decoración costosa. Y es, precisamente, en la meseta, en las estribaciones del Guadarrama, donde el pobre más pobre tiene su parte de riqueza sólo con pararse en medio del campo a tomar el sol.

No quiero insistir; no pretendo abrumar al lector, solamente advertirle que si no sabemos administrar la luz del sol, que Dios da para todos, ¿cómo vamos a saber administrar un presupuesto de enseñanza?

10. EN EL BARRIO DE LA LEGIÓN¹⁵

No hemos visto al maestro que regenta la Escuela Nacional del barrio de Guzmán el Bueno, partido de Carabanchel Bajo. Prefiero imaginármelo con capote de hule, botas altas, de agua, hasta la rodilla, ceño duro, y un rebenque o un rifle, como los primeros instructores californianos. Sin conocerle, le envió desde aquí un apretón de manos de gran estilo, como se usa entre héroes, porque no todo el mundo puede ser maestro en “las casas de la Legión”.

Para ser maestro hace falta convivir, entrar dentro de la escuela y del pueblo, en cuerpo y alma. Tantas cosas difíciles acomete el hombre por servir un ideal o por ganarse la vida –horadar la tierra siguiendo un filón, como el gusano la manzana, alimentar la caldera de un trasatlántico en el mar de la India, pilotear un tanque contra la artillería–, que muchos no darán importancia al sacrificio de aceptar, con su ambiente y su contorno, la escuela de Guzmán el Bueno.

Sería conveniente, sin embargo, que se asomaran siquiera unos minutos. Pueden dejar el automóvil en la carretera de Carabanchel, al llegar a los Mataderos, no muy lejos del puente de Toledo. Dos pasos nada más y se encuentran en un país movedizo, donde todo, menos el cascote, es interino y provisional. País de grandes nombres heroicos que se abre en la calle de Cervantes – un arroyo de agua jabonosa bordeado de casucas quizá medio derruidas, quizá a medio construir– y llega hasta el descampado que ostenta en la esquina de otra casita baja este letrero: “Plaza de Millán Astray”. Del barrio de Guzmán el Bueno al de la Legión no sé cuántos nombres gloriosos hemos visto al pasar. Pero no hay tal calle ni tal plaza, sino la intención. Ningún arquitecto ha dispuesto el trazado. Cada cual construyó como quiso, desparramando las corraladas, chozas o chabolas, los abrigos de ladrillo, madera u hojalata, como una tropa cansada y despeada que se tendió donde le faltaron las fuerzas. No hay duda. Allí cerca está Madrid. Ha mandado el cartel de un “cine”. Hay economatos, carbonerías, panaderías. Como en barraca de feria pobre, como en caricatura de cartón. Y allí cerca está también el pueblo. No lo digo por ese montón de trastos viejos encerrados entre cuatro alambres, donde viven como en un cesto unas cuantas gallinas, sino por la tierra de labor que veo al fondo y en ella una yunta de bueyes. Está Madrid. Lo más miserable, como aluvión o corrimiento de detritus. Y Carabanchel, como atalaya de la Mancha.

Pero tan extenso, tan vasto dominio, llega a envolvernos por los cuatro puntos cardinales y, aunque el viento pasa todo lo deprisa que puede, no deja de impregnarse de un olor fronterizo: ni madrileño ni carabanchelero. Este ambiente corre desde el camino de Toledo –donde se llama, no sé por quién, “Avenida Leandro Teresa”– todo el famoso Cerro del Pimiento. Cubre muchos kilómetros cuadrados. Penetra en millares de puertecitas y de ventanas pobres, porque conviene saber que en este

¹⁵ Texto tomado del libro *Viaje por las escuelas de España*, ed. cit., vol. I, pp. 58-61.

llano de la desolación viven más de seis mil personas. Dispersas, acampadas, esperando otra cosa; pero mientras la suerte quiere librarlas –que a veces no quiere nunca–, quietas allí. No muy lejos se extiende otro barrio disperso y espontáneo: el barrio de las Latas.

Por eso no hay calles en ese poblado a granel. Todo el suelo es camino. Mejor dicho: como se pisa en todas partes, no hay camino, ni vereda, ni siquiera pista. No ocurre lo que en el verdadero campo, donde el sendero es para el hombre y la tierra para la hierba. Los pies, muchos de ellos descalzos, han ido batiendo diez o doce kilómetros cuadrados de un suelo pastoso, gredoso, resbaladizo... ¡Cómo lo habrá puesto la lluvia de esta noche! Por donde fuimos ayer pisaríamos hoy un barrizal, y unos días de sol o unas noches de helada convertirían el suelo en algo indefinible, como el de Bapaume después de la preparación artillera. Aquí ocurre, sin embargo, el suceso inverosímil de que las casas nacen destruidas ya.

Y este es el mundo por donde anda hoy de misionero don Severino Martínez, el maestro del barrio de la Legión. Los niños de su escuela han de ser como corresponde al poblado. Vienen desde muy lejos. Basta verlos fuera de la escuela, en sus juegos o en sus luchas, para comprender que hay en ellos algo distinto de los demás chicos del campo o de la ciudad. ¿Ha sido el azar quien ha puesto a su barrio el nombre de “barrio de la Legión”? ¿Quién define a quién? ¿La Legión al barrio o el

90



Infancia de arrabal, a las puertas de la ciudad. Ni la familia, ni el Estado, se ocupan de ella. Pese a las leyes sociales de principios de siglo, los niños del “extrarradio” viven sin hogar doméstico y sin protección pública, como fustiga Bagaría (El Sol, 20 de abril de 1929).

barrio a la Legión? Ágiles y duros, como gatos monteses; pendencieros, prontos al remolino, a la persecución y a la pedrea. En otras partes un seto de alambre espinoso contiene a los muchachos. Aquí yo los he visto colgados del alambre, en fila, entre pincho y pincho, columpiándose como en un cordón de seda. Llevan repelones, descalabraduras. Han salido de debajo de un terrón, como las cotovías.

Sin duda, el poder que llega a ellos, sea el Estado, sea el Ayuntamiento de Carabanchel, ha querido respetarles su ambiente y darles una escuela en consonancia con la leyenda del famoso Tercio. Es pequeña, fría, desnuda. Un encerado, un mapa de España, un Cristo. En el rincón, plegada, nuestra bandera. Doce mesitas bipersonales. Otras dos compradas en el Rastro. En suma, podrán sentarse treinta y cinco o cuarenta niños. *Pero hay ciento veinte de matrícula y otros sesenta esperando turno.* El poblado es inmenso. Los muchachos aprenden de pie. O unos cantan mientras otros escriben. El viento bate los cristales, y sin embargo no acaba de llevarse ese olor rebañego que hemos notado ya en aulas de más alta categoría que las escuelitas de barrio. Construidas en un declive, la casa del maestro –inhabitable–, la escuela nacional de niños y la municipal de niñas, todo en cuatro palmos de terreno, quedan muchas de sus puertas en el aire, como ventanas. Pero todo tan mísero, tan seco de espíritu, tan escueto de líneas, que sería imposible inventar nada más hostil. Ni la celda de una cárcel. Allí no hay agua. No llega el agua a toda esa serie de campamentos de dos o tres mil casas, desde los Mataderos al Cerro del Tifus. Una puerta desemboca en el corralillo. La de entrada tiene frente por frente el único espectáculo plácido y suntuoso; la formidable tapia del cementerio de San Isidro; y entre la tapia y la escuela, una gran tierra de pan llevar, cuyos surcos parecen mostrarnos el camino, como una invitación.

– Y si a los chicos del barrio de la Legión les diera usted una escuela de lujo, tibia, cómoda, alegre, ¿cómo se arreglarían luego para acostumbrarse a vivir en sus casas?

¡Problema trágico! ¡Terrible pregunta, llena, aunque no lo parezca, de una conformidad aviesa! No se les quiere dar a los muchachos ni unas horas de bienestar. “¡Que no sepan, siquiera, lo que es eso!”. No se le quiere perdonar al maestro ni una sola molestia. “Para eso se le paga”.

Consuélese usted, don Severino, ya que vive en misiones, con la palma de su martirio, como todos los misioneros. Tiene usted para dar descanso a los ojos uno de los panoramas más hermosos del mundo. Más fino, más aéreo que el Madrid de Goya, desde la pradera de San Isidro. Goza usted de una luz delicada y cernida que en los crepúsculos llega a dar la emoción suprema del paisaje; y, aunque pise usted tierra pobre, no por eso deja usted de vivir en la estepa de plata. Si usted no se cansa antes, algún día Madrid saltará la linde y licenciará ese poblado heroico. Nada más fácil que convertirlo en un paraje delicioso, limpiar el cascote, civilizar al gato montés. Esos dos niños carirredondos, angélicos, con la nariz colorada de frío, cogidos de la mano y contemplándonos, al pasar,

con divina inocencia, destacan, inmóviles, sobre el claro cielo madrileño, como dos pequeños *mujiks*. De la mano los puede usted llevar donde quiera. Por ellos soportará usted su escuelita de barrio, y por ellos seguiré yo poniendo a prueba la terrible insensibilidad de estas gentes que nos ven trabajar a usted y a mí.

11. LO QUE LLEGÓ A COMPRENDER DON ANTONIO INIESTA¹⁶

Iniesta... Antonio Iniesta... No lo busquen ustedes en la *Guía Oficial*. Consideren que los maestros pasan de veinte mil, y no hay sitio en las páginas de ese libro para tanto nombre. En el *Anuario General de España*, tampoco. Aquí aparecen, abriendo marcha, en lista honorífica dentro de cada pueblo, alcaldes, secretarios, jueces, fiscales, registradores, párrocos... La estafeta de Correos y la estación telegráfica imprimen también, en cierto modo, autoridad. La escuela, no. El maestro debe hacer cola entre el barbero, el estanquero y el fabricante de embutidos de la localidad. Hace falta ir a la calle de Luis Cabrera –o preguntar en el Museo Pedagógico, donde se sabe todo–, para enterarse de que don Antonio Iniesta es maestro en la Escuela Nacional del barrio de la Prosperidad.

92

El barrio de la Prosperidad es Madrid todavía. Sólo un feliz error nos llevó a visitarlo, suponiéndolo ya dentro de uno de estos Ayuntamientos fronterizos de nombre heroico, como Tetuán de las Victorias o Nueva Numancia. Aquí vive y trabaja Iniesta, un maestro entre veinte mil. Y si al encontrarse con la crónica de este hombre oscuro teme el lector que le amenacen, con el mismo derecho, otros veinte mil artículos míos, puede recobrar su tranquilidad. No se cuentan por millares los maestros como don Antonio. Pero aunque todos fueran como él, habría que oírle y recoger sus palabras con atención. Es preciso que todos sepan lo que ha llegado a comprender con su grande y santa experiencia un maestrillo de la Prosperidad.

Llegamos un poco tarde. Ya ha terminado sus trabajos del día don Antonio. El conserje, cansado y harto de tanta brega, nos lo señala conforme avanza arreglándose para salir su gabancito y su bufanda: “No queda ninguno más que éste”. En efecto: sus compañeros salieron en grupo. Sin duda, nos hemos cruzado con todos al desembocar en la extraña vía de Luis Cabrera y no hemos reparado en ellos por atender a los muchachos. Venimos a la Escuela graduada de la Prosperidad –Escuela Nacional– en uno de estos días grises, con lluvia, niebla y barro. La Prosperidad –como París y

¹⁶ *El Sol*, 23 de diciembre de 1925. Este artículo debería insertarse en el bloque dedicado a las escuelas de la ciudad, pero Luis Bello lo incluyó aquí, en sus visitas al “cerco” de Madrid, como informe de viaje a un barrio fronterizo de la capital. Respetando su criterio, se mantiene dentro de esta serie.

Londres, si bien por distintos motivos— gana con la niebla. Paisaje de arrabal. Paisaje urbano, de urbanización incipiente, destartalada. Improvisación que se cae de vieja. Cal y ladrillo, madera carcomida, almazarrón, tejas, tierra... Ni aldea ni ciudad. La Prosperidad próspera cae por otra parte. Aquí es preciso que el cielo —plata y púrpura— espejee en los charcos, para que la magia del agua y del crepúsculo den a estas pobres casas la única riqueza posible, riqueza de tonos delicados e inesperados sobre una monótona fantasía parda y gris. Y es preciso que salgan los chicos de la escuela, como salen siempre, riendo, riñendo, juntándose en bandadas y dispersándose entre gritos, para que la puesta del sol en esta parte desarbolada del barrio madrileño tenga también su aleteo de pájaros de rama en rama.

— No queda ninguno más que éste.

Éste no podía ser otro sino don Antonio, a quien le cuesta trabajo despegarse de la escuela.

— ¡Qué lástima! —nos dice—. Acaba de salir el directo. ¿No le conocen a don Pedro Pareja? ¡Se hubiera alegrado tanto de enseñarles su escuela!

Yo sé que a don Pedro Pareja, director modelo, no le disgustará que aquella tarde fuera nuestro guía uno de sus maestros.

— Una lástima... De verdad. Han salido ya los niños. No los podrán ver ustedes en clase.

Estoy seguro de que el lector aprendería muy pronto a conocer al buen maestro sólo en el modo de decir "los niños". Maestro que no pone esta blandura en la palabra y esa dulce sonrisa paternal en el gesto, podrá ser un buen funcionario, cumplirá bien sus deberes, nadie lo tachará de incompetencia, falta de actividad o buen deseo; pero no acabará de ser un maestro. No es otra la razón de que muchos prefieran ser pedagogos. Aprender Pedagogía. Enseñar las nociones que aprendieron a otros maestros.

Así hemos visto la escuela, recién desalojada, sin los niños, como un nido todavía caliente. No es éste, no, el cuadro miserable y sombrío de las escuelas rurales, tal como acabamos de dejarlas en nuestro último viaje. Ciertamente no hay sitio para todos los niños del barrio; pero los que allí reciben enseñanza están bien. Tienen aire limpio, respirable, tibio. Buena luz, material abundante. Y buen profesorado. Podrían ser más lujosas las escuelas de la Prosperidad; pero tal como son las quisiéramos todas.

— Veán ustedes. Hay seis grupos. Aquí vienen los párvulos. Este otro es el segundo. Por término medio entrarán en cada clase unos cincuenta alumnos. Y aquí están los míos. Todos vienen, ¡todos! No falta ni uno. Y están contentos, en lo que cabe... Porque —¿saben ustedes?— este es un barrio de obreros...

Aquí don Antonio baja la voz.

– Un barrio de obreros *pobres*.

Don Antonio ha subrayado lenta y gravemente la palabra, y se nos queda mirando con atención, para cerciorarse de que hemos comprendido todo su alcance.

– Son tan pobres, que los niños... –ya se lo explicarán ustedes– carecen de muchas cosas. ¿Ustedes los han visto salir?... Seguramente habrán reparado... Son niños que llegan aquí sin abrigo; señores, casi descalzos. Alguna vez los miro, sin querer, por entre los bancos y veo cómo asoman los dedos de los pies. Les faltan muchas cosas. Esto para nosotros –¡ustedes comprenderán!– es una tristeza.

¿Dónde he visto yo antes de ahora la sonrisa melancólica de don Antonio Iniesta? ¿No eran los mismos ojos claros y los párpados un poco fatigados de Palomerín? Antiguo camarada, bueno, entusiasta, decidor... Este otro don Antonio habla discretamente, muy despacio, venciendo no sé cuál dificultad que le hace precisar mejor los conceptos. Ha sido maestro muchos años en su tierra, en Albacete, donde, a pesar de nuestros prejuicios, estiman, respetan y ayudan eficazmente la obra del instructor de primera enseñanza. Tiene hoy un buen puesto, y –relativamente– un buen sueldo. Sus tres hijos, ya mayores, estudian. Uno será maestro, como él, y hemos visto en el Museo Pedagógico sus papeletas de buen trabajador. Por ellos está aquí, entregado a una faena que llena su vida, exige mucho esfuerzo; pero que –¡créanlo ustedes, señores!– tiene también sus satisfacciones.

– Nadie sabe lo que es ir viendo cómo adelanta un niño que no conoce ni las letras cuando entra, y que de año en año usted lo mira crecer y aprovechar... Sí, señor; esto es una alegría. Yo lo confieso. Alumnos míos, de allá, de Albacete, han salido de mi escuela preparados como unos hombres, y, sin más, hoy los tiene usted empleados en Bancos y en casas de comercio. Esto siempre agrada. Cuando los veo siento satisfacción. Porque a los niños...

Don Antonio se detiene un momento.

– A los niños acaba uno por quererlos. Y esto es lo que algunas veces me hace desear mi escuela de provincia. ¡Aquellos muchachos son fuertes! Estos... Ya han visto ustedes... Da pena pensar en ellos; y nosotros, los maestros, naturalmente, no podemos pensar en otra cosa. Los ve usted aquí sentados, tan serios, tan quietos, y de pronto nota usted que se les va la atención y se quedan mirando las musarañas. No tienen fuerza, señor. No pueden trabajar más. Olvidan las cosas. Parece que resbala sobre ellos lo que usted les ha dicho. ¿Y saben ustedes...?

Don Antonio va llegando, con voz todavía más discreta, al corazón de la confidencia.

– ¿Sabén ustedes por qué? Son buenos chicos. Son listísimos. ¡Créanme! Hubiese tardado más en enterarme si no hubiera pasado allá por la Beneficiencia; pero yo conozco esto; lo conozco bien; así es que llegué a comprender en seguida: ¡No comen, señores! Lo que tienen estos niños se curaría si sus padres cobraran mejores jornales. La fuerza les falta porque se alimentan mal. Y si no se alimentan, ¿qué van a hacer? ¿Cómo van a soportar tantas horas de clase? Imagínese nuestra tristeza. Tampoco nosotros podemos hacer nada. Sabemos dónde está la causa de todo; y aquí, en estas escuelas, buenas, nuevas, con el mejor deseo del mundo, los vemos perderse...

Sin el temor de que juzgara demasiado rápida mi confianza, allí mismo, en aquel pasillo de la dirección, ante aquellos armarios de Física e Historia Natural, yo le hubiera dado un gran abrazo a don Antonio Iniesta. ¡Es algo ser maestro cuando se tiene alma! Pero me han dicho que estos temas pedagógicos no deben ser tratados con ligereza sentimental; que haré bien en reprimir este torrente de emociones si quiero ver las cosas claras, porque la emoción arrasa los ojos de una neblina perturbadora. ¡Reportémonos, Sr. Iniesta! Ha tocado usted en lo vivo la médula de ese animal monstruoso que los científicos llaman el Problema Social. El pobre pobre ni estudiar puede. Pero, por fortuna, ustedes no regentan escuelitas rurales entregadas a Concejos incultos. Ustedes viven al amparo de Madrid, y la villa tiene autoridades e instituciones que saben cumplir con su misión. Si es imposible mejorar el jornal de los padres desde el Ayuntamiento, en cambio cabe instalar una de esas benéficas cantinas escolares para los hijos pobres del barrio de la Prosperidad. Lo pediremos al alcalde y al Ayuntamiento de Madrid entre todos, y el director cursará la instancia que defiende en estas líneas. Aquí nos oyen. Un kilómetro más allá, otros alcaldes, otros Concejos, y no podríamos contar sino con nuestros propios esfuerzos. Esta es la diferencia entre Madrid y Fuenlabrada. ¡Ánimo, pues, amigo Iniesta! Por esta vez no tenemos derecho a desesperar.

Terribles argumentos contra la cantina benéfica

No debo ocultar a don Ángel Llorca, director entusiasta y competentísimo del Grupo Cervantes –en Cuatro Caminos–, que escribo estas líneas impresionado todavía por una frase suya: “Aquí la escuela no cumple funciones de beneficiencia. Se limita a educar. Enseña a comer, de igual modo que enseña a leer, a escribir y a trabajar. Otros seguirán diferente doctrina; pero yo distingo entre la comida escolar y la sopa boba”.

Será preciso volvernos a los niños pobres de la Prosperidad, que esperan su cantina, y decirles:

– Vuestra comida no es pedagógica. Renunciad, desde luego, a la esperanza de resolver el problema una vez al día.



Cantina del Grupo «Conde de Peñalver»—El comedor, durante la comida

96

*Cantina escolar del Grupo "Conde de Peñalver", de Madrid. Institución complementaria o circunescolar creada para fomentar la asistencia, extender la acción benéfica y educar. Ángel Llorca, el director del "Cervantes", se oponía a la simple filantropía de la "sopa boba" y reclamaba una función pedagógica para las cantinas. Bello valoraba a la par esta dimensión y la social. En la ilustración, recogida del libro **Instituciones escolares**, ya citado, puede observarse cómo las niñas mayores se iniciaban en las labores propias de su sexo relativas a la marcha del comedor.*

— ¿Por qué? —preguntarán ellos, desencantados.— Vuestra comida no es pedagógica. Renunciad, desde luego, a la esperanza de resolver el problema una vez al día.

— ¿Por qué? —preguntarán ellos, desencantados.

— No es pedagógica... Quiere decir que la escuela no debe meterse en vuestras cosas, y esto de la alimentación es asunto que compete a los padres...

— Pero en el Grupo Cervantes hay cantina...

- Sí, en efecto, la hay; pero, ¡fijaos bien!, no para alimentar a los chicos, sino para enseñarlos.
- Bueno; pues que nos enseñen a nosotros. La cuestión es que haya cantina.

Sólo con poner en labios de los muchachos esas palabras, que van siguiendo un razonamiento mío, temo hacerlos incurrir en cierta indignidad de que ellos no son capaces. Una vez que se ha hablado de la "sopa boba" ya no hay arreglo posible. El Estado no atrae su clientela como los conventos. No lo necesita; no debe, no puede hacerlo... Ante esa actitud, los hijos de obreros pobres, por respeto a sí mismos y al decoro de su pobreza, harán bien en no insistir.

Pero nosotros, en cambio, estamos obligados a buscarles algún argumento defensivo. Todo es sopa boba en la enseñanza del Estado, pues el ciudadano la recibe gratuitamente. Veamos el ejemplo más claro en esas propias escuelas de ensayo, tan superiores al medio en que se implantan, que todo ha de considerarse como merced de un Estado generoso a un pueblo agradecido. Cuatro Caminos, orientado hacia Tetuán, es barrio de batalla. Su mayor simpatía está en la bulliciosa población obrera. Fue hasta hace poco un arrabal pobre, y empieza a florecer quizá por el influjo mágico de la fuente que estuvo antes en la Puerta del Sol. Quizá por la estación del "Metro" y por la natural expansión de Madrid hacia el Norte. Pero todavía es arrabal, y las espléndidas escuelas del Grupo Cervantes son como los ventanales del coche: salón, tibio y confortable, que los lugareños miran ávidamente cuando el rápido se detiene medio minuto. La diferencia está en que aquí el pueblo entra y el coche salón es para él. Si sólo se tratara de enseñarle primeras letras, primeras nociones, es decir, de darle una buena enseñanza elemental, con menos bastaría. Pero se quiere rendir un servicio mayor. Se ha comprendido que hace falta un esfuerzo ejemplar para poner ante los ojos del pueblo como una muestra de lo que debe ser la educación. La cantina es ya detalle mínimo en el adorable cuento de hadas que viven los alumnos pobres unas cuantas horas cada día.

He de reflejar en otra ocasión el efecto –inmejorable– que causan estas escuelas de ensayo y las consideraciones que sugieren; hoy sólo me interesa presentarlas como argumento. Si tanto se hace fuera de lo ordinario y de lo exigible, ¿por qué no pedir también, a título de solución de problemas particulares, lo que es indispensable en cada caso? La escuela sirve un fin social. No es lícito separar en el niño su doble calidad de alumno y de hijo de familia pobre; tratarlo con todos los honores como alumno y dejarlo morir de hambre como pobre. En escuelas donde fácilmente se aprecie que la mayoría de los niños matriculados, o una porción importante, sufren los efectos de la miserable situación económica, lo más pedagógico es completar la tutela que sobre ellos se ejerce y darles de comer. ¿No se les procura local higiénico, aire respirable, campo o patio de juegos? ¿No se los obliga a ejercicios gimnásticos? Se vigila el menor de sus actos, conforme a reglas y prácticas estudiadas con todo cariño, con paternal espíritu científico, y se va a prescindir de lo esencial.

Sin dominar la Pedagogía, puede afirmarse que si en país de cultura normal, libre de estas pesadas y somnolientas crisis, no es pedagógica la cantina benéfica, lo es en barrios pobres como

el de la Prosperidad. Hay muchas clases de anormales. Unas veces la anomalía depende de taras o lesiones físicas; otras, el defecto está en la constitución económica. Dentro de la escuela algo se puede hacer, ya que no para transformar el país, al menos para ayudarlo a vivir y a ser hombre al pequeño ciudadano. Habíamos pedido una cantina escolar para esa barriada extrema de Madrid. El Ayuntamiento tiene, por lo visto, otras atenciones más serias, y será doloroso e inútil apremiarle con nuevas instancias. Por eso he desconfiado siempre de la acción oficial y he expuesto en numerosos artículos la virtud de la unión en Juntas, Grupos o Sociedades de vecinos.

12. CORZOS Y NIÑOS EN EL PARDO¹⁷

A esta parte, por donde la ciudad ve morir el sol, Madrid tiene, no cerco, sino corona de roble. Si los montes de El Pardo llegaran a cercar Madrid, a la redonda, la villa quedaría como bajo un encanto letárgico; pero ya basta ese ancho trazo rústico, montaraz, de tierra sin desbroce, y apenas sin trato humano, para conservarnos, a la puerta de casa, una de las grandes maravillas del mundo, un parque único, como nunca ni en ningún otro país podrá creárselo la más ambiciosa capital. No existiría ya, tal como está, hace muchos años, sin el dragón que lo guarda, invencible e insobornable: el Patrimonio. El Patrimonio, con la Ley y la Monarquía, pueden más que un millón de ciudadanos, seculares, emprendedores y transaccionistas. El Patrimonio ha defendido, sin necesidad de dar batallas, la situación excepcional de unos bienes que lograron detenerse en una hora de la Historia –lejana ya, de seis u ocho siglos–, y que se nos ofrecen a los madrileños de hoy como algo monstruosamente magnífico.

Desde la carretera, y aún desde las alturas que dominan la vertiginosa Cuesta de las Perdices, Madrid se hace presente. Podemos ilusionarnos con esta idea: El Pardo es nuestro parque; el parque de la capital. Pero yo quiero llevar al lector a la plaza de El Pardo, encaminarle por una cuestecita que desciende hacia el río y dejarle solo a la puerta de la escuela, en una plazoleta de casas bajas y de cielo ancho, por donde cruza, muy alta, una banda de grajos. El silencio de aquella plazoleta domina los gritos de los chicos que juegan. Viene el aire del monte, y se le ve que trae larga marcha, como en el mar. Quietos allí, aunque sólo sea por un momento, comprendemos que la capital es El Pardo, y que allí está la sede de un pequeño reino de chaparros, encinas, robles y pinos nuevos, en cuya agreste soledad viven, si no los animales de la selva, por lo menos los de un coto de caza.

¹⁷ *El Sol*, 10 de febrero de 1926.

¿Cómo será en esta pequeña capital palatina y venatoria la escuela de niños? Se ha ofrecido a enseñárnosla, muy amablemente, el maestro, señor don Recaredo, el cual está lejos de sospechar el profundo sentimiento de envidia retrospectiva que nos invade al cruzar la escuela y poner los pies en el patio-jardín. Si yo fuera chico de la escuela –¡inquietante idea la de volver a empezar otra vez!–, ¡cómo me gustaría venir a este rincón de El Pardo! He aquí un maestro apacible y feliz. No tiene correas, ni caña, ni palmeta. Seguro estoy de que no sabe tener mal genio. Sus dominios, resguardados del viento, se conservan en una penumbra discreta. La luz clara, gris plata, como en el retrato del príncipe Baltasar Carlos, está fuera, en el patio, grande como la plaza de un pueblo. Y este patio es ahora el centro del mundo, un mundo inconvencible, lleno de plácida serenidad, limitado por los márgenes del Manzanares, el convento de Capuchinos y los robledales de Navachescas. Escuela natural, al aire libre, puede ser este cercado que en otro tiempo servía para soltar los corzos, vivos. Escuela en plena naturaleza, sin ninguna afectación ni artificio, ni apenas intervención humana.

Pues bien: vamos a ver el conjunto de circunstancias extraordinarias que hacen falta para producir una cosa tan natural como la escuela de El Pardo. En primer lugar, la escuela del pueblo no era esa. La escuela era tan lóbrega, tan estrecha y miserable como otras que hemos visto. Fue preciso cerrarla y habilitar el salón de baile, a costa de los mozos y mozas del lugar. Por eso tiene buen solado de madera, y es ancha y cómoda para los cincuenta o sesenta alumnos de don Recaredo. Me

*Las lecciones de cosas constituían un género didáctico, de cierta tradición, a través del cual se difundían nociones elementales acerca de los hechos relacionados con el "mundo material". Este libro del editor madrileño Calleja, aprobado en 1895 y de uso generalizado en las escuelas de principios de siglo, difundía conocimientos sobre ciencias físicas, agricultura, artes y oficios y trabajos manuales: CALLEJA FERNÁNDEZ, S. (ed.): **El Gráfico. Trabajos manuales y lecciones de cosas**, Madrid, Calleja, S.A. Obsérvese cómo la cubierta muestra, en sus símbolos y en sus rótulos, los contenidos que cubría este texto enciclopédico.*



han dicho –rumores infundados, seguramente– que, ofendidos los mozos, se llevaron un día el cielo raso, que era suyo, y lo quemaron en la plaza; pero no lo creo. Por otra parte, el patio ha sido, hasta hace poco, del Patrimonio, que lo empleaba como he dicho, y si ahora sirve a los niños y no a los corzos, es porque al delegado de San Lorenzo de El Escorial, don Antonio Pérez Lorente –del cual, en justicia, diré que sólo he escuchado en todas partes elogios–, se le ocurrió la gran idea de solicitarlo para expansión de la escuela, y llegó a conseguir que en ello se interesara personalmente el Rey. Así, pues, la escuela no era escuela, el patio no era patio; el pueblo primitivo y el monte lleno de boscaje se conservan por una milagrosa inconsecuencia de nuestro siglo. Si los chicos de El Pardo disfrutaban en paz, al llegar abril, de una clase a la sombra de aquellos nogales y moreras, cuyas ramas bajas ramoneaban antes los venados, se lo deben a un buen delegado gubernativo. ¿Hay algo más sorprendente? Hablando de este patio con don Francisco Alcántara, compañero y maestro mío –maestro en todo, pero singularmente en la ciencia de andar y ver–, me dijo que lo había pintado hace muchos años, cuando soltaban allí los ciervos, y como se arrinconara un hermoso ejemplar en el sitio que sirve todavía hoy para guardar los cajones en que los llevaban enjaulados, tomó un apunte rápido, que le proporcionó una de esas sorpresas gratas, una de esas confusiones inefables del azar; y fue que revolviendo, algún tiempo después, no sé cuál colección deshecha y dispersa hoy, sabe Dios por dónde, vio un cuadro de Velázquez, pintado en sitio semejante, acaso en el mismo, maravillosa reproducción de igual escena: el ciervo, desconfiado, con los jarretes temblorosos, el hocico húmedo en alto, tendiendo como una cabellera el ramaje de su cornamenta, y pegándose a la pared, ya que no podía escapar.

Esta es la escuela más original del cerco de Madrid. Allí, junto a los álamos del río, cuya sombra cae sobre el patio en las mejores horas de la mañana, enseña don Recaredo a los chicos de El Pardo las primeras letras: Geografía, Historia, Aritmética, Física... Hasta nociones de Botánica y Agricultura. Pero yo quisiera traerle al señor maestro con los muchachos por el monte, siguiendo un rastro, y veríamos quién enseñaba a quién. Porque allí van hijos de guardas, jardineros, capataces y sobreguardas. Padres y hermanos trabajan en la huerta o en la labranza; hay carpinteros, leñeros; unos están dedicados al cierre de portillos; hacen otros de vigías para incendios; practican la corta, roza y arranque de leña... Como hace un siglo. Como hace cuatro siglos. No una ni dos, sino varias veces al año, empieza cualquier día a correrse por la escuela la voz de alarma...

¡Es mañana! Al siguiente, la escuela en cuadro. Don Recaredo tratará en vano de dar una impresión de normalidad. Sólo asisten los párvulos, o los hijos de militares: la colonia. Los muchachos de El Pardo, en masa, han ido al ojeo. Doscientos o trescientos ojeadores son necesarios para el acoso y para “las vocerías”. Todos estos chicos de blusita, con trencilla negra o zamorra y calzones de pana, trepan, como unos bravos, por lo más espeso del monte, y ganan su buen jornal gozando una de las grandes alegrías de la vida... ¿Quién sabe más de ciencia forestal, el maestro o ellos? ¿Por

qué lado saldrá este año el jabato grande? ¿Dónde se han ido los gamos, que no bajan ya por el camino de Torrelaparada?

¡Pensar que yo perdí tristemente mi infancia en un segundo piso de la calle de Esparteros! Los tiestos de doña Candelaria... Los ratones del zócalo en las clases húmedas... ¡He aquí mi Naturaleza! Entonces llegaban los ciervos hasta las mismas calles de El Pardo, y un jabalí venía todas las noches a hocicar en la puerta falsa de casa del cura.

13. VIDAS DE NIÑOS. EL PORQUERILLO QUE SE MALGRÓ¹⁸

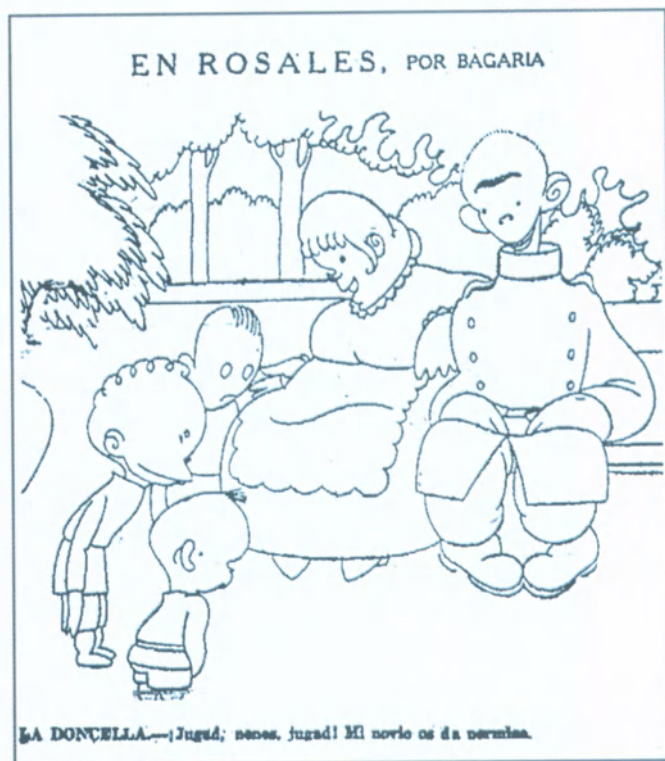
Años atrás frecuentaba nuestra tertulia y nos honraba con su amistad, un poco huraña, cierto maestro inteligentísimo, de genio destemplado, que anduvo siempre en lucha con el Ministerio y con el ministro, y que acabó, ya viejo, por emigrar a Chile. Era difícil discutir con él. Sabía con demasiada precisión demasiadas cosas elementales, y esto siempre embaza un debate. En diálogo sosegado, sin piques de amor propio, era más interesante y valía más su conversación. Un día le pregunté si en su larga vida de maestro de escuela había tropezado en algún pueblo con algún muchacho verdaderamente excepcional. La idea de que por esas breñas hay talentos claros, malogrados sin culpa suya, por haber nacido en un rincón, me preocupa desde que empecé a ver tantos hombres de estudios y de letras que, sin el feliz concurso de providenciales circunstancias, estarían muy a gusto dentro de la zamarra de un gañán.

– A ninguna de mis escuelas ha ido Pascal, que yo sepa –me contestó–. El prodigio no nace todos los días. Confieso a usted que hoy, al cabo de los años, cierro los ojos y sólo se me representan aquellos condenados chicos que me daban más guerra. (Ya lo he dicho: era hombre de mal genio). Los atravesados, los malos de nacimiento, nunca se me olvidan. Pero... ¡jaguarde usted! En un pueblo de aquí cerca tuve, hasta los diez años, a un muchacho distinto de los otros. Cabeza fina. Penetración... Imaginación... Yo lo miraba con lástima. La imaginación en estos pueblos es cualidad nociva –y ya diré por qué–. Pero, a veces, una palabra suya, una pregunta o un gesto me obligaban a contemplarlo con respeto. Era hijo del porquero. ¿Usted sabe lo que es un porquero en tierra de Castilla la Nueva?

¹⁸ *El Sol*, 19 de octubre de 1925.

Conocía yo desde niño esa institución. El porquero es un funcionario. Le paga la villa por llevarse al campo todos los días el ganado de los vecinos. No sólo cerdos, sino cabras, ovejas; y si el pueblo no es grande para dar trabajo aparte a un borriquero, también asnos, mulas, caballos... Al pueblo le gusta llamarle por el oficio más humilde, y, sin embargo, se divierte en ponerle motes altisonantes. Al último que yo conocí, nieto del "tío Rey" –rey de los puercos–, le llaman todavía el hijo de "la Princesa". Por la mañana temprano ya está esperándole el ganado en la fuente. Se los lleva al campillo, al monte, al prado del Concejo, y en cuanto anochece ya están todos otra vez en el Egido –que allí dicen "Ligío"–, sin faltar uno. Ellos mismos, aunque el porquero no los mueva, toman la vuelta del lugar, y yo he leído en una crónica vieja, de Villanueva de Alcaudete, que conocían las alarmas: "las caballerías y ganados dispersos por el campo, al oír el toque de rebato, se volvían solos al pueblo".

102



En los jardines del madrileño barrio de Rosales, el novio de la doncella, vestido de militar, da permiso a los niños para poder jugar. La infancia acude en actitud reverente en solicitud de estas libertades "menores" (El Sol, 16 de julio de 1924).

Pues aquel chico era hijo del porquero, y no pasaba de ser “el Porquerillo”. Yo le trataba bien. Me complacía hablar con él y le perdonaba el cuarto de los sábados. Los chicos de gente principal, que en la cábila son “los notables”, trataban de humillarle: Creo que le valían más su despejo y su simpatía que mis sermones, porque no se molestó nunca; pero es posible –no lo recuerdo bien– que alguna vez hiciera falta algo más que palabras. ¿Sabe usted a qué atribuían las mujeres el talento del chico? A que era hijo de sesentón y criado sin madre.

– ¿Y por qué considera usted peligrosa la imaginación en esos lugares?

– Porque los chicos ingeniosos, decidores, que tienen vena –lo que ustedes llamarían talento literario–, he observado que acaban todos en bufones del pueblo. No se me incomode si digo que viven siempre a dos dedos de ser los tontos del lugar; nadie los toma en serio, y, en cierto modo, esta injusticia tiene su explicación. Aquí mismo, en el mundo de ustedes, no se crean completamente libres de ese prejuicio lugareño. Sin contar con que siempre es infeliz el imaginativo.

Como la digresión era desagradable, corté en seco.

– Bien; pero, ¿qué fue del “Porquerillo”?

– Iba a decirle a usted que una mañana se despertó el padre medio baldado, y en vez de ir al monte él, fue el chico. Aquel porquero tenía muchos años y muchas conchas; porque cuando yo le hice cargos, me contestó cínicamente con una teoría. Para él lo mismo daba la escuela que el monte. “¿Tú te figurarás –me decía– que yo no soy maestro también? Igual educo yo mis bestias que tú tus chicos. Los entretengo todo el día y me dan un cuarto por cada uno, los sábados, como a ti. ¿Que no aprenden? Es verdad. El carnero sigue carnero. El lechoncillo se hace lechón. El buche sigue buche mientras llega a borrico. Pero tú no cambias el natural de esos críos, y, aunque los amaestres, el torpe, torpe se queda, y el listo, ya dará de sí. Mi chico, si no es lerdo, saldrá adelante, aunque sea de porquero, que al fin y al cabo es un empleo de la villa y pierde poco con no ir a la escuela. Hazte la cuenta que ahora el maestro es él”. Aquel pillo sabía demasiado. Alguna vez había dicho yo, en días de mal humor, algo parecido. “La escuela es el redil”. “No hacen más que perder el tiempo”. Pero él lo que buscaba era no trabajar más, pasarse las horas muertas en la taberna del pueblo, bebiendo aguardiente y quejándose del reuma.

– ¿Y el chico?

– ¿El chico? Buen estudiante y mal porquero! Estoy seguro de que sufrió, no como un niño de diez años que era, sino como un hombrecito, aquella bárbara separación. ¿Querrá usted creer que daba una vuelta por no pasar junto a la escuela? Los hijos de los notables decían que la había tomado horror. –Ya eran canallas también como unos hombrecitos–. Y que “le tiraba” la dehesa. De todas maneras estuvo poco tiempo en el oficio paterno. Un día, a principios de otoño, las tardes iban ya acortando, “el Porquerillo” entraba por el Egido con su piara o su rebaño, cuando oímos las voces

de la tía Paulina, la del Gitano, que echaba terribles maldiciones porque le faltaban sus dos cabras. Podía ir a buscarlas el marido, que estaba hecho a todo; pero el porquero padre gritó también que aquello no le había ocurrido a él en sesenta años, y el muchacho, asustado, volvió al monte. Quedaba todavía alguna claridad, y el crepúsculo muere allí tan despacio como si no fuera a venir la noche. Usted no conoce aquella tierra. Sólo la he hallado semejanza con los cerros de Escalona, y con el Berrocal de Nombela. En el llano se alza de pronto una masa imponente de granito, y aquí y allá otras, desperdigadas, como peñascos desprendidos de la sierra. También hay cuevas, como en los Curusinas; grutas como el Covacho de San Francisco, guarida en otro tiempo de facinerosos... Pero entonces todo estaba en paz. Lo único inquieto y febril era la imaginación del muchacho. Debía de parecerle un crimen su descuido. Ya le he dicho que sólo pueden esperarse males del exceso de imaginación. Desanduvo el camino. Fue de un lado a otro. Le alcanzó la noche, sin duda, cuando estaba en la otra parte del cerro y no supo volver. Dios sabe lo que le ocurriría. El caso es que no volvió más. Ni apareció ni se supo de él. Puedo decirle a usted que soy hombre frío y sereno; pero aquellos días en que buscábamos todos al "Porquerillo", yo no tenía pena como las mujerucas, sino indignación. Corríamos el monte hasta la noche y, desde lo alto de una peña veíamos, a lo lejos, en el horizonte, un gran resplandor que incendiaba las nubes bajas: eran las luces de Madrid.

Viaje a la Sierra

105

1. POR EL CAMINO DE FUENCARRAL¹

Caminar hacia el azul del Guadarrama siempre conforta y refresca el ánimo. Aunque, visto de cerca, vaya dándonos colores menos etéreos y celestes, el azul de la Sierra es para Madrid como una liberación de la llanura de prosa y asfalto. Pero Madrid tiene tres anillos, como Saturno. Rompemos el primero, rumbo al Norte, pasando Tetuán. Rompemos el segundo, pasando Fuencarral. El tercero, roca viva, gneis y granito, no lo queremos romper. Otra vez, a la vuelta, se deberá hablar de Tetuán, aunque es difícil. Tetuán de las Victorias no representa sólo la conmemoración del año 60, sino, además, la expansión del Madrid de ese terrible medio siglo que tarda demasiado en morir. Yo deseaba de Cuatro Caminos a Tetuán un Paralelo como el de Barcelona, aunque oliese a carbón, a ginebra, a “cabaret” y a dinamita. No puedo conformarme con el olor a churros y gallineja. Pero todo se andará. Por ahora, pasemos de prisa, entre la confusión de carros, tranvías, autobuses y maquinillas, y busquemos el verdadero camino de Fuencarral.

Que, aun naciendo junto a la misma Puerta del Sol más que ningún otro camino madrileño, no arranca, en realidad, sino donde empieza el paisaje a serenarse, a dignificarse, a purificarse de cas-

¹ *El Sol*, 7 de febrero de 1926.

cotes, latas y papelorios ciudadanos. ¡Cuántos esfuerzos hace todos los años el arado por ennoblecer el urbano vertedero y darle honrado color de tierra labrantía! Lo consigue ya lejos del arrabal, cuando vemos dibujarse, carretera adelante, en una de esas largas perspectivas manchegas que ha simplificado el automóvil, la silueta de un pueblo castellano, con su iglesia de tres agujas, sus tejadillos y sus casitas bajas, que, desde lejos, pueden ser palacios. Acaso sea éste el pueblo en que debería emplazarse la villa castellana: la villa del siglo XVII, renovada, restaurada, aunque sea contrahecha, como el mobiliario de que abusamos un poco estos últimos años.

Para apoyar esta fantasía hay, en efecto, dentro de Fuencarral y en la carretera, que le sirve de calle céntrica, más de una casa solariega. Tienen propiedades aquí el marqués de Santillana y el de Urquijo. Para llegar al cogollo de Fuencarral es, sin embargo, necesario apartarse un poco del camino –siempre habrá que apartarse un poco del camino para llegar a lo importante– y entrarse, por dos o tres callejas estrechas, hasta la plazoleta de la Iglesia. Ciérrala por un lado la parroquia de San Miguel. Por otro, una casa llana, de un sólo piso, pero de tal prestancia, severidad y sencillez, que es imposible dar mayor nobleza a una fachada de cuatro o cinco metros de altura, con un portalón ancho y unas ventanas sin reja salediza. El secreto está –como siempre– en las proporciones. Corona el portalón un escudo cardenalicio. Hoy la habita el señor cura de San Miguel; pero quizá sirvió esa casa de refugio al famoso padre Nithard, inquisidor general y confesor de la reina doña María Ana de Austria, madre de Carlos II, “El Hechizado”, cuando se le expulsó de la Corte por mal consejero. Otra casa de la carretera pudo servirle de alojamiento al mariscal Moncey el año 8. Como se ve, no le falta tradición, genuina y castizamente española, al pueblo de Fuencarral. El pasado no le desamparó. Vamos a ver cómo responde a su tradición en el presente.

Las escuelas están en el Ayuntamiento, y el Ayuntamiento, en la plaza principal. Todavía conserva la fachada unas columnas de piedra y un escudo labrado también en piedra de Colmenar, con cierta intención monumental. Pero al restaurarlo –no sé cuándo; quizá hacia la fundación de Tetuán de las Victorias–, surgió la torre del reloj, varió el plan, y sobre las columnas hay un balconcillo que no rima con la torre de San Miguel, las casas solariegas y la casa del cura. Más extraño aún es el plan interior. La escalera se abre en lo más oscuro del zaguán; tuerce después y os lleva a un descansillo sucio, como entrada a un desván, donde halláis varias puertas: “Juzgado municipal”, “Colegio”, “Subida al reló” –dicen los rótulos–. Pero este colegio es para las niñas. A la escuela de niños se entra por una calle trasera, mal empedrada, cuyo arroyo es más bien albañal y, frente por frente, al entrar, daréis con un retrete, si no os supieráis defender. Otra puertecita igual, y allí está ya la escuela. Tanto abandono hemos encontrado antes de llegar, que nos parece mejor de lo que esperábamos. Es amplia, y sería suficiente si no necesitara contener más de cien niños que da el censo escolar de una población mayor de tres mil habitantes. Tiene sol toda la mañana y es alegre. Hace algunos años un maestro pintó o hizo pintar al fresco un zócalo de colores vivos con graciosa



Las imágenes de **Mundo Gráfico** y del fotógrafo Alfonso muestran algunos aspectos de las condiciones de vida de la infancia en el Madrid de la época. Luis Bello también se acercó a Tetuán de las Victorias, barrio al que pertenece la segunda ilustración. Aquel “extrarradio” –“con olor a churros y gallinería”– era aún ruralizante, bien distinto al modernista Paralelo barcelonés. Ni aldea ni ciudad, Tetuán ofrecía todo un paisaje de arrabal.



fauna decorativa. Pero el sol atrae demasiado a los mozos del pueblo al rincón de la escuela, y allí juegan y riñen; los niños oyen de todo. Falta el reposo necesario. El silencio y el aislamiento son indispensables en una escuela. Si subimos a la habitación del maestro, veremos una modestísima vivienda, tan descuidada como la escalera y como el resto del paisaje municipal. Un ladrillo sí y otro no, podremos meter el pie hasta el tobillo. Sólo hay limpieza en la escuela de niñas, dispuesta con sencillez y con arte bastante para que no falte algún detalle femenino, juvenil, que refresca y perfuma el ambiente. No veo al maestro ni a la maestra. No es hora de clase. Pero adivino que lo mejor de Fuencarral es para ellos el camino de Madrid.

¿Por qué ha de ocurrir esto? Responde a nuestra pregunta, con sus mudas paredes, todo el edificio del Concejo. ¿Cómo va a hacer el Ayuntamiento de Fuencarral por las escuelas lo que no hace por sí mismo? Este es otro gran problema del cerco de Madrid. No tendríamos derecho a pedirle un esfuerzo del que le juzgamos incapaz, si el Ayuntamiento considera que todo, dentro del pueblo, debe estar al mismo nivel. Para cambiar la escuela sería necesario cambiar al pueblo.

Durante todo el día, Madrid manda un tranvía eléctrico por hora a Fuencarral. Pasan varios servicios de autobuses de línea. Pero hasta hoy no ha pensado en que le debe a la villa de Fuencarral un estímulo más enérgico para ayudarlo a levantarse. Está en un mal momento. No le queda ya la grandeza del siglo XVII, ni ha llegado aún hasta ella la vida urbana, cosmopolita, que a veces sigue el capricho de las colonias veraniegas. Desde aquí le daríamos un buen consejo a Fuencarral. Construya sus escuelas. Tiene fuerza y elementos para ello. Sería el principio de una renovación y no podría negarle su auxilio el Estado, que está más a su alcance que en ningún otro pueblo de España. De otro modo, Fuencarral llegará a ser, solamente, para unos, el camino de Madrid; para otros, el camino de la Sierra.

2. COLMENAR VIEJO O LA FECUNDIDAD²

De Fuencarral a Colmenar, durante largo trecho, el “auto” de línea avanza en carrera frenética, no con el pobre tren cansino, ni con el otro autobús competidor, sino con las tapias de El Pardo. Van delante, a nuestra marcha; como la Luna, entre nubes, a la marcha del avión. Y se las ve despeñarse, trepar otra vez, colina arriba, dormirse en una recta, separarse para volver. Las tapias de El Pardo, sin embargo, no quieren entrar en Colmenar Viejo antes que nosotros. Leguas y leguas se limitan a defender dinámicamente sus cinco mil hectáreas de monte. Salen al camino, como galgos que no se cansan de correr y ladrar la gloria desmedida y desaforada de su amo. De pronto, tuercen a mano izquierda... ¡Adiós! Poco más allá aparecen la ermita, la estación. Y las primeras praderas, jugosas y famosas, como los toros, la miel y la piedra de Colmenar.

Calles en cuesta –empedradas a veces con un solo canto que va de pared a pared–, casas alegres, en esta mañana de sol; bien enjalbegadas de blanco, pero casi todas humildes. En las afueras, del lado del Guadarrama, estas casitas, de una sola puerta y una sola luz, no levantan la altura de un hombre. Necesitan defenderse del viento. Las casas solariegas, con escudos; la iglesia. Y en primer término –para los fines de nuestro viaje–, unas escuelitas elásticas, donde maestros y maestras luchan por instalar ciento cincuenta o doscientos niños, cuando sólo caben sesenta o setenta. Entre estas escuelitas elásticas, la primera de todas será la de párvulos.

Perdóneme mi buen amigo el maestro de Colmenar Viejo, don Andrés Sánchez Pastor, que me animó a emprender este viaje, si doy preferencia a una escuela que no es la suya. Como la suya habrá muchos centenares de escuelas en España. Como la de párvulos de Colmenar no hay ninguna.

²*El Sol*, 19 de febrero de 1926.

Imagine el lector una interpretación serrana, guadarrameña, del cuadro de la Fecundidad. Luz neta y cristalina en lugar de la luz rosada, paredes pobres en vez de la arboleda, charcos en vez de fuentes, guijos y pedruscos por hierba, niños rotos por niños desnudos... Pero en el fondo, lo mismo: La generosidad de la madre Tierra. La prodigalidad del Amor. ¿Cuántos niños vemos en esta escuelita de párvulos? ¡Más de trescientos! Hay primero un patizuelo descubierto, y en el suelo, en los poyos y en el umbral se incorporan, o se detienen para vernos llegar, unos muchachitos que Rubens no hubiera acertado a pintar nunca, porque carnes tiernas y sonrosadas, manos gordezuelas, mallas, pliegues y sotabarcas, no abundan en el Guadarrama, hecho de piedra poco sensual. El color sano no es rosa, sino almazarrón. La palidez de los niños débiles y su demacración, no tienen blancor de leche, sino de ceniza. Hay allí más tendones que músculos. Y hay, sobre todo, una simpática, tierna y amistosa pobreza. Prefiero esta pequeña humanidad, que acaba de llorar o acaba de pegarse, a los pedantescos desnudos de los percheroncillos flamencos. Pero no trataré de imponer mi predilección, ni sostendré que es así mi modelo de escuelas de párvulos. El patizuelo da entrada a un zaguán, donde cada grupo, cada racimo de criaturas, en sus banquitos minúsculos, tiene valor decorativo, como figura de un Nacimiento ingenuo y pastoril. Las paredes claras, las vigas del techo y la construcción de tipo serrano, inconfundible, dan a la escuelita cierto encanto bravío. Pero esto no es propiamente la escuela. La mesa tradicional, las filas de pupitres y de bancos están en el aula inmediata. Allí, entre el corro de las pequeñas, lidian, dulce y heroicamente, las dos maestras. Su trabajo ha de ser como nunca llegarán a imaginar los que tasan desde un despacho el sueldo y el esfuerzo, es decir, el alma y la vida ajenas. Para ser maestra de verdad entre trescientas criaturas hace falta tanta discreción, tanta constancia, tanto valor, que yo imagino mejor dadas aquí cruces y recompensas que en la acción de guerra más enconada. Saludo a las maestras de Colmenar. No puedo enviarlas una reverencia cortesana ni un saludo militar, que serían igualmente inadecuados. Basta con que lleguen a ellas –¡y a tantas compañeras suyas!– estas palabras de justicia.

Fuera de las escuelas y del patizuelo, queda todavía como desfogadero de los párvulos, campo de juegos y clase al aire libre, vasto corralón en pendiente, con algunos árboles viejos, descarnados en el invierno, y con soberbia orientación al Mediodía y a la parte más luminosa de la Sierra. Separado por las bardas del corral tienen los parvulillos un espectáculo no pedagógico: la parada de sementales. Está toda la amplia, magnífica y desbordante Naturaleza. El Sol se encariña en este pañuelo de colores que, gracias a los párvulos, no deja un momento de bullir y brillar.

Y el conjunto, desde la entrada de piedra carcomida hasta la higuera del fondo, es tan armónico, aun siendo tan pobre, que yo pido un esfuerzo el día en que allí se construyan las graduadas, para que un arquitecto artista –es decir, respetuoso– conserve el encanto de florecilla silvestre que tiene hoy la escuela de párvulos de Colmenar.

Digo cuando se construyan las graduadas, porque considero seguro el éxito de las gestiones emprendidas desde hace algún tiempo y reanudadas ahora. Una instancia cursada en diciembre del

24 señala el caso de que habiendo duplicado en pocos años su población, y llegando la escolar a mil seiscientos noventa y cinco alumnos, Colmenar cuenta sólo con dos escuelas unitarias de niñas, dos de niños y una de párvulos con auxiliaría. Quedan vagando por las calles más de mil criaturas.

¡Más de mil niños sin escuela! Ahora se explica por qué da este gran pueblo, extendido al pie de la Sierra, la sensación del rincón más prolífico del planeta. Para cada pedrusco hay un muchacho. Además de la nativa fecundidad serrana, han venido obreros a las canteras y a las nuevas fábricas. La población crece. Las comunicaciones son cada día mejores. Hacen falta –y así lo pide el Ayuntamiento– una escuela graduada de niñas, con seis secciones, y otra igual, también con seis secciones, para niños. Yo he visto el trabajo ímprobo que pesa sobre un maestro obligado a aceptar una asistencia de ciento cincuenta niños, en matrícula de doscientos, cuando apenas tiene sitio para la mitad. ¿Cómo se realiza ese milagro? A costa de energía, de habilidad y de paciencia. Pero también a costa de tolerancia. Llegué a la clase de don Andrés Sánchez Pastor, víspera de Carnaval.

110




La gramática era estudiada por los niños mayores en la escuela de Colmenar, aunque, a decir verdad, preferirían las lecciones sobre el hidroplano que cruzó el Atlántico a los ejercicios para distinguir el verbo del adverbio. Pero esta era una disciplina que forjaba el carácter, además del entendimiento.

Corría ya por toda la escuela el ambiente revolucionario del día de fiesta. Los pequeños, apartados al cuidado de un mayor, bastante hacían con mantenerse quietos. Los medianos, en grupos, entretenían el tiempo, mientras les llegaba el turno. Los mayores daban una lección nueva: el vuelo de Franco sobre el Atlántico. ¡Qué fuerza tienen los ejemplos actuales! El más nervioso, el que se equivoca y arma trabalenguas para decir “pretérito, futúrito”, “nominavito, genivito”, acierta con los nombres más difíciles a la primera vez. Hay un calor en la voz y un brillo en la mirada, para hablar del hidroplano, que no tienen para diferenciar el verbo del adverbio. Aquí en Colmenar había “treinta gramáticos”, en el Seminario del año 40. ¡Cómo debían sufrir! Lo que a éstos les gusta es lo que entienden, y la Gramática siempre la entienden mal. ¡Cómo va dibujándose el carácter, más que el entendimiento, en estas pruebas escolares!...

El esfuerzo por ir guiándolos a todos es gigantesco, y si consideramos que ha de repetirse de cada siete días seis, apenas si nos queda imaginación para concebir tanta paciencia. Y este es hoy el pleito de Colmenar. ¿Conseguiré ahora las dos graduadas para cuya construcción ofrece su Ayuntamiento ochenta mil pesetas? Aquí podría yo dar una nota del paisaje moral, tan interesante y pintoresco –acaso más– que el otro, si no fuera por mi convicción de que hoy marcharemos todos de común acuerdo: alcaldes, concejales, maestros, inspectores, funcionarios y pueblos. No es posible aplazar más tiempo los problemas de la enseñanza. Si antes se pudo consignar para escuelas cantidades gastadas luego en transferencias, conforme a la vieja habilidad lugareña –y ciudadana–, hoy no debemos dudar de la mutua buena fe. Todos queremos que los pueblos prosperen. Colmenar construirá sus escuelas, con mayor o menor auxilio del Estado. Piense el Ayuntamiento en la magnífica fecundidad de esta generosa raza, y en que de cada piedra sale un chico. ¿No le aterra la idea de lo que será, dentro de pocos años, si Dios y el Concejo no lo remedian, el patizuelo de su escuela de párvulos?

3. MIRAFLORES. LOS DOS ENJAMBRES DE DON JERÓNIMO³

 rropado en el silencio de la noche, que abriga casi como otra manta, oigo al pie de mi ventana una gran voz. Es el sereno de Miraflores que canta las tres. “¡Y nublado!” Es decir, agua o nieve para la jornada próxima; la Sierra, de mal genio; los hierbazales que cruzamos viniendo de Colmenar Viejo, más fríos que la nieve de la Pedriza, y el espejo de esa terrible y fosca laguna de Santillana. Toda esta poderosa naturaleza, en pie de guerra contra nosotros... Sin embargo, hoy, al abrir las maderas, no penetra nieve, sino el sol. Un sol sin estrenar, campecha-

³ *El Sol*, 24 de febrero de 1926.

no, generoso. Con él parece que entra por la ventana, como una nube de proyectiles de oro, el enjambre de don Jerónimo.

El enjambre, dorado y alado, de abejas de verdad, no suele engañarse como se engañan los almendros. Todavía no es floresta el campo de Miraflores; las colmenas siguen calladas. Pero don Jerónimo, el buen maestro, tiene dos enjambres, y en este domingo de sol, cuando abre las puertas de su escuela, va entrándosele por ellas el otro. Como anoche estuvo enseñándome todas estas sencillas y al mismo tiempo sabias y previsoras redes con que los niños de su escuela ayudan a trabajar, según arte, a las abejas, no puedo evitar la comparación y creo que los muchachos se agolpan y se deslizan dentro plegando las alas. ¡Bien venido el enjambre de mañana! Para éstos, el mundo entero será siempre floresta, con tal de saberlo recorrer. Como domingo –y domingo de Carnaval–, los chicos no tienen escuela; pero se congregan aquí para ir juntos a la Fiesta del Árbol. Vienen limpios y bien lavados. Traen la mejor ropa. Han aprendido unas canciones cuya letra seguramente andará dándoles vueltas en la cabeza. Por la tarde les darán de merendar por cuenta del Concejo. Es un buen día para ellos y un día de trajín para el maestro. No olvidemos, sería injusto, a doña Elisa, la maestra, que dispone también sus filas con el mismo cuidado.

Si yo fuera secretario de Miraflores –a alcalde no llega mi ambición–, yo haría política hasta conseguir que la Fiesta del Árbol se celebrase en primavera, alrededor del álamo grande, el patriarca, en cuyo honor debería quedar instituida. Estos plantones de Fiesta del Árbol tienen en su contra muchos enemigos, visibles e invisibles. La teoría es que se los comen las vacas, en general, el ganado; pero hay otros animales capaces de hacerlos desaparecer misteriosamente. La Fiesta del Árbol que ha logrado el gran triunfo de vivir, crecer y llegar a gigante en medio de la calle, sería homenaje al éxito, al hecho material; pero no pondría a prueba la fe de los niños en su propia obra. Cosa en todas partes aventurada, y mucho más en la Sierra, donde las gentes no se pierden por exceso de imaginación, y los muchachos nacen ya con el colmillo retorcido.

Conviene apuntar aquí algunas observaciones hechas en la escuela de don Jerónimo Sastre, y decir que éste tiene en toda la comarca fama de buen maestro, ganada en veintitantos años sin moverse de Miraflores. Él apretó hasta conseguir las escuelas nuevas, que están muy bien; formó laboriosamente una biblioteca y, con el concurso de un propagandista entusiasta, inteligente, culto y bien orientado en lo que debe ser la Apicultura: don Narciso José de Liñán y Heredia, generoso fundador de La Colmena, creó el Coto Apícola Escolar de Miraflores, institución naciente, sobre la cual llamo la atención de cuantos sean capaces de apreciar estas iniciativas. Institución que, hasta ahora, según consigna el mismo Sr. Liñán, sólo protegen sus fundadores, los padres de los niños... y las abejas. Aquí empieza, en realidad, la Sierra, y debo apuntar la primera impresión, que es ésta: No hay hambre, no hay pobreza fisiológica en la parte habitable del Guadarrama. Otra cosa será, por ejemplo, Atazar, o la Puebla de la Mujer Muerta; pero aquí no está la raza físicamente cansada y agotada. No es ésta la escuela de la Prosperidad, donde el hijo del obrero tiene peor suerte –peor cuidado,

dicen aquí— que el hijo del pastor o del carbonero serrano. Chicos fuertes, macizos, rechonchetes; carrillos frescos, no ya de manzana, sino de granada; docilidad, atención... Alguna vez asoma entre los bancos un tipo que apenas se concibe sin chaquetón de pana, montuno, con esos ojos pequeños, huidizos, que tiene movilidad de animalia del bosque. Pero la mayor parte son chicotes recios, normales. Entre ellos no suele haber extremada pobreza. Los muchachos irán a trabajar, pero no a pedir. En conjunto, retoños de raza seria y digna. En ese concepto castellano de la dignidad, dígame cualquier viajero harto de recorrer el mundo dónde ha encontrado un sacristán que no admita propinas y enseña su iglesia, per l'onore, como si fuese un compañero de aficiones artísticas. Pues así nos enseñó el retablo de Sánchez Coello el sacristán de Colmenar Viejo. Gentes aplomadas, de pocas palabras, que “pisan bien dentro de sus zapatos” —como dicen los ingleses—, siempre que tengan zapatos. Y a veces sin tenerlos.

A estos muchachos de gran sentido práctico les gusta más el coto de abejas que la Fiesta del Árbol. De las colmenas sale miel, y de los plantíos sale —como en el chascarrillo— una cabra que se los come.

— Don Jerónimo —preguntó cierto día a su maestro uno de estos filosofillos del Guadarrama—, ¿quién las enseña a nuestras abejas, que sin ir a la escuela saben todo lo que necesitan saber?

— Su instinto; es decir: una cosa que hemos inventado para expresar el poder de Dios.

— Entonces, si nos soltara usted, también nos arreglaríamos nosotros solos.

Seguramente. Pero ésta es la diferencia capital entre los dos enjambres de don Jerónimo. Uno se lo sabe ya todo; nace enseñado... y no progresa. El otro necesita maestros, y estudiando, estudiando, aunque es pequeño y ras de tierra como un gusano, logra que le salgan alas.

BUSTARVIEJO. El “auto” de línea, demasiado ancho para estas calles, nos deja al pie de un olmo tan viejo como Bustarviejo, donde dos docenas de mozos, vestidos de blusa azul, aguardan la salida de misa. Bustarviejo, pueblo-célula, donde hay de todo: un olmo, una plaza, una iglesia, una escuela y un pobre. La escuela está en el Ayuntamiento. Es pequeña e insuficiente para 125 niños. No caben los que van. Sin embargo, el alcalde, respetuoso con las autoridades superiores, castiga con multas de una peseta las faltas de asistencia. Los chicos se contentan con mirar por la ventana un delicioso prado comunal donde pacen las vacas, más felices y mejor instaladas que ellos. El pueblo es tan rico en montes de propios, que sus vecinos están exentos de cargas municipales. El maestro, joven y optimista, se llama don Mariano Montero. ¡Ánimo, don Mariano! ¡Pída la escuela que el pueblo puede construir y que usted se merece!

¿Y el pobre? El único pobre de Bustarviejo vive con su familia en una cueva de troglodita que hace siglos debió de habitar algún ermitaño, jerónimo, según parece. El humo de su hogar entre cuatro piedras y una harpillera, va lamiendo y tiznando la losa —enorme concha de tortuga— que le sirve

de techo. El troglodita de Bustarviejo no ha sido siempre pobre. Dígales usted, Don Mariano, a esos vecinos que si abandonan y descuidan la instrucción, acabarán por hundirse todos en cuevas semejantes a la del troglodita del camino de Valdemanco. Tienen prados, buenos montes de roble, mucho ganado. Son famosas las terneras de Bustarviejo. Pronto llegará colonia veraniega. No es como Valdemanco, perdido entre riscos, tan huraño y tan pobre que no hay maestra hace muchos meses, y las dos últimas han preferido perder la carrera antes de verse obligadas a soportar tanta molestia. Bustarviejo tiene "auto", gestiona el teléfono, es pueblo trabajador.

4. NOCHE EN TORRELAGUNA⁴

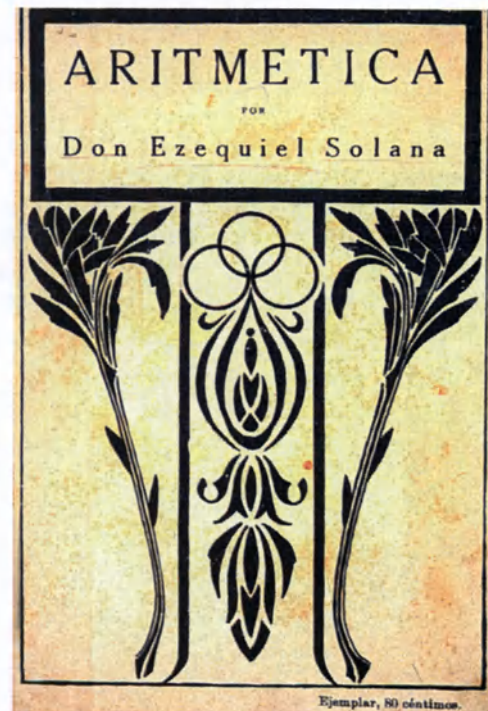
El corral en estos pueblos, grandes o chicos, es, por desgracia, inevitable. Detrás de casa Montalbán está el corral, y en el corral, "la secreta", como decíamos antes en Castilla. Abro la puerta, y por el hueco se desliza, furtiva y silenciosamente, un perro que parece de goma. Ya estaría desierto el corral si no asomaran las primeras estrellas. Aun queda luz para distinguir el barro del estiércol, montones de leña junto al tapial, ruedas, yugos, trebejos de labor... Pero es el cielo, frío, con esa brillantez acerada del crepúsculo en la meseta, lo que atrae mi atención; y, sobre todo, el cielo visto a través de la única ventana de un paredón disforme, alzado como un fantasma, sobre la casa Montalbán. Es un antiguo convento en ruinas –quizá el convento de religiosas de la Concepción–, del cual sólo se mantiene enhiesto ese monstruoso lienzo de pared, con ese único ventanal por donde pronto se asomará la curiosa Diana. Se desplomará de un día a otro. Se deshará en polvo como don Fernando y doña Guiomar, que dormían aquí su último sueño. Pero ¿será esta noche, o aguardará por lo menos otro sol para dejarnos salir vivos de Torrelaguna?

Con esa amenaza sobre nuestra cabeza salimos de la fonda. Torrelaguna, pueblo de labradores y ganaderos. Una calle cuidada, con ciertas pretensiones urbanas. Lo demás, melancolía e Historia. Vuelven los muleros del campo. Forman corros los hombres en las esquinas, y van pasando las muchachas, que visten como en Madrid. Primera escuela, la más antigua, la de don Juan Sanz Relaños, maestro veterano, abierta sobre el arco del Coso, en un edificio mudéjar, cuyas venerables paredes conservan gracia y armonía, aunque se las come el polvo. ¡Delicioso rincón para limpiarlo, reforzarlo, asegurarlo, conservando todo su carácter, y dejar en él una escuelita de veinte o veinticinco alumnos! Pero lamentable cajón de niños para una escuela de batalla. Don Juan ha peleado mucho. Ha subido muchas veces esa escalerita empinada; paredes sucias, húmedas; peldaños carcomidos. Ha limitado el número, y aun así pueden más que él. Las ventanas que dan al Coso no tienen cristales. "¿Cómo es esto? –pregunto–. Se helarán ustedes". Pero los cristales, en sus bastido-

⁴El Sol, 27 de febrero de 1926.

res, los quita y los guarda don Juan todas las noches cuando cierra la escuela. Medida prudente, porque en el Coso hay muchas piedras.

Todavía aquí, si falta comodidad, espacio y material, no se echa de menos cierto prestigio arcaico. En el mismo Coso está un palacio del Renacimiento –que acaso sea el del marqués de Villanueva–, donde pronto quedarán instalados el Concejo y las nuevas escuelas. ¿Quién y cómo dirigirá la restauración? Pero hay otro maestro, el Sr. Quirós, que merece renglón aparte y cuya escuela tiene un solo hueco de un caserón, alquilado en 25 duros al año, donde no cabe ni la cuarta parte de la matrícula. Es difícil imaginar más estrechez y mayor economía de sitio, de presupuesto y de atención a la obra del maestro. He visto también una escuela de niñas, que podía ser perfecta aprovechando bien el bellísimo edificio conventual en que está instalada. Y, por último, aparte de



La aritmética y la geometría eran dos disciplinas fundamentadas del programa escolar de principios de siglo. En la ilustración se recogen dos muestras de textos de estas materias: la **Aritmética** de Ezequiel Solana, maestro de las escuelas municipales de Madrid, publicada por la editorial Magisterio Español (edición de 1928), y la **Geometría** de Virgilio Hueso, director de la Escuela Graduada "La Florida" de la capital (Madrid, Calleja, 1922). Ambos manuales pertenecen al género de los compendios, textos breves, concisos y económicos.

Carmelitas y Maristas, hay otra escuela, Patronato Montalbán, de construcción reciente, donde se respira aire sano: el de nuestro tiempo y no el de la época de Juan de Mena. Esto y el propósito de llevar las dos escuelas nacionales de niños al palacio del Coso, empieza casi a salvar la buena voluntad de Torrelaguna y a redimirla de anteriores culpas.

Son muchos, sin embargo, los descuidos de esta antigua villa, y todos ellos se revuelven en contra suya. El campo es muy extenso, y si la tierra no parece rica, el agua del Lozoya debe mejorar la vega. Montes, dehesas, viñedos, olivares, alamedas, forman el patrimonio de sus vecinos privilegiados. En el siglo XVIII –hacia el viaje de Ponz– contaría bien sus cinco mil almas. Un siglo después, Madoz apunta pocas más de tres mil. La última Guía no le da más de dos mil quinientas. ¿Por qué va menguando un pueblo situado en tan excelente posición? Para comprenderlo basta seguir en uno de sus paseos –casi siempre solitarios– al maestro más antiguo de Torrelaguna, a don Severino Quirós.

Suele haber en la gran ciudad como en el pueblo chico alguna o algunas personas que son como la conciencia del lugar. Sienten y piensan por los otros, que se limitan a vivir, y su destino no es tan abrumador como pudiera suponerse teniendo en cuenta que la vida da en todas partes mayor cantidad de males que de bienes, porque la conciencia ya es en sí misma un bien, y lleva en el propio ejercicio la compensación. Aquí la conciencia es un maestro: Quirós. Aspecto demasiado bronco. Formas, acaso, un poco rudas. Estos hombres a quienes la barba les crece tan deprisa parecerán siempre malos diplomáticos. Pero no creáis que en los pueblos, como en las ciudades, se revelan por el planchado y blancura de la tirilla los espíritus más delicados y más sensibles. Don Severino Quirós lleva veinte años aquí, y todo le afecta como si fueran tristezas y dolores propios. Por la noche, cuando ya ha terminado su trabajo, sale a dar estos grandes paseos, que hoy daremos también nosotros, aprovechando la media luz del creciente y procurando no tropezar.

Salimos por el arrabal. Comenzaremos la vuelta por el barrio más pobre. Casitas bajas, terrazas o empizarradas, pero la mayoría ruinosas. Pavimento de lecho de torrentera, con todas las piedras descarnadas. Hemos visto en más de una comarca este mismo espectáculo; pero no en igual proporción. Las casas que se hunden y no vuelven a levantarlas son casi tantas como las que conservan todavía pobladores. Llegamos al barranco. En la sombra es más imponente el derrumbadero. Volvemos a subir calle arriba para salir otra vez a las viejas murallas, internándonos en el corazón de la Torrelaguna señorial –que apenas late hoy–. Son casas antiquísimas en rúas estrechas, que casi tocan los aleros. Fachadas entramadas, con restos de la destruida ornamentación. Una cornisa sin sus gárgolas de piedra. Un arco sin el escudo. Ventanas ciegas. Puertas monumentales que dan acceso a un zaguán sin techo donde crece la hierba. La piedra se mantiene sobre la piedra, pero la tierra y la argamasa se blandean y hasta los cementos ceden. Quien haya recorrido las calles de Santillana del Mar, donde la piedra ennegrecida vive aún, no llegará a imaginar cómo mueren los

sillares de Torrelaguna... Al llegar a la plaza, de vuelta del paseo, la iglesia y el Concejo nos parece que guardan el silencio de un gran secreto, el gran secreto de la ruina y decadencia de un pueblo...

Montes, dehesas, viñedos, alamedas, olivares existían desde hace siglos alrededor de la villa que protegió Cisneros. ¿Cómo no han bastado para sostenerla? Cuando llegó don Antonio Ponz en 1770 ó 1780 ya había casas destruidas en Torrelaguna, muchas de ellas solariegas. Del palacio de los Cisneros sólo quedaban los cimientos. El mejor, el del marqués de Villanueva, conservaba aún su galería de columnas. De entonces a acá, el campo y los montes siguen produciendo cada día más; pero cada día para menor número de familias. Ahora no trabajan para Torrelaguna sino en parte proporcional. Las rentas van fuera. Esto es lo que puede apreciarse en un sencillo paseo del arrabal a la plaza del Ayuntamiento.

5. CRUZAMOS EL REINO DE LOS PATONES⁵

Sanos y salvos, al llegar la mañana, seguimos viaje a Patones y su reino, ya dentro de la Sierra, a cinco kilómetros de Torrelaguna. Por cumplírseme este deseo de hace muchos años, venía yo dispuesto a arrostrar todo género de molestias y peligros. Pero en cinco kilómetros caben pocas aventuras, y ésta fue mi primera desilusión; pues yo me prometía algo serio y audaz, viendo que don Antonio Ponz no se atrevió a emprenderlo, a pesar de que su viaje estaba más cerca que el mío de la leyenda. Todas las referencias de Patones coincidían en presentarlo como rincón áspero y salvaje, en medio de escabrosos cerros, “de terreno tan pedregoso que difícilmente se encuentra en él un llano de veinte varas”. ¡Imaginése mi desconcierto al oír que todos los días va y vuelve en bicicleta, de Patones a Torrelaguna y de Torrelaguna a Patones, un sobrino de don Baldomero, el párroco! Este muchacho es ayudante en la escuela de la fundación Montalbán. ¡Es decir, que el reino de Patones exporta cultura! Por si lo dudábamos, al empezar la caminata por la vega del Lozoya, entre olivares y tierras bien labradas, vemos llegar perfectamente descansado al estudiante de Patones. Había venido cuesta abajo, es verdad; pero por su aspecto sano y fuerte le juzgamos capaz de subir la pendiente a la misma marcha. Para demostrarnos de algún modo expresivo nuestro dominio de la Sierra, don Martín Luis Guzmán –incomparable compañero de viaje– y yo decidimos no ir a Patones por la carretera, sino por el atajo.

Así llegamos, en efecto, a la gran cortadura de un arroyo llamado el Casa, por cerros pedregosos y ásperos. ¡Así es como se debe entrar en el reino de Patones! Por estas peñas debe andar la cueva del Requesillo, llena de estalactitas muy bellas. Nos han contado en Torrelaguna que un día

⁵El Sol, 1 de marzo de 1926.

los Patones, celosos de su independencia administrativa, dificultaron la gestión de un recaudador de contribuciones, descuartizándolo. Se descubrió el suceso porque un chiquillo encontró un brazo entre las jaras de esa cueva, y salió gritando: "¡Aquí está el brazo del recaudador!". Pero más tarde, en El Berruoco, nos han dicho que los investigadores y recaudadores derrotados por los Patones fueron varios; y ello, de ser cierto, puede obedecer a razones históricas.

Y hora es ya de contar la leyenda de los Patones, tal como la refiere en su Viaje de España (T. 10. Carta II) don Antonio Ponz, quien califica esta historia de "célebre antigualla". En la invasión mora, muchos buenos cristianos de tierra llana se refugiaron en las montañas, penetrando por esa gran abertura de la Sierra, entre Torrelaguna y el Jarama, buscando cuevas donde esconderse. "Fue de tal suerte –agrega el benemérito Ponz– que no cuidando los enemigos de la religión y de la patria de territorio tan áspero y quebrado, pudieron los Patones vivir en él todo el tiempo de la cautividad, manteniendo sus costumbres y religión, y sustentándose, como se cree, de la caza, pesca, colmenas, ganado cabrío y del cultivo de algunos centenos, como lo hacen también ahora. Eligieron de entre ellos a la persona de más probidad para que los gobernase y decidiese sus disputas, de cuya familia era el sucesor, y así se fueron manteniendo de siglo en siglo con un gobierno hereditario, llamando a su cabeza Rey de Patones. No es esto lo más gracioso, sino que después de haber recobrado España su primitiva libertad... se ha conservado en los Patones este género de gobierno (bien que subordinado a los reyes y su consejo) hasta nuestra edad, en que el último rey de Patones solía ir a vender algunas carguillas de leña a Torrelaguna, en donde lo han conocido varios sujetos, que lo trataron años pasados y me han hablado de él".

Explica muy razonablemente don Antonio Ponz de qué manera fue, poco a poco, cediendo sus derechos el rey de Patones, por cansancio, "por dejarse de cuentos" –"o acaso la ocupación del gobierno le impediría atender a su subsistencia"–. "Perdieron, por consiguiente, mil apreciables y antiguas prerrogativas, y no es poca la de que cuando el consejo comunicaba órdenes o decretos reales a los capitanes generales, gobernadores, justicias del reino, etc., escribía separadamente para su observancia al que regía este antiquísimo pueblo en esta forma: Al Rey de Patones". "No hay que reírse –agrega Ponz–, que esto, según dicen, se puede comprobar en Madrid...". Entre el viaje a los archivos para ver si el Señor Don Fernando VI llegó a informarse de las circunstancias y gobierno de los Patones y el viaje a Patones, hemos dado preferencia al segundo; y aquí estamos.

Bajan por el cerro, hasta el mismo pie del arroyo, unas casitas humildes que se aprietan y amontonan, pero que en esta mañana de sol fuerte, de estío más que de primavera, nos parecen hospitalarias y alegres. ¿Quién hizo el milagro de llevar al primitivo reino de Patones una carretera ancha y cómoda que lo transforma y lo civiliza? Acordándome del recaudador, yo hubiera buscado un modo digno y heroico de entrar en el pueblo; pero las buenas mujeres que nos ven llegar se limitan a preguntarnos:

- ¿Qué venden ustedes?
- No vendemos nada. Venimos a ver al maestro.

Su pregunta nos dice que por esa carretera han entrado muchas gentes que no venían a cobrar la contribución. En efecto, conviene revelar ya el misterio: ese milagro de la redención de Patones lo hizo el Canal de Lozoya. El nuevo canal que abastece Madrid cruza nuestro reino godo independiente. Gracias a él hay casas nuevas, se reformaron otras, aumentó la población, tuvo casa la escuela y alojamiento el maestro. Desde la vega de Torrelaguna venimos siguiéndolo contra corriente, por uno de los paisajes más civilizados que puede ofrecernos la Sierra. El Canal de Lozoya preside y anima toda la comarca. Hay quien murmura que al acabarse las últimas obras y, por consiguiente, los jornales, se refugió en Patones alguna gente maleante; pero ésta es otra historia como la del recaudador. Subamos la cuesta que nos lleva a la escuela, sin ningún cuidado. Estamos entre amigos.

El maestro, don Francisco Blanes, sólo lleva tres meses aquí. Tiene a su cargo sesenta y siete niños y niñas, en una escuelita soleada, simpática, pero muy pequeña. Vemos que le emociona nuestra aparición. El camino es ancho; sin embargo, no le trae visitas todos los días y nos explicamos muy bien su sorpresa. La escuela de Patones requiere mucho material: mesas, bancos, libros, mapas... Los muchachos son fuertes y sanos. Su aseo va mejorando poco a poco. Pero además el maestro

Abecedario iconográfico correspondiente al "Método de lectura conforme con la inteligencia de los niños" editado por Calleja dentro de la serie titulada **El Pensamiento Infantil**. El cartel, tirado al cromo, se utilizaba en la enseñanza individual y colectiva y seguía los más modernos preceptos pedagógicos, sirviéndose de la iconografía para "instruir deleitando" y para hacer más sencilla y clara la iniciación lectora.



necesita comunicación. –Yo quiero declarar aquí un remordimiento. Hemos pasado por Patones demasiado deprisa; le hemos abandonado al maestro demasiado pronto. No hemos conocido al médico don Mariano Echeverría, ni al párroco don Baldomero. Todo esto por el exceso de fuerza traslaticia y locomotriz de que venimos animados. Necesitábamos devorar kilómetros, monte arriba, entre riscos, y Patones nos parecía ya poco primitivo, poco inédito.

Don Francisco nos dio su mejor alumno como guía, y nos dejó ir. ¿Hacia Atazar? ¿Hacia la Puebla de la Mujer Muerta? Todavía no. Por las márgenes del Casa, y a veces por el mismo arroyo, penetramos en la Sierra, gozando la delicia de este momento único en nuestra vida: el momento inicial de la verdadera excursión a lo desconocido. Un pastor de ovejas nos sale al paso. “¿Ande se camina?” “Al Berrueco” –le contestamos. Este pastor –nos dice el guía– es el más rico del pueblo”. Tiene un gran plano frontal y unos ojos fríos. Sin duda sabe ya que no somos recaudadores; pero ha interpuesto su ganado y su cayada con tal autoridad que yo sé a qué atenerme: es el rey de Patones.

6. DE PATONES A LOZOYUELA, POR EL BERRUECO⁶

120

Febrero suave, febrerillo loco, nos permite remontar la corriente del Casa por el camino de guijos de cristal que va abriéndose él. Brinca el agua en las piedras. Con su pequeño redoble, da voz a la mañana de sol y a toda esta escondida y pacífica naturaleza, vestida de verde. En fin, no ya Garcilaso, sino Meléndez Valdés, vendría con nosotros muy a gusto por los dominios del rey de Patones. Pero si ahora, de pronto, se echara encima una de esas nieblas de la Sierra que traspasan los huesos, y el Casa procediera como quien es, como un torrente, veríamos trepar al buen Batilo, tropezar en jaras, espinos y peñascos, y acordarse de la sabiduría del moro que no quiso llegar aquí. Con viento y lluvia, o nieve hasta el fondo, el desfiladero ha de ser imponente. De ningún modo acertaríamos a encontrar senderos para dominar el macizo que guarda este barranco y para cruzar los otros valles hasta El Berrueco. Hay un lugar en que es preciso despedirse del Casa y encaramarse monte arriba. El muchacho va delante, como buen guía, y habla poco. Para caminar tan frescos y tan sobrados como él necesitábamos sus años, y además una alegría equivalente a la suya por haber salido de la escuela con dos horas de anticipación. Pero ¡qué espléndida perspectiva en cada parada! ¡Cómo va ensanchándose el mundo! La respiración y la circulación se activan; y, una vez vencido ese primer cansancio de todas las iniciaciones, comienza la deliciosa fiebre de la montaña, que nos empuja a subir, a vencer la cima y a ver lo que hay al otro lado.

⁶ *El Sol*, 3 de marzo de 1926.

Ante todo, el pueblecito, con su iglesia y sus tejados rojos, no lo vemos ya. Aquí podría contaros el guía cosas de Patones, si no fuera tan discreto. Es hijo del secretario del Ayuntamiento, que, además, tiene taberna, estanco, ovejas y la secretaría del Juzgado municipal. Tan joven como es –once o doce años– y ya ha visto pasar por la escuela muchos maestros. El de ahora es muy buen hombre. Pero de quien más aprende él –estoy seguro– es de su padre. Digamos el nombre del muchacho: Antonio. Y el apellido: Melones. Antonio Melones, el más listo de la escuela y el mejor andarín, no ha estado nunca en El Berrueco; pero ha llegado a verlo dos veces desde la altura que ahora vamos buscando. Ha ido a Torrelaguna, y sabe bien de letras y de cuentas. ¿Por qué no ha de llegar este amigo nuestro, con el tiempo, a ser rey?

Todavía hay que cruzar dos valles con sus arroyos, monte bajo de roble, jarales, romero y tomillo, que anuncian ya este año la primavera temprana. Empieza a espaciarse el horizonte hacia el llano del Jarama, y, por fin, recompensa nuestro esfuerzo, al llegar a la loma, el espectáculo grandioso del otro llano que comienza a nuestros pies, en El Berrueco, y se extiende hasta las cumbres de Somosierra. En la divisoria de aguas, Antonio se despide. El reino de los Patones no pasa de aquí.

Si esto fuera un libro de viajes, yo anotaría la pintoresca variedad del país que vamos recorriendo, y no dejaría de llegar al torreón que asoma coronando unas colinas de tierra roja, salpicadas de pedruscos calizos, blancos como cabritillos. Pero el plan se reduce a ver escuelas y a contar cómo son. Hemos de ver de aquí a Buitrago las de El Berrueco, Sieteiglesias y Lozoyuela. Quedaría, sin embargo, mal descrita la escuela de El Berrueco si no presentáramos el pueblo tal como lo hemos visto desde los altos de Cirujea, con su montón de piedras berroqueñas delante y el arroyo de la Dehesilla bordeándolo. Piedra dura que la corriente de siglos no puede socavar, y se limita a resbalar por ella puliéndola como un enorme canto inmóvil que hace rodar al agua. Más allá de estos peñascales empieza la llanura, y El Berrueco se extiende, no ya como una ciudad-jardín, sino como una ciudad-corral. En posadas y paradores sólo encontramos vino tinto. No llega a más la hospitalidad. Pero el maestro del pueblo nos desquita de esta penuria. Es joven, inteligente e ilustrado. Ha hecho hasta el cuarto año de Medicina, y sirve como buen practicante en casos de necesidad. Se llama Stéfani Reinel.

La escuela de El Berrueco es típica. Parte, a medias con el Ayuntamiento, una casita baja, y el lado mejor es el de la escuela. El Concejo se reúne en esa media crujía sin cielo raso, viéndose al aire las vigas del tejado, como una cuadra. La escuela, por lo menos, tiene techo. Es pequeña. Fue preciso limitar el ingreso. Aparece el alcalde, Gregorio Montero. Hombre recio. Blusa azul, boina, zajones y alpargata. Al lado del maestro, con su fisonomía viva, su frente ancha y su aspecto un tanto fatigado, bien se ve cuál es el producto natural del suelo. Si la escuela de El Berrueco es pobre, la vida lo es más todavía. Pero no se crea que el lugar es pobre en dinero y en recursos. El más modesto guarda aquí siete u ocho mil duros. Y el más rico –esto completa el cuadro– se acuesta después de cenar una ensalada de corujas, que a mí me parecieron acelgas o berros. No es dinero lo que

falta. Les falta el arte de vivir. Aquí debía erigirse la escuela más perfecta, la más alegre, la que lograse más profundo sentido estético, porque de esto no tienen aquí, y en cambio, no necesitan ni dinero ni pan. Los vecinos de El Berrueco son labradores, ganaderos. Antes se les llevaban la lana los tratantes de Riaza. Ahora ya saben manejarse ellos. Compran y venden; pero el dinero lo guardan en billetes esperando a que salga una buena ocasión. Su sentido de la vida es sobrio, estrecho, berrueco también; careciendo de todo, llegan a no sentir privación en medio de la más inconcebible sequedad espiritual. Cerca del rollo, vamos a casa de Cecilio Cobertera, el secretario. Su padre ha sido muchos años maestro del pueblo, y es un viejecito risueño, limpio y simpático, lo más alegre y juvenil que hemos visto en este viaje a la Sierra.

Cada escuela es un caso distinto, y cada caso habría que tratarle como un problema de arte. La de El Berrueco exigiría abundancia, exceso de elementos, y esos nunca los daría el pueblo. Sería preciso llevarlos de fuera. En cambio, ¡con qué poco quedaría arreglada y decorosa la escuelita de Sieteiglesias! Este es el lugar fundado sobre piedra berroqueña, en el que la iglesia ajusta sus cimientos a las grietas de una enorme concha de granito que el agua, la nieve y el viento han ido alisando y puliendo como el cráneo de un gigante. Cae ya en el llano, cerca del camino de Francia. La sorprendemos en plena clase. ¡Quietos! ¡Nadie se mueva! Es mejor que los niños sigan en sus bancos, aunque ya consideramos imposible hacerlos trabajar como si no hubiéramos llegado nosotros. Escuela diminuta y atractiva. Sólo necesitaría buen material. Los alumnos son pocos. Cuento, entre niños y niñas, alrededor de una docena, con lo cual la maestra –doña María Ortiz– parece que preside los trabajos de una familia. Algunos son pastores, que cuando pueden guardan el ganado. Todos tienen buena letra, cuadernos limpios. Hasta ortografía. En el afán con que se aplican, en la energía con que agarrotan sus manos, habituadas a juegos y trabajos rudos, para manejar la pluma, se ve que ésta es una raza ordenada, económica, previsora, y, además, llena de energía. El serrano de por aquí podrá ir a cualquier parte y no se perderá.

Dos palabras nada más, pues ya es tarde, sobre Lozoyuela. Aquí, el local, instalado en los bajos del Ayuntamiento, puede decirse que está bien. Lozoyuela, en la carretera de Francia, es pueblo rico. Pero las ventanas de la escuela dan al Norte. En cambio, las del calabozo y otras dependencias inferiores dan al Mediodía. Hay sol para el alguacil y no lo tienen los muchachos. La parte alegre mira hacia la plaza, donde se corren toros por lo menos una vez al año. El maestro –don Francisco del Fresno– lucha, inútilmente hasta ahora, para corregir este error que deslució la buena voluntad de un pueblo celoso de su prestigio en toda la comarca.

7. BUITRAGO Y SUS TRIBUTARIOS⁷

Deténgase el viajero curioso y ocioso en Buitrago. Cenará perdices –como en los cuentos que acaban bien–, buena perdiz estofada, y pan de la mejor cochura. Tendrá ropa muy limpia. Pero, además, verá cosas extrañas, únicas. Esas cosas que por singular permisión del Cielo nos es dado contemplar hoy, y que acaso mañana, cuando volvamos a pasar, se hayan desvanecido como el castillo de los Siete Durmientes. Apresúrense a ir, porque ese momento de la pulverización y disolución del pasado se aproxima. Hoy puede apearse del autobús de línea y pisar una de esas grandes paradojas vivientes que sólo quedan en España. Toda una villa histórica, deshaciéndose en el tiempo. Toda una ruina, los cercos y las murallas. Y dentro de la cáscara vieja, una almendra sana. Es el caso, siempre pasmoso, del olivo muchas veces centenario, de cuyo pie, seco como un cascajo, nace un maravilloso brote.

Hay una plaza en Buitrago...

Pero vamos despacio antes de llegar a esa plaza, donde está la escuela. Imaginemos una familia poderosa, que por legado de los siglos conserva viejas reliquias, deslucidas y apolilladas. Quiere guardarlas, pero no se resigna a apolillarse con su propia historia. Esta familia aprovecha las más decorativas para su mobiliario y encierra las otras antiguallas en museos o desvanes. Lo que no hace es vivir como Buitrago entre ruinas amenazadoras y avanzar al paso del viajero –del visitante– unos murallones en equilibrio inestable que amenazan dar a las bocinas de los “autos” virtud de trompetas de Jericó. Pero, ¿cómo guardará Buitrago en museos las reliquias de su historia, si la historia es tan grande y la villa tan chica?

Ahora ya podemos llegar hasta nuestra plaza, la que está situada, no en la almendra, sino en la cáscara; no junto a la calle comercial donde lucen tiendas a la moderna: abacerías, café y billar, sastreías, farmacias, comercios de tejidos –con un anuncio luminoso–, sino la plaza del torneo, con el castillo de los Mendoza a un lado, la casa del Concejo y el Hospital del Salvador, al otro, y para cerrarla, frente a las casas solariegas, casi todas rotas, un paredón almenado, por donde la Edad Media se asoma a la eternidad; es decir, a la corriente siempre joven del Lozoya.

Aquí tenemos la escuela, en los bajos del Ayuntamiento, y va a guiarnos uno de los mejores maestros nuevos de esta región, don Pablo Barrio. Sobre las paredes proyectan su sombra los torreones del castillo. Quizá por eso la escuelita nos parece tan medieval. ¿Cuándo se hizo el solado? ¿Es anterior a la entrada de los franceses? Se ve que lo han trabajado muchos pies infantiles y muchos dientes de rata. ¡Sabe Dios cuántas cosas saldrían de entre las astillas si diera aquí una pisada fuer-

⁷El Sol, 5 de marzo de 1926.



*Diálogo entre dos niños a su encuentro en el camino. “Vengo de la escuela –dice Miguel–. “Allí aprendo a leer, a escribir y a contar... para ser luego hombre de provecho” –continúa–. Asistir a la escuela se va afirmando como un valor, contra el absentismo y otras condiciones de vida de la infancia tradicional. Los libros escolares exaltan estos nuevos valores en sus textos e imágenes: JIMÉNEZ AROCA, M.: **Frases y cuentos para niños**, Madrid, Calleja, S.A. (aprobado en 1883), p. 89.*

te, no ya un caballero vestido de hierro, sino cualquier carbonero de Manjirón! La escuela, agujereada, húmeda, pobre, estrecha, tiene espíritu porque el maestro sabe prestárselo... Pero no conviene decir más. Cuando volvamos a Buitrago ya habrá desaparecido. El Ayuntamiento ha resuelto derribar su casa y construir otra de nueva planta.

Al enterarnos de que están acordados el derribo y la reconstrucción, salimos a la plaza y contemplamos el pequeño edificio condenado a muerte. Una sencilla columnata arriba, formando galería. Una puerta de ancho dintel, con su escudo –la encina y el toro–, y sobre las ventanas, medallones del Renacimiento. Tal como está, desde fuera, parece bien; entona con este patio de armas, tanto que nos inquieta un poco la idea del futuro palacio municipal. (Hemos comunicado nuestros temores a un ilustre arquitecto, artista que sabe ver la vida de las piedras viejas: Anasagasti, el cual generosamente se ha brindado a trazar el proyecto de reconstrucción, aprovechando materiales y elementos decorativos. Traspaso su espontáneo ofrecimiento al Concejo y al maestro de Buitrago).

El Hospital del Salvador es severo y sobrio. El murallón almenado, una fortaleza. Y el castillo, elevándose enfrente, obliga mucho a quien toque una piedra en ese lugar. Sirve como campo de juego la misma plaza, con lo cual esos muchachos, sin darse cuenta, viven una infancia de cronicón y de archivo histórico. Habría que reconstruirla muy bien, nueva por dentro, entonada por fuera, para que la escuela fuese digna de perdurar junto a tan gloriosos vestigios.

Pero ¿qué será del castillo? Aquí no hay piedra, como en Torrelaguna, sino ladrillo y argamasa; la típica mampostería. Los muros mudéjares han aguantado siete siglos; acaso más; y parecen llegar al cabo de su resistencia. Recuérdese que a esas ventanas ojivales se asomó don Pedro *el Cruel*. Y si no hay fantasía para recordarlo, lléguese el lector, como hice yo, a mirar el palacio por dentro. No queda un techo. En 1769, cuando lo visitó madame D'Aulnoy, el duque de Pastrana lo tenía "magníficamente decorado y amueblado, con cuadros notables y raros tapices". Lampérez habla todavía de las chimeneas de traza oriental. Yo he visto ahora el patio de armas arado y sembrado de trigo. No puede decirse como del torreón de Fuensaldaña: –Hoy no cobija su recinto mudo –más que silencio, soledad y sombra. –En los versos de Zorrilla cabían pájaros y telarañas, pero no mulas de labor. No queda una estancia en pie. Machos y verdugadas se desploman. Podéis salir al tajo del Lozoya para contemplar la ruina de aquel soberbio puente, grande y audaz como el de Toledo, y de pronto se os vendrá encima un bloque de argamasa del siglo XIII. ¿Qué va a hacer Buitrago? Si fuese París, daría nuevos cimientos de oro a las gloriosas ruinas y sabría cotizar su pasado. Pero téngase en cuenta que con todas sus murallas, sus castillos, sus iglesias y fundaciones, la villa de Buitrago no tiene siquiera setecientos habitantes. No puede ni restaurar las ruinas ni derribarlas. Está condenada a la admiración y a la compasión de los turistas.

Su desquite lo toma la calle del Comercio. Nadie se explicará la intensa vida de este pueblo, que apenas pasa de medio millar de almas, si no sabe cuántos tributarios tiene Buitrago. Esas abacerías, sastrerías, farmacias, tiendas de tejidos, más que para Buitrago, son para los pueblos próximos. Desde hace muchos años venían a comprar bayetas, pañería, indianas y quincalla. Trabajaban los linajes del campo y los telares de la villa. Ahora trabajan los mostradores; los pueblecitos siguen fieles, y la calle Real de Buitrago, como la de Fernando, en Barcelona; la del Correo, en Bilbao; la del Príncipe, en Madrid, sostiene una tradición de judería, activa y lucrativa. Gracias a ella Buitrago deja la impresión más grata y más animada, entre todos los pueblos y villas de la Sierra. Gracias también a este espíritu de modernidad podemos confiar en que las nuevas escuelas serán verdaderas escuelas-modelo, para conservar el prestigio ante su clientela de pueblecitos tributarios. Gascones, La Serna del Monte, Manjirón, hasta Montejo de la Sierra y la famosa Puebla de la Mujer Muerta, con otros que valen para Buitrago mucho más que las ruinas del siglo XIII.

8. LA BATALLA DE SOMOSIERRA⁸

Desde los montes de El Berrueco a este camino que sale derecho de Buitrago hacia el Norte hemos tenido siempre enfrente Somosierra, con su gran enjalma de nieve y su puerto. Pero antes de seguir la tentación de esa línea recta, debemos ir a Gascones y a La Serna. Son los tributarios más inmediatos de la villa goda y semita, es decir, comercial y guerrera. En Gascones hay un buen maestro. Para ir a verlo es preferible cortar por los cercados, aunque sea necesario saltar algunas tapias. Son prados húmedos, salobrales, y la propiedad ya sabemos que defiende mal lo que no vale nada. El maestro de Gascones, don Francisco Ruiz, tiene una escuela humilde, de la que logra sacar partido. Todo el pueblo con sus casas de adobes, y al pie el agua muerta de algún albañal, se limpia gracias a la generosidad de la Sierra, que mana muchas fuentes.

Pero allí hemos visto una casa típica del país; su amo, Felipe Briceño, labrador, y quiero citar el sitio en que se alza: la plazuela del Ángel, porque allí hay una maestra –sin saberlo ella y sin figurar en nómina–. Una maestra de la Escuela del Hogar, tal como se entiende en Gascones, en la Sierra y en toda esta Castilla carpetovetónica. Limpieza, economía, sobriedad: éstas son las enseñanzas que cultiva un ama de casa y que resplandecen desde el zaguán hasta el granero, desde las cantareras a los peroles de cobre. En estas células de vida sencilla, pero íntegra, hay de todo; sólo desaparece, poco a poco, lo que antes fué preciso: el bargueño, la mesa de hierros y chambrana, el velón, el brasero de copa... Estéticamente, se han empobrecido estas moradas de labriegos acomodados. El hijo mayor está en Alhucemas o acaba de volver, y el pequeño ha ido al campo, con el padre. No se ve un libro en toda la casa. La madre limpia, cose, zurce, cocina, amasa el pan... Todo esto es lo que enseña a sus hijas y lo que éstas aprenden mejor cuando se les va borrando la lección de la maestra. Alguna vez chocan las dos enseñanzas. El exceso de economía es el mayor enemigo de las primeras letras.

Comparemos la casa de Briceño, mejor dicho, la de Josefa Carretero, su mujer, con la casita que ha destinado el Concejo a la maestra de La Serna del Monte. Esta es una de las escuelas más míseras de la Sierra. El pueblo es chico: ciento veintinueve habitantes. El local, reducido. Arriba, en tres habitaciones, limpiísimas y bien enlucidas, vive con sus dos hijas una maestra muy discreta, muy educada. Manos femeninas dulcifican y atenúan tanta pobreza, y hasta llegan a transmitirle cierta graciosa sencillez. La maestra es andaluza. En la salita veo un piano. ¡Un piano en la escuela de La Serna del Monte! ¿Cómo lograrían izarlo, si apenas he podido subir yo de frente por la escalerilla? Y las ventanas, aguardilladas, son más bien claraboyas. Cuando cubra la nieve de Somosierra toda la hondonada y se extienda el terrible silencio de la noche por estos contornos, imagino con qué mági-

⁸El Sol, 12 de marzo de 1926.

ca, extraña –o extranjera– poesía sonarán las notas de ese piano. Mozos y mozas sentirán, probablemente, la comezón del baile, aunque oigan música de Listz, de Chopin o de Beethoven. Déjenlos. Esta es toda vuestra compensación, maestras y maestritas: ya que no tenéis trigo en el sobrado, jamones y embutidos en la despensa y unas fanegas de tierra que os den para vivir. Otro ideal, otra cultura; otros tacones más altos –invisibles– para asomarnos por encima de las montañas...

Por este lado del último cerco de Madrid, la escuela más alta es la de Somosierra. Vamos a visitarla. Llegamos una mañana tibia de sol, que no engaña; los abrigos al brazo y descubiertos, para recibir la caricia del viento primaveral. En el dintel, enterizo, de piedra está grabada una fecha: "Año de 1794". Es anterior a la francesada. Y al abrir la puerta, bajísima, sale a recibirnos un hálito húmedo y frío, de 1794. ¡Vengan aquí los señores pedagogos que no dan importancia a la escuela y creen que el buen maestro hace bueno el peor cuchitril! Suban esos peldaños y no se preocupen si rechinan un poco. Bajen la cabeza para no tropezar en el techo. Han entrado en la escuela de Somosierra. Amontonados, unos cuantos pupitres y unos bancos, un mapa, una pizarra. Y treinta niños de seis a



*El redescubrimiento de la infancia fue uno de los rasgos de la nueva modernidad. Algunas editoriales de la época adoptaron incluso el nombre de **Infancia** para titular sus textos. El que aquí se muestra, de Dalmáu Carles, ofrece además una bella cubierta modernista conformada a los cánones estilísticos que se impusieron en otro tipo de ediciones.*

doce años, como pichoncillos que educa en su palomar doña Prudencia Martín Rojas, la maestra nueva. Un palomar. Cuando hablé al inspector de esta zona, Sr. Besteiro, de mi propósito de llegar hasta Somosierra, me dijo: "Allí verá usted un palomar". Y así era. Yo comprendo que pueblos pobres difícilmente pueden hacer cosa mejor, ya que sus viviendas apenas se diferencian de ésta. Por eso quiero que se les ayude. Si el Municipio y el Estado no pueden –sufran, por lo menos, la vergüenza de oírlo– acudamos en su auxilio todos los buenos ciudadanos y remedemos casos tan extremos de pobreza y de pequeñez espiritual.

Quizá esta casa de 1794 era ya palacio del Ayuntamiento de Somosierra en el año 8. Quizá fue asesinado aquí el cura que amablemente recibió a las primeras tropas francesas. Recorremos los montes. Dominándolos, es difícil aceptar la derrota de don Benito San Juan, así como la carga de los lanceros polacos, mandados por el conde Felipe de Segur. Tenía el desdichado jefe poco material. Seguramente sus cañones –como en Santiago, como en Cavite– carecían de alcance y de proyectiles. Teníamos un ejército, jefes abnegados, soldados valientes. Pero les faltaba eficacia. Si Napoleón volviera hoy al puerto de Somosierra encontraría el pueblecito tal como lo dejó. No hemos dado un paso. Las mismas casitas pobres junto a la carretera, las mismas gentes. Sólo con asomarse al palomar de doña Prudencia comprendería de qué manera España sigue perdiendo todos los días, desde hace un siglo, la batalla de Somosierra.

Más sobre los pueblos de Madrid

129

1. ESCUELITAS RURALES. LECCIÓN DE LAS PROVINCIAS¹

Orillando el camino de Somorrostro y Castro-Urdiales, al pie de los montes del hierro –esos montes que amenazaban desplomar algún día sobre Bilbao una avalancha de obreros de las minas–, está el pueblecito de San Julián de Musques. Allí acaba de inaugurar la Diputación vizcaína una escolita más. Va desparramándolas por todo el país. Escuelas de barriada, escuelas de aldea, humildes y risueñas escolitas rurales, que tienen siempre cierto gracioso localismo pedantesco, no por culpa suya, sino por la segunda intención nacionalista manifiesta en su arquitectura. En dos años he visto florecer por la montaña vasca los tejadillos rojos de muchas escuelas como esta de San Julián de Musques. Fue durante algún tiempo la más certera idea política. El propósito era servirse de ellas con arreglo a la tendencia de la mayoría nacionalista triunfante entonces en la Diputación. Pero luego quedó sólo el elemento útil, limpio, intachable. Se contentan con

¹El Sol, 23 de marzo de 1925.

acoger a los hijos de los caseros, campesinos o montañeses, de los mineros, de los pescadores y darles un techo amable a cuyo abrigo aprendan a leer, a escribir, a contar... Y a ambicionar.

Como la escuela de San Julián de Musques habrá pronto por toda Vizcaya un centenar de edificios sencillos, cómodos, construidos con cariñoso esmero. Las tres provincias han rivalizado en su empeño de atender con sencillez y con eficacia a la enseñanza elemental. Lo que empezó en Vizcaya una Comisión de cultura han sabido continuarlo las sucesivas, quitando al fin educativo su agresividad, su rejón bizkaitarra. Era el principio de una obra que no puede perder cierto matiz, irremisiblemente vasco, y que si lo perdiera valdría menos, porque ninguna gran empresa llega a realizarse si no acertamos a poner en ella la fecunda violencia de una pasión.

Del mismo género es el impulso creador de otra red semejante, tendida por los valles y por las montañas catalanas. Irradiada de Barcelona, esa energía fué extendiéndose hasta pueblos humildes, como base de un gigantesco esfuerzo cultural. El propósito era realmente acertado. Nada puede intentarse para levantar el nivel espiritual y material de un pueblo, si no se empieza por enseñarle a leer. Del cómo, el cuándo y de otras cosas que podrían ser interesantes no procede hablar ahora; pero sí cabe decir que el impulso dado por el Ayuntamiento barcelonés y transmitido luego por la Diputación barcelonesa llegó hasta las aldeas y se tradujo en una primera floración de escuelitas rurales.

130

La obra no podía ser más afortunada. Los medios necesarios para realizarla no siempre estaban al alcance de los pequeños Municipios, de las anteiglesias vizcaínas; y el concurso de otras entidades superiores parecía indispensable. Por eso, desarmada de su intención militante la escuela rural, debió favorecerse y fomentarse su institución, y así habrá de interpretarse, como un estímulo, el acto inaugural de San Julián de Musques.

Pero si hablamos hoy de San Julián de Musques no lo hacemos tanto por Vizcaya y por Barcelona como por nuestro horizonte más próximo: por la provincia de Madrid.

¿Existe la provincia de Madrid? Geográficamente, sí. Para los fines culturales el concepto de provincia carece de realidad, o por lo menos de jurisdicción. No compete a las Diputaciones castellanas la misión de enseñar, aunque ningún otro género de beneficencia pudiera serles tan provechoso a los pueblos de la sierra y de la estepa. Saltamos, por consiguiente, del Municipio pobre al Estado, que lleva ya sobre sus espaldas hartas obligaciones. ¿Con qué sustituir la vigilancia, el cuidado, la ayuda que prestan a sus pueblos las Diputaciones vascas? Hasta hoy no lo sustituimos con nada. Más aún: no hemos pensado nunca en que sea preciso sustituir con algún organismo activo esta misión tutelar.

Un vecino de Londres, de París, de Lisboa -y hasta de Barcelona- se sorprende al ver el corto radio que alcanza alrededor de Madrid la difusión de nuestros grandes periódicos. Un solo viaje a

nuestra capital le basta para enterarse de que a diferencia de lo que ocurre en su ciudad, la Prensa madrileña cae de pronto en una zona muerta, hasta cruzar el desierto de gentes que no leen porque no saben, y no saben porque nadie se ha preocupado de enseñarlas. Este es un gran secreto que van descubriendo a su costa las administraciones. Donde acaba el término municipal de Madrid tropiezan con un terreno correspondiente a distinto período geológico; por lo menos para sus listas de suscripción. Núcleos de pueblos próximos con la misma curiosidad espiritual e idénticas necesidades intelectuales faltan en el contorno de Madrid. Si no podemos improvisarlos, ¿no será uno de nuestros cuidados más urgentes ir preparándolos con un esfuerzo tan intenso como sea menester, dado el provecho que ha de reportarnos? A la Prensa antes que a nadie interesa la creación de escuelas en la provincia de Madrid; pues tanto como se eleve su cultura se ampliará su capacidad de consumo. Y, sin embargo, no parece que esta idea la preocupe demasiado. ¿Por juzgar inútil todo intento? ¿Por considerarse demasiado aislada? ¿O por temor de ser inoportuna acometiendo una obra que los mismos pueblos no solicitan?

Sea como fuere, el impulso enérgico y apasionado que hace unos años iniciaron las provincias vascas no lo ha intentado nadie en la provincia de Madrid. Aquí sería más fructuoso, pues vendría a reforzarlo inmediatamente la gran maquinaria de la instrucción central. Falta el organismo que cumpla ese fin por obligación; pero acaso no falte en las clases cultas madrileñas el sentido práctico para comprender que si se unen los esfuerzos de todos no es imposible realizar por iniciativa social lo que en otras partes han comenzado ya instituciones administrativas.

2. MADRID Y SU PROVINCIA. EN EL PAÍS DE LOS VICEVERSAS²

La acción social debe ayudar al Estado

Cumplía el Estado —o por lo menos debía cumplir— fines tutelares que le obligaban a embarcarse en las más temerarias empresas. Se le pedía todo, hasta los imposibles. Era la época del “Estado-Providencia”. Bruscamente, en pocos años, hemos visto limitarse su acción en tales términos que hoy es más bien el Estado-Policía. Su función policíaca tiene gran amplitud, y sin duda sigue siendo providencial; pero lo que ha echado por la borda el Estado para dedicarse plenamente a ella, valía mucho. Aquí hemos ido un paso más allá. Justificando la vieja frase

²El Sol, 3 de octubre de 1925.



*El **Tesoro de las Escuelas** (edición de Calleja, 1916) fue uno de los libros de más prestigio en la época. Obra escrita a imitación del **Juanito** del italiano L. A. Parravicini, introducida en España a mediados del siglo anterior, venía a constituirse en un manual intermedio entre las lecciones de cosas y la enciclopedia. Ilustrado con mil grabados, el libro ofrecía todo un resumen de las ciencias, las artes y la moral que podía dispensarse a la infancia.*

132

del “país de los viceversas”, llegamos antes que ningún pueblo al momento en que la acción social debe tutelar al Estado.

La idea de prescindir de él es agresiva. Vale más decir: “¡Ayudemos al Estado!”. Trocando los papeles, comenzaremos a relevarle en sus funciones como a un pródigo. Le vemos tan embebido en sus obligaciones, que es preciso ir creando organismos supletorios y complementarios. Hace unos años el Estado tuvo la gallardía de cargar con deberes que los Ayuntamientos dejaban incumplidos. Su intervención era necesaria, y, además, justa. Hoy es preciso ayudarle a él. Le vemos distraído, como hombre ya maduro que quiere todavía garzonear, y conviene dejarle que desfogue su nueva primavera. Cuando vuelva a casa nos agradecerá que hayamos cuidado su hacienda.

No es sólo Vizcaya –con las otras provincias vascas–, ni es sólo Barcelona. Tengo noticia del brioso y admirable impulso que está dando la provincia de Salamanca a la organización de la enseñanza primaria; y hemos de hablar aquí de las últimas escuelas inauguradas, como verdaderos

modelos. Hasta la raya de Portugal ha llegado el ejemplo, y del lado allá de la frontera han solicitado que se les construya escuelas rurales del mismo tipo que las salmantinas. Ya estaba en buen lugar esa provincia en la estadística del analfabetismo español, y dentro de poco Salamanca llevará ventaja al resto de España. No habrá un solo salmantino que no sepa leer y escribir.

Otra cuestión previa podía plantearse también –porque la pedagogía española está llena de cuestiones previas–. Con enseñarle al pueblo a leer y a escribir se le dan solamente los útiles para la instrucción. Carducci presentaba ya las desventajas de la vida para quien sólo posee conocimientos tan sumarios. “De jóvenes sabrán mostrarse discretos calígrafos escribiendo a la novia; de viejos podrán leer un periódico que les hable de política o algún mal novelón...”. Pero no era de los que creían que al pueblo le bastan, como decía su Ferdinando, las tres eses: *Farina, Festa e Forca*. O como completaba Fóscolo, las tres aes latinas: *Ara, Aratrum, Arbol patibulari*. La enseñanza primaria no es suficiente; pero sin ella no se llega a la otra. Por fortuna, esta cuestión previa no creo que puedan interponerla hoy como un obstáculo, ni siquiera los restos de nuestro integrismo, fieles a la España de Recaredo. En la primera enseñanza va todo, y cuando se le encamina bien, de los cinco a los doce años puede llegar el niño a adquirir una preparación sólida para la vida. Es difícil que vuelva atrás un niño inteligente, y que se hunda en la ignorancia absoluta después de haberse asomado a los amplios horizontes de la cultura.

Más fuerza tiene ya, dentro de la línea cerrada de las cuestiones previas, otra de carácter positivo y práctico, que se formula de este modo: ¿Cómo puede ayudar Madrid a la construcción de escuelas en su provincia, si la misma villa no tiene todas las escuelas que necesita? Ni se trata sólo de construir edificios, ni estorban a la tarea de mejorar la enseñanza municipal cuantos esfuerzos se hagan por aumentar el nivel de cultura de la provincia. Es la inmovilidad durante tantos años lo que nos preocupa. Pensar que, sea cual fuere la suerte de estos pueblos próximos a Madrid, no ha variado su régimen escolar en un siglo, y que desde la capital podemos ver esa zona muerta –o aletargada– con indiferencia, es, precisamente, lo que nos hace recurrir a los más obligados: a Madrid que acaso tenga la culpa del estancamiento de su provincia. “¿Qué van a esperar los hijos de Castilla de sus Municipios, que ni pudieron pagar en su día un sueldo mínimo a los maestros, ni les dan hoy un albergue medianamente decente para el aposento escolar? Y, sin embargo, no puede sernos indiferente la suerte de esos pueblos, que aparte su enorme contribución a la cultura española, de la que principalmente nos nutrimos, han conquistado para el mundo América; América, de donde le ha venido a Vizcaya una buena parte de la riqueza que hoy puede destinar a su primera enseñanza”. Pronunció estas palabras María de Maeztu, en el segundo Congreso de Estudios Vascos. Es una frase llena de generosidad, propia de la clara inteligencia –recogida y dueña de sí misma– que la dictó. Glosándola, diré que no puede sernos indiferente la suerte de esos pueblos de la sierra y de la estepa, despoblados y empobrecidos, que han ido dándonos en cuatro siglos toda la savia de sus tierras y las vidas de sus mejores hijos, sin guardar nada para sí.

3. LAS ESCUELAS. PUNTO DE VISTA OFICIAL³

Los maestros de la provincia de Madrid -y las de otras provincias- que escriben animádomo a continuar en *El Sol* una campaña simpática y, a su juicio, oportuna, son demasiado atentos. Lo que pedimos está ya concedido. Desconocíamos los antecedentes -por lo menos yo-. Hay disposiciones oficiales que se han adelantado a estos artículos; y basta reproducirlas para comprender que no era indispensable insistir sobre el tema.

Todavía hoy podemos solicitar la construcción de escuelas sin ponernos en ridículo; pero dentro de unos meses habría sido absurda nuestra gestión. Hay un decreto de 17 de diciembre de 1922 cuyo artículo 1º dice:

“Todos los Ayuntamientos están obligados a instalar y conservar las Escuelas Nacionales de Primera enseñanza en locales que reúnan condiciones higiénicas y pedagógicas para la educación de los niños comprendidos en la edad escolar y a proporcionar a sus maestros vivienda capaz y decorosa.

El cumplimiento de estas obligaciones será exigido a todos los Ayuntamientos, a fin de que “en un período de cinco años” que determina el Real Decreto de 3 de marzo de 1922 estén éstas atendidas de modo normal y conveniente”.

134

Van ya transcurridos más de tres años desde esa fecha. Apenas les queda año y medio a los Ayuntamientos para cumplir esa obligación. Es decir: que si aguardamos un poco hubiéramos llegado tarde, cuando las escuelas estuvieran ya construidas y todos los maestros satisfechos. El 3 de marzo de 1927 “no habrá problema”.

Sin embargo, el artículo primero arrastraría fatalmente la prosa de ese decreto al herbario del Alcubilla si no vinieran después un artículo segundo y tercero. Aquí han intervenido personas de ciencia y experiencia, conocedoras de la Pedagogía y de la Psicología municipal. “Cuando no podáis -les dicen a los Ayuntamientos- acudid al Estado; y el ministerio os hará las escuelas”. Para llevarlas a cabo el Ministerio de Instrucción pública solicitará expresamente la colaboración de los Municipios, Entidades, Corporaciones, Sociedades y particulares que deseen contribuir a esta obra de cultura”.

De estas líneas no me interesa pasar por el momento, sino más bien insistir en ellas y felicitar-me por haberlas presentado, aún desconociéndolas. Pocas veces el mundo oficial ha demostrado tener un sentido tan claro y tan exacto de la realidad. El decreto -que firma Salvatella (a cada cual lo

³*El Sol*, 10 de octubre de 1925.

suyo)– da por supuesto la incapacidad o imposibilidad material de muchos Ayuntamientos, y ofrece acudir en su ayuda para realizar de modo directo e inmediato las construcciones con su personal facultativo. Pero, como los medios que el Estado dispone para llevar a cabo esa empresa en todo el territorio nacional son insuficientes, busca y prepara la colaboración pública y privada. Municipios, entidades, corporaciones, sociedades y particulares...

No era otra la idea de estos artículos, sugerida por el ejemplo de las provincias vascas. Reduciendo la magna tarea de mejorar moral y materialmente la instrucción primaria en España a términos limitados: los de la provincia de Madrid, recordábamos la obligación en que está la gran ciudad respecto de sus pueblos, el abandono en que los tiene y el provecho que ha de lograr elevando el nivel de cultura de estos contornos. Creíamos –incluyo en este plural a los maestros, interesados desde el primer momento en conseguir algo más que un desfogue romántico de sus aspiraciones– que no será imposible mover esas fuerzas sociales de Madrid y llevarlas en socorro de los modestos municipios rurales, privados de medios, incluso para comprender cuál es la verdadera causa de su pobreza, por encima de la inclemencia del cielo y de la Tierra.

Tan razonable era nuestra apelación al esfuerzo y a la iniciativa de Madrid, que las disposiciones oficiales se habían anticipado ya, estudiando la construcción de escuelas desde ese mismo punto de vista. Cómo pueden colaborar el Estado y los Municipios. Cuál será la cuantía del auxilio que conceda el Ministerio en las distintas formas de cooperación. Cómo pueden cooperar las Sociedades, Asociaciones o particulares con los Ayuntamientos y el Ministerio de Instrucción... Todo ello está previsto en el decreto, dejando la mayor libertad posible a la iniciativa individual y huyendo de esas trabas tradicionales que alejan a los hombres de mejor voluntad. Hay un folleto sobre “Construcción de edificios escuelas”, con el texto de esa disposición, las instrucciones complementarias y modelos de documentos administrativos; lo cual quiere decir que se ha dado forma a la colaboración social.

Pero es que en el mecanismo oficial de la construcción de escuelas hay algo más que un mecanismo. Sería injusto no ver que detrás de esas previsiones escritas aparece un espíritu firme, laborioso y constante. De su labor en estos últimos años hemos de hablar antes de seguir la visita a los pueblos de la provincia. ¿Quién podría informarnos de lo que son las escuelas españolas y de lo que deben ser con tanta competencia como don Antonio Flores, arquitecto, adscrito a esta labor, no por nombramiento oficial, sino por entusiasta vocación?

4. LA LLUVIA DE ORO. DINERO PARA ESCUELAS⁴

Un paréntesis –casi podríamos decir una *panne*– en nuestro viaje por las escuelas, para relacionar los sucesos del día con el propósito que perseguimos: construir doscientas escuelas públicas, bien dotadas y bien servidas, en la provincia de Madrid. Lluvia de oro. Golpe mágico de la varita de virtudes. O si el lector prefiere otra fórmula más complicada: “multiplicación de intensidad y velocidad en la solución del problema de la instrucción primaria”. Quizá esta frase tenga aspecto más pedagógico. A mí me gusta menos.

Pero no se trata de la forma, sino del hecho. Y de saber si este hecho será posible; mejor dicho: de saber cuándo empezará a ser posible. Espero que a un escritor interesado en disminuir el número de analfabetos en la provincia que cerca la capital de España y elevar el nivel de cultura de los pueblos le será lícito deducir consecuencias de las últimas declaraciones presidenciales en respuesta a la carta del Sr. Cambó. “Todo esto –alude el marqués de Estella a los cinco puntos en que se concreta la solución al problema marroquí– puede alcanzarse, a mi juicio, progresivamente en un par de años...”.

Nadie podrá suponer otras esperanzas más próximas. Los actos militares tienen una trayectoria forzosa que no puede abreviarse arbitrariamente; y el desembarco en Alhucemas lleva consigo un desarrollo que no durará menos de esos dos años. Quien aguarde otra cosa tendrá noticias bebidas en muy buenas fuentes, pero no conoce la lógica ni la historia de España.

Conviene para ver la política a distancia, y por lo tanto con cierta serenidad y objetividad, internarse en los pueblos y, si es posible, conocer el curso perenne, invariable, de su existencia solitaria. En casi todos estos lugares a que me refiero la vida sigue inalterable. Apenas si ha brillado un segundo el resplandor de la hoja de una espada. El Sol es el mismo; la tierra, también. Las obligaciones y tributos no cambian. ¿Cuándo va a renovarse el fondo de esa existencia pasiva, vegetativa? Los que, confiando en el valor y eficacia de la cultura, creen precisa una campaña nacional contra la ignorancia, contra la gran Tarasca, comprenden muy bien, situándose en estos remansos, que, por ahora, no se puede hacer nada serio. La lluvia de oro no puede caer aquí. Es inútil forjarse ilusiones; porque sólo los héroes y los pueblos muy fuertes son capaces de realizar dos hazañas a un tiempo. Ni siquiera Hércules, que hizo sus trabajos uno a uno, en buen orden y tomando respiro.

Primero habrá que esperar *ese par de años*. El Poder, sin embargo, proporciona una altura desde la cual las perspectivas más remotas parecen próximas. No hay razón para que sean precisamente esos dos años, y bien pudiera prolongarse el plazo. Pero, aun terminado, a satisfacción

⁴El Sol, 24 de octubre de 1925.

Una nueva imagen de la infancia emergía por aquellos años. Frente a las miserables condiciones en que viven los niños rurales y los del arrabal, la infancia de las clases acomodadas merece especiales cuidados y atenciones. La higiene y la pedagogía son dos saberes en alza para guiar los "primeros pasos" de la niñez acomodada, como se expresa en los valores que exalta la publicidad de la época, un modo de comunicación e influencia también emergente en la sociedad española de comienzos de siglo (*El Sol*, 2 de julio de 1925).



El Sol

¡Vida que empieza!

Hay que poner mucha atención en los primeros pasos para facilitar los siguientes. No haga usted ensayos con diferentes jabones para lavar al niño. Lávele desde el primer momento con Jabón Heno de Pravia. Verá usted con qué alegría se deja bañar.

plena, el compromiso, queda luego otro renglón no menos importante. Queda la estela. Terminada la guerra hay que liquidarla. Naciones muy fuertes han sufrido más desde el armisticio a la fecha de hoy que en los días más duros de la lucha. Si lograron rehacerse fue porque contaban con una organización económica apta para plegarse a nuevas formas. La gran guerra duró cinco años. La nuestra dura más, aunque con varia y alternativa intensidad; y la liquidación que venga después también será más lenta. Está en nuestro temperamento y en nuestra idiosincrasia la lentitud. Y liquidar una guerra en términos que permitan acometer de frente otra empresa casi del mismo empeño exige un tiempo indeterminado. No es fácil que nadie pueda fijar plazo perentorio.

Por eso conviene no confiar en el Estado. Si éste ayuda, tanto mejor. Los pueblos y Madrid deben bastarse a sí mismos para encontrar medios de resolver el problema de la enseñanza.

5. LA VIDA NACIONAL. CARTA A UN MAESTRO DE LA SIERRA⁵

Me pregunta usted si tengo noticia de una proyectada reforma merced a la cual quedarían sin maestro todos los pueblecitos de España menores de 200 habitantes. A juzgar por su carta, la perspectiva de abandonar para siempre un pueblo triste y pobre, casi aislado del mundo por las nieves la mitad del año, no le entristece demasiado. Supone usted que tal medida había de traer compensaciones, y que nadie tendría motivo para quejarse. Pero yo conozco bien su cariño a la profesión, su amor a España, y sé con cuánto dolor vería usted una retirada semejante, un repliegue en masa de muchos millares de maestros obligados a abandonar posiciones modestas pero trabajosamente conquistadas. Mi impresión es que no hay ni puede haber nada de eso.

Con gran acierto supone usted que al dejar esos puestos, la sustitución del maestro por un suplente sin título había de recaer por fuerza en las personas más calificadas y más próximas a la función docente. Sin embargo, veo el asunto más complejo aún y aprecio el valor real de otros factores con los que me parece que no cuenta usted. Comprendo que desde esos picachos es difícil hacerse cargo de las cosas.

138

¿No he de comprenderlo, si aquí mismo la mayor parte de las gentes no se enteran de la rapidez con que va trasformándose alrededor de ellas la vida nacional? Entre nuestros amigos son muchos los que sólo estiman el valor de los hechos cuando los hallan registrados en un volumen, o por lo menos en un ensayo histórico. Usted aprenderá a conocer el verdadero rumbo de los sucesos si va siguiendo con cuidado la *Gaceta*, lectura fuerte –ya lo sé–, que exige esfuerzo y costumbre si ha de sernos útil, pero que responde siempre exactamente a la realidad de cada hora. Hablo de una transformación de la vida nacional en la base, no en la cúspide, en la gran masa popular que sirve de fondo a figuras más decorativas, encargadas de misiones más brillantes y suntuosas. Ustedes los maestros, como los hombres de toga, han tenido siempre debilidad por la *Gaceta*. En realidad la necesitan, porque son muy frecuentes las disposiciones que los afectan. Sabiendo que no le faltará a usted referencia de su contenido, yo le agradecería que me comunicara si alguna vez le ha servido de orientación.

Aquí, como le digo, se pierde el tiempo en juzgar sobre incidentes de gran aparato escénico y, en cambio, se prescinde de la lluvia menuda, la que poco a poco va calando la tierra. Habrá usted visto, por ejemplo, que nadie ha discurrido seriamente, sin propósito de hacer política, sobre el alcance que tiene para la vida nacional este flujo y reflujo de actividades del pueblo al Ejército y del Ejército al pueblo. Para convencerlo de que se trata de un rasgo interesante me limitaré a darle nota de un

⁵*El Sol*, 3 de febrero de 1926.

extracto recogido al vuelo en la *Gaceta del lunes*. Toda la pintoresca variedad de oficios, aplicaciones y trabajos surge en estas listas enviadas al ministerio de la Guerra por distintas oficinas del Estado, las provincias y los municipios.

En ese día se da cuenta de la provisión de 297 destinos con arreglo a la ley, en soldados, cabos y sargentos licenciados. Pero también figuran las vacantes a proveer en concurso de méritos. Son 512. Aquí está ya la expresión gráfica y animada de la vida en los pueblos. Para que se consuele usted un tanto de la pobreza en que tantos compañeros se hallan sumergidos, voy a copiarle algunos datos de los puestos mejores y de los peores. España es pobre para todos. Lo que dé, nunca puede ser mucho, aunque lo haga de buen corazón, con el mejor deseo.

Hay muchos puestos de carteros y peatones. Ya sabe usted lo que es un peatón. Conozco pocas maneras de ganarse la vida tan penosas como está. Pero hay otros mejor servidos. Ebanistas en los talleres de telégrafos de Madrid, con 2.000 pesetas. Delineantes de las regiones agronómicas, con 2.500. Capataces de cultivo, con 1.750. Obreros mecánicos y electricistas, con 1.750. Un puesto de mozo-vaquero de la estación de Industrias derivadas de la leche, en Nava (Oviedo), ofrece el sueldo de 1.500 pesetas.

Pero la vida municipal es más varia: recaudadores municipales, conserjes del ayuntamiento, alguaciles de juzgados. Un alguacil, "y al mismo tiempo sepulturero del Concejo de Esparragosa de Lares", cobrará 715. Los aforadores de arbitrios llegan a 1.140; pero "el encargado del reloj del Ayuntamiento de Calera de León" no pasa de 100. Serenos. Pregoneros. Conserjes. Guardas de campo. "Guarda mayor montado, con 2.100 pesetas." Guarda encargado del cuidado de árboles y de los caminos de entrada a la población de Jaén, con 912. El pesador de la mondonguería del Ayuntamiento de Madrid tendrá seis pesetas de jornal; pero "no ha de exceder de treinta y cinco años y ha de tener buena constitución física".

Más lugares todavía brinda esta lista a quien desee trabajar, si tiene las condiciones que exige la ley. Recaudadores de arbitrios. Enfermero del Manicomio provincial de Alicante, en Elda. Peón-lacero-guarda del parque de bomberos de Málaga. Sereno y sepulturero de Paúls (Tarragona). Alguacil-voz pública de Albentosa (Teruel). Este necesita fianza de 400 pesetas y cobrará al año 300.

No asocie usted a la idea de esta lista ninguna otra que puede deducirse de esas reformas a que alude en su carta. Aunque se trate de pueblecillos escondidos entre la nieve como el de usted, y de escuelas que parecen palomares, el maestro es y será insustituible. Acaso me argumente que no es imposible volver a la tradición del XVIII y me devuelva el cuadro que tracé aquí mismo, no hace muchos días, de escuelas regentadas por pedagogos improvisados. El tiempo no pasa en balde. Lo conseguido a costa de tantos esfuerzos no puede ser borrado y deshecho en un día de borrasca.

6. LA ESCUELA DEL LUGAR POBRE. CARTA DESDE LAS ROZAS A DON ANTONIO FLORES (sic), ARQUITECTO⁶

Al dirigirme a usted, que consagra su vida desde hace muchos años a una obra de alto vuelo, poblando de escuelitas limpias, claras y cómodas las regiones de España, debo empezar por confesarle que mi punto de vista es parcial. Quizá sea también limitado y estrecho; y, desde luego, hijo de esta impresionabilidad del escritor, incapaz de contener las emociones que van suscitándole, uno tras otro, tantos pueblos míseros, hundidos en una existencia vegetativa, no sé si por demasiado viejos o por demasiado niños. Algunos amigos me piden impresión de conjunto. Pues bien: el juicio, en presencia de los hechos probados, confirma el prejuicio. La pobre-

140



El plan cíclico de enseñanza primaria de 1901, que regulaba la organización curricular en las escuelas de la época, dio origen a textos seriados que presentaban, para cada materia, los mismos contenidos, pero con diferente amplitud y grado de dificultad, en epítomes, compendios y tratados. Las imágenes corresponden a dos ejemplares del primer y último nivel de estos programas cíclicos de la editorial Calleja.



⁶El Sol, 13 de febrero de 1926. Se refiere al arquitecto Antonio Flórez Urdapilleta, director de la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas del Ministerio de Instrucción Pública ya citado.

za y la inercia de estos pueblos es superior a cuanto imaginábamos. Algunos se salvan –usted ya los conoce–, pero la mayoría necesitan auxilio, porque ni disponen de medios para hacer ni de voluntad para querer. Son tierra pobre. Las instituciones que han de ayudarles son pobres también. El momento aconseja una gran disciplina en los gastos para tener derecho a exigirlos. Por consiguiente, todo cuanto hagamos debe respirar modestia y previsión.

Como si hiciéramos un alto en el camino, ya que el azar nos llevó a Las Rozas, aprovecharé este ejemplo para comunicarle la consecuencia a que voy llegando después de unos meses de recorrer el cerco de Madrid. Digo el azar, porque este día no íbamos buscando escuelas. Las Rozas está a 18 kilómetros de la Puerta del Sol. Cuando se estrella un motociclista más allá de casa de Camorra, hay que llevarlo a la clínica de urgencia instalada en Las Rozas por el Real Automóvil Club de España. Encontrar al maestro en una clínica era un caso de suerte que no podíamos desperdiciar. Las Rozas, pueblo de labradores, ganaderos y tratantes, pone a éstos una cara más fosca que a la colonia veraniega. Las viejas guías dicen de él aquella frase común a innumerables pueblos españoles: “lo conocen todos los vientos”. Pero al llegar nosotros lo combaten, además, todas las lluvias. Cae el agua sesgada. Resbala el suelo. Si usted habla según va andando, como es uso cuando aligera nuestros pasos una de estas ideas motoras que no reparan en el mundo exterior, se expone a caer en una cuesta. ¿Qué hay en Las Rozas para justificar esta caminata por el barro? Una calle, ancha como un río, guarneciendo el barranquillo de un arroyo. La iglesia, severa y airosa, de tipo vagamente moruno. Unos muchachos muy listos, de tipo serrano, de mirada viva y aguda y muy despiertos de fisonomía y de palabra. Un maestro inteligente, trabajador, tenaz en sus propósitos, enamorado de su profesión. Llámase don Rafael Barbudo Cantarero. Andaluz. Estuvo antes en Conil. Lleva veintidós años de maestro. Cobra 51 duros al mes. Su propósito –por eso hablaba de la tenacidad– es conseguir que Las Rozas tenga una escuela. Es el mismo propósito de las autoridades que comprenden muy bien la necesidad de atender dignamente este servicio, esencial para el pueblo.

Sin embargo, los niños de Las Rozas tienen su clase hoy en la mejor habitación del lugar: el salón de sesiones del Ayuntamiento. Este milagro se debe al mismo delegado gubernativo que consiguió el patio-jardín para la escolita de El Pardo, don Antonio Pérez Lorente, el cual, viendo instalada la escuela en condiciones lamentables, halló ese arbitrio para que al cerrarla no sufriera perjuicio la enseñanza. Aquí la dictadura ha sido ilustrada, merece aplausos y hasta un ¡viva! Pero no se puede contar con que los Ayuntamientos venideros se resignen a ese desahucio, y es necesario buscar otro local o construirlo. Mientras llega el día, los niños de Las Rozas tienen aire, luz y relativa comodidad. Falta algún detalle; y si carecen, por ejemplo, de retretes, es porque tampoco los creyó necesarios el Concejo para la buena marcha de las funciones municipales. Pero, interinamente, nadie está mejor instalado que ellos en el lugar.

Y ahora, querido Flores, viene el problema de la construcción de escuelas, visto desde Las Rozas, es decir, visto desde un pueblo como tantos otros, que tiene buenos deseos, pero escasos

recursos y poca confianza en sus fuerzas para aceptar compromisos, aún siendo a larga fecha. Hay, como usted sabe mejor que yo, un proyecto para sustituir las dos escuelitas unitarias –de niños y de niñas– por dos graduadas, donde quepan los 350 niños y niñas del censo escolar. Ascende el presupuesto a 210.000 pesetas, de las cuales sólo 6.000 puede aportar el Municipio. Y ante un esfuerzo tan considerable, el pueblo de Las Rozas ve la imposibilidad en que el Estado y él se encuentran de realizarlo pronto. ¿No podrían sustituir ese proyecto por otro menos costoso? Sacrificando detalles; reduciendo algunas proporciones; eliminando hasta donde humanamente sea posible el material, ¿no podrían construir en un pueblecito al pie de la Sierra sus escuelas graduadas con menor gasto? Puestos en comunicación con el Instituto Nacional de Previsión, al que usted ha prestado su valioso y decisivo concurso, y, dentro de él, con la Junta para Fomento de Construcción de Escuelas Nacionales, ateniéndose a los proyectos sencillos y económicos que sirven de modelos o tipos de edificios escolares, el Municipio de Las Rozas y su maestro, el Sr. Barbudo Cantarero, ven la posibilidad de construir las graduadas por una cifra que excederá en muy poco de las sesenta mil pesetas. El sistema de préstamos a los Ayuntamientos, por el Instituto y las Cajas colaboradoras da la solución económica. Todo ello, por la intervención directa que usted ha tenido en su creación y desarrollo, le es tan familiar, que no necesito agregar detalles.

Construirá o no sus escuelas el pueblo de Las Rozas por este procedimiento económico; pero, prescindiendo del caso concreto, que sólo me ha servido de ejemplo, creo que aquí está el gran problema, extensivo a muchos millares de Ayuntamientos españoles. Para quien ha dedicado con tanto cariño y por tantos años su actividad y su talento a conseguir un gran avance en la construcción de edificios escolares, es, seguramente, doloroso verse obligado a aceptar una realidad inferior a su concepto de lo que debe ser la escuela. Quizá el error sea mío; pero juzgo por lo que he visto y por el conocimiento de la situación del país, así como de las posibilidades de su Hacienda. España no intentará con verdadero brío, en gran escala, la construcción de escuelas –parte importante, nada más que parte, del problema de la instrucción primaria– mientras no encuentre los tipos mínimos, es decir: los que reduzcan todo lo posible el sacrificio económico de los pueblos y del Estado. Pueden crearse modelos y grupos de ensayo, como en los países prósperos; pero la inmensa mayoría de las construcciones deberán atenerse fatalmente a la necesidad de compartir el esfuerzo hecho para mejorar las escuelas y aumentar su número con el de mejorar y aumentar el número de maestros. Aunque nuestro ideal aspire a otra cosa mejor, esta es la época de las casas baratas, y esta ha de ser también la época de las escuelas baratas.

7. PARÉNTESIS OPTIMISTA. EL CERCO DE MADRID⁷

Muchos lectores, aun los más fieles y pacientes, pueden haber olvidado que esta *Visita de Escuelas* empezó en septiembre de 1925 por el cerco de Madrid. Para mí era –y es– el primero y más apremiante objetivo en el plan de guerra. Pero siempre lo tuve por el más difícil de lograr, y, a medida que iba recorriendo pueblos de la provincia de Madrid, me convencía de que la empresa de moverlos era casi, casi temeraria. Cuando un compañero en letras me decía: –Es muy fácil. Hace usted demasiado. Está usted matando moscas a cañonazos–; yo no veía tan llana la tarea de arañar, siquiera a punta de pluma, la coraza de uno solo de nuestros pueblos. Fuencarral, Colmenar Viejo, Parla, Las Rozas, Fuenlabrada... Algún lector se acordará. Pues bien; hoy creo más que nunca en la virtud de la perseverancia y en el poder mágico de la letra de molde. La muralla cae y el hielo está roto. Sin hablar del resto de España voy a referirme en este paréntesis optimista al cerco de Madrid. *El Sol* y yo sentimos verdadera complacencia ante los primeros resultados obtenidos.

La escuela graduada es el arquetipo de la modernidad pedagógica, acorde con los sistemas de enseñanza cíclica y con los criterios científicos de organización educativa. Para Bello, la graduación fue siempre un referente de progreso y regeneración. La imagen reproduce la Escuela de la Paloma (Madrid, 1912). Las puertas son como “pasos” de un grado a otro y se sitúan a lo largo de un continuo. El calendario y el reloj pautan los tiempos y movimientos del incipiente taylorismo que informa la educación moderna.



⁷Texto inserto en el volumen III de *Viaje por las escuelas de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, pp. 151-153.

Fuencarral. Pueblo grande y rico. El más próximo a la capital, porque los otros son arrabales y Fuencarral sigue siendo un verdadero pueblo. Tenía las escuelas abandonadas. Reaccionó ante la sencilla y exacta descripción enviando protestas y solicitando rectificaciones. Pues bien; ayer he visitado las obras de un magnífico grupo escolar para ocho clases, donde se instruirán cerca de quinientos niños. Será inaugurado en septiembre próximo. La cesión de terrenos a la Diputación para construir el Hospicio les da facilidades y medios económicos. Arquitecto: don Manuel Vías. Sitio: inmejorable. Campo de juegos frente a la Sierra; galería y solana. Una buena escuela.

Colmenar Viejo. Aquí las disposiciones eran mejores; pero los propósitos y planes no pasaban de ser un tema en las sesiones municipales. Hoy tiene ya en marcha la construcción de dos grupos y un proyecto de transformación de la escuela de párvulos. Colmenar Viejo honrará pronto a la provincia de Madrid.

Las Rozas. Un delegado gubernativo enérgico y de conciencia había cerrado la escuela, obligando al Ayuntamiento a instalarla en el propio salón de sesiones. Hubiera salido del paso improvisando o alquilando otro local. Pero el pueblo de Las Rozas, con sus maestros y el alcalde, hombre de buena voluntad, han hecho más. Hoy está construyendo el Instituto de Previsión un grupo escolar práctico, de coste no excesivo, en condiciones que van siguiendo y estudiando con gran interés los pueblos inmediatos.

Fuenlabrada. Este es el pueblo donde García Bilbao y yo pasamos tres horas detenidos y sometidos a interrogatorio ante la Guardia Civil, por haber visitado a un maestro socialista a quien acababan de cerrarle su escuela. También ha acordado la construcción de un grupo escolar, destinando a ello fondos municipales. ¡Ya estoy desquitado!

Parla. Lugar famoso. ¡Buena tierra, buen trigo! El patizuelo o corralillo de la escuela es el toril, y los chicos salen por un burladero. La clase, medio desierta. El maestro, desesperanzado. La gente que podía ayudar, despegada e indiferente. ¡Aquí era casi imposible mover, no una piedra, sino un pliego de papel! Ya ha empezado a moverse, sin embargo. Ayer me escriben: "Próximo a construirse en este pueblo un grupo escolar, el alcalde, que está muy interesado con inaugurar pronto las obras..." Parla tendrá las mejores escuelas de la provincia, porque aquí lo difícil es el primer paso.

Hay que tener fe. La fe se gana, se conquista por el esfuerzo. Además, yo no esperaba milagros, sino cosas posibles, objetivos modestos que, poco a poco, vamos logrando.

8. LA SIERRA: ZARZALEJO. DE CÓMO LAS MISMAS PIEDRAS SE PUEDEN ABLANDAR⁸

Este es Zarzalejo, en la Sierra de Guadarrama; un paseo para los veraneantes de El Escorial. Ahora, por carretera nueva, es fácil y agradable de abril a septiembre; pero en invierno hay que sufrir el mal genio de la Machota. Si el lector es amigo de veranear en un nido de águila, encontrará en el camino de Zarzalejo las peñas necesarias para instalarse mirando al Mediodía, sobre un valle inmenso de tierra llana, de mucho color, que llega hasta los montes de Toledo. Convendrá tener la cabeza firme y pisar bien dentro de los zapatos, como dicen los ingleses, para que algunos días no se le lleve a uno el viento. También hubiéramos podido ir en el tren; pero mientras se sabe el camino de la estación al pueblo llega el automóvil desde Madrid a Zarzalejo, y ganamos la entrada por carretera, que no sólo es la más pintoresca, sino la que nos da mejor idea del lugar. Hay en él unas callejas o travesías, con tapias esquinadas, que parecen construidas en pie de guerra para la defensa, aunque los pastores y carboneros y canteros serranos que vienen aquí son moros de paz. La plaza, irregular, está presidida por un patriarca solitario, copudo, como el álamo grande de Miraflores, rodeado de ancho y alto cerco de piedra, donde el pueblo se guarece del sol, se sienta, se congrega, festeja y canta. Estos árboles deben ser sagrados, y en tiempos más sensibles y más agradecidos habrán tenido su culto; pero el de Zarzalejo está hoy bajo una terrible amenaza; y buscando bien el motivo, acaso no haya otro sino que es mucho estorbo para correr toros. Salvo tres o cuatro casas guadarrameñas, severas, de piedra lisa, que, aun no teniendo galería, ni solana, ni el menor conato decorativo, revelan mayor bienestar, el resto del caserío es muy pobre. ¿Qué diferencia radical hay entre estas gentes y las de otras sierras no menos bravas, como Gredos o Guadalupe y hasta la misma Sierra de Gata, para que las de aquí se conformen con una vida tan seca? En las humildes viviendas de Pínofrankeado, en plenas Jurdes, la solana es un refinamiento que aquí falta. Ni galerías, ni soportales, siquiera toscos, ni el arroyo empedrado sirviendo de canal a una hermosa corriente de agua, lo más alegre, bullicioso y urbano del pueblo. Así hemos visto en Candelario, con el Cuerpo de Hombre, y en Losar de la Vera con un regato limpio, que es media vida del lugar. Aquí no hay sino lo estrictamente preciso para mantenerse y guarecerse, como no sea ese árbol.

Tiempo hacía que deseaba yo llegar a Zarzalejo, desde que supe cómo murió allí una pobre maestra en circunstancias conmovedoras, referidas por la Prensa de toda España. Pero la misma extremidad del caso me detuvo, porque aquella anciana, impedida, prisionera, por sus males y por su destino, en una mazmorra, fue víctima de uno de esos dramas sórdidos, oscuros, que no pueden

⁸ *El Sol*, 17 de mayo de 1929.

dar nunca la corona del héroe ni la del mártir. Su caso probaba demasiado. Tirándoselo al rostro, con toda la ira o todo el menosprecio que merecía no a un pueblo solo, sino a innumerables pueblos españoles, agotaba mis razones de una sola vez. Y a la desdichada maestra no la podíamos resucitar. Ahora veo que hice bien. Su muerte y sobre todo su larga pasión han tenido virtud bastante para ablandar el granito de Guadarrama. Junto a la casa en que pereció se alzan hoy unas hermosas escuelas de piedra, que son como el monumento expiatorio de la entraña dura de la sierra, no ya a doña Aurora Ulloa, sino al héroe. Al maestro desconocido. Me llevó el arquitecto Vías. Me enseñó el tajo que han dado en la cantera, detrás del Concejo, para abrir los ventanales de la escuela a la imponente perspectiva que dan sobre las vertientes del Alberche y la llanura toledana. Desde abajo deberá verse el edificio –piedra y pizarra– con su escueta y maciza sencillez pelásgica, como un templo de nueva y sorprendente advocación, sin torres, sin campanas, pero con un culto cuyo calor tibio y humano se revela por la serenidad de las líneas. Desde arriba se domina enorme extensión: Valdemaqueda, Robledo, Fresnedillas al lado. En noches despejadas han de destacar las luces de Madrid.

Si ahora quisiera yo describir el antro en que tuvo que esconder sus últimas horas aquella víctima hasta que cayó sobre sus dolores la piedad de la muerte, demostraría ensañamiento y crueldad. Todo el lugar, sin ser pobre, vive pobremente. Lo que a nosotros nos consterna, a ellos no les inmuta; y además, no han sido culpables estas gentes, sino las que había antes. Las de ahora han reparado el daño en lo posible. Esos canteros, hábiles artífices de la edad de piedra, que podrían labrar hachas de cuatro martillazos, han despejado el horizonte de la escuela y el del pueblo. Empieza una vida nueva. Yo celebro haber llegado tarde para censurar y a tiempo para defender la fama de Zarzalejo y el árbol de la plaza de Zarzalejo.

9. VIAJE ALREDEDOR DE MADRID. A DON JOSÉ GARAY ROTWART, CONDE DEL VALLE DE SUCHIL⁹

❶ Menos cuidados, más altas esperanzas, teníamos hace treinta años, cuando nos asomábamos al mundo desde el bufete de Canalejas, querido Garay! Ahora el conde de Valle de Suchil, por muchas viejas ilusiones de que el destino quiera colmarlo, ha de verlas ya unidas a tanta experiencia y a tanto dolor, que apenas si valdrán nada para él. Nuestro único asidero firme es hoy el trabajo. Y el trabajo útil a los demás. Desde un cargo como el Gobierno de Madrid, que está tan lejos de ser ínsula, que tiene para reducir su acción la presencia de todo el Poder gubernativo,

⁹El Sol, 5 de septiembre de 1930.

aun puede ser útil un hombre de buena voluntad. Por eso me alegra ver que no se conforma con su despacho de la calle Mayor y sale usted al campo, a los arrabales pobres, a los pueblos. En los pueblos es donde está todo por hacer, y una protección bondadosa, inteligente, al mismo tiempo enérgica, puede prestar en poco tiempo grandes servicios. El ideal de las trincheras, "servir", tiene aquí también su carácter de sacrificio y de prestación personal. Hay que servir a los pueblos, que son pobres y están abandonados. Hay que ir a ellos con deseo de prestarles ayuda y resolución para hacerlos incorporarse. Cuando elegí el punto más débil, la escuela, bien sabía yo que esto no era sino un aspecto del problema del pueblo. Y cuando hice mi viaje de reconocimiento al "cerco de Madrid" desde las mismas puertas de la villa, era para que otros fueran después con más medios, atribuciones y autoridad. Hago votos por que sea usted quien inicie y desarrolle la gran campaña.

Conviene saber que hasta ahora la aproximación oficial a los pueblos del llano y de la sierra ha sido de puro aparato. Después de leer la historia de un sonado viaje a la Puebla de la Mujer Muerta me enteré de que todo había sido para llevar a su triste escuelita las maderas de una ventana. Favores e intereses políticos locales y palos de ciego, con alguna que otra iniciativa meritoria. Vacilación, incompetencia, músicas, discursos, faramalla... Lo que yo fui siguiendo, por interesarme más –la creación y construcción de escuelas–, apenas adelantó un paso que no fuera por presión obstinada de los mismos pueblos. En casi todas partes hubo que lamentar las intervenciones caprichosas del delegado gubernativo. Alguna excepción deberá consignarse, pero entre los mil episodios de que fueron víctimas los maestros y los pueblos cuentan poco las gestiones afortunadas.

Sin embargo, desde el Gobierno Civil puede hacerse buena labor, y para ello lo primero es una virtud que usted posee: la de proceder con tacto y discreción suma dentro de las atribuciones gubernativas. Sé de un gobernador –y si interesa daré su nombre y el de la provincia que rige– tan equivocado en el concepto de su misión, que para demostrar su celo por la enseñanza ha emprendido lo que él llama "una cruzada contra el analfabetismo". En esa región de España –la más ignorante– está bien probado que faltan escuelas. Hay que sembrarla de escuelas y llevar caravanas de maestros y maestras. Ese es todo el secreto. Pero el gobernador empieza su cruzada con una "fiscalización de la primera enseñanza", culpando del atraso del país al maestro, procurando públicamente su desprestigio, y de rechazo, el del Estado que lo nombra. Para fiscalizar recorre algunas zonas de su provincia. Los niños lo esperan a pie firme, quietos en sus puestos horas enteras, el himno bien ensayado, las exposiciones de trabajos amañadas... Y él mismo, como un inspector, empieza las preguntas. La inquisición gubernativa es severa de palabras y gestos. Sus juicios contra los maestros, formulados en alta voz ante la Junta Local, las autoridades y los propios alumnos, afectan al maltrecho personal escolar. Alguna buena maestra llora. Hay quien llega a pedir la excedencia. Y el zamarreo sigue en las notas oficiosas y en la recomendación a las juntas locales para que atenen a los maestros. Sin duda, la intención es buena, y así lo ha reconocido el Gobierno, que lo ha premiado con elogios; pero ninguna labor puede hacer tanto daño como ésta a la escuela pública nacional. Ya

sé que nunca podrá temerse campaña semejante de un hombre tan ecuánime y tan comprensivo como el conde del Valle del Suchill. La gestión gubernativa tiene campo más noble, más amplio y más útil en que desenvolverse. Pero convendrá hablar con espacio y con calma de asunto que para nosotros y para los pueblos tiene la mayor importancia.

10. ANTEPROYECTO PARA UNA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA ESCUELA¹⁰

1. LOS FINES

Antes de apelar a la escuelita de Zarzalejo –escenario del drama sórdido en que ha sucumbido oscuramente una pobre maestra–, ofreciendo su caso como argumento de excesiva fuerza patética, no será inoportuno trazar las líneas del anteproyecto para una posible Sociedad de Amigos de la Escuela. Hemos visto ya demasiado. Quizá le sobren al lector hechos y datos después de tantos artículos. Y como lo personal estorba cuando se convoca para cualquier acción colectiva, reduciré todo lo posible mis explicaciones y mis excusas por el insólito espectáculo que viene ofreciéndoles un escritor obstinado en el mismo plan durante tantos meses seguidos. Así como mi gratitud a *El Sol* por haberle soportado hasta llegar a este momento en que parece proponer algo práctico.

Porque la situación desoladora, trágica, de los pueblos que circundan Madrid no era un secreto para nadie. “Se mueve usted en la región de las verdades obvias” –parecían decirme con su silencio muchos compañeros–. Ellos saben tan bien como yo la pavorosa limitación espiritual de los lugarejos madrileños, y se dan cuenta de la importancia que tendría reforzar intensamente su instrucción y su educación comenzando desde la escuela. Y uno a quien estimo, quiero y respeto, porque su nombre no podrá hurtarse a la historia de la cultura española: José Ortega y Gasset, añadía afectuosamente esta prevención: “Temo que sea otro gran gesto inútil. Otro alarido más”. De muy lejos y de larga fecha viene ese temor. Ya sé que las raíces llegan al 98. Pero, en efecto, el aire tiene hoy para nosotros transparencia y temperatura polar. Esa misma frase de Amigos de la Escuela, con su sabor a enciclopedia, a peñafloridismo y a siglo XVIII, si nos parece arcaica es, justamente, por apoyarse en un sentimiento cordial. Encontramos en ella un falso tono cálido, y estamos seguros de que más fácil será reunir firmas para una sociedad por acciones que para una sociedad por afectos.

⁹*El Sol*, 2 y 9 de diciembre de 1925.

La serie "**La niña instruida**", originada en las reformas pedagógicas de 1901, fue dirigida por Victoriano Fernández Ascarza, director de **El Magisterio Español** y miembro de la Junta Directiva de la Sociedad de Amigos de la Escuela impulsada por Bello. Ascarza fue uno de los autores de textos escolares de más reputación, especialmente en los temas relacionados con la higiene, las ciencias naturales, la geografía y la educación cívica.



El caso es que la Sociedad de Amigos del País, apenas nacida, fue una sociedad económica. Los vascongados injertaron en ella desde el primer día iniciativas nada sentimentales, como el estudio de las ciencias físicas y matemáticas; y a su poder de proselitismo quiero acogerme hoy recordando el buen ejemplo de una de sus hijuelas: la obra de don Pablo Montesino, creador de la *Sociedad encargada de propagar y mejorar la educación del pueblo*. He de volver sobre este precedente, pues no escribo sólo para pedagogos y maestros, los cuales con oír el nombre, ilustre, comprenden toda la fuerza de su evocación. Montesino apeló antes a la sociedad que al Estado para fundar las primeras escuelas de párvulos que nacieron en Madrid gracias a la suscripción particular. El impulso lo dio una agrupación privada.

Una Sociedad de Amigos de la Escuela, creada hoy en Madrid, debería realizar fines menos extensos, pero más profundos que los de Montesino en 1840. Cuando se constituya, podrán determinarlos quienes tengan competencia y autoridad para ello. Siempre quedará su misión reducida a disminuir el tiempo que por circunstancias fatales va prolongando demasiado el Estado español en la obra de elevar el nivel de cultura de los pueblos.

¿Por qué sorprenderse de la pobreza de nuestras escuelas rurales? –me preguntan personas conocedoras de la realidad–. Acéptelas usted como exponente de todo un estado social. Cuando los pueblos mejoren, mejorarán también las escuelas. El mal es conocido. Los remedios se hallan al alcance de cualquier traductor del inglés o del alemán y aun del francés. Llegado el momento, ya verá usted cómo no es preciso ningún esfuerzo particular ni colectivo. El nivel de la escuela subirá como el mercurio en el termómetro cuando nuestra cultura irradie más calor.

De la misma laya es el argumento contra las escuelas ricas y cómodas en pueblos pobres donde la vida es dura. Velando por los chicos, se les quiere impedir la felicidad de unas horas al día, para evitarles luego tristes comparaciones en su trabajo y en su casa. Se anticipan al dolor del *felice tempo* en la miseria. O, como dicen los ciegos mendicantes: “No hay mayor desgracia que el haber visto y no ver”. Enseñarles toda una civilización bella, previsor y magnífica a muchachos condenados a vivir entre riscos es, a juicio de algunos, hacerles doblemente infelices.

Aquí hay un error. Quizá un error político. “Quien añade ciencia, añade dolor”. Sí. Pero también añade poder. Y si el modesto aprendizaje de las nociones escolares que caben en un cerebro de doce años, no va a darle a ningún muchacho la inquietud de Pascal, en cambio le proporciona armas útiles para vivir. Hasta para luchar con las inclemencias de la Sierra sirve una escuela bien entendida. Los maestros que instruyen a esos chicos deben saber cómo aprovechan regiones de clima semejante otros hombres de países más cultos y más prácticos. Y cuando el país sea absolutamente inhabitable, la escuela les enseñará a desalojarlo.

Parecen problemas ociosos y resueltos ya en todas partes los que dejo apuntados; pero hay aquí una tendencia muy curiosa a resucitarlos en la serie de cuestiones previas. Como lo del huevo y la gallina; es decir, si ha de ser antes la escuela o el maestro. Una Sociedad de Amigos de la Escuela comenzaría por tener fe en la escuela. Sabiendo cuál es la situación de los pueblos próximos a Madrid –puesto que sólo se trata de esta provincia y otros extenderán igual propósito a las demás–, se busca la escuela como órgano de cultura de un nivel superior. No basta la que corresponde al lugar; pues, por doloroso que sea confesarlo, muchas escuelitas rurales, mezquinas y mal regentadas, son lo mejor del pueblo. Desde la escuela cómoda, tibia, alegre, limpia, dirigida por maestros competentes y bien dotados, se quiere actuar, como un ejemplo, sobre la vida moral y material del pueblo. No es imposible la tarea. El Estado no llega a ese concepto casi agresivo que emplea como fuerzas de choque a los maestros, confiando en los alumnos como en el gran ejército del porvenir. No puede tampoco establecer preferencias y distinguir a la provincia de Madrid; antes ha sucedido lo contrario: que en diez años casi se ha limitado a proyectar y apenas si hay dos o tres escuelitas construidas de nueva planta. Más de doscientos pueblos siguen el paso cansino a que se acostumbraron durante todo el siglo pasado, y aun los más ricos tienen descuidada la enseñanza primaria. El impulso no han de darlo ni los mismos Ayuntamientos ni el Estado, que caminan con velo-

ciudad adecuada a sus fuerzas. Ha de llegar desde Madrid. El instrumento de Madrid puede ser una Sociedad de Amigos de la Escuela.

Esta Sociedad, al amparo de la organización oficial, ha de construir nuevos edificios o cooperar a su construcción. Contribuirá a dotarlos de material. Mejorará el sueldo de los maestros. Pondrá sus elementos al servicio de la inspección. Organizará la escuela móvil y las bibliotecas. Será una ayuda constante y eficaz. Necesita para ello no sólo espíritu, sino recursos. Si el capítulo de los fines es llano y sencillo, algo más difícil se ofrecerá el de los medios en esta época tan poco propicia a milagros como los que realizó don Pablo Montesino.

2. LOS MEDIOS

Nuestra experiencia, heredada de algún escarmentado diablo tartesio, más sabio por viejo que por diablo, nos aconseja siempre ahuyentar esos dos fáciles y peligrosos camaradas: el Optimismo y el Arbitrismo. Contra ambos auxiliares, enemigos pagados, socios ilusos, aduladores y agradadores, tenemos ya la buena costumbre de ponernos en guardia. No nos dejamos engañar. Somos demasiado listos para forjarnos ilusiones acerca de ninguna cosa que cueste violencia o esfuerzo, sobre todo si el empuje hemos de darlo nosotros. Quien confíe en algún plan que exija la voluntad perseverante de más de tres personas pecará de optimista incorregible. Quien imagine medios para llevar a cabo cualquier proyecto laudable de difícil realización incurrirá en el delito de arbitrismo. En general, será arbitrista todo español que sueñe planes no realizados. Nuestro diablo tartesio, que sabe leyes en verso, viejas de seis mil años, es capaz de escribir en la tumba de Joaquín Costa este epitafio: "Aquí yace el último arbitrista".

Sin embargo, para seguir adelante en la idea de una Sociedad de Amigos de la Escuela, soy optimista y arbitrista. El optimismo no se adquiere. Entra en el número de aquellos dones que *Salamanca non prestat*. Al arbitrista lo calumnian. Se mueve entre imposibles. Tienen su panacea y viene a ser como el poseedor del bálsamo de Fierabrás. Pero quien se proponga hacer algo deberá soportar la sonrisa de suficiencia de los hombres cautos, los hábiles, los pisaquedito, para quienes el arbitrismo es locura siempre que no trate de arbitrar en beneficio suyo. De ellos, forzosamente, habrá que prescindir, sobre todo en los primeros momentos, iniciales, difíciles en cualquier empresa.

Una Sociedad de Amigos de la Escuela sólo podrá congregarse a personas de buena fe que, conociendo la diversidad de obstáculos con que tropezará su acción, estén dispuestas a plantear un programa máximo, para obtener, por lo menos, el programa mínimo.

No queda un español –hablo de los que pueden ir siguiendo estas líneas– que no conozca bien la realidad. Es público el inconcebible atraso de nuestra instrucción primaria, y yo he querido convencerme de ello sin salir de la provincia. El comentario más frecuente a mis artículos sobre las

escuelas pobres del cerco de Madrid es éste: "Eso ya lo sabíamos". Algunos, transigiendo con esa misma realidad, agregan: "Pero demasiado se hace. Los Ayuntamientos no pueden con sus cargas". Otros, por último, sienten la más absoluta indiferencia por la escuela "de primeras letras" y creen que a la nación sólo interesan los muchachos de doce a catorce años, al llegar, por un lado, al Instituto, camino de las Universidades y de las carreras especiales; por otro, a los talleres y Escuelas de Artes, Industrias y Oficios, camino de otras enseñanzas técnicas no menos necesarias. Nosotros creemos que la Escuela primaria debe dar instrucción y educación elemental a los niños que no pueden tener otra. Nuestra doctrina es democrática. Piensa en el pueblo. En el mayor número. De ese mayor número saldrá luego mayor y mejor aristocracia; porque si en la economía agraria no suele darse el caso de tierras fértiles sin cultivo, aquí hay enorme masa de gentes iletradas cuya capacidad de cultura es para nosotros un misterio y para ellas mismas una tragedia. Un pueblo europeo del siglo XX no tiene derecho a dejar entregado al azar del nacimiento o a la protección del destino, que es ciego, la preparación de millones de inteligencias. Perderlas significa para el pueblo un despilfarro estúpido, una prueba de impotencia más grave que dejar correr los ríos sin utilizarlos en riegos y saltos de agua. Despilfarro y prodigalidad criminales, con millones de víctimas en cada generación, y con las agravantes de llevar el esfuerzo a otros fines menos precisos y renegar de la eficacia de la escuela, así como de la virtud de la cultura, viviendo en pecado perpetuo y contumaz contra el Espíritu Santo.

152

Es público que las escuelas están mal y que su enseñanza es insuficiente. Es de dominio público también la imposibilidad en que se halla el Estado de lograr una gran ofensiva a fondo contra la incultura, y mucho más localizándola, porque su misión es general, y parecería inaceptable cualquier criterio de preferencia. Una Sociedad de Amigos de la Escuela debería reunir los esfuerzos de todas las personas que coinciden en estos tres puntos: primero, en dar valor esencial a la instrucción primaria; segundo, en considerar demasiado lenta la obra del Estado; tercero, en juzgar posible una acción social complementaria. He separado, por excepcional, el caso de la provincia de Madrid, sosteniendo que la gran ciudad debe acudir en auxilio de los pueblos incapaces de valerse a sí mismos. He limitado a esa zona nuestra jurisdicción, confiando en que las demás provincias organizarán Sociedades semejantes, sin hablar de la enseñanza primaria en la capital, porque este Ayuntamiento no necesita protección, y porque, a juzgar por las publicaciones municipales y por los comentarios de escritor tan competente como don Luis Santullano, ha entrado ya en período de construcción y enmienda. He citado como ejemplo del poder de la asociación el de la Sociedad que fundó Montesino, *encargada de propagar y mejorar la educación del pueblo*. Ella dio el impulso para transformar *la amiga*, las escuelas de amigas, tal como las frecuentó de chico don Luis de Góngora, en escuelas de párvulos. Montesino, progresista, emigrado en Londres, tenía fe en el esfuerzo personal y trajo a España la perseverancia de aquellos "hombres de energía y coraje" que salvaron el siglo XIX británico. Toda labor es útil, cualquier momento es oportuno; al menos para recordar que nos queda mucho por hacer y para estimular el buen deseo de las instituciones oficiales.



Contracubiertas de dos manuales escolares publicados por dos de las editoriales escolares más prestigiosas de Madrid: la Casa Hernando, domiciliada en el número 11 de la calle Arenal, y la de Calleja, asentada en el 28 de la de Valencia. Fundadas, respectivamente, en 1828 y 1876, estas prestigiosas editoriales crearon una tradición y unas señas de identidad, que se expresaban en la iconografía de sus sellos emblemáticos. La imprenta, las letras, la luz, la corona del triunfo y la infancia ilustrada asocian los símbolos y valores de la nueva cultura escolar, que no siempre llegaba a los hijos del pueblo, como denunció Luis Bello.

153

(Los medios de esta Sociedad, como los de cualquiera otra encargada de una misión voluntaria, no pueden ser reunidos sino por aportaciones privadas. Pero esto no ha de inventarse arbitrariamente en una serie de artículos. Con lo escrito aquí sobre el asunto basta; y ahora será preciso contar con el apoyo natural de personas y corporaciones, que además del alto interés social que seguramente han de ver en nuestro propósito tienen capacidad y competencia para encauzar una idea apenas esbozada. Si la Asociación de la Prensa no lo estima ocioso buscaremos en ella una tribuna donde exponer la misma iniciativa, confiándola a su tutela. En el Ateneo de Madrid, en el Círculo de la Unión Mercantil, en la Económica de Amigos del País, en la Casa del Pueblo, en la Asociación de Maestros y en otras Sociedades que por su tradición y por sus fines de orden moral y espiritual han de verla con simpatía trataremos de buscar el calor absolutamente indispensable para que nazca la Sociedad Protectora de la Escuela.

Hay dispersas innumerables voluntades, entusiastas y numerosas que sólo aguardan la ocasión de unirse a una obra viable para ser útiles en ella. Si ven aparecer una organización seria compuesta de elementos prestigiosos, sin espíritu de partido ni exclusivismos previos, confío en que se asociarán hasta esa especie tan dilatada de pesimistas que lo son por exceso de buen deseo y que

cuando más crudamente niegan la posibilidad de hacer aquí nada práctico más sinceramente desean en su fuerza íntima que la realidad los desmienta)¹¹.

3. UNA PARÁBOLA Y VARIAS NOTICIAS¹²

Parábola de los tres cazurros

Oí contar esta parábola cuando yo era chico en un lugar de la Sagra toledana que le dicen Carranque –*Guad-Arrank en lengua de moros*–. Me parece que los guadarrankeños no le llamaban a esto parábola, ni siquiera cuento, sino, lisa y llanamente, un sucedido. Por no separarme todavía más del habla vulgar, pongo “los tres cazurros” donde pensé poner “los tres pesimistas”. Y eran estos tres cazurros labradores pobres que apenas si sembraban entre todos un celemin de trigo. Tan ruines y miserables iban quedando ya que, un día, reunidos en la taberna, firmaron los tres, con una cruz cada uno, ante el secretario y el sacristán, una apuesta seria: a ver quién trabajaba más y quién tenía mejor cosecha en el agosto del año que viene. Eran estos tres cazurros, para que se sepa, Celedonio el de Batres, el tío Migas y Perdiñé.

154

– ¡Aguáte, aguáte! –se decían unos a otros–; ¡en agosto verás!

Todo el invierno y toda la primavera se lo pasaron compadeciéndose mutuamente; y sólo tenía su secreto el secretario.

– ¿Usted qué hace, tío Migas?

– Mientras los demás duermen, yo no le dejo al trigo en paz. Muy callandito, allá me voy y tiro de los tallos pa que crezcan.

– No lo digas a nadie –esta confidencia era de Celedonio el de Batres–: mientras ellos duermen, yo aprendo todas las oraciones que sabe la tía Pachica. ¡Y que trabaje San Isidro!

– Pues yo –habla ahora Perdiñé– ni siquiera he sembrado; pero la apuesta es para mí.

– ¿Por qué?

– Porque guardo el grano y, además, todas las mañanas me voy a patear el sembrado de éstos.

¹¹Los dos párrafos marcados entre paréntesis aparecen en el artículo de *El Sol* (9 de diciembre de 1925).

¹²Tomado del volumen I de *Viaje por las escuelas de España*, ed. cit. pp. 306-309.

Celedonio el de Batres, el tío Migas y Perdiñé quedaron empatados aquel agosto; pero desde entonces tienen derecho a decir, como dicen, que si la tierra es mala, y la gente peor, y Dios no ayuda, cuanto más siembres más pierdes, y cuanto más trabajos más te ahogas.

Esta es la parábola de los tres cazurros.

Cartas y periódicos

Por fortuna, ya los conocemos. Son tipos populares cuyo espíritu no dejará de mandarnos y desviarnos del buen camino cuando nos vean intentar cualquier empresa. Pero cada vez estamos más prevenidos contra ellos. Apenas iniciada esta serie de artículos sobre las escuelas de la provincia de Madrid, puedo hacer un resumen por el estilo del que harían los tres cazurros de Guad-Arrank. He hablado con simpatía de la escuela de Parla, y aquel Municipio no ha demostrado el menor interés. En Alcobendas sólo les preocupó desmentir que el local, insuficiente, fuera un encerradero. La escuela del barrio de la Legión y el barrio en que se halla emplazada le parecen muy bien al alcalde, y no comprende otra opinión que no venga de un enemigo. En Fuenlabrada nos detienen a Luis García Bilbao y a mí, por complot contra el orden social y reunión clandestina con un maestro. La autoridad vela por el bien público y, aunque se equivoque, no lo confesará... Todo eso es verdad. Pero todo eso es muy natural y muy razonable, porque si esas cosas no ocurrieran, faltaría fuerza a la propaganda que inicio desde aquí; no habría motivos para hablar del cerco de Madrid si con unos cuantos artículos los doscientos lugares hubieran construido doscientas escuelas y la provincia hubiera hecho desaparecer su 44,92 por 100 de analfabetos. (Vaya, entre paréntesis, la insinuación de que el alfabeto no es bastante, y hay muchos analfabetos que saben leer y escribir). Si esos lugares no fueran como son, ya estarían conquistados. Y, sin embargo, acabarán por entregarse con un poco de perseverancia. Yo, que los conozco, sé que allí estarán pronto nuestros mejores amigos.

La sorpresa, para cuantos hayan seguido con alguna curiosidad esta exposición de motivos, no había de ser, por consiguiente, que tropezáramos con resistencias. Lo sorprendente es descubrir que no hay tal atonía de la opinión; que el público se interesa por temas nobles. Y, sobre todo, lo que a muchos parecerá nuevo: que los maestros buenos son innumerables y demuestran un entusiasmo por su misión, una fe y un deseo de ser comprendidos realmente conmovedor para quien entabla con ellos, ahora por primera vez, una relación de cordialidad y de simpatía. Por si eso fuera poco –sépanlo todos los cazurros–, la idea no era nueva. La protección social a las escuelas se había iniciado ya. Muchas pequeñas células estaban trabajando discretamente, sin ruido. Lo que hacemos ahora, por lo tanto, no será sino continuar y dar publicidad a un pensamiento común.

La primera carta que recibí dando cuenta de estos trabajos era de don Daniel Ranz Lafuente, director de la Escuela Graduada de Niños de Ateca (Zaragoza). He de publicarla íntegra, con otras

del mismo género. Pero hoy conviene recoger, como información de interés público, sus noticias. En Ateca se fundó, por su iniciativa, la Asociación Circum-Escolar.

Anteriores en fecha de fundación son otras agrupaciones de que hablaré luego; pero debo recoger con mención especial una carta del catedrático de Valladolid don José López Tomás, que con sensibilidad fina para no considerar soportable el espectáculo de nuestras escuelas, formó hace cuatro años el proyecto de constituir una sociedad para mejorarlas, la constituyó en seguida.

Y otros han empezado ya, con fortuna; por ejemplo: don Antonio Ballesteros, inspector de primera enseñanza, fundador con otros maestros, igualmente entusiastas, de las Sociedades de Amigos de las Escuelas Segovianas. Pero esto, así como la cumplida respuesta a mi buen amigo don Luis Santullano, que piensa en Madrid y ve, con indiscutible acierto, la conveniencia de localizar la protección social a las escuelas, merece capítulo aparte.

4. UNA PARÁBOLA Y VARIAS CARTAS¹³

Parábola de los tres conformistas

156

Es muy corta y muy fácil de interpretar, amigos míos, la parábola de los tres conformistas. Este era un indiano de las Indias reacias que volvió a su pueblecito de la Sierra sin dinero. Con idea de emprender otro viaje más venturoso, se le fueron pasando los meses, los años, y nunca se decidió a partir. Pero vivía más en las Indias ricas que en la Sierra, gracias al poder de su imaginación. Una mañana, al levantarse, notó cierta extraña molestia en el cuello y otros síntomas que aquel pueblo conocía muy bien. Era el bocio. Un indiano con bocio; un hombre ya redimido, que ha visto el mundo, ha cruzado los mares, ha dormido bajo el signo de otras estrellas, ¡con bocio! Hizo venir un médico.

– ¡Por lo que usted más quiera –le dijo–, sálveme! Yo puedo morir de la enfermedad que usted elija; pero del bocio, no. Y vivir con bocio, como mis paisanos cretinos, no lo sabría resistir.

– Es el agua nieve, demasiado pura, según parece –le dijo el mediquito–. Es la montaña. Debería usted salir de aquí.

– Sí. Debería salir, y, mejor aún, debería no haber vuelto. Ni el agua, ni el suelo, ni el cielo, doctor; es la tristeza de verme pobre, entre gentes tan pobres. Es la pena que me da verme rodeado de tanta miseria, cuando fuera de aquí el mundo es tan hermoso. Pero, ¡qué quiere usted! Esta es mi suerte, y debo conformarme con ella.

¹³ Tomado del volumen I de *Viaje por las escuelas de España*, ed. cit., pp. 310-314.

*Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964) fue vocal de la Junta de la Sociedad de Amigos de la Escuela, impulsada por Bello y constituida en Madrid en 1926. Profesor de Historia de la Pedagogía en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, Zulueta fue por aquellos años un activo columnista de **El Sol** y de otros medios publicísticos, desde donde defendió los ideales de libertad y progreso coherentes con su formación en los ambientes krausoinstitucionistas, frente a la censura-dictadura de la época. El apunte-caricatura es de Aristotéllez apareció en **El Sol** el 16 de diciembre de 1931, con ocasión de su nombramiento como Ministro de Estado de la República.*



157

Así, pues, se quedó el indiano. “¡Viva la gallina, y viva con su pepita!” Se quedó allí, tuvo hijos; y años más tarde, fue uno de estos hijos quien necesitó los auxilios del médico. No sólo él, sino toda la descendencia, estaba alcanzada del mismo mal. Como el mediquito se había hecho hombre y había estudiado mucho, no habló de causas, sino que dio un plan:

– Pide usted demasiado –interrumpió el hijo del indiano–. Quiere usted revolver esto de arriba a abajo, como si no hubiese bocios más que en esta Sierra. Así como así, toda la vida los hemos tenido, ¡y tan conformes!

Llegó el mediquito a ser un sabio, y descubrió nada menos que la curación del terrible mal de la montaña. Por agradecimiento al pueblo en que lo había estudiado por vez primera quiso el buen viejo visitarlo. Se había corrido la voz y lo esperaban a la entrada el alcalde, el secretario y el sacristán. Los tres primeros bocios del pueblo. El alcalde, nieto del indiano, se adelantó resueltamente y le dijo:

– Hará el favor de retirarse, señor doctor. Sabemos a lo que viene, y no lo necesitamos para nada. ¡Respete usted el bocio de nuestros mayores!

Para don Luis Santullano

Yo querría convencer a todos de la razón del método propuesto para llevar a los pueblos pobres de la provincia de Madrid la acción eficaz de una gran ciudad. Es que desconfío de su acción propia. ¿Cómo lo diría yo de manera que no fuese preciso repetir la anterior parábola? Ofrecí, en otro artículo, recoger una cuestión de procedimiento –muy importante– expuesta en *El Imparcial* por don Luis Santullano, escritor de gran competencia en asuntos pedagógicos, que conoce a fondo el estado de la instrucción primaria en Madrid y su provincia. Advertiré de pasada, una vez más, que yo no lo conozco a fondo. “Lo que usted ha visto no es nada o casi nada”, me dicen muchos profesionales. “¡Si usted supiera!”. Eso quiero: saber. Pienso enterarme poco a poco, y, mientras pueda, por observación directa. Al Sr. Santullano le interesa especialmente Madrid, la capital. Yo deseo reservarles esa campaña a él y a otros campeones no menos preparados. Mi propósito se limita a los pueblos, porque los veo tan solos, tan abandonados, que nadie piensa en ellos, ni siquiera ellos mismos.

¿Está ya convencido el Sr. Santullano de que el caso de los pueblos del cerco de Madrid es único en Europa? ¿Quiere una prueba más? Desde que publicó *El Sol* mi primer artículo sobre “Escuelitas rurales” ha ido interesándose en el tema un número cada vez mayor de corresponsales espontáneos. Comenzó, naturalmente, por escribir en nombre de la Asociación de Maestros Nacionales de Madrid, su presidente, el Sr. Rodríguez Espinosa. Digo “naturalmente”, porque en Madrid y en los maestros es quienes confío. Y comenzaron a llegar cartas de toda España, generalmente de maestros y maestras, de inspectores de escuelas, de letrados y profesores de Instituto, de Universidad y de Escuelas Normales; desde Granada a Lérida y desde Huelva a La Coruña. Cartas conmovedoras; muchas de ellas impublicables, según mi concepto de la obligada modestia del escritor; otras que verán la luz en sección especial por expresar puntos de vista generales dignos de ser conocidos.

De un pueblo aragonés, por tradición muy culto, de Fonz (Huesca), donde nació Codera, el gran arabista, cerca de la patria de Costa, envían sus palabras de estímulo cuatro maestros: Consuelo Amerle, Carmen Benedicto, Luis Lleida, Antonio Tricas. De otros lugares apartados, que no he de citar hoy, vienen testimonios de que a los maestros y a los pueblos les interesa profundamente el propósito de crear una Sociedad de Amigos de la Escuela, y sobre todo les complace la posibilidad de remover la atención pública en toda España.

Pero, ¿y la provincia de Madrid? Son más de doscientos los pueblos de la provincia de Madrid. ¿Cuántos han respondido? Sépalo el Sr. Santullano. ¡Ninguno! ¿Cuántos maestros? ¡Uno! El de Móstoles: don Gerardo Muñoz, a quien saludo desde aquí por su amable originalidad. ¡Un solo maestro y ningún pueblo! Yo sé que el Sr. Santullano no se sorprende, pues conoce bien el medio en que vive. La idea de que el cerco de Madrid está hecho de una tierra distinta del resto de España se

impone sin necesidad de este ejemplo. En vista de ello, cualquiera se echaría atrás, ahorrando esfuerzo y diciendo: "Es inútil". Yo creo que debemos decir: "Es necesario".

Por lo tanto, el procedimiento no queda a nuestro arbitrio, sino que nos lo da la realidad. Es en Madrid donde debe crearse la Sociedad de Amigos de la Escuela, que favorezca la instrucción primaria de esos doscientos pueblos. En otras partes se podrá constituir la célula, tal como propone el Sr. Santullano con el ejemplo de los pueblos segovianos, aconsejados por un inspector inteligente: don Antonio Ballesteros, y de unos cuantos maestros igualmente entusiastas.

La Junta Constitutiva

En el mes de mayo de 1926 quedó organizada en Madrid la Junta constitutiva de la Sociedad de Amigos de la Escuela. Presidente, don Ramón Menéndez Pidal; Vicepresidente, don Ángel Ossorio y Gallardo; Secretarios, don Luis Bello, don Ángel Galarza; Vocales, don Luis de Zulueta, conde del Valle de Suchil, don Victoriano F. Ascarza, don Tomás Navarro Tomás; Tesorero, don Luis García Bilbao. Domicilio social: plaza de Santa Ana, 4. El porvenir que le está reservado a esta Sociedad de Amigos de la Escuela depende del ambiente que halle, primero en Madrid y luego en toda España.

Madrid, 1925-1926.

TERCERA PARTE

**LA ESCUELA EN
LA CIUDAD**

161

El problema escolar de Madrid

163

1. LA “CASA DEL NIÑO”. PRIMERA OBRA DEL *LYCEUM*¹

En Madrid, en los altos de Santa Engracia, cerca ya de Cuatro Caminos, dentro de los jardines del Canal, va a levantarse la primera “Casa del Niño”. No necesitan las fundadoras agregar nada: Niños “pobres”, niños “de obreros”... Cuando el niño entre allí vivirá tan rico y tan feliz como un infante de España. El Mundo le parecerá suyo; y lo será, en efecto: juegos, cuidados, atenciones, vigilancia maternal, comida sana, ropa limpia... De dos a cinco años tendrá su pequeño paraíso. ¡Qué fácil es; mejor dicho: qué fácil debería ser crear todos los paraísos necesarios para los niños, no sólo de esa edad, sino hasta los doce o catorce años! Un viraje, algo rudo, de piloto audaz, en el rumbo de los Presupuestos del Estado. Un poco de claridad en el alma de los que deciden cómo deben ser las escuelas.

¹*El Sol*, 16 de diciembre de 1927.



La creación de la Escuela Nacional de Puericultura en 1925 era una muestra del creciente valor otorgado a la infancia y a sus primeros cuidados. Dirigida por el catedrático de la Universidad Central, don Enrique Suñer, en la calle Ferraz, número 58, la nueva institución quería tutelar “la vida total del niño desde el claustro materno hasta la adolescencia”, “reducir la mortalidad infantil”, “vigorizar la infancia”... El dibujo es de Sancha, “primer caricaturista puericultor de Europa”, como le califica el reportero de **El Sol** que visita con él la Escuela.

Al considerar fácil esa obra pongo en juego la maquinaria mental del utopista; que, en mis talleres –ya lo sabe el lector– no dejo funcionar hace mucho tiempo. La guardo arrinconada, cubierta con una gran lona, que la protege de cualquier agresión furtiva; y por las noches, cuando nadie me ve, voy a limpiarla y engrasarla, para estar seguro de que no se ha roto. Si algún día llego a descubrir que no marcha, me costará trabajo soportar ese golpe y toda la otra maquinaria moderna perderá al mismo tiempo su utilidad y su eficacia. Pero –lo repito, lo garantizo– la gran maquinaria utopizadora descansa. Otros aparatos de precisión, de tipo nuevo, más práctico, van realizando su labor. Así he podido enterarme de lo que es posible y de lo que es imposible. Y, sobre todo, de lo que, siendo difícil, podremos lograr, con ardiente y perseverante voluntad. En la zona lindante con lo imposible, allí donde creo yo que va a saltar la punta de acero, tengo situado, desde hace tiempo, Madrid.

¿Cómo llegaríamos a interesar al pueblo de Madrid? Hoy no lo sé. Espero material nuevo, de metal no descubierto aún. Y mientras tanto, veo con asombro la Empresa –dibujada, planeada, pero ya en vías de realizarse– de un grupo de mujeres, el grupo del Lyceum. Conozco por Consuelo Bastos –espíritu y acción– los trabajos ya hechos para construir, sencillamente, sin lujo, ni fastuosa



Sanatorio de Oza—Niños mayores de una expedición madrileña

*Las colonias escolares formaban parte del programa higiénico y pedagógico que el Ayuntamiento de Madrid puso en marcha en 1912 en apoyo del desarrollo de la infancia. La fotografía corresponde a la expedición enviada al Sanatorio Marítimo de Oza (La Coruña) en 1920. La memoria titulada **Instituciones Escolares Creadas y Sostenidas por el Ayuntamiento de Madrid** (Madrid, Imprenta Municipal, 1921) aporta datos sobre los efectos de las colonias en algunos parámetros físicos de los niños, como la talla, el peso y el “aspecto general”, junto a otras valoraciones de carácter psicológico, social y moral.*

apariencia, la primera “Casa del Niño”. El pensamiento de recoger durante el día, en lugar confortable y abrigado, con jardín, para tenerlos, siempre que convenga, al aire libre, los niños pequeños de los trabajadores de un barrio pobre, es quizá el principio de la solución que yo busco. ¡Interesar a las mujeres! Interesarlas en la suerte de sus hijos cuando está más cerca de la cuna. Luego hacerles ver el camino. Desde la “Casa del Niño”, a la escuela de párvulos. Desde la escuela de párvulos, a la graduada. Todo ello al cuidado de instituciones protectoras, con más fuerza que la familia: —Cuando veamos —me decía la señora de Bastos— el plano de Madrid, lleno de puntitos rojos que marquen el sitio en que se levanta una “Casa del Niño”, podremos decir que hemos empezado a hacer algo. No basta una en cada barrio, como no basta una escuela. Ya sabemos que esto será una gota de agua; pero ninguna obra se empieza sin abrir la primera zanja—. Idea digna de una reina popular y democrática como aquella que quiso unir su nombre al asilo de niños de las lavanderas

del Manzanares. A este refugio, de plan antiguo, le faltaban unas cosas y le sobraban otras. La idea del aire libre, con todas sus derivadas; la preocupación de acercarse hasta donde humanamente sea posible al género de protección maternal que más conviene al niño; el cuidado exquisito de no descubrir alardes de superioridad, de tutela ni autoridad fundada en diferencias sociales... En realidad, todo esto es nuevo. Puede decirse que no había sabido verlo España en la época de don Amadeo; y que sólo ahora puede empezar a practicarlo en una "Casa del Niño". Hasta el nombre, da idea distinta. La "Casa del Niño", como la escuela pública –la escuela "única"– tiende a borrar la dureza del destino que divide el Mundo en pobres y ricos. ¿Es el porvenir? Yo creo que fatalmente, forzosamente, ése es el porvenir. No es posible que se deje ideal tan hermoso en manos de una sola doctrina y que la aspiración más generosa, más humana, a que ha llegado nuestro siglo sea monopolizada por una sola secta.

La "Casa del Niño", tal como plantean su ejecución las señoras del *Lyceum* es obra de iniciativa privada. Ha de construirse y mantenerse por aportaciones particulares. Declaro que en estos tres años he perdido bastante fe en la iniciativa particular. Los terrenos de la primera Casa los facilita el Canal, merced a una Real Orden, ya publicada en la *Gaceta*. Como se sabe, en los jardines del Depósito no hay agua corriente, ni obstáculo alguno para levantar un pabellón. Esta facilidad ya tiene un carácter público, oficial. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Quién se determina a donar terrenos para las futuras "Casas del Niño"? ¿Quién acude en su auxilio? Esta es la gran batalla, la gran guerra en que se aventuran las damas del *Lyceum* y en que yo quiero acompañarlas de todo corazón.

2. EL CASO DE MADRID: LOS GRUPOS ESCOLARES²

Al comenzar este viaje por las escuelas –seguramente los lectores de *El Sol* no lo han olvidado–, fuimos primero al cerco de Madrid. Creía posible una Sociedad de Amigos de la Escuela, encaminada a trabajar en esta provincia, pensando que la capital debe acudir en auxilio de los pueblos incapaces de valerse por sí mismos. "He limitado a esta zona nuestra jurisdicción –decía en un artículo– confiando en que las demás provincias organizarán sociedades semejantes; sin hablar de la enseñanza primaria en la capital, porque este Ayuntamiento no necesita protección y porque, a juzgar por las publicaciones municipales y por los comentarios de escritor tan competente como don Luis Santullano, ha entrado ya en período de construcción y enmienda". Las circunstancias no favorecían una acción social de iniciativa particular, puesto que todas las acciones públicas y sociales quedaban concentradas en un solo poder. Dejé en suspenso la idea y busqué otro modo de convocar a los Amigos de la Escuela, yendo pueblo por pueblo, como todos

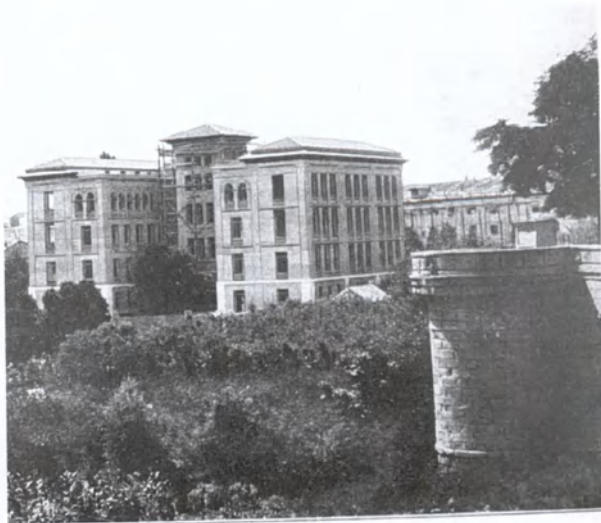
²*El Sol*, 19 de octubre de 1928.

saben. Desde entonces se ha hecho bastante en toda España, comenzando por el cerco de Madrid (me complazco en elogiar aquí el entusiasmo del Sr. Martín Álvarez, gobernador de esta provincia, que ha fomentado la construcción de escuelas, llegando a lugares olvidados, como Valdemaqueda y La Puebla de la Mujer Muerta). Somosierra, Buitrago, Bustarviejo, Colmenar, El Pardo, Las Rozas, Navalcarnero, Patones, lugares de mi primer itinerario, han construido escuelas. Fuencarral tiene hoy un buen grupo escolar. Aunque, a juicio mío, esto va muy despacio, sin plan de conjunto, debemos apreciar el esfuerzo realizado en todo su valor.

Madrid, capital, no difería mucho del cerco en los rasgos íntimos de su primera enseñanza. En 1924, último estudio oficial, quedaban en la calle, sin escuela pública ni privada, 45.000 niños en edad escolar. El Ayuntamiento ha hecho luego otro cálculo, enfocando con luz más favorable la estadística, y sólo cuenta 26.000. Creo que el primer cálculo del ministerio se queda corto. De todas maneras, la cifra es fuerte. Siendo alcalde en 1922 un amigo nuestro muy estimado, don José Garay Rotwart, conde del Valle de Suchil, Madrid quiso abordar el problema construyendo seis grupos escolares. Influyó mucho la minoría socialista en aquellos acuerdos municipales, y uno de los grupos lleva el nombre de Pablo Iglesias. El Estado aportaba la mitad, y el Ayuntamiento dio los terrenos y más de cuatro millones de pesetas (lleva desembolsados, según su información, más de cuatro millones de pesetas). Otro tanto el ministerio de Instrucción. Además, los solares del Municipio. Es decir, un esfuerzo muy grande para botar al agua seis acorazados.

Observaciones propias, bien contrastadas en diversas ciudades españolas, hace que yo sea enemigo de los "acorazados". Conviene que haya algunos para enseñarlos, para que la oficialidad y el alto mando conozcan su manejo. Pero son más prácticos los cruceros y las fuerzas sutiles. Esta palabra, que asocia el concepto de sutileza a la solución del problema de las escuelas, acaso deba ser empleada en todas sus acepciones. No es cuestión de masa, sino de espíritu. En resumen, criterio para nación de pobre presupuesto y grandes necesidades: gastar bien el dinero. Con esos diez millones y pico de pesetas, sin contar los terrenos, tendrá Madrid, según informes oficiales, 89 clases más. Hay sitio para unos 4.500 chicos. Construyendo grupos sencillos, cómodos, pequeños, a 25.000 pesetas por clase –cosa realizable, aunque difícil–, había con ese dinero para cuatrocientas clases. Pero dando mayor margen a la nueva pedagogía, construyendo a 50.000 pesetas por clase, cifra muy suficiente, habría para doscientas clases, en las que recibirían educación –sencilla y eficazmente– *diez mil niños*. El avance sería mucho mayor, y pudo haberse dado. Ninguna razón pedagógica ni económica le impide.

Pero, en fin, ya están los acorazados. Y aquí viene la cuestión actual. ¿Por qué no se botan al agua? ¿Por qué no empiezan a trabajar los grupos escolares tan costosa y magníficamente contruidos? Desde "El Imparcial" se ha llevado con mucho acierto la información por persona bien enterada y bien intencionada. Aunque mi deseo es desentenderme, por ahora, del caso de Madrid,



Dos "acorazados": los Grupos Escolares "Concepción Arenal", en el Puente de Toledo, y "Menéndez y Pelayo", en la calle Méndez Álvaro. Ambos se ofrecen en construcción ya avanzada, en 1924, pero su culminación habría de soportar aún casi un septenio de negligencias políticas y vicisitudes administrativas. Bello criticó la monumentalidad de su diseño, obsesionado por una arquitectura más escueta y económica que permitiera resolver con diligencia las necesidades de educación popular de Madrid.

reservándolo como final del viaje por las escuelas de España, ya que aquí no falta quien trabaje con capacidad e inteligencia, convendrá no callar la opinión favorable a esa campaña del diario madrileño. ¿Por qué no empiezan este año los cinco grupos escolares completamente terminados al inaugurarse el curso en 1 de octubre? Falta el material. ¿Por qué no se habilita? Es muy fácil traerlo. Sobre todo sabiendo que los tres o cuatro primeros años la graduación en esos grupos será muy relativa. Están nombrados los maestros directores. Por carta suya sabemos que "continúan provisionalmente en las escuelas que tenían antes de opositar a esos cargos", y, por lo tanto, siguen trabajando. Hoy leo otra información, según la cual "es probable que los grupos se abran a primeros del año próximo". La costumbre de oír seguridades semejantes nos ha hecho a los padres, a los maestros y a mí muy desconfiados. Pero es un capital inactivo, muerto. Cuatro mil quinientos muchachos deberían estar ya sentados ante sus pupitres, aprovechando el tiempo y los millones que el Estado y el Municipio se gastaron en ellos.

El año 24 iban a las escuelas nacionales de Madrid unos 15.000 niños. A las municipales, 5.000. Total, 20.000. La enseñanza particular atendía a 35.716 niños, de los cuales 18.177 estaban matriculados en escuelas de instituciones religiosas. Con los nuevos grupos escolares aumenta considerablemente la capacidad de la escuela pública nacional. Es un buen paso; que no se dé, en efecto, mientras no funcionen allí las clases.

3. APELACIÓN ANTE MADRID³

Quieren dedicar a Normal de Maestras el grupo Pérez Galdós, construido para escuelas de niños y niñas.

Puesto que era preciso instalar en alguna parte la Normal de Maestras –que se deshace–, se ha pensado en llevarla íntegramente al Grupo Escolar Pérez Galdós. Es un atropello del acuerdo municipal adoptado con gran aplauso del vecindario en 1922 y una confirmación más del proverbio según el cual siempre se rompe la sogá por lo más delgado.

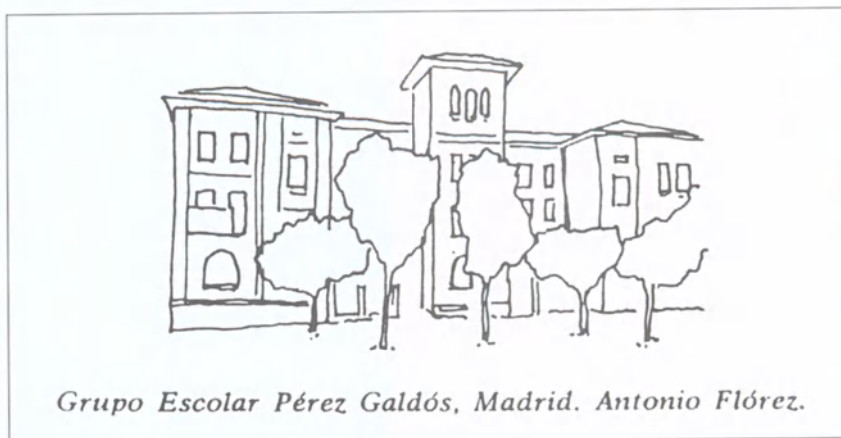
Hay atenuantes de ese delito, y no quiero ocultarlas: –Hace falta improvisar un sitio. No se puede construir una Normal de Maestras en quince días. En el fondo existe cierta relación, cierta comunidad de fines, entre uno y otro empleo, porque a instrucción primaria va a dedicarse al fin y al cabo. El grupo escolar Pérez Galdós no está inaugurado todavía, y por tanto no se interrumpe la enseñanza de los alumnos. La intrusión será pasajera, hasta que habiliten otro edificio.

Para mí, tales atenuantes, que pueden convencer a la administración, son, en realidad, agravantes. Revelan precipitación, barullo y una falta absoluta de sensibilidad para apreciar que lo que el pueblo pide hoy son escuelas. Menos aparato, menos ficción, menos nombres para cosas inexistentes; y más escuelas. Puesto que están ya construidos seis grupos escolares, lo único serio es inaugurarlos; mejor dicho: ponerlos en marcha y hacerlos trabajar; porque hasta las inauguraciones, ostentosas y vacuas, sobran. Hay maestros y maestras con su título, con sus oposiciones ganadas, que esperan colocación, y hay muchísimos que aguardan las próximas oposiciones. La Escuela Normal es necesaria, indispensable; de su reforma depende, a mi juicio, que haya en España una primera enseñanza organizada y no una serie de esfuerzos personales aislados. Pero eso mismo obliga a hacer las cosas bien. A no suprimir unas buenas escuelas para habilitar una mala Normal. Ya desde el primer día se ha visto que hará falta construir pabellones para dar cabida a las clases. Continuará el sistema de las aplicaciones inadecuadas, interinas, provisionales.

³El Sol, 25 de octubre de 1928.

Como es de interés público más extenso la Normal que una escuela de barrio, podría admitirse la pérdida de esas doce clases, si supiéramos que habría compensaciones y un propósito firme de reparar el daño causado. Pero la calma con que dejan pasar el tiempo sin abrir los otros grupos, un año y otro año, explica la facilidad con que sacrifican el de Pérez Galdós. No interesa la escuela pública nacional. Se pospone a cualquier otro servicio, con el menor pretexto. En Madrid y en todas las grandes ciudades. Ahí está el caso del grupo Vila y Codina, en Barcelona, terminado ya, parte con el legado de Peret Vila, parte con fondos del Ayuntamiento, y, después de mil atascos, expuesto a que lo conviertan unas veces en Parque de Bomberos y otras en Juzgados municipales. No sé qué habrán hecho, por fin. En mi último viaje a Barcelona –hace pocos meses– me aseguraron que se salvaría; pero yo lo vi más muerto que el pobre Peret. ¿Cómo se les dirá a los “americanos” que amartillen bien sus legados para enseñanza, y que, si es posible, realicen sus buenos propósitos en vida? Aprovecho esta oportunidad para citar algún otro caso de hostilidad a la escuela. Los lectores de estos artículos saben que faltan escuelas en Jerez. Pues bien: desde 5 de julio del año pasado están terminadas las escuelas Soto Flores, también de fundación. Un ciudadano meritorio hace el regalo de un buen grupo escolar –en la calle de Santa Clara–, y no hay medio de que se instale en él la Graduada Nacional, a pesar de todas las gestiones de albaceas y herederos. En Sueca, laborioso y próspero pueblo valenciano, se construyó, por legado de don Emilio Carrasquer, un grupo escolar modelo, con ocho clases, biblioteca, jardines; y a principios de curso no se había nombrado

170



Diseño del Grupo “Pérez Galdós” incluido por Bernardo Giner de los Ríos en su obra **Cincuenta años de Arquitectura Española** como uno de los modelos ideados por Antonio Flórez. Aunque estuvo a punto de ser destinado a sede de la Escuela Normal de Maestras, comenzó a funcionar en 1930, después de seis años de obras. Luis Bello lo visitaba en nombre de don Benito y de los niños del barrio de la Moncloa que, sin escuela que los acogiese, rompían sus cristales a pedradas.

el personal que lo pusiera en marcha. Todavía sigue sin resolver en Badajoz el pleito sobre el legado Hernández de León, fecha del año 13; y aquí el obstáculo está en que las escuelas, por voluntad del testador, deben ser laicas.

Por este y otros ejemplos, pero sobre todo por el de los grupos de Madrid, digo que no interesa la escuela nacional. Su fomento, así como su acción, están subordinados a otras obligaciones y compromisos. Para recoger el deseo vehemente de innumerables pueblos que quieren escuelas e inventan fórmulas, no siempre legales, así como para suplir la falta de energía y medios de otros más débiles, haría falta sacar el problema de la primera enseñanza del paso que lleva y tratarlo como una campaña de una guerra grande que exige esfuerzo muy intenso en un momento dado. Puesto que no hay guerra en Marruecos, este momento de ahora es el mejor.

Y si esto no sirve para evitar la pérdida del Pérez Galdós -que viene a ser para la pobre escuadra del Magisterio como la pérdida de un acorazado-, sirva al menos para que al discutir las cifras del presupuesto de Instrucción no falte una voz verdaderamente patriótica, aunque sea discordante. En *La Nación*, de Buenos Aires, que ha llegado hoy, encuentro noticias de una ley dictada recientemente para construir de una vez en la provincia ciento diez edificios escolares, que costarán doce millones de pesos. Serán de un tipo "standard", que persigue fines de economía en la ejecución. Ciento diez edificios, doce millones de pesos. Se aborda la construcción mediante un empréstito a cuya amortización se atiende con el dinero que ahora se invierte en arrendamientos. No es exactamente el mismo caso de Madrid, donde queremos crear escuelas nuevas; pero, en parte, el sistema sirve, sobre todo en el propósito de economizar. Y cuando ya estén construidos esos ciento diez edificios, ¿concebirá alguien que la provincia de Buenos Aires deje pasar tres y cuatro años sin utilizarlos?

171

4. REPORTAJES DE UN HOMBRE DE BUENA FE⁴

Doca suerte hemos tenido los que en distintos periódicos hemos escrito en defensa de los nuevos grupos escolares madrileños, y especialmente del Grupo Pérez Galdós. Sabido es que a éste se le amenaza con darle otro destino. Mejor dicho, la amenaza va contra Madrid, contra las familias de la barriada, contra la voluntad expresa del Ayuntamiento que acordó su construcción, contra el plan de creación de escuelas. Y un poco también contra el buen sentido. He visto ofrecimientos de que a principios de año quedarán abiertos el grupo Jaime Vera y el Menéndez Pelayo. Del Pérez Galdós nada se dice. No obtenemos respuesta. Ya deberíamos estar

⁴El Sol, 30 de noviembre de 1928.

acostumbrados a semejante trato los reporteros de buena fe que deseamos noticia de criterios y, sobre todo, de hechos dignos de elogio. Sin embargo, en este caso el silencio es tan penoso como inexplicable. Algo es que adelantemos unos meses la fecha de inauguración de dos grupos. ¡Pero si son cinco! ¡Si precisamente el Pérez Galdós es el que está terminado! Hace seis años que empezaron las obras. Quedó entregado, listo ya para trabajar, el 18 de mayo; a falta sólo del material, que se instala en un día. ¡El pobre material de estas escuelas consiste en cuatro trastos, alguno de ellos viejo! En cambio, otros, el Menéndez Pelayo, necesita aún la última mano. El 4 de este mes terminó el plazo para solicitar las clases de ese grupo y las del Jaime Vera. Ya han aparecido los nombramientos. Ya podemos creer que a primeros de año serán inaugurados. Con igual rapidez podía haberse procedido, al mismo tiempo, con el Grupo Pérez Galdós. He dado una vuelta por allá, desde fuera, en nombre y representación autorizada de don Benito, de quien fui amigo, y de los chicos del barrio, que no me conocen. He visto que ya están rotos los cristales. ¡A pedradas, como en los tiempos de Perada, el hijo de Ralobo! Muchachos madrileños de cepa clásica, hermanos de las niñas desaparecidas, ¡esperad un poco! ¡Paciencia! Si esto va a ser o no para nosotros, tenemos que pensarlo. Todavía es pronto.

172 5. COLA EN CUATRO CAMINOS. LA ESCUELA DEL POBRE⁵

Necesitábamos ese rasgo gráfico, que sólo traza el pueblo, para darnos verdadera cuenta de una cosa que ya creíamos saber. Esa rúbrica genuinamente popular al pie de un testimonio técnico, ya la tenemos. El pueblo de Cuatro Caminos ha hecho cola para matricular a sus hijos a la puerta de las escuelas Jaime Vera. Sabiendo que las plazas son pocas y los solicitantes muchos, el pueblo de Cuatro Caminos aguantó a pie firme toda la noche. ¿Cómo en la lotería? Sí. Como en lo que se quiere de veras. Como en lo que se ansía. Como en lo que se sueña. Agreguen los madrileñistas esa fila a las otras dos: la Casa de la Moneda, la Iglesia de Jesús, la Escuela del Pobre. Como ideal, mítico, un premio gordo que acaso sea verdad y esté encerrado —¿por qué no?— en algún pupitre de la escuela. Como petición, una sola: entrar en la escuela. La escuela es algo difícil de alcanzar; pero al pueblo ya le han nacido alas. Es decir: deseos.

No hace mucho, en 1927, escribía un maestro de veras, don Manuel Cossío, de quien todos hemos aprendido y tenemos mucho que aprender: “Es un hecho tristísimo y una verdad vulgarísima que nuestro pueblo, nuestro pueblo trabajador y rural especialmente, necesita escuelas, tantas

⁵ *El Sol*, 15 de junio de 1929.



Esperando hacer la matrícula.



Escolarización y absentismo. La infancia empezó a formar colas para matricularse en las escuelas, no sólo en Cuatro Caminos, como relata Bello en su artículo, sino en todos los "extrarradios" de la ciudad. Pero la incapacidad del municipio y el Estado para dar satisfacción a tantas expectativas reforzó también el absentismo y las conductas asociales de los niños y adolescentes de arrabal.

escuelas, que la fantasía, más certera a veces que la realidad, diría infinitas. Y es también real y verdadero, aunque no tan notorio, que no las tenemos porque no las pedimos, y no las pedimos porque no experimentamos ni honda ni extensamente la necesidad de tenerlas. Las tendremos solamente el día que en nuestros corazones brote con inexpugnable intensidad tal exigencia". Pues bien: la llama está encendida. Al decir "nuestros corazones", ¿a quién se refería el maestro? ¿Al grupo directivo, oligárquico, de la sociedad española? ¿Al pueblo pueblo, es decir, a la gran masa dirigida? ¿O a los pocos millares de españoles que deseamos, casi siempre platónicamente, encauzar, inspirar y, si fuera posible sin molestias, sin sacrificios, dirigir? Yo veo a esos millares de españoles salir de su reserva. (No me engaña la abundancia del propio corazón). Y los veo sentir la necesidad de la escuela. ¿Honda? ¿Extensamente? No sé. Pero nadie puede seguir diciendo ya que si no tenemos escuelas es porque no las pedimos. De mí y de este periódico *El Sol*, a quien debo todo, no será preciso exponer pruebas. De España entera, basta para convencerse leer cualquier periódico, de cualquier

exponer pruebas. De España entera, basta para convencerse leer cualquier periódico, de cualquier provincia, cualquier día, y ver si está o no planteado como antes se pidió el gran problema de la escuela.

¿En qué forma? En la única forma posible. De abajo arriba. Tal como yo lo planteé desde el primer momento, contando con que el pueblo –y los pueblos– ha sentido siempre en lo hondo la necesidad de tener escuelas, y sólo hacía falta sacar esa hondura a flor de piel. Era preciso conseguir que los pueblos agobiaran al Ministerio de Instrucción a fuerza de peticiones y que los vecinos de un barrio popular realizaran esa demostración de hecho más elocuente que cien solicitudes. Véase ahora quién va más despacio. Véase quién desea y quién no desea, contradesea.

Hay en Cuatro Caminos indudablemente una gran fuerza popular. Mucha vida. Innumerables e inclasificables fermentos, buenos y malos. Es como el Paralelo barcelonés. La savia brota allí en hojas, flores y grietas nudosas, a veces un poco bárbaras. Tiene violencia. Tiene simpatía. Pero allí ha habido desde hace tiempo ejemplos que acaso expliquen esa cola de la calle de Bravo Murillo. Al sesgo de la gran plaza donde estuvo la fuente de la Puerta del Sol –la de la buena suerte– se alza el Grupo Cervantes, el mejor de España –por dentro–, juntamente con el Grupo Baixeras. Allí hay un maestro, tipo de santo laico, o de capitán cívico, pero de santidad o milicia activa, laboriosa, vehemente: Ángel Llorca. El Grupo Cervantes es como el Paraíso de los Niños. Y las madres que acuden ahora a la puerta del grupo Jaime Vera piensan en el otro y en Llorca, con sus compañeros, que son realmente educadores. Pero no está lejos de esa plaza la de Chamberí, y a cuatro pasos tiene ese barrio la Institución. Raíz de todos los ejemplos. Vivero que plantó don Francisco Giner y cultivó Cossío, sin los cuales no habría un Grupo Cervantes, ni acaso hubiera podido un escritor lego como yo hacerse tolerar centenares de artículos sobre un tema vulgar, ni seguramente el pueblo de un barrio trabajador habría creído nunca que por la escuela de sus hijos valía la pena de hacer el sacrificio de una noche.

Hemos ido a ese soberbio grupo escolar de Cuatro Caminos, acabado hace dos años. Merece todos los elogios. Merecía, desde luego, haberse inaugurado cuando se terminó. Son las cinco de la tarde del viernes. Al cabo de tres días sigue afluyendo gente del pueblo que viene con sus hijos. Las veinte clases podrán recibir unos 800. Y el primer día quedaron inscritas 1.104 niñas y otros tantos muchachos. El segundo, lo mismo. No hay sitio para todos, y la mayoría quedarán como aspirantes, aguardando turno; pero si los directores no hubieran adoptado la prudente medida de dejar libre la inscripción, aun viendo que ya pasan de cinco mil los solicitantes, nadie sabe lo que hubiera ocurrido en Cuatro Caminos. Bandadas de niños con sus madres... Pueblo... Y pueblo de arrabal; es decir, algo esencialmente distinto del pueblo ciudadano y el pueblo lugareño. Después de recorrer tantas

⁶El Sol, 2 de septiembre de 1930.

escuelas españolas me quedaba todavía el espectáculo terrible y conmovedor al mismo tiempo de la inscripción en el grupo Jaime Vera. Unos minutos ante la mesa en que las profesoras atienden a esas familias bastan para llevarse la noción fuerte y descarnada de lo que es una ciudad. De lo que es nuestra ciudad. Parece que no abrimos una escuela, sino un consultorio. Y vienen todos alegres, esperanzados, a pesar de que se les advierte: "Sólo hay sitio para ochocientos..." (¿Por qué no abren las otras? ¿Por qué no hacen más?) Es la única forma que ellos ven de hacer valer su calidad de pueblo: presentarse. Demostrar su deseo. Pocas veces he sentido yo como ahora el tanto de culpa que me corresponde y la responsabilidad; y el propósito vehemente, cada vez más firme, de trabajar por la Escuela del Pueblo.

6. MADRID, PUEBLO SUFRIDO. LOS FAMOSOS GRUPOS ESCOLARES⁶

Todavía discute nuestro Ayuntamiento la fórmula administrativa para amueblar unos grupos escolares cuya construcción terminó hace tres años. Seguramente llegará octubre y nada habrá resuelto: porque en dificultades semejantes se enredó la buena voluntad de todos los años anteriores. Poco menos que a viva fuerza se ha conseguido que echen a andar dos. Estos tres grupos, capaces para mil quinientos niños, seguirán parados si el pueblo de Madrid no interviene.

Están situados en barrios extremos. Por consiguiente, descuidados. Pobres, y por lo tanto, mal provistos de escuelas. Aquí es donde hormiguan a millares los chicos que aprenden a vivir en medio del arroyo. Son innumerables las familias que aguardan la apertura de esas clases porque tienen conciencia de que sus hijos no han nacido para "golfos". Hay una idea falsa acerca del descuido de los padres. Idea calumniosa, adoptada como disculpa por los verdaderos responsables del abandono popular. Dénles escuelas al pueblo y las llenará todas, con lo cual habrá demostrado que es ignorante por fuerza y no por gusto. Abran desde ahora matrícula en esos grupos escolares y se repetirá el caso del curso pasado en Bravo Murillo. Cola toda la noche en la acera. Una cola de que no hay ejemplo en la guerra ni en la postguerra, porque los bonos que allí daban eran de un pan barato en todas partes. Padres y madres esperando un día y una noche al aire libre, sin queja, sin protesta; ni siquiera cuando al cabo de tantas horas les daban un papel inútil por no decirles que habían llegado tarde. ¡Pueblo sufrido, tan digno de simpatía y de cariño, como de castigo los que le tienen abandonado!

⁶*El Sol*, 2 de septiembre de 1930.

Otra vez he vuelto a oír estos últimos meses la estúpida reserva contra la multiplicación de escuelas. "No es número, sino calidad lo que importa", siguen advirtiéndome algunos técnicos. Como si al pobre que se queda sin comer le dijéramos: "¡Aguarde usted a que podamos servirle la comida del Ritz!". —Y pongo un modelo cosmopolita—. Por ser pocas las escuelas que hoy tenemos no son mejores. Por doblar el número tampoco serán peores. Lo que pasa es que siempre se enfoca esta cuestión desde el punto de vista de la política o desde el punto de vista de la pedagogía profesional: atendiendo al presupuesto o atendiendo al maestro. Y a quien hay que mirar es al pueblo, que no tiene la mitad de los instructores y educadores que necesita. En la mayoría de las ciudades y villas españolas la mitad de los chicos se queda fuera de la clase porque no hay plaza. En Madrid lo mismo. El primer problema con solución fácil dentro del estado de lucha actual es el del número. Los otros problemas encuentran obstáculos que no son de carácter material. Los plantea quien pisa terreno más firme. Todo ello, por grave que sea, no tendrá tanta fuerza como este hecho: que en Madrid hay cuarenta mil niños sin escuela, y que pudiendo reducir algo esa cifra, no lo hacemos por pequeñas dificultades burocráticas.

Durante la Dictadura pudo verse que la tardanza en utilizar los grupos escolares construidos a propuesta de los socialistas por el régimen anterior —era alcalde de Madrid su gobernador actual, conde del Valle de Suchil— obedecía a designios políticos. En el fondo, latía la animosidad contra la escuela pública nacional y, también el deseo de que prevalezca la otra: la confesional. Las derechas, sea cual fuere su nombre, ni quitan ni ponen rey, pero ayudan a su señor. Fueron ganando tiempo, con ánimo de tener parados esos centros de enseñanza mientras pudieran. Y como todavía pueden, los grupos no se abren. Tienen sus profesores; pero faltarán unas mesas, unos bancos, unos armarios. El pueblo, bondadoso, acabará por ponerse de acuerdo y por inaugurar él las clases llevando cada niño una silla, que con eso basta cuando hay maestros de buena voluntad: "La sombra de un árbol" es suficiente, según aquella frase de Rousseau, que conocen todos aquí por haberla divulgado don Manuel B. Cossío.

Ya que están hechos esos edificios monumentales, costosísimos, que en otra ocasión comparé con los grandes acorazados, acabemos ya el asunto poniéndolos en marcha. Su situación sirve de obstáculo a nuevos proyectos y da actualidad a iniciativas de 1921 como si fueran de ahora. Madrid debe construir más grupos. Pero si triunfa la opinión competente y sensata se han acabado ya para siempre los acorazados. Escuelas de coste mínimo, que no por ello serán malas si el dinero del pueblo se emplea bien. Escuelas mejores que ésas; más prácticas y mucho más baratas, como requiere nuestro país pobre en una época que mira la eficacia, la belleza de la sencillez y de la línea escueta. Con el coste de diez escuelas pueden construirse treinta. Y en un plazo tres veces menor. Eso es lo que pide el pueblo de Madrid, que ahora empezará por montar la guardia al pie de sus escuelas cerradas.

7. LA EDUCACIÓN DEL HIJO. MADRID, AL LLEGAR OCTUBRE⁷

Al llegar octubre vuelve para innumerables familias el problema, nunca resuelto –porque resolverlo mal no es resolverlo–, de la educación del hijo. Con tantos graves asuntos como nos preocupan hoy, no sé hasta qué extremo lograré interesar a las gentes serias en estas cosas, que al fin y al cabo son “cosas de chicos”, porque hablo de los hijos pequeños, en edad escolar. Deseo no elevar estas líneas a esferas ideales, de doctrina pedagógica, sino mantenerlas en nuestra realidad y localizarlas a Madrid, aun sabiendo que podrían ir más lejos. Y dentro de la realidad local, actual, todavía reduciré más el tema porque hay muchas familias que no estarán conformes cuando me oigan decir que es un problema la educación del hijo. Aparte de las escuelas públicas y colegios particulares, tienen maristas, escolapios, jesuitas, agustinos y otras muchas instituciones de enseñanza religiosa, tan religiosa como ellas lo desean. Aceptaremos aquí una fórmula política, discutida, pero obligada siempre que removamos conflictos españoles: tienen escuelas y colegios las derechas. Las izquierdas, no. Y creo inocente venir a preguntarme ahora qué entiendo por izquierdas y derechas. Tal como son, mejores o peores, esas instituciones religiosas satisfacen a su natural clientela; trabajan en número considerable, creciente. Tampoco es necesario explicar cómo y por qué van ganando terreno. Si escribiera una memoria, un informe, y no un artículo de periódico, agregaría los datos que el lector, a mi juicio, no necesita, porque el hecho es éste: llega octubre, y millares de familias madrileñas no saben dónde pueden educar a sus hijos.

177

La situación no mejora, al contrario, para las izquierdas. Puede resumirse así: la escuela pública nacional no da abasto. Faltan escuelas. Personas que llevarían sus hijos a buenas escuelas nacionales o municipales, poco intervenidas por la influencia clerical, desisten por no quitar puestos a hijos de familias pobres, sabiendo que hay treinta o cuarenta mil en la calle. Los colegios privados, en su gran mayoría, procuran mostrarse más celosos que las mismas instituciones religiosas en la defensa de principios que consideran básicos. En lo que difícilmente pueden competir ante la “buena sociedad” es en el tono y aparato escénico. Ese prestigio ha hecho, sin duda por influencia femenina, que una generación liberal haya enviado su descendencia a colegios de frailes y de monjas. –¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde vamos a llevarlos? –se preguntaban los liberales de la Restauración y de la Regencia, y siguen preguntándose los sucedáneos.

Desde el año 75, cuando don Francisco Giner planeaba su Institución Libre en la cárcel del castillo gaditano de Santa Catalina, el espíritu liberal ha ejercido una acción y puede mostrar una obra: la suya y la de sus discípulos. Pocas veces quedará una reforma tan inseparablemente adscrita a un nombre como la reforma de la enseñanza en España al nombre de don Francisco Giner de los Ríos.

⁷ *El Sol*, 2 de octubre de 1930.



La exaltación de los valores de la infancia comportó una estrategia de apropiación de todos los tiempos en que se desenvolvía la vida de los menores, no sólo de los relativos a los estudios, sino también de los que se ocupaban con las “gratas horas de recreo”. Los juegos eran “simulacros” que representan al vivo las “luchas de la vida”, una especie de “gimnasia moral” en la que se ejercitan y robustecen las virtudes individuales y sociales (HERNÁNDEZ, S.: **Juegos de los niños en las escuelas y colegios**, Madrid, Calleja, S.A.). Esta antología recogía numerosos juegos populares, aunque otros muchos se correspondían con modos de vida de las clases sociales acomodadas.

178

Decir que ahora estamos lo mismo que al comienzo de la Restauración sería desorientarnos. Estamos peor. La semilla de la Institución ha germinado y su lozano desarrollo, en otras instituciones culturales de tipo moderno, es sólo una pequeña parte de su profunda y callada acción creadora. Mucho ha logrado. Mucho logrará aún porque su virtud sigue latente, con poder invencible. Aun en tiempos peores seguirá gobernándose, porque también podría adoptar la empresa de Saavedra Fajardo: *In contraria ducet*. Pero ha sido ella sola. La Institución ha estado sola, desenvolviéndose en el ambiente favorable, ambiente universal, por encima de la frontera, y tropezando en la estrechez de la tierra dura, casi siempre contraria.

Si hoy, a los cincuenta y cuatro años de iniciarse esta fecunda obra, considero empeorada la situación, no es por falta absoluta de progreso, sino por cotejo de resultados dentro y fuera de España, y porque aquí sigue siendo la Institución Libre un ejemplo aparte, avanzado y señero. Su concepto de la educación no se ha filtrado a nuestra enseñanza nacional, mucho menos a la primaria, ni vemos que quiera inspirarse en él resueltamente el ministro de Instrucción Pública. Cuando llega una Dictadura se limita a acentuar su preferencia por el tipo opuesto de enseñanza, que siem-

pre tuvo y tiene trato de favor. Es decir, que la Institución Libre procuró dar un modelo y crear ambiente para que el Estado lo siguiera. Si en otras obras le asistió la fortuna, no así en la de renovar la primera enseñanza, castillo fuerte que sigue todo él, en bloque, ocupado por el ejército negro de la España tradicional.

Y, sin embargo, don Francisco Giner vio claro: “La experiencia puso de manifiesto, bien pronto, que una reforma educativa profunda no puede cimentarse sino en la escuela primaria”. (“Nota sobre el origen y carácter de la Institución”. Folleto del cincuentenario). Seguramente no soy yo el llamado a decir por qué adelantó más en el resto de su programa. El hecho es que la escuela, el cimiento, parece haber trasvasado, en efecto, su espíritu, olvidándose generosamente de sí misma. Volvemos a experimentar igual estímulo. Sentimos, como don Francisco Giner, la necesidad de emprender una acción en favor de la enseñanza libre, planteando de nuevo el problema de la educación de nuestros hijos en términos sencillos de carácter puramente práctico. No hay escuela para ellos. El Estado tardará en ver sus obligaciones como las entendemos nosotros, y mientras le llevamos –o procuramos llevarle– a nuestra convicción con las armas políticas de que disponemos, es necesario acudir otra vez a la prueba de la iniciativa privada. Las experiencias anteriores no son para animar a nadie, y el propio ejemplo de la Institución, tendiendo a buscar suelo firme para sus creaciones, sirve de lección provechosa, que haríamos mal en olvidar.

Sin embargo, no hay escuelas ni colegios para las izquierdas porque éstas no han querido hacerse cargo de su necesidad. ¿Sería imposible para ellas crear y sostener una obra de enseñanza libre o laica –el nombre es lo de menos– en cada distrito de Madrid?

Cooperativas de enseñanza, asociaciones protectoras, grupos de ensayo... Sin aspirar a la fastuosidad de la enseñanza confesional, estas organizaciones que nuestro tiempo pide vivirían, porque su propia razón de existencia les daría vigor.

8. ESPERANDO LA VEZ. LOS NUEVOS GRUPOS ESCOLARES⁸

Antes de hablar –como el año pasado y como hablaré el año que viene– de la cola ante las escuelas, he querido visitar esos grupos escolares abiertos o entreabiertos desde ahora, para tranquilidad de conciencia del pueblo de Madrid. Son magníficos. El lector los conoce, sin duda, por lo menos en fotografía. Puede asegurarse que, cuando logren entrar, los muchachos estarán allí bastante bien. Pero todavía faltan cosas, y es de temer que de aquí a fin de

⁸ *El Sol*, 12 de octubre de 1930.

año irá entreteniéndose el tiempo en perfilar detalles. Para enero o febrero, gracias a la voluntad de la memoria socialista y de un solo concejal primer contribuyente, esos acorazados nuevos empezarán a navegar.

La comparación de los acorazados es exacta, porque no se refiere tanto al esplendor y al coste –sabiendo que un acorazado se lleva lo que cien grupos escolares– como a la relación de su importancia con la de los demás barcos: cañoneros, torpederos, escampavías y aun gabarras y botes agujereados, que forman el verdadero cuerpo de las escuadras pedagógicas. Hay quien piensa, como yo, que no tenemos derecho a estos grandes mecanismos dispendiosos, y que con la cuarta parte del dinero gastado podría instalarse el mismo número de clases útiles. Cuestión esencial la del dinero, porque se trata de multiplicar las escuelas. Y no porque lo pidamos nosotros por molestar al Ayuntamiento, sino porque lo piden esas gentes del pueblo que velan una noche en medio de la calle –y velarían una semana si estuvieran seguras de que iba a servirles de algo– no para matricular a sus hijos, sino para tener alguna probabilidad de matricularlos. No para que entren en la escuela desde ahora, sino para que puedan esperar la vez. Caso honroso que justifica a un pueblo y define a un régimen.

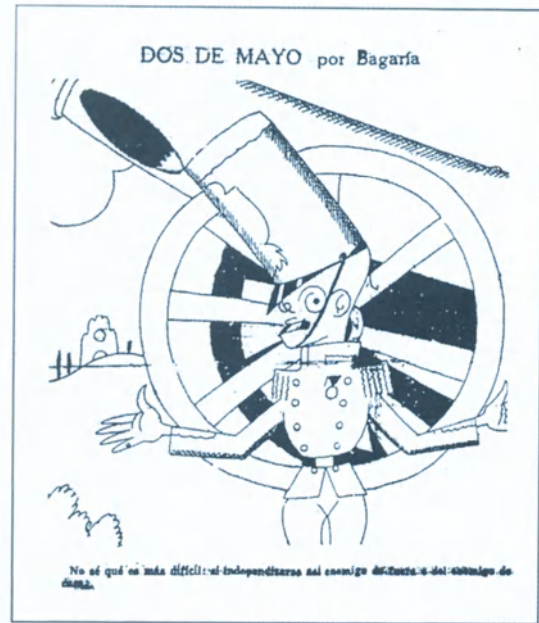
180

Evitando consideraciones que por su mucho uso han perdido filo y punta, diré que antes de ir al Puente de Toledo, al Grupo Concepción Arenal, y a la Puerta de Toledo, al grupo Joaquín Costa, quise ver el de Pérez Galdós, a la entrada de la Moncloa, grupo también modelo, como la cárcel que tiene enfrente. Allí funcionan las clases desde fines del curso pasado. La matrícula estaba ya hecha, y sólo han cubierto bajas. Profesoras y profesores están en sus puestos. Las niñas, con sus delantales blancos, con ese maravilloso aire de inmunidad que acaso no pase de apariencia, pero que alegra ver repetido en casi todas las ciudades, mientras los muchachos, sus hermanos, llevan patente a flor de piel la pobreza del medio en que viven. Las instalaciones, perfectas. El campo de juego, terminado.

Todo admirable. Pero la cantina no funciona. No hay consignación. El propósito que inspiró la creación de estos grupos, con su parte de asistencia y obra social, queda desatendido un año más. Falta hasta la consignación especial de limpieza, hasta la vigilancia. No exige otro presupuesto de conservación el Grupo Pérez Galdós que la escuelita de Aravaca. No hay conserje, confiando sin duda en el prestigio del barrio y en la simpatía del establecimiento más próximo. Es decir: se considera que el esfuerzo está hecho. Como lo material es indicio de otras faltas más hondas, salgo del hermoso edificio escolar con la seguridad de que ni el Estado ni el Municipio madrileño se dan cuenta de sus deberes en lo que atañe a la enseñanza.

De otra manera habría empezado por dar vida plena, rápidamente, inteligentemente, a esos ladrillos donde ya está realizado lo que aquí parece más difícil: el esfuerzo económico. ¡Ya verán dentro de poco el Ministerio de Instrucción, que representa a España, y el Ayuntamiento, que represen-

"Dos de Mayo". "No sé qué es más difícil, si independizarse del enemigo de fuera o del enemigo de casa" –apunta Bagaría-. Si en 1808 Madrid había de hacer frente al invasor, ahora, en 1930, aunque el Directorio ya hubiera caído, todavía tenía que desembarazarse del "enemigo de casa", siempre bien armado y dispuesto a reaparecer (*El Sol*, 2 de mayo de 1930).



181

ta a Madrid, el poderoso empuje que en unos cuantos años va a recibir la primera enseñanza en Barcelona! Lo verán y lo comentarán en muy diversos tonos. Hablarán de no sé cuántas cosas y saldrán a relucir tópicos que para mí no tienen ningún valor. Deseando saber el alcance de ese movimiento he ido a Barcelona y he visitado escuelas, en la ciudad y en diversas regiones de Cataluña. Sé cuál es la situación actual, así como el fin o los fines que persiguen allí con ardor, inteligencia y energía. De todo ello daré cuenta a mis lectores en *El Sol*. Si son capaces de medir el enorme interés que tiene para un pueblo esta primera cuestión, esta cuestión previa, los concejales madrileños reaccionarán.

Y si no reaccionan habrá que barrerlos. De un lado está el pueblo de Madrid llamando impaciente a la puerta de unas escuelas que aun no trabajan. ¿Impaciente? Todavía no he dicho que junto a los maestros y las familias del Puente de Toledo que vi ayer solicitando matrícula estaba la Guardia Civil. "¡La Guardia Civil aquí! –Exclamé-. ¿Qué significa esto?" "Usted no puede imaginarse lo que pasó aquí anoche. Para evitar algo grave pareció necesario tomar precauciones."

No. No es la Guardia Civil quien evita algo grave, ni hay nada más grave que el hecho de necesitar llevarla para garantizar el orden en el vestíbulo de unas escuelas.

De un lado, digo, está el pueblo de Madrid. Pero de otro está el ejemplo de Barcelona, donde todo indica que no van a contentarse con levantar unos edificios lujosos, sino que están resueltos a desarrollar un plan de conjunto y una ofensiva a fondo.

9. MÁS SOBRE LA EDUCACIÓN. MADRID, IZQUIERDAS Y DERECHAS⁹

No escribiré estas líneas para lectores de poca paciencia. Al advertirlo ya sé que en nada reduzco el cansancio de ver a un buen señor empeñado en ser oído cuando nadie le quiere oír. Solamente aviso que no hemos acabado aún con el tema de la enseñanza primaria en Madrid y de los famosos grupos escolares. Todo sigue lo mismo. Desde hace varios años el pueblo los da por recibidos, pero en realidad no se los entregan. Deberá firmar como aquel honrado casero vasco que yo conozco de un cuento de Arrúe. Mientras no llegue a la última ventanilla y, en efecto, le paguen, lo prudente es atenerse al “recibiré”. Será este año o el otro. Por ahora, tiempo futuro.

182

Todavía no se han resignado las familias a dejar un curso más sin educación a sus hijos. Siguen haciendo gestiones sin gran esperanza, por el acaso. Algunos llevan dos o tres años en las listas de aspirantes, y esta parada a la puerta del libro de matrícula es como una indicación de la suerte que le espera en la vida. Corren ahora por Madrid muchos millares de notitas con nombres de niños de cinco a doce años, y la fórmula al pie: “Se desea su ingreso”. “Se encarece el mayor interés”. Si estas hojitas cayeran una mañana todas juntas en el vestíbulo del Ministerio de Instrucción, el señor ministro tendría que enviar por delante a los bomberos para que le abrieran camino. Y si todas las familias se reunieran un día a hora fija en la calle de Alcalá, las manifestaciones que ha visto Madrid hasta la fecha quedarían aplastadas. La clase media que frecuenta la acera de ese ministerio vería que hay interés por algo más que el aumento de jornal y la disminución de jornada.

¿Qué más da unos meses antes o después? A mi juicio, mucho. Mientras esté pendiente el último trámite de los grupos escolares ya construidos, la gran cuestión será abrirlos. Toda la fuerza se irá en esa batalla previa. Nadie querrá exponerse a presentar un plan serio de creación y construcción de escuelas, ante la seguridad de que van a llamarle al orden, a la realidad. El impulso para este pequeño avance se dio hace ocho años, y en ese tiempo se han cerrado y siguen cerrándose otras

⁹El Sol, 6 de noviembre de 1930.

clases. Pero por pequeño e insuficiente que sea, sirve de obstáculo. La hostilidad a la escuela nacional tiene un pretexto aparentemente razonable para cerrar el paso a cualquier plan.

La hostilidad, por sí misma, podría poco si de la otra parte hubiera una ofensiva. Conviene que no nos engañemos. Yo escribí aquí antes del 1 de octubre un artículo invitando a la gente de ideas liberales, partidarias de la enseñanza libre, laica, a constituir agrupaciones encargadas de fundar escuelas que contrarresten el predominio de la enseñanza confesional. No he recibido ni una respuesta. "Hay que crear escuelas para las izquierdas. Las izquierdas no han respondido, que yo sepa. Individualmente, para su fuero interno, muchos estarán conformes, pero no lo han demostrado. Digo que no hubo ninguna respuesta, y digo mal. Por inmejorable conducto, por persona a quien yo quiero y considero muy en primera línea, llega una razonada y amabilísima impugnación escrita desde el Colegio de Escuelas Pías de Pamplona. Los escolapios pueden llevar con mejor derecho la voz en nombre de las instituciones religiosas de tipo tolerante, que algunas hay en España. Difícil es que nos pongamos de acuerdo, aun aceptando el hecho, porque para mí las más peligrosas son precisamente éstas. Creo estar autorizado a reproducir el argumento capital en demostración de que los colegios religiosos no son para las derechas. "Concretándome a las Escuelas Pías, digo que nuestros colegios son para todos, sin distinción de matices políticos, ni aun religiosos. En la misma clase tenemos hijos de republicanos, monárquicos, socialistas, etc. San José de Calasanz admitía en sus escuelas a judíos y protestantes; lo mismo hacemos sus hijos, y yo he tenido en clase alumnos sin bautizar y hasta hijos de espiritistas. Nuestras Santas Reglas nos prohíben toda política, y en nuestras escuelas se dan toda clase de enseñanzas científicas, y además se enseña la religión, que no admite distinción de derechas e izquierdas, como la política, en la cual hay mucha más materia opinable. Siendo, pues, nuestros colegios científicos y religiosos, no pueden llamarse partidistas de derechas ni de izquierdas". La conducta independiente, y el criterio de benignidad, "en más de una ocasión nos ha valido acres censuras por parte de ciertos espíritus menguados". Tal posición es completamente clara y está de acuerdo con el espíritu de la Institución religiosa. Por mi parte no podría variar una línea, y sólo presentando el caso recíproco y proponiendo las escuelas laicas a los hijos de los católicos apreciaríamos hasta dónde llegaba el criterio de tolerancia. Los escolapios obran discretamente; son dignos de elogio, porque proceden conforme a su conciencia, a su fe, a sus reglas y a su buen sentido social. En la España de ahora como en la Nueva España de Hernán Cortés. Extienden la religión y no rechazan, antes prefieren, al infiel y al hijo del infiel. Nosotros queremos una escuela libre, laica, la religión en casa, y en todo momento estamos dispuestos a proceder con mayor tolerancia aceptando a los muchachos vengan de donde vengan, y dejando aparte el tema de la religión. De eso, que para nosotros es un ideal, todavía estamos lejos. ¿Es cierto que en el grupo Jaime Vera, nombre que tiene una significación popular inolvidable, los maestros llevan a sus alumnos a misa los domingos?

10. MI CASA, LA CASA DE USTEDES Y LAS ESCUELAS DE LA PROSPERIDAD¹⁰

184

Quería pasar volando, como por un desfiladero peligroso, por estas satisfacciones íntimas, que, exhibidas en público, tienen siempre mucho de vanidad. Escribo ya en la casa construida con la suscripción nacional que debo a Luis Araquistáin y a *El Sol*, y voy a tratar del acuerdo del Ayuntamiento madrileño dando mi nombre a un grupo escolar. Todo esto, que pudo ser actualidad periodística un momento, ya no lo es sino para mí. A no ser porque la casa está en pie, bien firme sobre sus cimientos, corría peligro de borrarse hasta el recuerdo de una campaña, por lo cual no sólo Araquistáin y *El Sol*, sino don Manuel Vías, el arquitecto, y Gutiérrez Criado, el constructor, han puesto en esta propaganda de las escuelas mucho más que yo. Y como nunca es tarde para mostrarse agradecido, aquí doy las gracias a todos: a mi periódico, desde el director y el gerente hasta el personal administrativo; a los compañeros de Madrid y provincias; a la Asociación de la Prensa y al concurso de su presidente y de López del Oro; a la Comisión que trabajó calurosamente con Araquistáin y Luis de Hoyos; a las Asociaciones del Magisterio; y por encima de todos, al pueblo amigo que quiso demostrar simpatía. Es demasiado pronto para contar la historia de una suscripción; pero yo debería mostrarme también agradecido a los adversarios, a los de “la acera de enfrente”, porque gracias a su hostilidad la demostración pública adquirió el sentido social que necesitaba.

Así pues, desde esta casa, que es de ustedes –y aquí la fórmula no miente–, en la que Vías da el modelo de una escuela con casa para el maestro, será imposible abandonar el tema de la escuela, y me disculpará el lector si todavía tengo que agregar otro párrafo al capítulo de obligaciones personales.

El Ayuntamiento de Madrid, por iniciativa de la minoría socialista, acordó dar mi nombre al grupo escolar de la Prosperidad. El primer impulso fue declinar ese honor, porque en estos últimos años he visto tantas advocaciones indignas, que haría falta para purificar la costumbre interrumpirla durante mucho tiempo y no dar a las escuelas sino nombres realmente ilustres que, habiendo entrado ya en la historia, no puedan sufrir mengua por sus propias obras en la estimación popular. Pero luego pensé que hay muchas maneras de vanidad, y que aparte de la desconsideración al Ayuntamiento y a la buena voluntad de mis amigos socialistas, que dieron mi nombre modesto, como habían dado otros verdaderamente gloriosos, por su significado rechazar el honor sería perder una ocasión de hacer algo útil, y convenía más dar su valor práctico, positivo, al padrinazgo y aceptarlo tal como yo lo entiendo: como una obligación.

¹⁰*El Sol*, 6 de noviembre de 1930.

Además, de haberme dejado elegir, no hubiera preferido nunca un grupo fastuoso, un acorazado pedagógico, sino precisamente esa escuela de la Prosperidad, que necesita protección. Fué una de las primeras que visité en 1925, incluyéndola en el cerco de Madrid, aunque en realidad es Madrid todavía. Me impresionó allí como en tantas otras escuelitas españolas, el aspecto de los alumnos, muchachos de arrabal madrileño, de barriada pobre. No hablé entonces con el director, sino con un maestro que ya no está allí, don Antonio Iniesta, y vi que aquella escuela, siendo buena, necesitaba un complemento: la cantina. Niños desnutridos, roto.,s, asomando por el agujero del zapato los dedos de los pies... La cantina escolar sin duda será beneficiencia; pero yo no veo la escuela como pedagogo, sino como amigo del pueblo. He dicho complemento, y no es así. Mejor diríamos cuestión previa. Hay sitios donde urge más que en otros la protección social, y por eso al hablar de la escuela de la Prosperidad apoyé esa mejora ya solicitada, sin lograr que al director ni a mí nos hicieran caso. Es el director don Pedro Pareja, buen maestro, competente y bien orientado. Después de esa fecha, el edificio amenazaba ruina. Lo adquirió el Municipio para derribarlo y construir de nueva planta; pero se vio que convenía más una reparación, y en reparación se halla hasta que empiece el próximo curso.

En estas circunstancias llega mi padrinazgo, del cual no me importa el rótulo, sino la eficacia. Pareja y sus maestros contarán conmigo como gestor auxiliar, y ahora será imposible que el Ayuntamiento nos desatienda, porque si lo hiciera, ¿qué valor tendría el nombre? Lograremos en primer término la cantina, y después, algo más. Si el Concejo hubiera acudido a una fama sólida entre los inmortales y hubiera bautizado el grupo Séneca o Quevedo, y aun Montesino –que se lo tiene bien ganado–, estas insignes sombras habrían decorado mejor el barrio y habrían solicitado para sus escuelas menos cosas que yo.









PRIMERA ENSEÑANZA
PASO 15 GRADO

PRIMERA ENSEÑANZA
PASO 15 GRADO

24

15



Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Dirección General de Educación